LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

7 de julio de 1948

80

centavos en todo el país

En este número:

UN ENVIADO DEL CIELO

FAMOSA NOVELA DE **ROBERT NATHAN**


Visítenos antes de hacer
sus compras, le ofrecemos
lo mejor y más barato.
OLAVARRIA
Deportes
CAP.: $ 75.000
SAN MARTIN 112 ☆ T. A. 33-4425 ☆ BUENOS AIRES

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIV - Nº 339
7 de julio de 1948

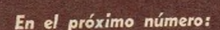
CORREO ARGENTINO Central B — FRANQUEO A PAGAR CUENTA 78 — TARIFA REDUCIDA CONCESIÓN 3016

ESMERALDA 116
T. A. 33 - 0063
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº. 246.085

En este número:





ILUSTRARON ESTE NUMERO:
OLIVAS - ARTECHE - GUBELLINI - LISA - RAUL VALENCIA.

DIBUJOS E HISTORIETAS DE:
DOMINGO VILLAFAÑE - JORGE PALACIOS - GORDON - CARLOS RODRIGUEZ - SEVILLA, etc.

En el próximo número:

UNA NOVELA SENSACIONAL

UN ATAUD PARA DIMITRIOS

la famosa obra de **ERIC AMBLER** que ha sido considerada por la crítica como una obra maestra entre las de INTRIGA Y AVENTURA

LEOPLÁN aparece el 21 del actual

COMBATIENTES DE "PESO PAÑAL"

Por
Walter Steward

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

EL PUBLICO, ENTRE EL, EL COMODORO R. C. LATHAM Y SU ESPOSA; MRS. RICHARD HANSON Y EL COM. T. D. CUNNINGHAN.

CHRISTOPHER MARTIN DERRIBA A BOBBY LAUTRUP. AMBOS NO PARECEN MUY ENTERADOS DE LO QUE OCURRE.

El arte del trompis, de otro modo llamado de la defensa propia, comienza a cultivarse desde muy temprana edad en la Academia Naval de Annapolis, en los Estados Unidos. Las criaturas que lo practican serán ya veteranos a los 12 años y hasta se hallarán en condiciones de abandonar el deporte, luego de haberse medido más veces que Joe Louis. En cuanto a la intensidad de los combates, la nota gráfica ilustra sobradamente. Ni Dempsey ni Tunney tuvieron jamás oponentes tan encarnizados, ni se vieron exigidos así por el rival, en ninguno de sus encuentros. Bien es cierto que a veces un oportuno directo aplicado en un ojo da fin al combate por... llanto del adversario. Pero esto nada significa. Marcel Cerdán, el formidable campeón europeo de la categoría medio pesado, lloró tanto y mejor que cualquiera de estos párvulos cuando, a la terminación de su último combate, le anunciaron que había perdido su título.

Pasatiempo

Además de constituir una práctica admirable para formar hombres sanos, fuertes y decididos, el adiestramiento pugilístico que en Annapolis se hace de la infancia, proporciona a los mayores



"NOS VEREMOS LAS CARAS, CABALLERO", TAL ERA EL RETO, PERO NO SE LAS VIERON. AMBOS PELEAN CON LOS OJOS CERRADOS. ¡Y QUE OCURRA LO QUE DIOS QUIERA!

un pasatiempo delicioso. Ya es sabido, por otra parte, que el pueblo norteamericano es extraordinariamente aficionado al boxeo. De este modo, todos los domingos el gimnasio de la Academia se ve colmado de público, constituído en su mayor parte por los papás y las mamás de los "boxeadores". Bajo la mirada vigilante de "Spike" Webb, instructor del gimnasio, los jóvenes realizan sus peleas y sus progresos, siendo una de las leyes que más se les obliga a respetar, la de dar la mano caballerescamente al adversario una vez concluído el encuentro, ya sean vencedores o vencidos. Este es uno de los obstáculos más difíciles que debe sortear y vencer el instructor, Por lo común, el derrotado queda furioso y, en su mundo instintivo de niño, haciendo abstracción de reglamentos, sólo ansía tomarse la revancha... a la salida, sin guantes y sin instructores que estorben. De igual suerte, el puntaje tenido en cuenta para otorgar la victoria, goza de poca aceptación entre los "peso pañal". Para el caso se remiten inflexiblemente a su propio parecer. Entre ellos, nada de puntos. Pierde el que terminó "con un ojo hinchado", así haya hecho más maravillas que Benny Leonard.

EN LA BALANZA. EL ENTRENADOR WEBB CONTROLA EL PESAJE DE SUS "PUPILOS".



HE AQUI A DOS FORMIDABLES CAMPEONES EN CORRECTA POSICION Y REHUYENDOSE MUTUAMENTE LAS NARICES.

Dos años y medio

Para ingresar y medirse en el gimnasio de "Spike" se requiere como condición inexcusable haber cumplido... ¡dos años y medio! Previa preparación, los noveles son enfrentados con noveles, por peso y por edad. El plantel de "pugilistas" se forma con los vástagos del personal de la Academia, y los primeros combates no se regulan por "rounds" ni tienen decisión. Eso se deja para los veteranos de cuatro años, cuyos combates dirigen mozuelos de diez y doce años, todos unos señores pugilistas, en quienes "Spike" deposita toda su confianza.

Según los instructores de la Academia, son

LEO MAY, UN "VETERANO" DE DOCE AÑOS, ATIENDE A UNO DE LOS CONTENDORES, CUYA EXPRESION NO TIENE DESPERDICIO.

múltiples las ventajas que arroja la práctica temprana del viril deporte de los puños. En primer término, forma pugilistas instintivos, punto menos que natos. Las enseñanzas que asimilan se incorporan de tal manera a su modo de ser, que se desenvuelven en el "ring" con toda naturalidad, dando la sensación de que lo que hacen no es producto de algo aprendido, sino que les nace de natural. No ocurre lo propio cuando la enseñanza comienza a una altura en que el niño está formado ya. El aprendizaje en estas condiciones es más dificultoso y lleva mayor tiempo acostumbrar al alumno a los golpes y hacerle perder el miedo. En cambio, los que se inscribieron en la Academia a los dos años y medio, a los cuatro saben capear las consecuencias de una caída o de un encontrón con tanta entereza y maña como Billy Conn. De suerte, pues, que entre estos simpáticos pichones de boxeadores podemos tener la esperanza de que surja el próximo vencedor de Joe Louis, el formidable negro, quien, para cuando "maduren", seguramente será campeón del mundo todavía.

CRIMEN A BORDO

I

DESCANSABA plácidamente en mi litera, gozando del suave balanceo de nuestra pequeña balandra y del murmullo de las olas al golpear contra el casco. La lluvia tamborileaba sobre la techumbre de la cabina. El timón agitábase continuamente; las drizas azotaban el mástil; se oían también crujidos y golpes de origen desconocido, y el chinchorro, como suelen hacerlo todos los botecillos, habíase acercado a la embarcación y golpeaba con su proa contra el casco. Otra vez, por un instante, cesó por completo el viento, y en el subsiguiente silencio oí débiles voces que parecían reñir. Una sensación de ira, de algo malo, parecía brotar de las sombras de la noche. El viento sopló de nuevo, borrando el sonido de las voces, y al cabo de un rato me quedé dormida.

Una vez más desperté de un sueño desagradable con la impresión de que una mujer pedía auxilio desde una costa en el país de las pesadillas.

Mi esposo agitóse en su litera.

—Jeffrey —le dije—, creo que hay alguien en apuros. Estoy segura de haber oído un grito.

El no me contestó. Creí que no me habría oído. Luego, dijo soñoliento:

—Anne, Dios te dió muchas virtudes..., pero... —siguió una larga pausa. Bostezó ruidosamente y oí el rozar de las mantas cuando al taparse dióse vuelta—. Pero también te dió demasiada imaginación. Duérmete.

—Pero, querido —repuse—, estoy realmente preocupada por esas dos jovencitas del yatecito. No deberían estar con esa gente de aspecto tan poco recomendable.

El respondió con ironía:

—¿Te parece que puedo ir allí y decir a dos desconocidas: "La señora McNeill no aprueba los amigos que tienen ustedes: vengan a pasar el resto de la noche con nosotros"?

Oí otro bostezo y un sonido que indicaba que se había tapado la cabeza con las mantas.

Las olas sucedíanse y golpeaban el casco cerca de mis oídos. El chinchorro seguía acariciando la balandra. El movimiento parecía ser el suave balanceo de una cuna. Poco a poco fuí quedándome nuevamente dormida.

* * *

Jeffrey estaba sobre cubierta.

—¿Hemos encallado? —le pregunté.

—No —me gritó—, no hay peligro. Subí para asegurar el timón que golpeaba contra el casco... El yatecito está saliendo de la caleta. Parece que no lo gobiernan muy bien.

—No me extraña —contesté—. Han bebido demasiado para poder hacerlo de otra manera. ¿Todavía está allí el falucho?

—Sí, y hay luz en su cabina.

La tarde y la noche anterior había visto otras dos embarcaciones en la caleta Ashford: un yatecito y un viejo falucho. Me pregunté por qué habría luz en la cabina del falucho a esta hora, y adónde iría el yatecito con su tripulación de ebrios. ¿Estarían aún a bordo esas dos atrayentes jovencitas?

Jeffrey bajó de cubierta y acostóse otra vez en su litera. De nuevo nos durmió el suave balanceo de la embarcación.

De entre los crujidos del cordaje y el zumbido del viento se destacó un grito que nos despertó en el acto. Me senté en la litera y estiré la mano para tomar la linterna que siempre tenía a poca distancia.

—¡Jeffrey! —exclamé—. ¡Alguien nos llama!

El apartó las mantas y lanzóse hacia la escala de cámara, apartando el poncho que usábamos como cortina. Rara vez nos desvestimos cuando pasamos la noche a bordo de la balandra, de modo que estábamos listos para salir a cubierta. Seguía a Jeffrey y me detuve a su lado en el sollado, estremeciéndome de frío.

—Hola, necesito ayuda —decía una voz masculina. En su tono se notaba terror.

Alcanzamos a divisar vagamente una figura en pie sobre un chinchorro que se nos acercaba. El individuo gritó:

—Necesito ayuda. Ha ocurrido algo terrible.

—Ve a buscar los impermeables —me ordenó mi esposo.

Entré nuevamente en la cabina y un momento después regresaba con las prendas. Al subir vi que el hombre del botecillo estaba aferrado a nuestra borda. Supongo que fué a causa de la sangre que tenía en las manos; el caso es que me produjo una terrible impresión.

El desconocido estaba iluminado por la luz de la linterna de Jeffrey. Era alto y delgado, de unos treinta años, aspecto inteligente y horrorizada expresión.

—Está muerta —decía—. Me parece que debe estarlo. No pude hacerle tragar el whisky y tenía los ojos abiertos... ¡Si hubiera ido un poco antes! ¡Si hubiera ido cuando me pareció oír su primer llamado! Pero pensé que sería alguna gaviota gritando.

Jeffrey y yo nos pusimos los impermeables mientras escuchábamos. Jeffrey se presentó.

—Somos los McNeill, y yo soy médico. ¿Quien es usted?

—Peter Shand. Es una suerte que usted sea médico. ¿Cree que podrá hacer algo por ella? Está muy golpeada. ¡Cómo deben haberla maltratado!

Su voz estaba a punto de quebrarse.

—Baja al chinchorro, Anne —me pidió Jeffrey—. No puedo dar un diagnóstico ni adelantar ninguna opinión desde aquí, señor Shand.

—La llevé a mi cabina. Creí que nunca podría subirla a bordo de mi embarcación.

Jeffrey hizo dar la vuelta al chinchorro.

—Iremos en seguida —respondió.

—Yo los llevo —dijo Shand—. Ahorrará tiempo si viene conmigo.

—Muchas gracias, iremos en nuestro bote —contestó Jeffrey.

—Un momentito —pedí a mi esposo, y bajé de nuevo a la cabina. Saqué del cajón mi pistola automática y la guardé en el bolsillo del impermeable. Los hombres estaban impacientes ante la demora. Shand ya partía, y Jeffrey me urgió a que me embarcara en seguida.

—¿Qué pasó? —pregunté, cuando emprendimos viaje.

—Atacaron a una joven.

—¿La asesinaron?

—Si está muerta, sí.

—Jeffrey, ¿qué joven es? Quiero decir, ¿qué aspecto tiene?

—Lo sabremos tan pronto lleguemos allí.

Remaba rápidamente para alcanzar al otro bote.

—¿Ese hombre es el del falucho, el del *Thetis?*

—Sí. Oyó gritos pidiendo auxilio desde la costa y remó hasta allí y la encontró. Ella estaba esforzándose por levantarse entre los juncos.

—Entonces no pudo haber sido una de esas chicas del yatecito. Si estaba en la costa no era una de ellas.

Me sentí profundamente aliviada por esa causa.

—Ilumina mi reloj con la linterna, Anne —me pidió Jeffrey.

Así lo hice. Eran las doce y media.

—Creí que era más tarde —comenté.

Estábamos remando hacia una banda de luz que emergía de la cabina del *Thetis*. Shand ya había asegurado la cuerda de su chinchorro y estaba a bordo. Nos ayudó a amarrar nuestro bote y subir.

—Sería mejor que la señora McNeill esperara en el sollado por un momento —sugirió—. No es muy agradable el espectáculo.

—No, yo también entraré —repuse.

Seguí a los dos al interior de la cabina y vi que en la litera yacía una joven rubia. Casi en seguida comprobé que estaba muerta. La habían golpeado horriblemente en el rostro y los brazos, y su vestido floreado estaba cubierto de cieno y sangre.

Sentí deseos de llorar.

La había visto esa misma tarde, hermosa y llena de vida, a bordo del yatecito.

—Será mejor que vayas a cubierta —me dijo Jeffrey quedamente—. Usted también, Shand, haga el favor.

—Jeffrey —respondí—, es una de las dos chicas de quienes te hablé.

—¿Oíste su nombre? —me preguntó, al arrodillarse al lado del cadáver.

El dueño de la embarcación tomó asiento en la otra litera, mesándose los cabellos. Yo me hallaba en pie en la escalera de cámara.

—No oí ninguno de sus nombres, Jeffrey —repuse—. No hice más que acercarme al yatecito para pedir prestada una sierra, y todos los otros, excepto esta chica y la otra jovencita de trenzas, se portaron con muy poca cordialidad. Nunca vi un grupo que me desagradara más, y ya ves que tenía razón. ¿Crees que le habrá ocurrido algo malo a la otra chica? ¿La habrán matado también?

—No hay motivo para pensar tal cosa —me dijo—. Ve afuera, Anne. Ya hablaremos de los detalles.

Me senté al lado de la barra del timón, poniendo la cabeza entre las manos. Me resultaba imposible dejar de temblar, suponiendo que en cierto modo yo tenía la culpa de lo sucedido, pues había presentido que esa joven estaba en peligro. ¡Siquiera hiciese uno caso a los presentimientos! Pero, ¿cómo podría haber sacado a las dos chicas del yatecito?

Shand me preguntó si quería beber un poco de whisky.

—No, gracias —contesté. No era ése el momento de nublar la mente con alcohol.

Al levantar la cabeza vi, a la luz que salía de la cabina, un trapo ensangrentado debajo del asiento.

Shand sentóse por un momento y luego se puso en pie y aseguró la cuerda del chinchorro. Dirigióse luego a la proa y arregló la soga del ancla. Allí permaneció unos minutos.

Pensé que alguien había golpeado a esa pobre niña con un garrote, o piedra, o algo terriblemente pesado. Me pregunté si habría tar-


apasionante novela policial de
THEODORA DU BOIS
ILUSTRACIONES DE ARTECHE

dado mucho para matarla.

¿Y la otra niña, esa jovencita de unos dieciocho años de edad? ¿Qué habría sido de ella? ¿Había partido en el yatecito cuando Jeffrey lo vió emprender viaje una hora antes? ¿O la llevaron a la costa junto con la rubia para asesinarla también, y estaría ahora tendida entre los juncos de la orilla? Tal vez allí estaba ahora, viva aun, aunque horriblemente maltrecha y tratando de pedir auxilio.

Shand acercóse desde la proa, y le dije:

—Señor Shand, ¿cree usted que pudo haber habido otra joven en la costa?

—No lo creo —repuso—. Es claro que no se me ocurrió buscar otra. ¿Por qué lo pregunta?

En verdad, ¿por qué lo preguntaba? No existía razón. De nuevo hacía caso a los presentimientos. Era simplemente por lo que sucediera la tarde anterior.

II

Eran las doce y treinta del domingo por la noche cuando Jeffrey y yo remamos en la oscuridad lluviosa para encontrar a esa jovencita en la cabina del falucho. Pero el episodio empezó el sábado, la tarde anterior...; es decir, en lo que a mí concierne.

Soplaba un fuerte viento y amenazaba lluvia, y no me era posible entrar en la cabina de nuestra embarcación. Me hallaba en pie en el sollado, dando vueltas a la llave en el candado, sin lograr otra cosa que exasperarme. El viento agitaba las aguas de la caleta de Ashford, moviendo con cierta violencia nuestra balandra. Además, acercaba demasiado el chinchorro al casco, haciéndolo golpear contra el timón. A lo largo de la costa, azotaba los juncos, y más allá, en los bosques, trataba de arrancar las hojas y ramas de los añosos árboles.

Me pareció que estábamos más cerca de la costa que en la mañana. Si se desprendía el ancla nos veríamos empujados sobre los cenagales y despedazados por las olas. Si no lograba entrar en la cabina, no podría sacar las velas y alejarme del peligro que amenazaba a nuestra nueva balandra, la *Pea-Green Boat*, como la bautizara nuestro hijito Michael.

La compramos en la primavera por mediación de un señor Monk. Todavía no somos marineros completos, y yo no conozco muy bien los términos náuticos; pero estamos aprendiendo y sentimos el amor y la ansiedad de todo principiante por su nueva embarcación.

El candado estaba fijo a dos grampas sobre las tablas que cerraban la entrada de la cabina. Si tuviera una sierra podría cortar las grampas; pero, al buscar en el cajón del sollado, sólo encontré unos cuantos trapos y un tarro de pintura.

Me sentía empapada y con mucho frío, y deseaba entrar en la cabina, cambiarme la ropa de calle, tomar una taza de té, y preparar la cena para Jeffrey.

Mi esposo iría al cabo de una hora más o menos y dormiríamos en la embarcación a fin de partir por la mañana temprano. La Caleta de Ahsford era un lugar remoto, rodeado de pantanos y bosques. Al bajar del tranvía que me llevó allí, pasé frente a una vieja granja. Un perro salió corriendo y me ladró hasta que un hombre salió a la puerta y le hizo callar con unas cuantas maldiciones.

Al tratar de abrir el candado, pensé: "Tal vez pueda pedir prestada una sierra en alguna parte", y consideré la posibilidad de remar hasta la costa e ir a la granja; pero me resultaría desagradable pedir un favor a ese malhumorado individuo.

A cierta distancia de nuestra embarcación había otras dos. Nosotros nos hallábamos más cerca de la boca de la caleta. Vi un viejo falucho no muy lejos, y un yatecito situado a un cuarto de milla. El falucho parecía desocupado, pero había gente en la otra embarcación. Quizá podía pedir prestada una sierra.



Salté al chinchorro, sintiéndome algo ridícula en mis ropas de calle. Resultaba difícil remar contra el viento, aparte de que la lluvia me empapaba por completo. Todos estos inconvenientes de menor cuantía, agregados al de no poder entrar en mi propia embarcación, sirvieron para ponerme de mal humor.

Al acercarme al falucho, grité:

—¡Ea! ¿Hay alguien a bordo?

No recibí respuesta.

Al disponerme a cruzar la caleta en dirección al yate, leí el nombre *Thetis*, que estaba estampado sobre la proa del falucho.

Cuando me volví para mirar al yatecito, vi a varias personas reunidas sobre cubierta a la sombra de una toldilla. Parecían estar observándose con indebida curiosidad. Una joven rió y los otros le hicieron coro. Comprendí que se burlaban de mis ropas ciudadanas.

Por lo general, la gente aficionada al mar suele ser afable y cortés, y está siempre dispuesta a prestarle a una lo que se les pida. Pero esa gente del yate mostróse extrañamente hostil. Al detenerme a su lado me miraron con poca simpatía, y comprendí que se trataba de un grupo de personas poco educadas que había estado bebiendo en demasía y que no gustaban de ser interrumpidas en su importante ocupación. Sus rostros estaban enrojecidos y sus ojos, relucientes.

Vi a una joven delgada, de cabellos negros, que vestía pantalones color rojo. Esta se puso en pie y desapareció en la cabina, riendo alegremente.

Supongo que habré hablado con muy poco tono aprobatorio cuando dije a todos en general:

—Buenas tardes. Parece que se herrumbró el candado de mi cabina y no puedo hacer girar la llave. ¿Podrían prestarme una sierra por unos minutos?

Se miraron unos a otros, al parecer poco dispuestos a molestarse más que para mover las manos a fin de llevarse los vasos a la boca. Una joven de aspecto poco recomendable gritó:

—¿Alguien sabe si Cutie tiene una sierra?

Entre ellos había un joven moreno que agitaba una cocktelera. Este dijo:

—Una sierra... Oigan, ¿se acuerdan del chiste de la sierra?

En ese momento salió de la cabina una joven alta y rubia, muy bonita, que parecía no pertenecer a la categoría de los otros. Era amable y bien educada, y me sonrió, diciendo:

—¿Necesitaba usted una sierra? Veré si puedo encontrar una.

Vestía un vestido floreado y habló con voz algo aguardentosa, por lo que noté que también ella había bebido más de la cuenta.

Al volverse ella para entrar en la cabina, salió otra figura igualmente fuera de lugar entre ese grupo. Era una jovencita de cabellos castaños, recogidos en dos trenzas, y vestía pantalones azules y una camisa roja y blanca. De rostro pálido, era bastante bonita y de expresión muy sensitiva. Acercóse a la borda, tomándose de las jarcias de mesana. Vi que en su dedo anular de la mano izquierda lucía un anillo de compromiso, con una piedra tallada.

Me saludó sonriendo y dijo:

—¡Cielos!, nunca pensé que estaría así en una embarcación. Estoy tan mareada como una lechuza que visitara a las gaviotas.

Le sonreí. Un hombre salió entonces de la cabina y me ofreció un par de alicates. Vestía pantalones blancos, chaqueta azul con botones de bronce y una gorra azul y blanca. Parecía ser un estibador vestido de marinero. Sus ojos estaban empañados, tenía un diente de oro, y le faltaba un trozo del dedo mayor de su mano derecha. Parecía sentirse muy afable.

—Tome usted, preciosa —me dijo—. No encuentro ninguna sierra en los cajones, pero tal vez esta herramienta le sirva.

—Gracias —repuse—. Veré si puedo usarla, y en seguida se la devuelvo.

Pero no pude alejarme porque no soltaba la herramienta.

—Suba a bordo —me invitó—. Venga a beber algo con nosotros. Parece usted estar sedienta... Oigan, ¿no es cierto que parece tener sed? Escuche, nena, es usted demasiado bonita para estar sola y paseando bajo la lluvia. Venga a divertirse...

La joven de los pantalones azules le sacó los alicates de la mano y me los dió. Dejé la herramienta en el fondo de mi chinchorro y me alejé. El borracho asomóse a la borda, lamentando mi partida e insistiendo en sus invitaciones.

Alguien puso un disco en un fonógrafo, y me siguió el sonido de una música melancólica. A través de la lluvia, y a la distancia, vi al joven moreno salir de la cabina con una cocktelera, y de inmediato siguió un revuelo general mientras se volvían a llenar las copas. La joven de los pantalones azules estaba sentada sobre cubierta, alejada de los que estaban bajo la toldilla. Se quedó observándome, y en cierta oportunidad me saludó con la mano. Poco a poco los fuí perdiendo de vista.

De vuelta al *Pea-Green Boat*, con los alicates, logré cortar, con cierta dificultad y gran desgaste de energía, la grampa. Quité el candado y las tablas, y los guardé bajo el asiento trasero del sollado. Me resultó agradabilísimo entrar en la cabina; quitarme las ropas y zapatos mojados y ponerme un par de pantalones viejos, zapatos con suela de goma y una camisa de franela. Me arreglé un poco el cabello, me puse el impermeable y la gorra y me dispuse a devolver la herramienta. Pensé: "Tendré que arrojarla a bordo. No me pondré de nuevo al alcance de ese borracho".

Empero, al acercarme comprobé que sobre cubierta no había nadie. Del interior de la cabina salía un babel de voces que cantaban. Remé silenciosamente hasta el yate, y estaba por tirar la herramienta por sobre la borda cuando apareció una mujer en la escalera de cámara. No la había visto en mi primera visita. Era una mujer regordeta, demasiado pintada y de expresión petulante, vestida con pantalones de cretona que le caían demasiado ajustados.

—Gracias por la herramienta —le dije, entregándosela.

Ella la tomó sonriendo. Pensé: "Parece muy asustada".

—Espero que haya podido entrar en su cabina —me dijo—. Su barquito es muy lindo.

—Gracias —repuse—. Sí, por suerte, pude entrar.

Luego la saludé con una inclinación de cabeza y emprendí el regreso.

Ella se quedó mirándome un rato. Me pareció notarla muy afligida cuando se volvió para entrar en la cabina.

Fué una alegría regresar de nuevo a nuestra balandra. Es muy pequeña y en la cabina no se puede estar de pie; pero hay bastante espacio para dos personas. Al cabo de la escalera de cámara tenemos un armario con dos cajones, uno para utensilios de cocina y otro para los cubiertos y herramientas. Enfrente está el armario de la comida. A cada lado hállanse dos buenas literas, de más de un metro ochenta de largo que se extiende hacia la proa. Debajo de cada una de ellas tenemos los cajones para la ropa. También tenemos una lámpara de bronce, y durante la noche, al encenderla, nos resulta muy agradable pasar el tiempo en la cabina.

* * *

Después de llegar la noche oí una bocina de automóvil que sonaba tres veces seguidas en la costa. Salí a cubierta y vi los faros encendidos, lo que me indicó que Jeffrey esperaba para que lo fuese a buscar. Me puse el impermeable y remé hacia la costa en el chinchorro. El viento soplaba con más fuerza que nunca y la marea me dificultó el desembarco. Había un viejo muelle de madera cerca del camino invadido por las hierbas.

Jeffrey me esperaba en un extremo del muelle. Uno de los muchachos de la Facultad le había llevado allí en nuestro coche. Jeffrey le gritó:

—Muy bien, George, gracias.

—No hay de qué, doctor McNeill... Hasta luego —repuso una voz, y el automóvil alejóse velozmente.

Mi esposo descendió la destartalada escalera, abordó el bote y tomó los remos.

—¿Cómo anda todo? —preguntó.

—¿Cómo estaba el paciente? —le pregunté a mi vez—. ¿Qué pasó en la reunión?

Nos contamos entonces las aventuras del día.

De vuelta en el *Pea-Green Boat*, comimos una cena deliciosa y bebimos una magnífica taza de aromático café. Para postre teníamos duraznos en almíbar y una torta de hojaldre. Después de la cena puse los platos en un cubo y los guardé para el día siguiente. Luego nos acostamos en nuestras literas y Jeffrey leyó en voz alta.

En cierta oportunidad calló para escuchar.

—¿Qué es ese ruido infernal? —preguntó.

—Es del yatecito —repuse—. Tienen un fonógrafo. La mayoría están más borrachos que una cuba; excepto dos chicas muy atrayentes.

Y entonces le hablé respecto de la rubia y de la jovencita de los pantalones azules y las trenzas.

Ese fué el comienzo de la tragedia en que ahora nos veíamos complicados.

III

Jeffrey ya salía de la cabina del *Thetis*.

—Esa chica no fué ultrajada —anunció.

—Ya es algo —comenté.

—Sí, es algo —admitió—; pero ahora nos

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 70)

NACE EL



EL PRIMER AVION A CHORRO DE DISEÑO Y CONSTRUCCION ARGENTINOS, SURCA ORGULLOSAMENTE EL CIELO DE LA PATRIA

VEINTE años de constante esfuerzo y de empeñosa dedicación han permitido que la industria aeronáutica argentina, surgida de la antigua Fábrica Militar de Aviones, hoy Instituto Aerotécnico, culminara con la creación del "Pulqui", el primer avión a chorro de diseño y construcción totalmente nacionales, con excepción del turbo-reactor, para cuya ejecución ya se ha adquirido la licencia correspondiente.

"PULQUI"



El "Pulqui", es, pues, orgullosa realidad de la aeronáutica, comprobación definitiva de la capacidad creadora de nuestros especialistas y del valor sin desmayos de los pilotos argentinos.

La evolución creciente de la aviación argentina, militar y civil, cuyo máximo desarrollo logróse desde la creación de la Secretaría de Aeronáutica, en el año 1945, que al centralizar todas las actividades logró también incrementarlas extraordinariamente, ha sido historiada en las páginas de la "Aeronáutica Nacional al Servicio del País", bello y nutrido volumen publicado por la dicha Secretaría, en cuyas páginas, profusamente ilustradas con fotografías y estadísticas, pruébase la magnífica realidad del presente y se rinde justiciero homenaje a los mártires y los héroes de nuestro cielo. ◈



Un hombre ante

CÉSAR Rosales, uno de los representantes más personales de la más joven poesía argentina, nació en San Martín, provincia de San Luis, residiendo durante diez años en el sur de la de Buenos Aires. En ese transcurso visitó con frecuencia la Patagonia y fundó en Bahía Blanca el periódico literario "Voz Nuestra". Se trasladó a la capital federal en 1937 y dos años más tarde, incorporado a nuestros círculos literarios, comenzó su colaboración regular en "La Nación", "Sur" y otras publicaciones. Ha publicado en 1945 *Después del olvido*, calificado por la Sociedad Argentina de Escritores como uno de los diez mejores libros de ese año y premiado por la Municipalidad; en 1946, *El sur y la esperanza* y su *Oda a Rainer María Rilke*, anticipada ya en 1940 en las páginas de "La Nación". Intervino como jurado en el concurso literario municipal de 1946. En la actualidad, algunos de sus poemas están siendo traducidos al alemán por el escritor Werner Bock.

—¿Qué opina usted de su propia poesía?

—Le confieso que hubiese preferido no ser yo quien se aventure a opinar. No porque juzgue indiscreta la pregunta ni porque me resulte fastidioso responder a ella sin magnificar el concepto que acerca de mi propia obra tengo formado, aunque, debo advertir, no se trata, en rigor, de concepto, sino de conciencia. No creo que el autor deba necesariamente opinar sobre si lo que ha hecho merece tal o cual concepto, pero sí creo, en cambio, que sin conciencia verdadera es insensato no sólo comprometer una opinión responsable, sino —lo que es ya excepcional— escribir poesía o, cuando menos, aspirar a escribirla algún día. Para mí, la poesía mana de una profunda y lúcida conciencia del ser, del existir; sin esa conciencia primordial no hay, pues, no puede haber poesía. A la inversa de lo que un equívoco absurdo suele tener a veces por axioma, pienso que la poesía no es fruto jamás de la rasa inconsciencia ni de un azaroso y pueril automatismo. Son muy otros su origen y su esencia; es más: ella constituye el reverso mismo de todo balbuceo inconsciente, pues ni siquiera es la conciencia en la acepción normal de la palabra, y no es eso tampoco sencillamente porque implica una conciencia extraordinaria



y casi sobrenatural de las cosas. A desarrollar esa conciencia he querido aplicarme, cada vez con mayor exigencia, desde que me fué posible comprender que el peligro mayor para quien aspira a merecer el nombre de poeta no reside en la dificultad, sino en la facilidad. Más de una vez, confieso, me sentí llevado hacia ese declive; entonces sólo conseguí acumular versos, pero versos efímeros, en los que predominaban la confusión y la impaciencia de mi extremada juventud. Ahora veo las cosas de otro modo. Dos libros configuran esa visión, una peculiar manera de ver y de sentir, y ambos condensan, con un ritmo y una atmósfera propios, experiencias vitales de tiempo y lugar: *Después del olvido* y *El sur y la esperanza*. Tiempo y espacio tienen en ambos un valor preponderante, por no decir esencial, pues en cada uno de ellos esas dimensiones se dan desasidas de toda relación abstracta o meramente convencional, es decir, como imágenes simultáneas e inseparables de una realidad ya transformada en lo interior, en el espíritu. En otro sentido, quiero hacer notar que los dos libros de poemas citados, incluso buena parte de mi creación posterior, insisten en perfilar algunos rasgos característicos de nuestro paisaje, rasgos que, reunidos, tienden a reflejar una imagen física de la tierra argentina —montaña, llanura, médano, ribera—, en cuyo contacto he vivido durante mucho tiempo mirando las flores, el

NOTICIAS BREVES

◈ William Somerset Maugham, el famoso autor de "Servidumbre humana" y de tantísimas otras novelas de gran éxito, ha declarado recientemente a un periodista de Barcelona que no pensaba escribir un solo libro más de ese género.

◈ Angel Battistessa, el prestigioso crítico, catedrático y escritor, ha traducido, prologado y puesto notas a "Juana de Arco en la hoguera", de Claudel, obra recientemente gustada por el público de Buenos Aires y que la Municipalidad de Buenos Aires se encargó de editar.

◈ Un escritor uruguayo, Rodolfo L. Fonseca, ha obtenido el Premio Internacional de Novela, instituído por el editor Janés, de Barcelona, y consistente en 25.000 pesetas, por su obra "Turbis eburnio". El jurado que acordó el premio estaba compuesto por William Somerset Maugham, Eugenio d'Ors, José María Cossío, Walter Starkie y Fernando Gutiérrez.

◈ El Premio Nóbel, recientemente acordado a André Gide, ha desatado en nuestro país una especie de furor por reeditar algunas de sus obras o hacer conocer las que aun no se habían traducido al castellano. Ahora se anuncia, para fecha próxima, "La escuela de las mujeres" y su continuación "Roberto-Genoveva".

◈ El Premio Fastenrath ha sido concedido por la Academia Española al prestigioso escritor y ensayista filosófico don Julián Marías, por su obra sobre Miguel de Unamuno.

◈ Ha aparecido una nueva edición, en Buenos Aires, de "Alemania" (impresiones de un español), que es el título de uno de los más celebrados y divertidos libros de Julio Camba, el gran humorista hispano.



En carácter de representante de los escritores argentinos, acaba de incorporarse a la Comisión Nacional de Cultura el doctor Carlos Obligado, destacada personalidad de nuestras letras.



En el Club Amigos del Teatro disertó recientemente sobre "La poesía negra en las Antillas" el señor Miguel Román Pérez Echavarría, agregado cultural de la embajada de la República Dominicana.



En la Agrupación Impulso pronunció una conferencia sobre "La misión de la crítica en el arte", el señor Guillermo Meque. El conferenciante fué muy aplaudido por la nutrida concurrencia.



Sobre "Lineamiento de una política cultural" disertó recientemente en la Sala Argentina del Teatro Nacional Cervantes, ante un selecto público, el doctor Ernesto Palacio.



"Romances de la aldaba" titúlase el libro de poemas que acaba de publicar y que ha sido recibido con general beneplácito por el público y la crítica, el señor Jorge Perrone.



En un acto realizado hace pocos días en la Casa del Teatro disertó, ante numerosa y calificada concurrencia, el señor Eduardo S. Balbarrey, sobre un tema de crítica poético.

su obra

agua, las nubes, el horizonte: un rostro diverso, animado y eterno.

—¿Cree usted en el porvenir de la nueva poesía argentina?

—Creo primero en su presente. En cuanto al porvenir, él será una consecuencia, no sé si remota, de su desarrollo actual. Si en la evolución que lleva implícita su propio desarrollo logra trascender el contorno geográfico y las contingencias temporales a que está sometida, con seguridad —diría— habrá de prolongarse mucho más allá del momento presente, y entonces, claro está, no seremos ya nosotros quienes precisaremos su alcance y su destino. La poesía como tal sólo nos pertenece en la medida en que nos prodigamos, o sea en la misma proporción en que uno da de sí aquello que le es peculiar e intransferible: su ser y su tiempo. Lo que cae fuera de esa órbita vital y fatalmente circunscripta, no pertenece ya al dominio de nuestras posibilidades, siempre limitadas. Dentro de estas posibilidades incluyo, como es lógico, la facultad de profetizar. Con todo, agregaré, ya sin dubitación ninguna, y con bastante convicción, lo siguiente: Por lo pronto hay en nuestro país un núcleo relativamente numeroso que desde antes de 1940 y posteriormente hasta hoy se halla trabajando con ahinco y fervor, y sobre todo con una clara conciencia de su misión, por el enriquecimiento de la lírica argentina. Este núcleo o, si se quiere, esta nueva promoción de poetas viene a completar así, y acaso a superar en ciertos aspectos, el ciclo renovador abierto por las vanguardias que hace veinticinco años se agruparon en torno del periódico literario *Martín Fierro*. Conviene puntualizar, sin embargo, que el grupo al cual me refiero y del cual formo parte no es una segregación lisa y llana de su antecesor, nacido y desarrollado al influjo de las nuevas corrientes estéticas de posguerra. Múltiples factores, y uno fundamental —el encuentro con nuestra naturaleza genuina—, han influído sustancialmente en la formación y el crecimiento de este núcleo de poetas, cuya concatenación histórica con las generaciones anteriores es imposible no reconocer, pero que, sin esa ruidosa alacridad de los teorizadores ultraístas, viene realizando casi en silencio una labor poética tal vez más intensa y concentrada, dicho sea sin menoscabo de los valores individuales de aquéllos. Me aventuraría, pues, a depositar mi confianza en el porvenir de la nueva poesía argentina, pero a condición de que cada uno permanezca fiel a su misión, empeñado en un esfuerzo puro y desinteresado, sin otorgar concesiones a lo que sólo es circunstancial y pasajero, y sin dejarse dominar por la vulgaridad, tanto o más nociva que el amaneramiento y la vana retórica.

—¿Qué prepara en estos momentos, Rosales?

—Escribo un nuevo libro de poemas —*La patria elemental*— que, con seguridad, no aparecerá este año. Si se tratase de hacer ejercicios retóricos, podría concluir dos o tres libros de versos anuales, y hasta con buenas consonantes; en ese caso, las fórmulas al uso constituyen un excelente recetario. Tengo el mayor respeto por la rima, pero cuando la rima no es un fin en sí o un trivial objeto de complacencia. Declino, he dicho, toda facilidad y nada que no venga de un mandato interior, de una necesidad, me induce a escribir poemas. Pero, no vaya usted a suponer que me siento a esperar la inspiración, como aquel rico que se hizo construir un arpa eólica para inspirarse y poder, así, hablar del viento. Escribo también un libro en prosa que quizá se titule *Retorno del hijo pródigo* o, simplemente, *El hijo pródigo*. Lo demás son proyectos, compromisos conmigo mismo, voluntad de acrecer y superar lo realizado hasta hoy.

LIBROS Y PUBLICACIONES RECIBIDOS

CUATRO POEMAS CON ROSAS, por **Juan Antonio Vasco.** Ed. "El Balcón de Madera". Buenos Aires.

POEMAS 1948, por **Manrique Fernández Moreno.** Ed. "El Balcón de Madera", Buenos Aires.

APENAS VIAJE, poemas, por **María Elena Walsh.** Ed. "El Balcón de Madera", Buenos Aires.

ROMANCES DE LA ALDABA, poemas, por **Jorge Perrone.** Publicación del H. I. G. O. Club de Buenos Aires.

GUIA QUINCENAL Y ARTISTICA ARGENTINA. Segunda quincena de junio. Publicación de la Comisión Nacional de Cultura.



"S

FEO el andar al borde del arroyo. Piedra y piedra, barrancones y cerros cortados. Pero adentro es peor: "capuerón" y tacuapizal. A pesar de la marcha trabajosa, voy tiritando de frío, y cada vez que paso agachado entre el ramazón, salgo más empapado en rocío. La neblina recién empieza a abrirse, y distingo el arroyo, treinta metros abajo.

Las piedras están tan resbalosas que a veces tengo que ayudar a los perros a trepar. Llego frente a un zanjón: hay que saltar. Caigo agachado del otro lado y pierdo pie. Doy un tumbo de costado y, para proteger la escopeta de golpes, la alzo con una mano. En la caída, la vieja correa donde llevo suspendida la bolsa de sal se engancha en una saliente, y con el peso de mi cuerpo se rompe. Me afirmo en una raíz, pero la bolsa de sal va dando tumbo barranca abajo, y apenas oigo el chapuzón que hace en las rápidas aguas. Quedo de costado, mirando para abajo: es tal el efecto que me causa la pérdida de la sal, que



un cuento de

ALBERTO A. IGLESIAS

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIÓN DE GUBELLINI

permanezco tumbado, sosteniéndome de la raíz, y lo único que hago es sacudir la cabeza, como si saludara a la mala suerte.

Finalmente me decido: me desembarazo de las armas y de la mochila, y con grandes precauciones para no rodar, comienzo a bajar por las piedras, húmedas y resbalosas. A medida que bajo, empieza a hincarme el cuerno la rabia. Por regla general tengo paciencia para esas cosas graves, pero dormí mal, mojado; estuve media hora para prender el fuego, porque la leña estaba húmeda; al hacer mate, lo que nunca, quemé la yerba y no la pude cambiar porque me quedaba poca.

Llego a la orilla del arroyo: corre rápida el agua, y donde cayó la bolsa hay un pozo bastante profundo. Como el arroyo es cristalino, me parece distinguir allá en el fondo un bulto que se asemeja a la bolsa. Peligrosa la zambullida, pues puede que al salir, la correntada me eche sobre las piedras; pero hay que probar. Me desvisto. Toco el agua con el pie: está helada. Desnudo, siento el cuerpo duro de frío, pero tomo coraje y allá voy de cabeza al arroyo.

La profundidad es grande; calculo cuatro metros. Con los pulmones reventando, busco un momento entre las piedras: nada. Salgo a la superficie y la correntada me lleva a los rápidos. Me acuerdo de mis buenos tiempos y embalo a la costa con un veloz "crawl". Un metro antes de la corredera, toco costa.

Pruebo otra zambullida, con el mismo resultado negativo, y en la carrera para llegar a la costa me golpeo una pierna contra las piedras. El dolor es fuerte: salgo rengueando y dando diente con diente, de frío. Para peor se levanta viento sur, y "Diana", que, como los demás perros, está hecha una sopa, de andar entre los yuyos, se acostó encima de la mochila donde tengo la única camisa seca. Le pego tal grito que se levanta como si la hubiese picado una víbora. Me pongo la bombacha mojada, la camiseta mojada, la camisa mojada, y encima el saco de lana mojado. Empiezo a trepar la barranca, y a cada paso el dolor me hace ver las estrellas. Al llegar arriba me siento en una piedra y permanezco mirando hacia la otra costa, insensible ya al frío.

A la bolsa se la ha llevado la corriente, arrastrándola por el fondo.

* * *

Cinco días de marcha y sin sal. Me acuesto y sueño con sal, me levanto y marcho pensando en la sal. La carne de bicho de monte sin este ingrediente es fea de tragar. ¡Si hubiera tenido un poco para el asado de la "paca" que maté ayer!

Desde la mañana dejé el cauce del arroyo y marcho atravesando el monte en dirección al sur, cansado, de mal humor y obsesionado con la sal. ¡Y tengo para días de marcha antes de llegar al Paraná!

De pronto los ojos se me agrandan de sorpresa: he visto un techo de rancho que asoma entre un "capuerón". ¡Quién será el que vive por estos parajes deshabitados, si ni tolderías de indios hay!

Me extraña no encontrar ni un solo pique que lleve al rancho, y a machete me abro paso en la capuera. Cuando llego cerca, veo que el techo está semihundido: al rancho ya lo aprieta el monte. Sólo un pedazo de tierra apisonada, a la entrada, no le ha ganado el tacuapí; sin embargo, en varias partes se alza la "escoba dura". Por la paja del techo le calculo al ranchito unos tres años de construído.

Entro: en un rincón hay un resto de paja cortadera que seguramente sirvió de cama. En la otra esquina hay una madera que parece un resto de tapa de baúl, y debajo, una vieja olla de hierro de tres patas.

Los perros también han entrado, y después de husmear un poco se echaron a descansar. Silencio en el rancho, sólo interrumpido por el jadear de ellos. En el atardecer que se viene, cantan unos tucanes. "Llu-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 96)



Por **NICETO ALCALA ZAMORA**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

BALMES, PENSADOR

Ideología política. Su fórmula

Acércase la conmemoración de Balmes en el centenario de su muerte, ocurrida en Vich el 9 de julio de 1848. Nacido en la misma ciudad en 1810, su corta vida es indicio de quebrantada salud, sometida a la dura prueba del esfuerzo agotador en que aplicó sus portentosas facultades. Inteligencia cumbre, y pluma de las más brillantes, descuella en medio del resurgimiento mental y literario del siglo XIX.

Suele decirse que los dos grandes teorizantes de la reacción española fueron Balmes y Donoso Cortés. Se aproximaron en talla, pero fueron muy distintos en significación, temperamento y estilos. Donoso procedía de la libertad, y con brusco impulso saltó a los límites extremos de la reacción, de donde venía Balmes, y de donde salió buena parte de su obra y de su actitud. Incluso cuando coincidieron parecíanse a dos trenes, uno ascendente y otro descendente, que se paran un momento en la misma estación o se cruzan veloces en ruta, pero que siguen derroteros distintos como las procedencias. El seglar Donoso fué más teocrático e intransigente que el presbítero Balmes. Si nos imaginamos a los dos ante la Biblia, por ambos tan leída, veremos a Balmes extasiado ante los pasajes más apacibles y conmovedores, desde el diminuto, pero bellísimo libro de Ruth, a la magnitud suprema de los Evangelios; y sentiremos a Donoso exaltado, con terror de un segundo milenario histórico, atento a los lastimeros anuncios de las profecías y a las trágicas visiones del Apocalipsis.



JAIME BALMES, EL GRAN PENSADOR ESPAÑOL.

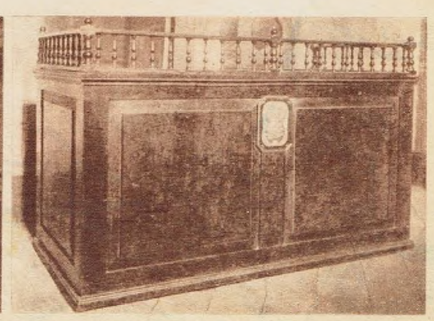
Por ser siempre lo más vigoroso la acción, Balmes ha quedado en la representación política como el defensor del matrimonio de Isabel II con su primo Carlos, conde de Montemolín. Ninguno de los dos personajes fué encarnación afortunada y prestigiosa de la realeza ni siquiera del orgullo dinástico. Nada habían hecho que pudiera justificar la admiración personal de Balmes, y después de muerto éste descubrieron aquéllos del todo su pequeñez. Montemolín, el llamado Carlos VI, perturbó la paz de España con intentonas, la más grave mientras el país estaba en guerra, con tintes de religiosa, contra el sultán de Marruecos; y salió de la aventura, en que comprometió trágicamente al general Ortega, sin gallardía, con eclipse de patriotismo, sobra de ambiciones y carencia de reflexión. No pudo tener ni tuvo fortuna como pretendiente a la corona, y la tuvo en cambio, paradójicamente, por frustración, como pretendiente a la mano de su prima, ya que así se libró de representar el papel de marido de Isabel II: "la de los tristes destinos", según la expresión lanzada desde la derecha por Aparisi Guijarro, y recordada en la izquierda por Pérez Galdós; "la reina castiza", protagonista en la irrepresentable comedia de Valle-Inclán; aquélla, para disculpa de cuyas flaquezas inventó Valera la imaginaria bula *singularis natura*, anejo de la Rosa de Oro, premio augusto y tradicional para la virtud. De aquel reinado sólo quedó un rastro de sensualidad material, extrema e inculta; porque la discípula del gran poeta Quintana era incapaz de aprender, por torpe en los distintos sentidos de la palabra.

El pensamiento político de Balmes iba mucho más allá y más alto de la tarea de zurcir voluntades, entre dos príncipes incapaces de comprenderlo a él. Buscaba y persiguió la paz en España, la conciliación de partidos y tendencias. Le interesaba ante todo evitar de nuevo los horrores de la guerra civil, y por patriótica y clarividente aversión a ésta mereció y merece el respeto de todo juicio imparcial y sereno. Formado en la tradición la defiende y representa, pero comprendiendo que aquélla, depósito y creación de la vida, para servir a ésta tiene que marchar y cambiar como ella. Aplaudió el constitucionalismo liberal, con que inició su pontificado Pío IX, soberano temporal todavía. Si eso hizo y defendió Balmes ha ya más de un siglo, podemos calcular cuál habría sido la doctrina y actitud suyas cincuenta años más tarde, bajo la noble y sabia inspiración de León XIII, a quien sólo conoció un momento, cuando el futuro Papa era aún el prelado Joaquín Pecci. Atendidos los tiempos tan distintos se aprecia comparativamente, no ya un estancamiento, y sí verdadero y lamentable retroceso en la intransigencia de las derechas españolas, que combatidas y a la





LA ALCOBA DONDE VIVIO BALMES.



LA MESA-ESCRITORIO DEL FILOSOFO.

vez ayudadas por el opuesto fanatismo de izquierda han hecho tanto daño a España, y también a los altos intereses de la religión y la iglesia. Quizá lo más sincero e íntimo de Balmes en cuanto a política sea algún pasaje ingenuo de "El criterio" cuando refleja la espontaneidad del hombre de la calle, que sin contradecirse protesta alternativamente contra los excesos de la autoridad transformada en tiranía y contra los de la multitud convertida en turba.



UNA DE LAS CASAS DONDE VIVIO BALMES

Obra filosófica

Balmes fué un filósofo notable, sin llegar a ser, tal vez porque no se lo propuso y sin duda no tuvo tiempo, un gran filósofo. Su papel e influjo en el resurgimiento español modernizado de la escolástica es claro y decisivo, sin que ello signifique que en él culmine. La cumbre de la tendencia la ocupó luego el cardenal González, obispo de Córdoba, y luego contra su modestia y por santa obediencia arzobispo en Sevilla y primado en Toledo. Más moderno que Balmes, pudo hacer e hizo más. Gozó también de general respeto, que se le tributó hasta en el levantisco Ateneo de fines de siglo, aquel donde, según la célebre expresión de Eusebio Blasco, "por saber si Cristo es Dios se arma la de Dios es Cristo". En medio de ese ambiente, o contra el mismo, al morir el prelado a quien se le llamaba con familiar afecto fray Ceferino, hubo una velada necrológica solemne, en la cual junto a los ateneístas de la derecha figuró en el elogio Azcárate, republicano, librepensador y krausista. Entre los laicos de la tendencia, o mejor dicho seglares dada su ortodoxia, figuró Orti Lara, quien afrontó resuelta y airosamente la difícil misión de ser contrafigura universitaria de Salmerón. Luego, los representantes más modernos y distinguidos de la tendencia lo fueron dos compañeros míos en la Academia de Ciencias Morales y Políticas: el agustino Arnaiz, quien continuó las tradiciones investigadoras y científicas de la orden; y más moderno y brioso el director del seminario madrileño Zaragüeta Bengoechea, cuya reciedumbre corporal vasca albergó un espíritu de proporcionada fortaleza, sutil como de buen español, pero vigoroso y templado por influencias de catolicismo exterior, singularmente las inspiradas por el célebre cardenal belga Mercier.

Sin que pueda ser presentado Balmes como cumbre de la escolástica española contemporánea, realizó dentro de ella una obra ingente, de influjo decisivo, en la cual puso a más de su cultura tan vasta el concurso personal de poderosa inteligencia, la cual, según la clasificación de teólogos y pensadores hecha por el célebre clásico Juan Huarte, no se acomodaba a ser o vil o gregaria, es decir, de imitación y rutina, sino que sabía sentirse original, aunque no propendiera a saltos de caprichosa, para rehuir riesgos de atrevimiento, ya que no de

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 96)



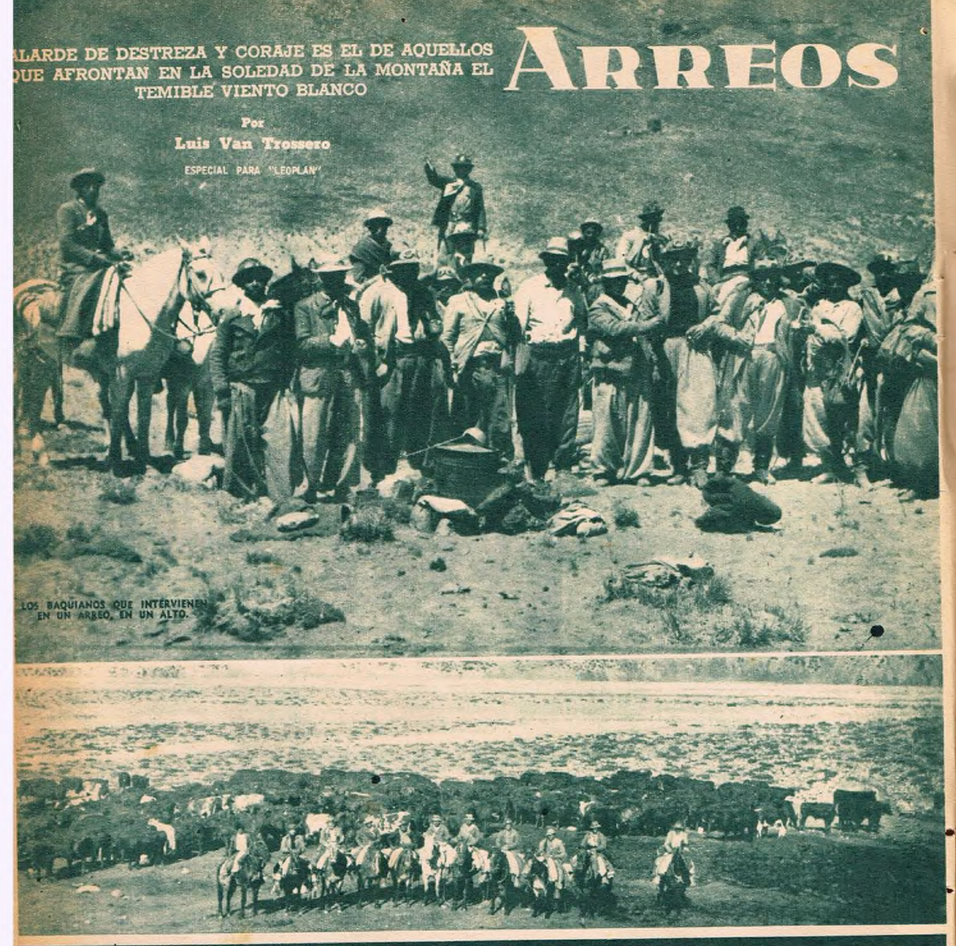
LA HABITACION DONDE ESCRIBIO "EL CRITERIO".

ARREOS

ALARDE DE DESTREZA Y CORAJE ES EL DE AQUELLOS QUE AFRONTAN EN LA SOLEDAD DE LA MONTAÑA EL TEMIBLE VIENTO BLANCO

Por
Luis Van Trossero

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



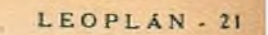
LOS BAQUIANOS QUE INTERVIENEN EN UN ARREO, EN UN ALTO.

UN ARREO DE NOVILLOS EN EL VALLE DE TUNUYAN, LISTO PARA EMPRENDER EL CRUCE DE LOS VENTISQUEROS.

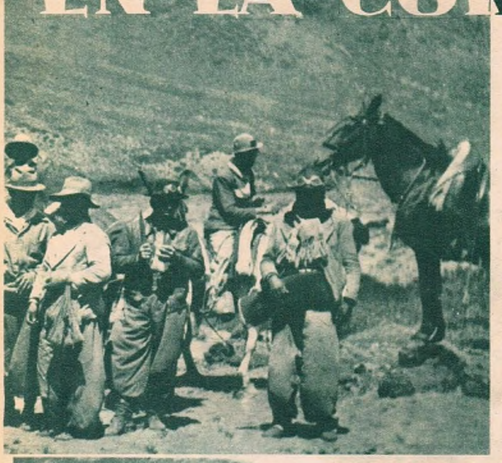
Río y valle de Tunuyán, en Mendoza. Zona que se extiende al pie mismo de la cordillera de los Andes, cordillera recia, de entrada no más, sin contrafuertes. Por allí tienen su camino los troperos argentinos y chilenos, en sus arreos de hacienda a la república vecina. Caminos que son senderos entre riscales y gargantas por donde el viento blanco ulula y corta, y petrifica en su ráfaga glacial. Arriesgada vida la de estos arrieros, que exige bravura de criollos a toda prueba.

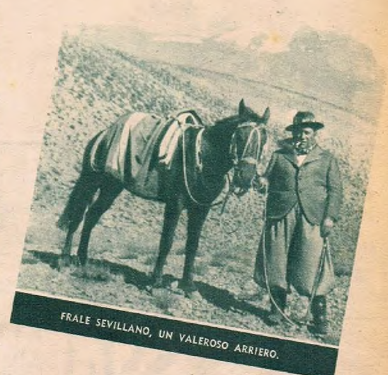
En 1929 salieron de la villa de Tunuyán 17 arrieros detrás de su tropa de quinientos novillos. Era en el mes de enero, plena estación estival, pero allá arriba, a cuatro mil doscientos metros de altura, los temporales sorprenden de un momento a otro en cualquier época del año. La temperatura glacial permanente de las neveras eternas hace temible esa zona, que deben trasponer los arrieros durante dos días de marcha. Es la cuesta de los Portillos, el argentino y el chileno. Allí, en las laderas de los cerros Tupungato y El Plata, donde las altas cumbres juntan sus crestas y forman un portillo. En la fecha citada, un furioso temporal inesperado sorprendió un arreo, y de los 17 hombres que conducían la tropa, sólo regresó uno a la villa de Tunuyán. Los demás fueron congelados por el viento blanco. La novillada, presa del pánico y la desesperación, se desbandó, cayendo a los precipicios o arrastrados por el viento que los "vuela", según el decir de los arrieros, como si fueran papeles. Y allí mismo, en la región de los Penitentes, aristas de hielo eterno que apuntan su filo hacia el cielo, existe un verdadero cementerio de animales petrificados. Novillos y mulas que han caído o se han deslizado desde las cumbres e intentaron huir,

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 98)



EN LA CORDILLERA





FRALE SEVILLANO, UN VALEROSO ARRIERO.

RESCATANDO UNA MULA CONGELADA Y ARRASTRADA DESPUES POR EL RIO.



La mancha

cuento, por

Juan Eduardo Fentanes

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIÓN DE LISA

La mancha no me había preocupado. La fregué con un poco de agua y jabón y colgué el saco cuidadosamente en la silla de mi dormitorio. Eran las tres y media de la mañana, un sueño atroz me mordía los ojos. Automáticamente me desvestí, y quedé dormido casi sin tiempo de cubrirme con las frazadas.

. . . .

La noche entraba silenciosamente por la ventana. Miré el reloj. Las agujas apuntaban inflexibles hacia lados opuestos: las tres menos cuarto. Tenía noción de haberme dormido ya pasada esa hora, pero la pesadez de mi cerebro evitaba explicaciones. Me pareció haber estado acostado un largo rato. Lentamente me incorporé sobre la cama y comencé a vestirme. Al ponerme el saco no noté la mancha. Estaba seco, no obstante recordaba, como en sueños, haber fregado la manga.

La calle se extendía delante de mis ojos como un inmenso río, donde navegaban solitarios una multitud de faroles somnolientos. Una ligera llovizna caía en silencio con ritmo acompasado. Sobre los frentes de las casas comenzaron a apagarse algunos carteles luminosos. Uno que otro automóvil hería con sus faros la oscuridad nebulosa de la madrugada. Llegué hasta la plaza. Una inesperada soledad invadió la calle, y la sensación de frío que me hizo estremecer obligóme a echar una mirada a mi alrededor. Ni un alma. Todo estaba oscuro y pesado. El horizonte encajonado por los grandes edificios se confundía en la noche como esfumándose en un lejano humo de carbón. Un tranvía amarillento rechinó sobre las vías y pasó quejándose lastimosamente como una aparición fantasmagórica.

Tenía miedo, por qué no confesarlo, y al escuchar unas pisadas que restallaron sobre la granza, me deslicé hasta uno de los frentes del monumento, queriendo confundirme entre las sombras. Pero su silueta se percibió recortada entre los árboles. Caminó derecho hacia mí. Un temor cobarde me palpitaba en las venas y el corazón me latió con fuerza inusitada. El me esperaba. Sacó un cigarrillo y le di lumbre. El fósforo iluminó la manga de mi saco. Recordé la mancha que había desaparecido y sentía una sensación de desencanto, como si su desaparición me vaticinara algo que iba a suceder. Automáticamente saqué mi pipa del bolsillo y pensé por un instante que la mancha no había existido nunca. Bien pudiera haber sido un sueño.

Pero no, mi pipa era una pistola. Quiso calmarme, estaba más asustado que yo. Escuché claramente el repiqueteo de los cascos de un caballo de lechero. Sus palabras eran confusas, rápidamente me dijo que no tenía apuro, que podría esperar unos días más. Le contemplé con los ojos entrecerrados. Veía en la penumbra sus rasgos duros, la expresión de miedo que los contraía. Gesticulaba moviendo las manos como un desesperado. Un ómnibus plateado se deslizó por la cinta gris del asfalto. Siguió hablándome, sus palabras eran un enjambre que me rodeaba, produciéndome un mareo que repercutía en mis nervios. No tenía intención de matarlo. Yo mismo no podía explicarme cómo había cambiado mi pipa por la pistola. La empuñaba por el caño. De pronto recordé que no había podido obtener la cantidad que me exigía. Sus manos danzaban delante de mis ojos como queriendo hipnotizarme. Sentí deseos de tomárselas, de detener sus movimientos. Me ponía nervioso, y lentamente su palabrerío me iba enfureciendo. Se sacó el sombrero y pasóse un pañuelo blanco por la calva. Su cabeza extrañamente pálida relucía.

Lo golpeé con fuerza. Una sola vez. Su sangre me salpicó la mano. Un redondel oscuro se agrandó en su frente y un hililio líquido le zigzagueó desde el entrecejo hasta la boca. No habló más. Me miró como entre sueños y cayó pesadamente.

El reloj de un gran edificio dió tres campanadas. Me alejé rápidamente. Estaba embotado y la plaza daba vueltas a mi alrededor. Me arrodillé sobre el césped al lado de la fuente y me lavé las manos. Limpié cuidadosamente la culata del arma y la guardé en el bolsillo.

Caminé apurando el paso por una calle lateral. Tenía la sensación de que una aguja helada me traspasaba de lado a lado. Sentí punzadas en la cabeza y en el pecho y mis vísceras se comprimían como si me ahogara. Me pasé una mano por el cabello acariciándome la frente. No veía nada, nada. Todo era tinieblas delante de mí. Tinieblas oscuras y profundas que se estiraban delante de mis ojos, alargándose y retrotrayéndose como si fueran elásticas. Cerré los párpados y volví a abrirlos. Sí, estaba caminando por la calle. Al pasar por una vidriera iluminada me miré en el espejo del fondo. Estaba despeinado y mi traje arrugado, completaba la impresión de angustia que me invadía. Entré en un cafetín. Necesitaba tomar un trago.

El humo de los cigarrillos dibujaba un escueto velamen atravesado penosamente por la luz. Los murmullos, el ruido monótono de algunos jugadores de dados, los gritos ahogados de los mozos y el estrépito de las copas y los platos me rodearon. En una mesa cercana dos hombres leían cada uno un diario, de tanto en tanto hacían un breve comentario como para asegurarse que estaban allí y seguían leyendo. Intenté pensar con calma, meditar, pero el bullicio permanente del salón me interrumpía. Cuatro muchachos jugaban una generala volcando el cubilete, tras largos revoleos, y contemplando luego el juego. En el mostrador, un individuo impecablemente vestido saboreaba un vaso de cerveza y miraba absorto los movimientos que hacían dos billaristas elaborando carambolas sobre el campo verde de la mesa. Un canillita entró dando gritos desde la calle. En el reservado para familias, alguna pareja se amarrucaba dividida por la mesilla y un par de pocillos de café. Un mozo cobraba con actitud de beato la consumición a tres vejetes que acababan de tomar una taza de té entre ligeros carraspeos. Asocié el mundo que me circundaba con un corral de ovejas asustadas de la noche y volví a la calle.

A pasos lentos, contemplando, bebiéndome las cosas y las gentes que pasaban a mi lado, llegué hasta mi casa. El ascensor producía un extraño zumbido hueco al subir. Abrí y cerré las puertas estrepitosamente. Me fuí desvistiendo con lentitud. La mancha en la manga no me había preocupado. La fregué con un poco de agua y jabón y colgué el saco cuidadosamente en la silla de mi dormitorio. El sueño me pesaba en los ojos. Casi sin tiempo de cubrirme me dormí.

....

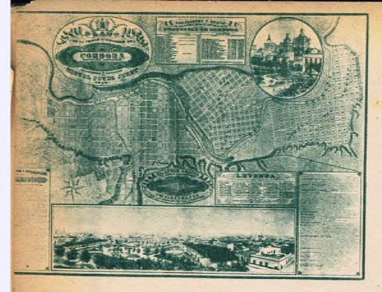
....

La noche entraba silenciosamente en el cuarto. Miré el reloj. Eran las tres menos cuarto. Con la sensación de haber dormido un largo rato me vestí. Estaba como enloquecido. Al ponerme el saco no noté la mancha. Recordaba, no obstante, como en sueños, haberla lavado cuidadosamente.

Caminé con lentitud hacia la plaza. La madrugada apuntaba débilmente tras las casas. Tenía la impresión de haber matado a alguien, pero pensaba que todo había sido una alucinación, aunque experimentaba un extraño pavor.

Estaba tendido en el suelo. Una herida circular en la frente había dejado escapar la sangre coagulada que le cubría el rostro. Su calva relucía extrañamente. Lo miré atontado como si fuera una aparición. En el bolsillo algo me pesaba. Metí la mano. El contacto frío de la pistola me estremeció. Rápidamente me miré la manga del saco con un terror inmenso. Esperaba que la mancha no estuviera, pero sí, allí estaba, oscura, casi fresca. Era un líquido pastoso. ¡Sangre! Miré sobrecogido a mi alrededor.

Un reloj lejano dió cuatro sonoras campanadas. Por la plaza soplaba un vientecillo helado. ◈



CORDOBA, EN

LA CIUDAD QUE FUNDARA EN JULIO DE 1573 DON JERONIMO LUIS DE CABRERA, VIVE HOY, A TRESCIENTOS SETENTA Y CINCO AÑOS DE SU NACIMIENTO, SU GRANDIOSA PLENITUD

por **Jerónimo Díaz Guzmán**

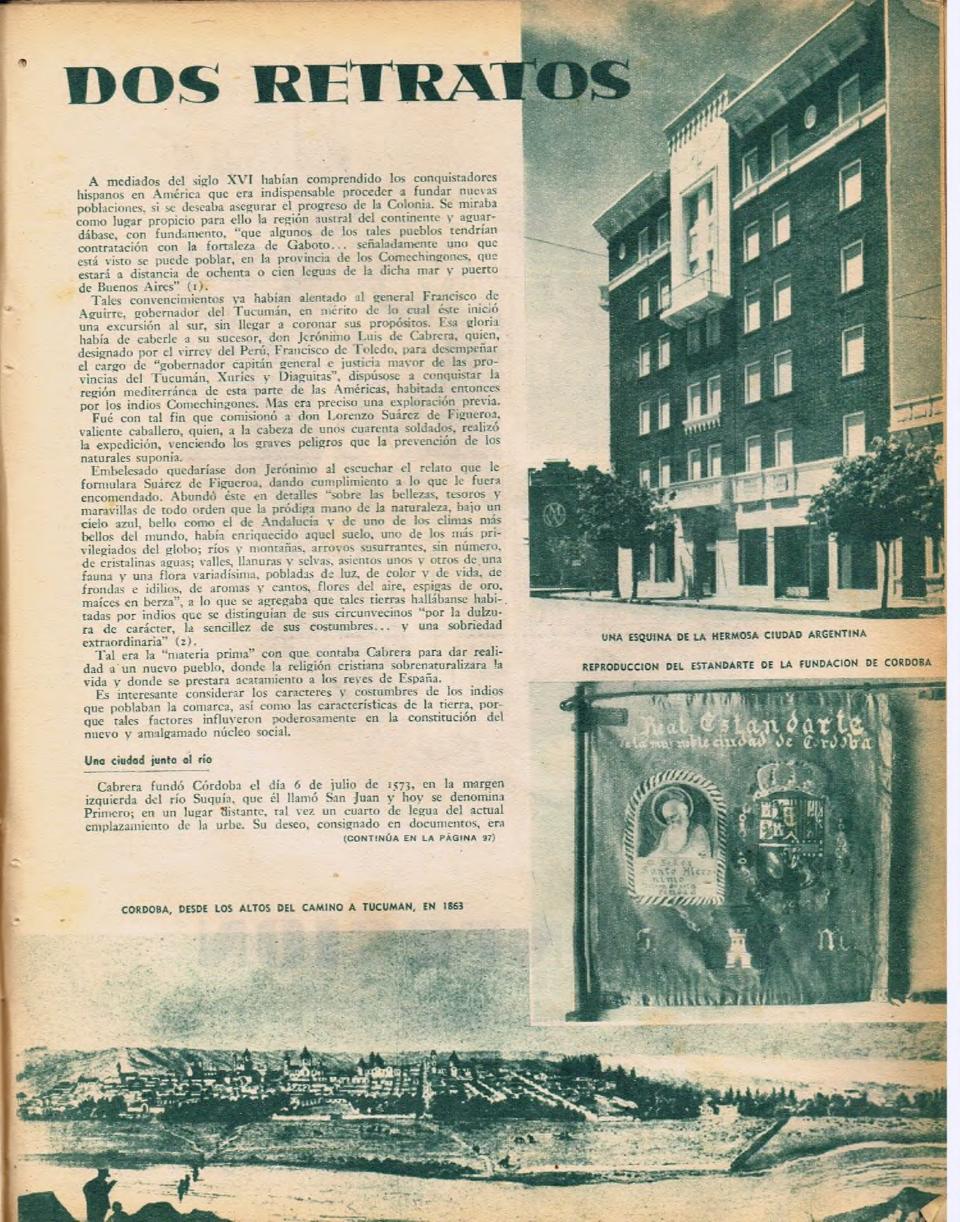
A la edad de trescientos setenta y cinco años, Córdoba sabe a historia; y sabe a historia, no sólo porque posee la suya, sino también porque vive su historia. Un pueblo que busca y que halla en los infolios de su pasado la clave que hace grande su presente y le anticipa venturoso el porvenir, es un pueblo que vive su historia. Para Córdoba, no es —ni ha sido nunca— la historia una manifestación estática, lo que queda atrás, lo que el tiempo esclaviza; muy por el contrario, ella suscita y mantiene la omnipresencia de su pretérito porque ve en él una brújula orientadora y una fuente de sabiduría que han de tornar fecundo su paso y perdurable su existencia.

Primer retrato

Con el objeto de que se pueda inferir el itinerario ascendente y fecundo que ha trazado y ha seguido la noble ciudad mediterránea, trataremos de ofrecer dos retratos de Córdoba: el de su nacimiento y el de su plenitud.

UN ASPECTO DE LA CORDOBA MONUMENTAL DE LA ACTUALIDAD.

DOS RETRATOS



A mediados del siglo XVI habían comprendido los conquistadores hispanos en América que era indispensable proceder a fundar nuevas poblaciones, si se deseaba asegurar el progreso de la Colonia. Se miraba como lugar propicio para ello la región austral del continente y aguardábase, con fundamento, "que algunos de los tales pueblos tendrían contratación con la fortaleza de Gaboto... señaladamente uno que está visto se puede poblar, en la provincia de los Comechingones, que estará a distancia de ochenta o cien leguas de la dicha mar y puerto de Buenos Aires" (1).

Tales convencimientos ya habían alentado al general Francisco de Aguirre, gobernador del Tucumán, en mérito de lo cual éste inició una excursión al sur, sin llegar a coronar sus propósitos. Esa gloria había de caberle a su sucesor, don Jerónimo Luis de Cabrera, quien, designado por el virrey del Perú, Francisco de Toledo, para desempeñar el cargo de "gobernador capitán general e justicia mayor de las provincias del Tucumán, Xuries y Diaguitas", dispúsose a conquistar la región mediterránea de esta parte de las Américas, habitada entonces por los indios Comechingones. Mas era preciso una exploración previa.

Fué con tal fin que comisionó a don Lorenzo Suárez de Figueroa, valiente caballero, quien, a la cabeza de unos cuarenta soldados, realizó la expedición, venciendo los graves peligros que la prevención de los naturales suponía.

Embelesado quedaríase don Jerónimo al escuchar el relato que le formulara Suárez de Figueroa, dando cumplimiento a lo que le fuera encomendado. Abundó éste en detalles "sobre las bellezas, tesoros y maravillas de todo orden que la pródiga mano de la naturaleza, bajo un cielo azul, bello como el de Andalucía y de uno de los climas más bellos del mundo, había enriquecido aquel suelo, uno de los más privilegiados del globo; ríos y montañas, arroyos susurrantes, sin número, de cristalinas aguas; valles, llanuras y selvas, asientos unos y otros de una fauna y una flora variadísima, pobladas de luz, de color y de vida, de frondas e idilios, de aromas y cantos, flores del aire, espigas de oro, maíces en berza", a lo que se agregaba que tales tierras hallábanse habitadas por indios que se distinguían de sus circunvecinos "por la dulzura de carácter, la sencillez de sus costumbres... y una sobriedad extraordinaria" (2).

Tal era la "materia prima" con que contaba Cabrera para dar realidad a un nuevo pueblo, donde la religión cristiana sobrenaturalizara la vida y donde se prestara acatamiento a los reyes de España.

Es interesante considerar los caracteres y costumbres de los indios que poblaban la comarca, así como las características de la tierra, porque tales factores influyeron poderosamente en la constitución del nuevo y amalgamado núcleo social.

Una ciudad junto al río

Cabrera fundó Córdoba el día 6 de julio de 1573, en la margen izquierda del río Suquía, que él llamó San Juan y hoy se denomina Primero; en un lugar distante, tal vez un cuarto de legua del actual emplazamiento de la urbe. Su deseo, consignado en documentos, era

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 97)

UNA ESQUINA DE LA HERMOSA CIUDAD ARGENTINA

REPRODUCCION DEL ESTANDARTE DE LA FUNDACION DE CORDOBA

CORDOBA, DESDE LOS ALTOS DEL CAMINO A TUCUMAN, EN 1863



LA CONFESION

cuento, por
Angel Mazzei
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIÓN DE RAUL VALENCIA

SE VENDE UN PIANO...

El aviso que apareciera en el diario de la mañana había sido fructífero.

El comprador, con sorprendente sobriedad, había aceptado las condiciones. Al día siguiente lo llevarían.

Zoraida, durante toda la mañana, permaneció como alejada de ese incidente en apariencia minúsculo, pero que encerraba para ella tan honda repercusión. Pero al llegar la tarde, un sentimiento nuevo la empujó hacia la sala posesionada de sombras, donde todavía velaba los días muertos el viejo piano vertical.

Durante sus dos años de casada, esa presencia, sin advertirlo acaso, había sido el único puente tendido entre su existencia matrimonial sin matices y su lenta vida de soltera, subdividida en el pormenor y en los sueños.

Sobre el hastío que pesaba en ella, desde entonces, un hastío elegante, diáfano, casi feliz, el piano había sido el murallón inaccesible que disimulaba ante los inexpresivos ojos ajenos la reprimida quietud

de sus viajes, inmovilizada en su habitación, la clara melancolía de sus antiguas actitudes de niña, sus pequeñas manías...

Detrás de él se escudaban, sin otra luz que la proyectada por el recuerdo, esa minucia que, lentamente, agigantándose, va terminando por absorber la razón de una vida entera, la historia de un paseo, una voz dispersa, dos líneas de una carta y quizá, algo menos, el solo rumor del día en el jardín, el golpe del metal de la lluvia.

Bien pudo ser su vida, ahora todo surgía diáfano, una cosa distinta, clausurada a todo lo que no fuera íntimo sueño; pero se había dejado vencer, paulatinamente, por voluntades próximas, tan tenaces como la suya, cauta y firme como un agua subyacente, pero considerablemente más oportunas.

¡Qué largo recuerdo suscitaba la claridad de la despedida! Cuando era niña penetró, inexplicablemente, una tarde en una iglesia desconocida. Frente a una imagen de la Virgen de Sión, permaneció largos momentos; la claridad que de la Virgen surgía, la mansedumbre de su sonrisa, poco a poco se posesionaban del templo, y una música transparente, intuída y nunca escuchada, bajaba desde el cielo, tocaba sus manos, sus ojos, sus cabellos. Al regresar a su casa le pareció que por primera vez se había enfrentado a un recuerdo: aquella sonrisa diluída en todo el rostro, fraguada apenas en la comisura de los labios; aquella música purísima de rabeles que, de súbito y tan naturalmente, surgió de la sombra, le pareció la primera consumación de un bello sueño. Sentada en su habitación, frente al piano, recordó sus antiguas canciones de la infancia, un lied de Brahms que deleitaba a su prima María Clara. ¡María Clara! Inesperadamente habían surgido su nombre y su figura pequeña, menuda, tal como en el día de otoño en que desapareció para siempre de la casa. A su contacto había surgido en ella su predilección, inextinguida por los libros, por la música, su mejor refugio frente a la trivialidad del mundo.

Toda aquella tarde permaneció sumida en otro plano, recluída en sus mejores esperanzas, y durante horas, hasta que en la casa fueron encendidas las lámparas y se dispuso la comida, el piano no se detuvo casi.

Cuando su madre se acercó a ella, con un pretexto cualquiera, al rozarle apenas el hombro, ella había proferido un grito de espanto tan hondo, tan desgarrante, que resonó multiplicado en la casa como una angustia desesperada y sin freno. Desde entonces todos en su familia se habituaron a su sostenido silencio, al recogimiento de su vida, a su predilección demasiado extraña de permanecer a oscuras, ejecutando canciones religiosas.

Una noche, Zoraida anunció que había aceptado su noviazgo con Julio Casals, correcto hombre de negocios, excelente hombre de hogar. El asedio había sido fructífero. Pudo causar sorpresas, y la madre, habituada a callar, supo insinuarlo.

Pero la voz de Zoraida era apacible y terminante. "Nos casaremos el mes próximo, una semana después que el primo Mario."

El recuerdo la dejó en una laberíntica posición distante. Primero fué una ráfaga intensa que le golpeó los hombros tenazmente, después le pareció oír un débil rumor de agua y luego se sintió recorrida totalmente, desesperadamente, por un estremecimiento, como cuando de improviso en la preanunciación sombría de la noche, el ala del murciélago, como un inmenso remo, pasaba tan cerca de su rostro que parecía empujarla con fuerza a una desnivelada región y ella se sentía de pronto oscura, pequeña, enfermiza, sin fuerzas para nada, como la tarde en que, extraviada en el parque, se quedó absorta, sin gritar, enraizada, en el paisaje silencioso.

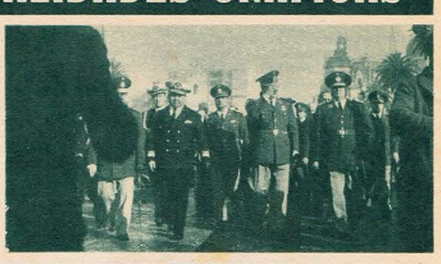
Zoraida trató de reponerse de esa sensación oculta y amordazante e intentó incorporarse.

Una lasitud total se lo impidió; la luz de la tarde se tornaba cada vez más evanescente y poco a poco el último árbol que retenía la ventana fué entrando en la tiniebla. Una llamarada intensa se apoderó de la habitación, y desde la puerta, entreabierta al soplo del viento del anochecer, dispersó las páginas del álbum. Doblada al pie del piano quedó la foto de Mario, flamante guardia marina, sonriendo.

Cuando el esposo entró, ella estaba inmóvil, su cabellera como una flor resignada a deshojarse, doblada, inerte. Las manos detenidas en la falda. Sí. Estaba muerta. ❖

ACTUALIDADES GRAFICAS

EL DIA DE LA BANDERA. En el 128º aniversario del fallecimiento de Belgrano, el pueblo argentino rindió homenaje a la bandera. Aquí se ve al presidente de la Nación y altas autoridades durante una ceremonia. →



SEGURIDAD EN EL TRANSITO. — En el Departamento Central de la Policía de la Capital realizóse una sencilla ceremonia — durante la cual se entregaron premios a agentes meritorios — para celebrar la fecha instituída como el Día de la Seguridad en el Tránsito.





NUEVO ACTOR. — En la película "Inmigrantes" actúa el nuevo galán cinematográfico Iván Grondona, descubierto por el gran actor italiano Aldo Fabrizi, quien auguró al novel artista un brillante porvenir.

AUDICION POETICA. — Se realizó en la Casa del Teatro una audición poética, con la intervención de Vera Lamarten. Su actuación cosechó cálidos aplausos.





EXPOSICION. — En las instalaciones de la Sociedad Rural Argentina efectuóse con éxito una exposición avícola que contó con notables ejemplares de raza. Aquí, uno de los miembros del jurado exhibe un ejemplar premiado.



MIGUEL VILADRICH. — Con mucho éxito se inauguró, en la Galería Müller, la exposición de obras del pintor español Miguel Viladrich, quien una vez más brinda al público porteño una brillante muestra de su arte.



ARTISTICAS.—En el Teatro Municipal de la Ciudad de Buenos Aires debutaron con éxito, recientemente, los bailarines Norma Horvath y Antonio Truyol, quienes brindaron una cabal muestra de su refinado temperamento artístico. ←

KENNEL CLUB. — La institución del epígrafe realizó, con excelentes resultados, una exposición de perros. Los diferentes ejemplares presentados realzaron la muestra, dando ardua labor a los jurados. Aquí, el señor Otto Eichenauer aparece con dos ovejeros alemanes premiados. →



Cine

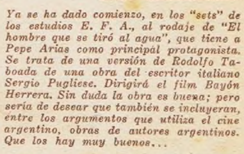
por AMELIA MONTI

MIL SEISCIENTOS TRAJES



Dentro de los preparativos que se realizan para iniciar el rodaje de "La cuna vacía", uno de los más importantes es el que se refiere al vestuario. Esta nueva película de las tres "A", en la que deben aparecer distintos personajes de época y de carácter histórico, registra pasajes importantes de la vida del gran poeta Ricardo Gutiérrez. Los bocetos para el numeroso vestuario fueron diseñados por Mario Vabarelli, después de largos y minuciosos estudios y consultas para la autenticidad de los modelos. Sobre esos bocetos se confeccionan actualmente 1.600 trajes, que es, nada menos, la cantidad exigida en el film, tanto para las primeras figuras como para los numerosos intérpretes del reparto y extras. El actor Angel Magaña asumirá solo la responsabilidad de primera figura del film, en un papel que tiene sus dificultades y del que seguramente saldrá airoso y con un galardón más en su carrera artística. Carlos Rinaldi ejercerá la dirección.

ANGULOS Y ENFOQUES



Emelco está preparando como una de las producciones más ambiciosas del sello la primera que filmará Amadeo Nazzari en la Argentina. El libreto original ha sufrido algunas modificaciones, de acuerdo a las interesantes sugerencias del galán italiano. Para esta película se prepara un numeroso reparto y se están haciendo gestiones a fin de que Mirtha Legrand acepte el principal papel femenino del film.

Ya se ha dado comienzo, en los "sets" de los estudios E. F. A., al rodaje de "El hombre que se tiró al agua", que tiene a Pepe Arias como principal protagonista. Se trata de una versión de Rodolfo Taboada de una obra del escritor italiano Sergio Pugliese. Dirigirá el film Bayón Herrera. Sin duda la obra es buena; pero sería de desear que también se incluyeran, entre los argumentos que utiliza el cine argentino, obras de autores argentinos. Que los hay muy buenos...



"La muerte camina en la lluvia", película de original trama, del sello Lumiton, se dará a conocer en breve. Se trata de la adaptación de una obra del escritor belga Stanislas Steeman, realizada por César Tiempo y Carlos Hugo Christensen, este último, director del film. Protagonistas del mismo son Olga Zubarry y Guillermo Bataglia.

En Argentina Sono Film se trabaja con gran actividad y mucho entusiasmo en una gran película para Zully Moreno, que se basa en un excepcional libreto. La empresa tiene además, en estudio, dos grandes producciones. Se trata de "Don Juan Tenorio" y "Pasaporte a Río". "Don Juan Tenorio", que tendrá a Luis Sandrini como eje del reparto, será filmada dentro de algunos meses.



"Pasaporte a Río", que interpretan Mirtha Legrand y Arturo de Córdova, tuvo algunos contratiempos de filmación debido a la grandiosidad de los escenarios. Es tan amplio el reparto que una conocida figura, creyendo que no entraba en el film, no concurrió a los estudios. Sin embargo, su ausencia interrumpió la filmación. Exceso de modestia, sin duda.



Carol Richard, popular figura de programas radiotelefónicos en los Estados Unidos, llegó hace unos meses a Hollywood, donde hará su debut cinematográfico en "The Great Gatsby", y lo hace nada menos que junto al galán de moda, Alan Ladd, y la estrella Betty Field, de quienes es gran amiga.

ENTRE ASTERISCOS



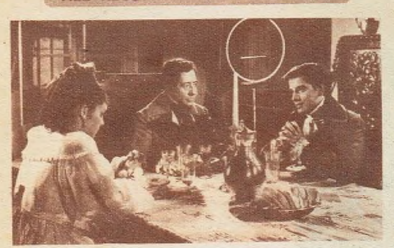
Lucile Ball, la vistosa y elegante estrella, personificará en su próxima película a Gladys O'Neill, una figura hermosa en el ambiente de los clubs nocturnos neoyorquinos, que el libreto describe como una hermosa muñeca, que ríe y baila "Sorrowful Jones" es el título provisional de este film, en el que nada menos que el astro cómico Bob Hope acompañará a la estrella.



Hal Wallis, durante una breve, pero fructífera visita a Nueva York, adquirió los derechos de filmación del celebrado cuento de Gertrude Schwertzen, "Obsesión". Por el carácter recio que exige la adaptación cinematográfica, se ha pensado en Bárbara Stanwyck —quien acaba de realizar una valiosa interpretación en "Sorry Wrong Number" ("Número equivocado"), uno de los más dramáticos trabajos de su carrera— para personificar a la protagonista. La celebrada estrella de "Pacto de sangre" está encantada con el nuevo argumento.

William Dieterle ha sido contratado a largo plazo para dirigir las producciones de Hal Wallis. Este contrato significa una sola película por año. Lo cual no privará al celebrado director de cumplir otros compromisos. Uno de ellos, el film "The acussed", de Paramount, en el que intervienen Loretta Young y Robert Cummings. Está actualmente en rodaje.

FIEL RECONSTRUCCION HISTORICA



Que el sello Emelco realiza una obra de mérito para el montaje fiel del ambiente del nuevo film "El tambor de Tacuarí", es una cosa evidente. Para quien ha seguido paso a paso la filmación de esta producción extraordinaria, que contó con la eficaz labor directiva de Carlos Borcosque, no han pasado inadvertidos los esfuerzos en tal sentido. En el elenco descuella Juan Carlos Barbieri, animando al heroico tambor que se cubrió de gloria en Tacuarí, y Francisco Martínez Allende, que realiza la personificación del capitán Ríos.

Uno de los grandes *sets* preparados con minuciosidad ha sido el del corazón de la Gran Aldea. La Plaza de la Victoria, con su vieja recova y sus edificios circundantes —el Fuerte y el Cabildo entre ellos— es de una exactitud histórica y, para mantener el realismo en la ficción, hasta se esperó un día propicio, a fin de que el estado climatológico correspondiera al que las crónicas asignan al magno 25 de mayo de 1810.

UNA ESTRELLA TRABAJA

Olivia de Havilland estudia apasionadamente el papel para el cual fué contratada y que será —según afirma ella misma— uno de los mejores de su larga carrera artística. En efecto, tiene el papel principal en la primera producción de Liberty Film, "La heredera", cuya dirección estará a cargo del genial Wyler, quien vuelve al trabajo de los "sets" después de las prolongadas vacaciones que se tomó luego de dirigir "Lo mejor de nuestra vida".

Fantasmas de entre dos siglos

or
alentín de Pedro
PECIAL PARA "LEOPLÁN"

LA BARBA SIMBOLICA DE

BAJO EL SIGNO ADVERSO DE SU VIDA, HALLO EN LA SELVA SU SALVACION COMO ESCRITOR

FOTOS ARCHIVO GRAFICO DE LA NACION

VEINTIDÓS años tenía Horacio Quiroga cuando estuvo en París. Nada más asomarse a la vida literaria, se le cumplió el deseo del viaje a Europa; deseo que parece inherente a la vocación de todo escritor rioplatense, y más aun por aquellos tiempos del 900, cuando en el cielo del arte no había más dioses que los simbolistas franceses.

Fué un rápido viaje, en el que agotó su patrimonio que, la verdad, no daba mucho de sí, y en el que agotó también su caudal de ilusiones. Como recuerdo de su desdichada aventura, le quedó la enmarañada barba, crecida en los días de miseria parisiense, en los que el ir a la peluquería era un lujo que no podía permitirse, y que ya no se afeitaría en toda su vida. Barba simbólica, pues dijérase que con ella mostraba su disconformidad con la vida civilizada —civilización de hombres rasurados—, y que de aquel modo le salía a la cara su vocación selvática, o si se quiere, la selva misma, con la que se sentiría tan profundamente identificado.

Curado para siempre de París en su juventud, su alma estaba preparada para sus nupcias con la selva, de la que empezó a enamorarse oyéndole a Leopoldo Lugones hablar de ella, cuando preparaba su viaje a Misiones —en 1902—, para escribir, por encargo del Ministerio de Instrucción Pública, su libro *El imperio jesuítico*. Y deseó conocerla. Como buen enamorado encontró para ello el adecuado pretexto: se incorporó, como fotógrafo, a la expedición encabezada por Lugones.

EN LA SELVA MISIONERA, HORACIO QUIROGA TRABAJA EN LA CONSTRUCCION DE UNA CANOA, CON UN "MENSU", ACASO UNO DE LOS PERSONAJES DE SUS FAMOSOS RELATOS.



EL INSIGNE CUENTISTA PARECE MOSTRAR TODA LA HONDURA ATORMENTADA DE SU ESPIRITU EN EL ESPEJO DE SUS CLAROS OJOS.

HORACIO QUIROGA



EL ATILDADO INDUMENTO CIUDADANO CONTRASTA AQUI CON EL AIRE SELVATICO QUE SE DESPRENDE DE SU CABELLERA Y DE SU BARBA.

Apenas puesto el pie en la región misionera, se dedicó a cortejar a la selva, demostrándole su amor de mil modos y haciendo mil locuras de enamorado, que Lugones, como jefe de la expedición, pasó por alto, porque como buen poeta, sabía que

contra muerte y amor
nada no tiene valia.

Regresó Horacio Quiroga con los demás expedicionarios a Buenos Aires, porque si bien estaba en su voluntad el quedarse en la selva misionera, no contaba con medios para ello. Pero, al marcharse, la llevaría consigo, y esta vez no ya sólo en la cifra simbólica de su barba, sino en su sangre.

Influencia de Edgardo Poe

Horacio Quiroga reconoció a Leopoldo Lugones como un maestro cuando por primera vez leyó versos suyos. Y siendo muy joven, antes de su viaje a París, vino a Buenos Aires para conocerlo personalmente y rendirle el homenaje de su admiración. Cuando más tarde, en 1901, se radica en nuestra capital, Lugones es su amigo; pero ya entonces su devoción literaria se dirige hacia otros altares. Aun más que su maestro, su Dios, en aquellos instantes, es Edgardo Poe. El mismo nos lo dirá: "Poe era en aquella época el único autor que yo leía. Ese maldito loco había llegado a dominarme por completo; no había sobre la mesa un sólo libro que no fuese de él. Toda mi cabeza estaba llena de Poe..." Su influencia se ve claramente en los cuentos que por entonces escribe.

Pero si Poe ejerce sobre él, en aquellos días un predominio por el propio Horacio Quiroga reconocido, el espíritu del autor de *El tonel de amontillado*, o más exactamente su fantasía trágica, parece haberse cernido sobre su cuna.

Contaba apenas unos meses de edad, y con ocasión de hallarse la familia en el campo, donde había ido precisamente para atender a la curación de una persistente tos ferina que aquejaba al pequeño Horacio, su padre se mató accidentalmente, al disparársele la escopeta que llevaba en la mano, muy cerca de él, a quien la madre tenía en sus brazos. Más adelante, siendo ya un muchacho que frisaba en la adolescencia, presenció el suicidio de su padrastro. Víctima éste de una parálisis, no se resigna a la infortunada existencia que le espera; en un supremo esfuerzo de su voluntad logra apoderarse de una escopeta, hace funcionar el gatillo con un dedo del pie, pues sus manos estaban privadas de todo movimiento, y se destroza la cabeza.

Pero aun había de tener un contacto más íntimo con la "intrusa" —Maeterlinck fué, después de Poe, una de sus grandes devociones— hasta el extremo de que aquélla se sirve de él para fulminar a uno de sus amigos

más queridos: Federico Ferrando, compañero de sueños y de bohemia, a quien una violenta campaña literaria pone en la inminencia de un duelo. Con objeto de saber algo del arma con la cual se enfrentará con su adversario en el terreno del honor, compra una pistola. Le pide a Horacio Quiroga que lo instruya en su funcionamiento. Cree Quiroga que la pistola está descargada, va a enseñar a su amigo cómo se maneja..., y Federico Ferrando cae muerto frente a él.

Aquel tiro mata también al *Consistorio del Gay Saber*, capilla literaria capitaneada por Horacio Quiroga y Federico Ferrando, que se alzaba frente a la *Torre de los Panoramas*, donde pontificaba Julio Herrera y Reissig, y que se hizo famosa por sus alegres y espirituales ritos, con un estatuto cuyo artículo primero rezaba:

Que cada cual haga lo que le dé la gana,
aunque sea una macana.

Anonadado por su sino trágico, como si no pudiera seguir viviendo en Montevideo después de haber sido tan cruelmente traicionado por la fatalidad, viene a Buenos Aires, a cuya vida literaria se incorpora definitivamente. Lo que queda atrás no cuenta, hasta el punto de suprimir de la nomenclatura de sus obras *Los arrecifes de coral*, el primero de sus libros, publicado antes de aquella fecha, en el que se había manifestado su talento poético. También desde entonces renuncia al verso para siempre. Para él su obra empezaba a contar con *El crimen del otro*, un volumen de cuentos publicado en nuestra capital el año 1904.

El sortilegio de la selva

Pero donde verdaderamente nace de nuevo para una vida más alta y ponderable en nuestras letras, es en la selva misionera, a la que llega un día acompañando a Leopoldo Lugones, y a la cual permanecerá ya ligado para siempre. Se entrega a sus verdes brazos con pasión de amante. ¿Cómo la naturaleza salvaje no lo devora? ¿Cómo puede convivir con ella? Dijérase que ha vendido su alma al demonio de la selva, porque de otro modo no se concibe que pudiera resistir el aliento s...aje y mortal que exhalan sus lóbregas entrañas, habitadas por la víbora y el tigre.

Sí, es necesario haber hecho un pacto con los genios de la selva, para encontrar la vida allí donde los demás encuentran la muerte. Y, por añadidura, una vida más intensa y seductora que la de la ciudad, que él parecía abandonar a los demás, como diciendo: "la selva es mía; la selva es para mí únicamente".

Desde que obtiene la concesión de unas tierras fiscales en los alrededores de San Ignacio, todos los años, en las vacaciones, se traslada a aquellos lugares, hasta que en 1910, después de casarse, se instala definitivamente en ellos. Funda allí su hogar. Una verdadera fundación, en el sentido esencial de esta palabra, puesto que él mismo abre un claro en la selva donde edificar la casa y la levanta con sus manos.

En aquel grandioso escenario va a encerrarse con su joven esposa. Pero para enfrentarse todos los días y a toda hora con aquel primitivo panorama, con aquellos imponentes testigos que son la selva y el río — ha levantado su casa a orillas del Paraná —, se necesita conocer el lenguaje de los misteriosos seres que los habitan, estar en el secreto de sus fórmulas de encantamiento.

A los cinco años, su esposa no puede resistir el influjo de aquella impresionante naturaleza, de aquella soledad aun más impresionante. Y de nuevo allí, donde Horacio Quiroga triunfa de la muerte en un duelo continuo con ella, ve triunfar a la muerte sobre uno de los seres que están más cerca de él: ve cómo su esposa se entrega en sus brazos descarnados... Y se queda solo en la salvaje soledad, con sus dos hijos.

Cuando en 1924 da a la estampa esa maravilla narrativa que es *El desierto*, su gran amigo Roberto J. Payró publica una nota en la que

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 97)



CURIOSA FOTOGRAFÍA DONDE VEMOS JUNTOS — NO HACE FALTA SEÑALARLOS — A HORACIO QUIROGA Y LEOPOLDO LUGONES, TAN SINGULARMENTE VINCULADOS EN LA VIDA Y EN LA MUERTE. SENTADOS, DE IZQUIERDA A DERECHA, FERNANDEZ MORENO, ALBERTO GERCHUNOFF Y ROBERTO F. GIUSTI.

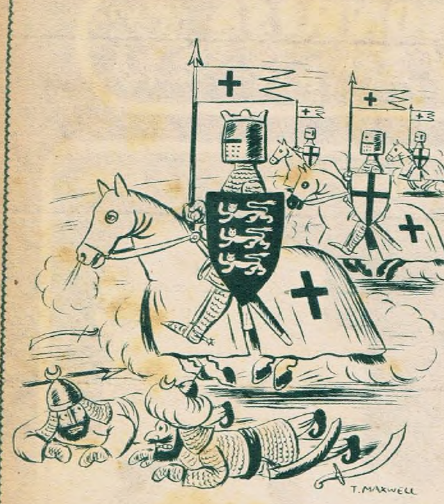
RISA Y SONRISA

PUNTOS DE VISTA   Por SEVILLA

SEVILLA

—¡Y como le iba diciendo, desde que las mujeres votan han perdido todos sus encantos!

EN AQUELLOS TIEMPOS



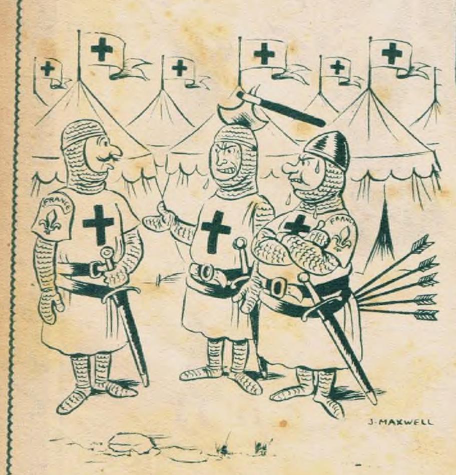
DIVISION BLINDADA

—Son Ricardo Corazón de León y sus "Ratas del desierto".



SEGUNDA FILA

—¡La aureola, por favor!



CASO URGENTE

—¿Dónde queda la enfermería?



EMPINANDO EL CODO

—¡Y bien, voto a bríos! ¿De qué se compone el cargamento?



A LA SUERTE

—¿Estás seguro de que es tierna?

RADIO MUSULMANA

—¡Malditas interferencias!

La servilleta... escondida

Por
Julio Franzoso

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

DIBUJOS DE RAFAEL



SIEMPRE he querido hablar de... la servilleta escondida, decir algo sobre ella, pero... la dichosa falta de tiempo me lo ha impedido hasta ahora. Por lo general, todas las personas que vamos con alguna frecuencia al café creemos que los mozos usan "una" sola servilleta, esa que exhiben colgada del brazo sobre el cual descansa la bandeja.

Pues no. No es así. Es necesario fijarse mejor. El asunto es interesante y hasta puede prestarse a deducciones. Los mozos, por lo menos los que sirven en grandes bares, no llevan una sola servilleta: llevan dos... Es como un juego de prestidigitación. Ahora bien: de estas dos servilletas es una sola la que trabaja, y es, precisamente, la que se oculta, quizá avergonzada, en la mano que sostiene la bandeja, debajo de ella. Es un descubrimiento pueril, lo reconozco. Pero he llegado a sentir un poco de lástima por ella, sí, por esa pobre servilleta escondida, apretujada, en el puño del mozo — no siempre mozo —, en tanto que la otra, altiva, orgullosa, muy blanca, muy planchada, sin una mancha, va siempre colgada del brazo, ondulante, vaporosa...

Así, una vez hecho ya el descubrimiento, me he puesto a seguir con atención su trayectoria. Y resultó lo que yo me esperaba... Es ella, indudablemente, la pobre servilleta escondida, hecha casi un estropajo, descolorida, húmeda, la que el mozo utiliza con fuerza para limpiar los cristales que cubren las mesas, para barrer las migas, para quitar las manchas blancuzcas, pegajosas, de las masas, del azúcar, de todo lo que cae y queda allí esperando que alguien la limpie...

Para eso está ella, la servilleta humilde, la servilleta que es como una sirvienta de la otra, y que una vez cumplido su destino vuelve a ocultarse de nuevo bajo la bandeja, dentro del puño del mozo, indigna de ser mostrada allí donde sólo se exhibe su compañera, todo blancura, todo elegancia...

Y estos dos destinos tan diferentes de dos servilletas que nacieron iguales me hace pensar, sin que yo sepa fijamente por qué, en ciertos destinos humanos... Para que alguien suba, escale posiciones, triunfe, es siempre necesario que otro alguien, ya sea hombre o mujer, se sacrifique, se humille, se oculte avergonzado, y sirva así su espalda de peldaño...

La escalera de la vida es muy larga, sus peldaños muy numerosos, y muy pocos los elegidos, los que llegan allá arriba, los que pueden exhibirse, puros, blancos, planchados, sin arrugas... visibles. Así fué siempre. Mientras unos se ocultan, padres, hermanos mayores, hermanas, y realizan trabajos ásperos, rudos, a veces penosos, otros, privilegiados de la fortuna o de la ternura, pasan sobre ellos y llegan... Llegan a lo que se propusieron: la fama..., el amor... o el dinero...

Por eso pienso en este momento en esa pobre servilleta escondida, y siento por ella, como por muchos destinos humildes, una piedad inmensa... ◈

PINCELITO PURAPOSE — *Imaginación* — Por DOMINGO VILLAFAÑE







Fidelidad



—Se me ha terminado el rojo, así que si quiere que termine el cuadro tiene que lavarse la cara.

Peligro



—¡Metele, que al "comefuegos" le cayó mal la comida!

DESAGRADO

Por GORDON



—A decirle verdad, señor arquitecto, me agrada mucho la casita; lo único que no me agrada es esta pared que ofrece ciertas dificultades para caminar por ella.



PERMANENTES PLUMA
SUAVES - SEDOSAS

PERMANENTES CORONITA $ 10.50
MAGNIFICAS Y PERFECTAS

PERMANENTES PLUMA
PARA PEINADOS

PERMANENTES AL OLEO CREMA COMO SEDA

PERMANENTES AL VAPOR "ROBERTS" PERFECTAS

PERMANENTES AUTOTERMO DE BUCLES MARAVILLOSOS

TINTURAS
"POLICROM" al aceite

TINTURAS
LAS MAS ELEGANTES

***PEINADOS** Hermosos*
Masajes y Manicura

Canas

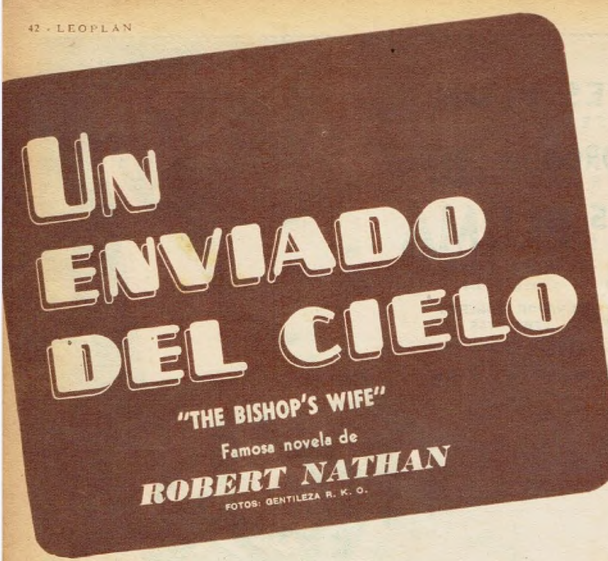
Tintura Instantánea "POLICROM" al aceite. Hermosos colores y de fácil aplicación para particulares. En venta en "La Esmeralda", C. Pellegrini 425 y sucursales.
Envíos al interior, contra reembolso



LA ESMERALDA

(LA MEJOR Y MAS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS EN SUDAMERICA)
S. R. L. - Capital: $ 400.400

Casa Central: C. PELLEGRINI 425
T. A. 35-6645 - 1231



CAPITULO I

ALREDEDOR de las ciudades y de las aldeas hacíanse toda clase de construcciones. Exentos ya de las molestias del desierto, de las amenazas de las fieras o de los indios salvajes, los descendientes de los *pioneers* levantaban edificios de mármol y de hierro que llegaban a centenares de pies de altura y que cubrían hectáreas de terreno. En todas partes había minas, molinos, puentes, ciudades, granjas y plantas eléctricas. Sin embargo, los *pioneers* insistían, puesto que todos se consideraban como primeros pobladores, a pesar de que había ciertas diferencias.

Estas diferencias eran de naturaleza práctica, es decir que, a partir de cierto momento, las personas no se veían ya obligadas a sufrir incomodidades. En realidad, el país entero gozaba del confort, aunque no había llegado aún a su total desarrollo. Esto dió lugar a un extraordinario estado de espíritu. En el momento en que todas las ciudades eran demolidas con el objeto de conseguir espacio para algo más amplio, hubo ya la seguridad de que todo era perfecto. Y así fué posible admirar las bellezas del país y, al mismo tiempo, cooperar en su mejoramiento.

En las escuelas, los niños aprendían que cuatro es la suma de dos y dos. Y también aprendían a menospreciar a los extranjeros. En consecuencia, de las escuelas de la nación salía una clase de varones y mujeres llenos de orgullo y de avidez por convertir dos en cuatro. Nada podía permanecer en pie, si molestaba en el camino de sus ambiciones.

El deber de la iglesia protestante consistía en iluminar con luz de religiosidad las vigorosas batallas del mundo industrial; hecho que no podía considerarse difícil, si se tiene en cuenta la exégesis moderna.

La casa del obispo Brougham levantábase en una colina pegada a la ciudad. Desde una de sus ventanas se podía ver el río, y, desde otra, la grisácea catedral, que se alzaba en la misma colina, apuntando con sus agudas cúpulas hacia el cielo. La ciudad armaba un bullicio constante en todo alrededor, y la catedral hacíase también presente con el sonido de sus campanas.

El estudio del obispo protestante se encontraba en el piso bajo de la casa. A lo largo de las paredes veíanse los anaqueles que contenían libros escritos por los padres de la Iglesia y biografías de eminentes comerciantes. En los primeros, había estudiado teología, en los otros había aprendido asuntos de administración. Por que lo cierto es que todo obispo protestante tiene muchos problemas. Como representante de Dios, a su cargo corrían no sólo una, sino dos catedrales, veinte iglesias, veinte parroquias, dos deanes, tres arcedianos, más de cien curatos, diáconos y sextones, siete mujeres auxiliares y una gran cantidad de dinero. Para que lo asistieran en el cumplimiento de sus deberes tenía un secretario y varios escribientes. En aquel momento se hallaba solo, en su oficina, reflexionando en algunos problemas administrativos.

Por lo general, estos problemas no le daban mucho trabajo, pues, tratándose de las cosas rutinarias, sus asistentes lo hacían perfectamente bien. Sin embargo, éstos no podían ocuparse del nombramiento de un arcediano para la catedral, o mejor dicho, para una gran catedral. Los problemas de esta naturaleza tenía que resolverlos él mismo, como director de sus iglesias.

El reverendo Henry Brougham era una persona amable, recta y vigorosa. Podía decirse que estaba lleno de entusiasmo, porque al hablar se comportaba como un joven. Su mejor sueño era tener una catedral capaz de honrar debidamente la ciudad y su diócesis. La imaginaba con sus torres perdidas en las nubes y conteniendo, en su recinto, un local de administración con ascensor y toda clase de comodidades. Esa catedral tendría que ascender al





cielo, hecha un mármol inmaculado, y asentarse en pirámides, según los nuevos códigos de la construcción.

Sin embargo, no había mucha prisa en tratar esta cuestión. Mientras tanto, había que resolver el nombramiento de un arcediano.

Míster Brougham lanzó un profundo suspiro.

Había varios candidatos para este puesto, pero según el juicio del obispo, ninguno de ellos reunía las condiciones necesarias para desempeñarlo. ¿Y cuáles eran estas condiciones? En primer lugar, el arcediano de San Timoteo debía ser una persona de opiniones firmes e inconmovibles. Tenía que creer en el cielo, en el infierno y en los milagros. Debía creer que Dios permanece siempre alerta en su puesto de vigilancia... Tenía que ser una persona de tacto; porque, según el reverendo, Dios y los banqueros prefieren esta clase de personas. El, por su parte, considerábase lo bastante piadoso para tener ambas cosas; pero necesitaba auxiliares, naturalmente. Necesitaba una buena cabeza para los números, una lengua de fuego para el púlpito y un ojo de lince para los periódicos...

Y se preguntaba en silencio: ¿Dónde podré encontrar un hombre que tenga, por partes iguales, religiosidad, tacto, energía y habilidad?

—¡Lo que yo necesito —exclamó— es un arcángel del cielo!

Y levantó los ojos hacia el cielo raso, a pesar de que estaba convencido de que por ese lado no podía aparecer ningún arcángel.

Efectivamente, no apareció ninguno. Entonces, míster Brougham se puso de pie y fué en busca de su esposa, a quien encontró sentada ante el espejo de su dormitorio, peinando su larga y dorada cabellera, antes de sujetarla, bien trenzada, en la parte de atrás. En ese instante, la cabellera brillaba bajo el cepillo y flotaba sobre su pecho. La dama volvió así el rostro para sonreirle y agregó:

—¿Qué deseas, querido? Estoy preparándome para ir al parque y tengo que apresurarme, porque estoy retrasada.

Y lo miró rápidamente por sobre su brazo.

El reverendo no quería nada de ella en ese instante. Al contemplar a su esposa experimentaba un sentimiento de plena satisfacción. Le vió los ojos, la nariz, las mejillas, la cabellera, todo lo cual, en su conjunto, daba la impresión de un orden perfecto. ¡Qué bien sabía ella hacer sus cosas: vestirse, componer su tocado! Por eso daba gusto y satisfacción el contemplarla. En verdad se trataba de una mujer atrayente y, al mismo tiempo, de grandes alcances; una mujer que nunca lo molestaba para nada. El estaba seguro de satisfacerla en su condición eclesiástica, y creía que ella no esperaba ninguna otra cosa de él.

Sin embargo, sintióse disgustado al oírle decir que estaba preparándose para marcharse a toda prisa. Este hecho lo entristecía porque lo condenaba a quedarse solo con la cuestión del arcediano. Habría preferido permanecer allí, mirándola, contemplándola con las manos cruzadas y una amigable expresión, tonificándose al calor de su dulzura. Ella aparecía tan segura de sí misma —por lo menos ante los ojos de míster Brougham—; ¿cómo podía caber la menor duda en una cabecita dorada como aquélla? El estaba seguro de esto. Y en su tranquila y silenciosa presencia, se sentía hundirse en mundos de paz.

—Así, como estás mirándome, me pareces un niño... ¿Qué te ocurre? Tengo que irme porque he prometido encontrarme con Julieta en el gimnasio para niños y dejar libre a la sirvienta. ¿Me necesitas para algo? Muy bien; pero que no sea por mucho tiempo; porque, de lo contrario, no llegaré nunca.

Se puso el sombrero, arregló debidamente la cabellera y contemplóse en el espejo sin dejar de sonreír. Allí vió sólo vagamente su silueta, pues sus pensamientos la ponían visiblemente soñadora.

—Julia —le dijo—, esta noche quisiera quedarme sin falta en casa. Tengo mucho que pensar.

Ella lo miró al vuelo y contestó:

—¿Estás seguro de que te encuentras bien?

—Claro que sí —replicó pausadamente el obispo, deseando aparecer un poco fatigado por lo menos, a fin de inspirar simpatía—. Pero realmente no tenía motivo de queja. Entonces sintióse solo, y sus problemas volvieron a turbar su mente, vacía por el momento de la divina gracia.

—Bien —dijo ella algo impaciente—. Entonces no tengo nada que decir. Esta noche nos quedaremos en casa. La sirvienta está con permiso. Así... ¿hay algo más? ¿Tienes que hacerme algún encargo? ¿No? Entonces, hasta luego. Vuelve, y ya hablaremos esta noche, después del baño de Julieta.

—Te he dejado unos calcetines en mi lecho —dijo el reverendo—. Están algo rotos.

—Cuando vuelva a casa ya veré qué tienen.

Pero Henry Brougham no deseaba que su mujer se marchara tan pronto:

—Quisiera hablar contigo —dijo— acerca de las hermanas de Santa María.

—Eso tampoco es muy urgente —contestó su esposa. Y agregó, sonriendo con indulgencia—: ¿Eso era todo lo que tenías que decirme?

El prelado continuó apresuradamente:

—¿Qué vais a hacer esta tarde, tú y Julieta? El carrusel tiene que estar cerrado, a causa del frío tan intenso que está haciendo. Pero supongo que el gimnasio para niños estará lleno de gente. Si no tuviera nada que hacer, podría acompañaros. Quizás un paseo me haría bien... Lástima que me encuentre tan atareado...

—Hasta luego —dijo Julia, dándole un beso en la mejilla; después de lo cual salió rápidamente a encontrarse con su hija Julieta, en el parque.

Míster Brougham quedó solo, entre las mesillas y los asientos de su esposa. La fría luz del naciente invierno, atravesando las cortinas, trataba en vano de enfriar la sala, que permanecía cálida, en desorden y suavemente perfumada. De pie, mirando pensativamente las paredes, su espíritu empezó a sentirse libre de sus preocupaciones, y su pensamiento de padre cobró cierta importancia. La perfección de su hogar tomó mayor relieve que toda la serie de complicadísimos problemas. El prelado sintióse hecho una especie de coleccionista que ama sus tesoros porque son completos y porque le pertenecen. Había en ello algo del amor de un niño por sus juguetes. Esta pasión, sin deseo y sin desesperación, sostiene la raza humana, a través de generaciones, que deja a sus herederos colecciones de cuadros, de porcelanas, de libros y de muebles.

Henry Brougham no comparó a su esposa con los libros ni con las porcelanas; pero cerró su puerta, como si se tratara de la de un museo, y bajó las escaleras, camino de su estudio, con renovado espíritu. En sus habitaciones todo era cómodo y completo. Muy bien; en medio de aquella paz, en la que no faltaba nada, podría revestirse otra vez de valor para continuar su obra en un mundo donde todo estaba aún por construir. Su catedral tomó forma, una vez más, ante sus ojos. Y escribió en una hoja de papel:

Señora Guerdon........ $ 5.000
Señor Lavarde.......... „ 10.000
Señora Hope........... „ 500

Hizo una pausa para pensar y luego volvió a escribir:

Señor Cohen............ $ 5.000

Pero tachó inmediatamente la cifra y escribió de nuevo:

Señor Cohen............ $ 1.000

Lanzó un suspiro y continuó luego su lista.

CAPITULO II

Allá, por los tiempos en que míster Brougham tenía diez años de edad, un retrato de sir Galahad colgaba de la pared, sobre su ropero, donde él guardaba, además de su ropa, algunos libros de Horacio Alger y una especie de capilla compuesta de dos velas y un cuadro de Jesucristo con su corona de espinas. Allí, ante las velas, cuyo significado se había perdido para él, permanecía de pie, temblando de adoración, elevando su corazón hacia Dios, al que suponía más viejo y también un poco más fuerte que su padre. Abrumado de los más nobles sentimientos e impulsos, deseaba ser puro y llevar, en la misma forma que el caballero Bayard, una vida sin temor y sin reproche.

A la edad de dieciséis años, vióse llamado por su padre, un rico fabricante, que le habló en la forma siguiente:

—Hijo mío, llegó el momento de hablarte sobre ciertas cuestiones. Tu madre cree que ya estás en la edad conveniente para saber la forma cómo viniste al mundo, a pesar de que yo creo que podríamos esperar un poco. Ante todo, quiero hacerte recordar que para el hombre puro todas las cosas son puras. Existen ciertas reglas de higiene... Y allí están los pájaros y las flores... Bien, todo eso es maravilloso... De esta manera, la vida tiene que seguir de generación en generación. No lo olvides. —Luego agregó muy seriamente: —El matrimonio de un hombre con una mujer, es, en esencia, una cosa sagrada... Lo demás... es simplemente una cuestión de higiene... No te turbes con ello la mente.

Por otra parte, su madre, inclinando la cabeza sobre el pecho, y lanzando un suspiro exclamaba: "¡Pobre hijo mío!" Y se quedaba en silencio, perdida en misteriosos pensamientos que a él lo turbaban y lo dejaban perplejo.

Aquella vez agregó: "Puedo asegurarte que lo que tú crees muy importante, no tiene en realidad ningún valor".

Y como tenía un espíritu religioso a toda prueba, concluyó diciendo, misteriosamente: "Solamente la fe te ayudará a soportar los desengaños de la vida. La Iglesia es un gran refugio. No te olvides nunca de rezar tus oraciones"

El futuro obispo protestante no tenía ocasión para poner en duda nada de lo que le decía su madre.

El día en que llegó a ordenarse, ella manifestó a todas luces su satisfacción. Pero otro día, cuando supo que su hijo iba a contraer matrimonio, púsose sombría. Y su contrariedad no hizo más que aumentar cuando conoció a Julia, cuya juventud se combinaba admirablemente con la ignorancia y el orgullo.

Porque, en realidad, Julia ponía en su matrimonio las más radiantes ilusiones. Y esperaba descubrir, en los brazos de su marido, aquella felicidad en la que siempre venía pensando. Al mismo tiempo, tenía horror por la fealdad. Su ardiente naturaleza anhelaba expresarse sólo en términos de belleza y sentimiento. Era generosa y amante, pero conocía también su ignorancia y sabía que la vida a veces puede ser penosa. Por estas razones respetaba al joven ministro de la Iglesia, cuyas ideas y religión la confortaban y le daban seguridad en sí misma. Además, presentía que su vida con él sería un mundo de belleza, como una ceremonia de catedral.

Sin embargo, siempre manifestaba su deseo de compartir, hasta lo más íntimo, su vida con él, no sólo en la alegría, sino también en el dolor. Y temblando de emoción solía exclamar:

—Toda la vida seremos felices porque tú eres mi ideal.

Y entonces él replicaba:

—No, tú eres mi ideal.

—Pero tengo miedo de que te canses de mí algún día, pues me siento realmente estúpida; no sé nada.

El novio declaraba a su vez:

—Me siento feliz de que no sepas nada. Eres la inocencia personificada y yo te amo así.

Y la atraía para estrecharla entre sus brazos, casi hasta ahogarla.

El matrimonio efectuóse en la catedral y fué presenciado por muchas personas de sociedad.

Rodeados de flores, el novio y la novia se miraban uno a otro a través de lágrimas de felicidad. Ella pensaba que su delicada personita, temblorosa de un amor tan virginal y tierno como el de un niño, pronto iba a participar de una comunión tan terrorífica como hermosa. Después, su ignorancia pasaría al olvido en un mar de felicidad. Así, pues, se hallaba en los umbrales de la maravilla.

Y lo cierto es que, sostenida por un millar de esperanzas, entregóse gozosamente al sacrificio.

Aquella noche, en la oscuridad, el divino joven entró en la alcoba nupcial, donde su flamante esposa lo esperaba con el pecho envuelto en las frazadas y el corazón que se le salía por la garganta.

Tiernamente y no sin cierta dificultad, le explicó la intrascendente naturaleza de lo que él estaba obligado a hacer con ella. Acto lógico, simplemente, nada más. Por mandato de la necesidad, severa y sin belleza, la virgen manteníase alerta, pero humilde. Las cosas realizáronse rápidamente, después de todo. Y ella se convirtió en una mujer casada.

Después, mientras su marido dormía junto a ella, la esposa permanecía con los ojos húmedos, reconstruyendo sus esperanzas. ¿Así que ese era el gran secreto, en virtud del cual ella era una mujer y él un hombre? Entonces, ¿esto era el matrimonio, este extraño y penoso momento, seguido de un silencio que tenía algo de vergüenza? ¡Ah, la felicidad!

Ya hacía la hora del alba exclamó en un murmullo:

"No, la cosa no tiene la menor importancia". Y con un gesto de infinita resignación inclinóse para dar a su dormido esposo un beso maternal y reservado, frío como un pétalo lilial.

Siete años después nació Julieta. En busca de esta niña, que ya tenía cuatro años y que ahora en el instante en que nos encontramos se hallaba en el parque, salió apresuradamente Julia.

CAPITULO III

A la edad de cuatro años y medio, Julieta Brougham era como su madre, hecho que no resultaba sorprendente, puesto que debía la vida sólo al intenso anhelo maternal. Porque lo cierto es que el período que siguió a su matrimonio no fué para Julia verdaderamente feliz. El joven que, con el tiempo, debía ser obispo protestante, tenía muchas cosas en qué pensar; sus deberes, como ella podía verlo, no menos que sus convicciones, le mantenían severo el pensamiento. Por la noche, las raras ocasiones en que iba a verla, ella poníase triste y reservada, con algo de vergüenza por el sentimiento de que Dios estaba allí presente, vigilando que sus pensamientos fueran puros, y con la seguridad de que los asuntos esperaban detrás de la puerta, listos para llamar de urgencia a su esposo en caso de que él se retrasara en lo más mínimo. Los sueños de su juventud, marchitados por su devoción y sus maneras prácticas, rechazados por sus caricias sin belleza ni alegría, en la misma forma que su afecto ardiente —que su marido parecía cuidadoso de rehuir—, volvían a su fuente de nacimiento. En este estado de espíritu y después de seis años desventurados, ella concibió y dió a luz una hija.

Le pusieron el nombre de Julieta —para que se pareciera al de su madre, pensó el obispo—. Pero esto no era en verdad lo que quería Julia. Su modestia resultaba demasiado grande para haberla dejado pensar así. El nombre de Julieta le hacía recordar a aquella niña de Verona, cuyo trágico amor ha contribuído en todas partes del mundo a hacer creer que la juventud y el sufrimiento van juntos, casi siempre, como buenos amigos.

Sin embargo, ella no habría admitido nunca la verdad de este hecho.

Julia tampoco creía que el amor fuera únicamente lo que su marido le decía al respecto. En lo profundo de su corazón abrigaba la certeza de que la pasión y la ternura pueden ir de la mano, que el ardor y la vergüenza no tienen para qué ir juntos necesariamente. Sin embargo, no decía nada en voz alta. Era una buena esposa y esforzábase por que la vida fuera lo más agradable para su marido. Solamente en sus sueños, y en una forma delicada y lejana, como una luz perdida, mantenía aún viva su esperanza; no podía verla, pero sabía perfectamente que estaba allí. Y para su hija —que había surgido, a su parecer, sólo de su propio anhelo, de un anhelo que una noche de pasión se le volvió a sí misma—, era todo su amor, un poco dolorido; un amor que su esposo no habría juzgado natural.

—¡Tú eres únicamente mía! —solía exclamar contemplando soñadoramente a ese pequeño ser—. "Eres mi hija".

Julieta encontró todo lo que podía esperar en la suave y neblinosa luz del amor de su madre por ella. Lo vió todo tan real y todo tan amable. Soñaba siempre con montar en los caballos de madera del carrusel junto con su madre; y los ángeles, de alas blancas, a quienes su padre recomendaba orar por ella, vivían pendientes de la vida de ésta como niños mayores.

Nada lograba entristecerla ni sorprenderla, a no ser que se tratara de alguna tristeza de su madre. En este caso, su pequeñito rostro se ponía pálido y sus labios temblaban de cariño. Pero, por lo general, la niñita corría gozosamente, de aquí para allá, alrededor de ella, divirtiéndola con sus movimientos de animalito inquieto.

Sus únicos anhelos consistían en verse admirada y en crecer rápidamente. En el gimnasio para niños aproximóse a su madre, mirándola seriamente, y luego dijo:

—¿En qué piensas, mamá? ¿Tengo el vestido ajado?

—No, hijita —contestó la madre—; no lo está. Pero no importa, ve a jugar como quieras, sin temor a arrugarte el vestido.

—No hace falta, mamá. En este juego que estoy haciendo no hace falta arrugarse —y dando un pequeño salto agregó—: ¡Madre!

—¿Qué quieres, hija mía?

—¿Crees que ya estoy grandecita?

—Claro que sí.

—Eso es lo que deseo siempre, a fin de no causarte tanto trabajo.

Y miraba con dulce expresión a su pequeño primo Potter Guerdon, cuya madre no venía nunca a buscarlo al gimnasio, por temor de que se hubiera comportado mal.

Potter poníase tímido al sentir la mirada de Julieta. Y, a su vez, la contemplaba con una admiración extraordinaria. En presencia de la niña, sus rabietas, que exhibía aparatosamente ante su ama o su madre, transformábanse en petulancia o lágrimas. En aquel instante se hallaba a cierta distancia, mirando a su prima con la boca abierta. Y parecía decirle: "¿Existes realmente?... ¡Qué maravilla, qué maravilla!"

Pero Julieta no prestaba la menor atención a esta mirada, que le era familiar.

—Ya estoy más grande que él —dijo—. ¿No es cierto que él no es más que un niñito?

Julia sonrió en dirección del ama de Potter. Pero sus pensamientos agitábanse en su mente, pequeños y agudos, como agujas. "Sí —pensaba—, ya estás grande, queridita. Ya no eres una criaturita. Ya puedes hacer sola algunas cosas, ya puedes pensar por ti misma." Las manecitas que se agitaban en busca de más vida, ya sabían hacer gestos de mandato. Y Potter las obedecía con la boca abierta. Dentro de poco tiempo, la pequeña ni siquiera tendría necesidad de que la cuidaran en el gimnasio. Y prodigaría sus sentimientos de afecto a otra persona... ¿Y se le enfermaría también el corazón a causa de esa sed de belleza y de amor que ella, la madre, padecía desde hacía tiempo?

¿Y qué haría Julia en ese caso? ¿Qué pasaría el día en que su hija ya no la necesitara? ¿Tendría que sentarse en un rincón cualquiera como una anciana? ¿Y qué le quedaría para recordar? Solamente... solamente el gran amor que quiso brindar a alguien que vivía demasiado atareado, y avergonzado del amor al mismo tiempo...

—Potter —dijo Julieta—, se me rompió la tiza... —y miró esperanzada a su primo.

—No lo creo —contestó el aludido.

—Dame la tuya, Potter —insistió la niña, extendiéndole la mano—, y entonces jugaré contigo.

—No quiero —repuso el muchacho.

Julieta miró a su madre, como lo hace una mujer que se dirige a otra mujer, y le dijo simplemente:

—Ya lo ves, no quiere —y agregó como si explicara todo lo que había en la cuestión: —No es más que una criaturita.

Potter no se alteró por ello lo más mínimo. Inclinándose hacia el suelo empezó a trazar circunferencias imperfectas en el pavimento. Tan pronto como terminó de hacer una, saltó para ponerse dentro; luego hizo otra. Habría podido creerse que el chico se había olvidado por completo de Julieta, que seguía de pie, contemplándolo con un aire de paciencia. Pero cuando, un momento después, ella se lanzó a correr, levantando los brazos aparatosamente y lanzando gritos de alegría, él tiró su tiza y comenzó a perseguirla. En el extremo de un distante banco se detuvieron de pronto y miráronse uno al otro, llenos de sorpresa. Un instante después, Julieta regresó a toda prisa y tomó la tiza del suelo.

—Esta es mi rayuela —dijo a Potter— y tú no puedes saltar aquí. —Luego, se vió a Julieta tomar posesión de círculos y cuadriláteros.

El sol del atardecer bajaba por el sudeste llenando el gimnasio de una luz amarilla, acuosa, en la que los niños jugaban entre bustos de hombres famosos y árboles desnudos de hojas. Los pichones paseaban o volaban trazando arcos menudos entre los bancos y lanzando agudos chillidos. Lo que más se oía eran los débiles murmullos, las voces de lamento de los niños que disputaban, sin dejar de reír y tomando muy en serio sus juegos, en los que ya sabían desplegar cualidades de nobleza, sobriedad, impaciencia y despreocupación por cualquier otra cosa.

Pero la cualidad que distinguía a Julieta era el amor; no un amor en el sentido que le daba su padre, ni quizá tampoco enteramente en el que le daba su madre. En realidad, la niña no sólo deseaba prodigar su afecto, sino, al contrario de su madre, sentirse amada también. En ella no había nada de humilde. Creía que Dios la amaba, como a todos, pero de una manera especial, y hasta estaba segura de que la admiraba. Y si hubiese encontrado a uno de aquellos ángeles de los que tanto le hablaba su padre —cosa para la que estaba ciertamente destinada, como lo veremos más adelante— le habría dicho, como en realidad se lo diría: ¿Me amas? En caso de obtener una respuesta negativa, lo habría mirado sin comprenderlo, con los ojos llenos de lágrimas.

En aquel momento, mientras el azul del anochecer caía en las calles, ella hundióse en el agua tibia de su tina y se puso a jugar, pensativa y contenta, con un pececito de caucho. Su madre, con una gran toalla sobre las rodillas, estaba sentada en una banqueta, cerca de la tina. De pronto púsose a enjabonarle la espalda y todo el cuerpecillo. Esta era la hora cotidiana más feliz para Julia; esta hora que les pertenecía a ambas para estar alegres y solas. La madre habría gritado de felicidad sobre los delicados bracitos, sobre los hombros tan bien formados y rellenos, ya bien enjabonados. Y, efectivamente, gritó:

—¡Angel mío, quisiera comerte a besos!

Julieta la miró sonriendo y dijo:

—Mamá, mañana no jugaré con Potter. Voy a colgarlo; voy a colgarlo como a este pececito.

Y besó su juguete en el hocico con la boca mojada.

—A él no le gustará eso de ninguna manera —dijo Julia con un airecillo de profesora.

La niña hundió su juguete violentamente en el agua, diciendo:

—Voy a ahogarlo, cueste lo que cueste.

En aquel instante su madre la sacó de la tina y, a pesar de sus gritos y protestas, la envolvió en la toalla y se puso a frotarla hasta que el cuerpecillo quedó completamente seco y sonrosado. Después la llevó al lecho, donde la esperaba su muñeca María Luisa y su libro de los cuatro osos: Howly, Prowly, Scowly y Growly. Allí se puso de pie y contempló a su madre que se agitaba apresuradamente, arreglando las cosas de la habitación.

—Madre —dijo después—, ¿me quieres?

—Mucho, queridita.

—Quiero decir que si me quieres verdaderamente.

—Claro que sí, hija mía, verdaderamente, muchísimo....

—Entonces, ven y pruébame con tus cariños que me quieres.

Pero una vez que se sintió lo bastante acariciada, alejó suavemente el rostro de su madre y dijo:

—Ahora vamos a leer un poco.

Y escuchó con toda atención la historia de Howly y Scowly, que ya sabía de memoria. Cuando concluyó la lectura sentóse de nuevo y recitó sus oraciones. Pidió bendiciones para todos, y para ella, silenciosamente, sólo en el pensamiento, una interminable admiración de Dios.

Julia apagó la luz y salió al corredor, sintiendo aún, alrededor de su cuello, la presión de los bracitos de su hija. Al caminar, sonreía, con el corazón exaltado de vida. En la planta baja tropezó con su marido, quien al verla le dijo:

—Aun no puedo decidirme a elegir el arcediano. Solamente un arcángel del cielo podría ayudarme a resolver estas dificultades.

Ella lo miró distraídamente. Apenas podía verlo. Luego dijo:

—Entonces, pídele a Dios que te envíe un arcángel auxiliar. —Y con el corazón henchido aún de felicidad, sonriéndose a sí misma, lo dejó de pie, mirándola subir por las escaleras.

CAPITULO IV

El obispo protestante sentóse ante su mesa de trabajo para escribir una carta a los diarios. Se trataba de contestar la encuesta de un comité relacionada con el proyecto de restringir el divorcio a causas de adulterio solamente. Mister Brougham manifestábase de acuerdo con esta medida y quería enviar su respuesta a los diarios que se la habían solicitado.

"Nuestra conclusión —escribió— es que el Nuevo Testamento no reconoce más que un motivo de divorcio, esto es, el adulterio. Si se justifican otros motivos para el divorcio y el nuevo matrimonio, entramos en oposición con los mandamientos de Dios. Y no olvidemos que la obediencia plena a estos mandamientos es lo único que puede hacer bien a la humanidad en general. Las leyes divinas no han sido escritas para sufrir modificaciones de ninguna especie, y el libro que en verdad contiene las revelaciones de la ley de Dios nos exhorta a subordinar nuestros placeres a la vida de todos los tiempos.

"El divorcio está haciendo las veces de la muerte, en este país, al disolver los hogares. De cada seis casamientos, uno termina en los tribunales de divorcio. Con la historia en la mano, es fácil demostrar que el crecimiento del divorcio, el relajamiento de la moralidad familiar y el derrumbamiento de la santidad del hogar han sido siempre los heraldos de una decadencia nacional."

A medida que escribía iba llenándose de indignación y viendo ante sus ojos, como si fuera ya realidad, el país entero entregado a los placeres, a la ruina y a la calamidad. Su imaginación, bien nutrida de visiones apostólicas, púsose a prever huelgas, motines, bombas de dinamita en los edificios y extinción del sentimiento religioso. Entonces firmó con puño firme el documento destinado a advertir tales desastres: "HENRY BROUGHAM *D. D.*"

Era natural que ante el divorcio el reverendo Henry Brougham tomara tal actitud. El adulterio constituía un gran pecado. La palabra ya iba diciéndolo; esa palabra que, desde cuando él era niño, le causaba verdadera ansiedad y era para sus oídos un sonido del infierno, sugestivo y obsceno.

Porque, para el obispo protestante Brougham, el infierno y el mal, a pesar de que él no podía describirlos exactamente, eran cosas enteramente reales. Contra las fuerzas del mal, y venciéndolas, estaban luchando los espíritus de la alegría: la Santa Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, la Virgen, las Potencias, los Tronos, las Dominaciones, los Angeles, los Santos, los obispos, los deanes, los canónigos, los diáconos, las catedrales, las iglesias, las capillas y los hogares. El obispo sabía que nada de esto podía ser subestimado; que si los cimientos no resistían, todo el edificio se vendría abajo. Y por esta razón dedicábase a atender con toda energía los hogares. Es verdad que no podía desterrar el mal del corazón de los hombres, ni traer el paraíso a la tierra; pero sí podía —y quería— mantener al esposo y a la mujer unidos, todo por la gloria de Dios y por el bien de la patria.

Estos pensamientos lo llevaban a colocar la palma de su mano sobre la mesa. El divorcio —exclamó— es un instrumento del mal. Y tomó nota de esta observación para una futura referencia.

En la misma forma que los *pioneers* en presencia del obispo, y por las mismas razones, éste profesaba un credo simple y primitivo, que



podía enunciarse así: servir a Dios y, en consecuencia, a la humanidad; amar a los humildes que heredarán la tierra, y también al fuerte a quien la tierra le pertenece ya; no dilapidar; no conceder el placer sino lo que justamente permita el deber; creer en la Santa Biblia, palabra por palabra, en su traducción inglesa. Este credo era, al mismo tiempo, su código y su regla filosófica.

Por estas razones, además, considerábase un excelente marido.

También tenía el orgullo de que su esposa lo considerara un marido cumplido. Y en esto tenía razón. Los hombres debían ser así, en su opinión: trabajadores y no hermosos. Esto era algo que molestaba a su esposa; pero ella no lo dudaba; puesto que las opiniones del sacerdote tenían a sus ojos el valor de una ley. Ella nunca le hablaba del dolor silencioso de su corazón; de manera que él estaba seguro de que su conducta era irreprochable. Al ir en contra de sus propias pasiones, creía que estaba haciendo un bien a su mujer.

Y, en cierto sentido, así era. Puesto que el acento de prisa y de pureza que él lograba poner en sus transportes amorosos la dejaban extrañamente desilusionada, terminó sintiéndose más feliz sin ellos; y como no llegaba a pensar que su belleza jugara para nada en la cuestión, su amor propio no sufría en absoluto. Como otras mujeres lo habían hecho ya, Julia apreciaba a su marido en sus obras, y ella misma vivía ocupada, formando, con sus semejanzas y sus diferencias y con sus esfuerzos de voluntad, un hogar casi perfecto.

En este hogar pensaba el reverendo Brougham al encontrarse sentado ante su escritorio.

A su alrededor todo era tranquilidad; había cenado justamente su plato favorito, sonriendo a su esposa, a través de la mesa. Una buena cena, una buena esposa y un buen obispo, dan, como suma total, un buen hogar. ¿Qué era lo que decía el profeta? Una mujer silenciosa y amante es un obsequio del Señor... Pero esto... no era lo que él quería pensar... ¿Por dónde andaban sus pensamientos? Había querido pensar en algo vigoroso del Antiguo Testamento. Aquellos judíos sabían perfectamente lo que querían: habían formado una nación perseguida, que vivía en un país paupérrimo, sitiada por el mal, en la forma de filisteos, amoritas, sidonianos, cananitas, hititas, Moloch, Luzbel, el Becerro de Oro y los placeres sensuales; una nación que, sin embargo, sabía atender a sus deberes y levantar hogares.

El resultado de todo eso fué Salomón y la gloria de Israel, San Pablo, Justiniano, la monogamia, Lutero y las naciones de la tierra entera. A través de toda su historia corre el hilo de oro irrompible de la Biblia y de los milagros... ¡Ah, los milagros! A esto era precisamente adonde quería llegar. "¿Por qué no se realizan ya los milagros?", se preguntaba. ¿Era porque ya no se necesitaba de ellos? No podía ser eso, puesto que el mundo seguía siendo tan perverso como antes. Los hombres seguían necesitando luz en la misma forma que antaño. Y hacía desfilar en su recuerdo los milagros ordenadamente, desde el camino abierto a través de las aguas del Mar Rojo, hasta las virtudes curativas de los huesos de algunos santos durante los siglos XV y XVI. Aquellos huesos no le interesaban; lo que le interesaba era la visita de los ángeles a la tierra. "Hace muchos años — pensaba — tenían la costumbre de venir para asistir y ayudar a la humanidad." Allí estaban los dos ángeles que solían acudir a la casa de Lot, y allí estaba el ángel que dialogaba con Jacob. El cielo estaba repleto de aquellos hijos de la luz y viajaban a menudo hasta este mundo. Su divina presencia tornaba fragantes los hogares de los judíos.

El obispo reflexionaba en profundo silencio. A su alrededor, la casa permanecía en completa calma. Débilmente, a través de las cortinas de las ventanas, llegaba el sonido de las sirenas ciudadanas. La luz de la lamparilla de

su escritorio caía sobre todo su rostro, bañándolo en un color suave y amarillento. Afuera, en las calles, los transeúntes iban apresurados en busca de placer; el pecado sonaba en el sonido de sus pasos. Iban de arriba para abajo buscando desesperadamente algo nuevo para sus sentidos. La calma de la casa adormecía amablemente y el obispo cavilaba.

"¿No nos vendrá ya nunca la ayuda que hace falta? —se interrogaba en su pensamiento. —¿Tenemos que permanecer impotentes, con los ojos empañados y las manos caídas? Mi esfuerzo no sirve para nada, Señor, y mi sabiduría es deficiente. ¡Ayúdame a salvar los hogares de esta nación que ha tenido testimonios de tu gloria!"

Y dobló la cabeza, abrumada de penosos pensamientos.

En aquel momento abrióse la puerta para dar paso a un extraño. El reverendo Brougham, al mirarlo rápidamente, sintió un vuelco en el corazón.

—¿Quién es usted? —preguntó alarmado.

El desconocido lo tranquilizó con una sonrisa de dulzura inefable:

—Mi nombre es Miguel —dijo, y agregó simplemente—: Soy tu nuevo arcediano.

Pensando que alguien quería jugarle una broma, el sacerdote exclamó un poco molesto:

—Lo que yo necesito es un arcángel de los cielos.

Pero el desconocido levantó las manos con un ademán de gran dignidad y declaró:

—Yo soy precisamente el arcángel que deseas; el arcángel San Miguel.

CAPITULO V

Miguel ocupábase de todo. Cuando el obispo, excitado y gozoso hasta lo máximo, quería anunciar a su congregación la naturaleza divina de su arcediano, éste le replicaba:

—No hagas semejante cosa. Es verdad que verías tu catedral repleta de tope a tope de gentes que desearían contemplarme; pero, al fin de cuentas, saldrías perdiendo dinero. Perplejos ante la visión de la divinidad, hasta los miembros de tu congregación abandonarían sus trabajos con el objeto de dedicarse a rezar y contemplar el milagro. Tu iglesia hundiríase por falta de fondos.

Y así continuaba hablando de una manera práctica e inspirada; pero se negaba a presentarse en el púlpito.

—No me pidas que pronuncie un sermón que podría estar en conflicto —decía— con las enseñanzas de tus subalternos. Recuerda que, para los hijos de la luz, el universo presenta un aspecto diferente del que ven los hombres. No en vano he vivido a través del Génesis, el Exodo, el Deuteronomio, y los treinta y nueve libros del Nuevo Testamento, desde Mateo hasta la Revelación, el Apócrifo, el Talmud, el Código de Justiniano, la Confesión de Ausburgo y la exégesis moderna... Todo eso constituyó una durísima experiencia. Pero no puedes pedirme que, después de haber estado presente en el Jardín de Getsemaní, venga a romperme la cabeza con los problemas de la transubstanciación... ¿O así lo quieres?...

El obispo protestante aceptó que no debía llevarse a cabo su proyecto.

El arcángel prosiguió:

—¿Quién, sino la Iglesia, es capaz de reconfortar a la humanidad en la práctica de aquellas virtudes sin las cuales ninguna nación puede tener derecho a la existencia? Una Iglesia debe tener sus reglas y códigos y sus obispos para administrarla; de otra manera no habría organización posible. Pero en el cielo no nos ocupamos ya de tales materias. Allí, donde todo es perfecto, naturalmente no hay necesidad de regulaciones.

—Esto es incomprensible —dijo míster Brougham. Luego agregó—: Sin embargo, esto no es el cielo.

—Y por tal razón estoy ahora aquí —replicó el arcángel. Luego pasó a referirle la forma en que había llegado a su presencia, y ruborizándose ligeramente dijo: —Debo confesarte que en el pasado estuve más tiempo con los poetas que con los clérigos. Y al hacer esto no hice más que observar la costumbre evangélica. Sin embargo, los poetas que acostumbraban enaltecer las virtudes familiares viéronse reemplazados por una nueva clase de filósofos. Hace un momento estuve presente en una reunión de artistas, poetas, críticos y músicos, en la que no se pronunció ni una sola palabra concerniente al arte, la poesía, la música y la literatura. En vez de hacer eso, la dueña de casa entregóse a los brazos de un novelista visitante, mientras su esposo se encerró con una dama en la despensa para conversar yo no sé de qué asunto. Por respeto a tus hábitos sacerdotales no me atrevo a decirte lo que fueron las discusiones de los demás invitados durante toda la noche. Tales cosas no ayudan en nada a mantener el hogar. Cuando yo me hallaba pensando en estas cosas y evocando en mi memoria aquellos divinos debates que tenían lugar bajo los pórticos de Efeso, ante las mesas de la Taberna Mermaide y en los amplios salones de la Villa Said, fué cuando llegué a pasar por tu puerta y escuchar tu súplica. En tal momento comprendí mi deber, y exclamé: "Tengo que ayudar a este sacerdote en su lucha para mantener vivas aquellas virtudes domésticas sin las cuales decae el arte, declina la religión y desaparecen las naciones".

Su rostro adquirió un resplandor celestial cuando comenzó a decir:

—A mí no me importa, naturalmente, conservar el puesto de arcediano; pero hasta un ángel tiene ciertos deberes que cumplir; y una vez que yo he comprendido mi deber, tengo que cumplirlo de cualquier manera.

Al concluir estas palabras tendió su mano al obispo Brougham, quien se apresuró a estrecharla calurosamente; lo cual hizo correr un calor extraño, divino, por las venas del reverendo, que, poniéndose de pie, exclamó:

—¡Hágase la voluntad del Altísimo!

—Cuéntame ahora —dijo Miguel— ¿por qué deseas erigir una catedral que ascienda hasta los cielos como aquellas altas torres de Akad y de Erech, construídas al borde del desierto por los sumerios para tener siempre presentes las colinas de su suelo natal? Vosotros no sois un pueblo de montaña. Si no me equivoco en mis recuerdos, vuestra religión floreció primero entre tumbas y catacumbas, en las profundas entrañas de la tierra. Y ahora viene a levantarse por el aire, en la misma forma que los edificios públicos y los bancos.

—El país entero —replicó Henry Brougham —se remonta por el aire. Tal es su aspiración fundamental. El hombre ha aprendido a volar y ha llegado a una altura de treinta y ocho mil pies sobre el nivel del mar.

—Ya es altura —replicó Miguel—, a pesar de que el cielo no se ha dado cuenta aún de ello. Sin embargo, permíteme que te haga una pregunta: ¿Estos edificios aspiran realmente a ascender hacia el cielo? Yo, por mi parte, no estoy seguro de ello, amigo mío. Hay dos formas de ascender: la primera consiste en alcanzar lo que está arriba, y la otra, en menospreciar lo que está abajo. No me negarás que entre estos dos puntos de vista hay cierta diferencia.

El obispo protestante observó:

—Solamente menospreciando lo que está abajo es posible alcanzar lo que está arriba —y tomando los planos de la nueva catedral se los hizo ver a su compañero—. Esta es la nave —dijo— y éste es el tabernáculo. Aquí queda la basílica, aquí la cúpula... Y aquí, a un lado, está el edificio de la administración, que será también bastante alto.

El arcángel replicó, con sentido práctico:

—¿El costo de este edificio no será muy subido?

Míster Brougham, poniéndose un poco triste, admitió que sí lo sería.

—Tengo una lista —prosiguió— de personas que, a mi parecer, nos prestarán seguramente su ayuda.

Y presentó a Miguel la lista de los presuntos colaboradores.

El arcángel la estudió con gesto pensativo. Cuando vió todo lo pequeñas que eran las cantidades que el obispo esperaba recibir, quedóse perplejo. Después de una pausa declaró:

—El antiguo impuesto del diezmo era una medida verdaderamente acertada. Al tomar la décima parte de la riqueza de un hombre, la Iglesia expresaba su convicción de que el rico debe tener un soporte moral para poder gozar de su riqueza. ¿Puede ser rico verdaderamente un hombre en un país donde no hay nada sagrado? De ninguna manera. La riqueza debe muchísimo a la Iglesia y tiene que pagar sus privilegios.

Y al decir esto tomó una pluma y empezó a duplicar las sumas asignadas en la lista de posibles contribuyentes. Al llegar al señor Cohen detúvose un instante y luego escribió, frente a este nombre, la suma de veinticinco mil dólares.

—Pero el señor Cohen —alegó el obispo protestante— es un judío... Y veo que aumentas veinticinco veces la suma que yo pensaba solicitarle...

El arcángel replicó:

—Conozco perfectamente bien, mejor que tú, al señor Cohen. Es verdad que la señora Lanvarde no daría nada para una sinagoga, porque, simplemente, ello no le proporcionaría ninguna retribución. A su vez, el señor Cohen sabe que cuando un vecino de porvenir no tiene nada, es el momento de darle algo. Tira tu pan al agua, obispo; éste es un consejo judaico.

El sacerdote lo miraba perplejo. Al fin pudo responder:

—Reconozco el texto, pero no su aplicación. Y si la construcción de la catedral requiere algo parecido a ello, no tengo inconveniente en adaptarlo en debida forma. Me atrevo a decir que la riqueza del señor Cohen está elaborada con sudor de cristianos; de tal manera que no hará, en fin de cuentas, más que devolverlo, en parte, a manos cristianas. Esta es la mejor manera de encarar la cuestión.

El arcángel sonreía al declarar:

—En estos acentos de tu voz reconozco la pasta del administrador.

Y siguió modificando la lista de modo radical.

Mientras continuaban examinando las sumas y los nombres de los presuntos contribuyentes abrióse la puerta y apareció la esposa del obispo. Un rayo de luz, proveniente del vestíbulo, la siguió al atravesar el umbral, rompiéndose sobre su dorada cabellera y reflejando una luz más dorada aun. Al ver al extraño detúvose diciendo:

—Excúsenme.

El obispo Brougham se levantó de su asiento y exclamó:

—¡Ah, querida mía! —y agregó con una voz temblorosa de alegría—: Julia, ya cuento con el arcediano que hacía falta. Aquí lo tienes...

Pero al ver que Miguel lo miraba con un gesto de advertencia, quedóse en silencio. El arcángel, de pie en la penumbra, parecía emanar un débil resplandor, como si la luz que caía alrededor de la mujer hallara su respuesta allí. Nadie hablaba; pero el obispo tenía la impresión de que el escritorio estaba lleno de personas etéreas que se movían lentamente y con divina suavidad entre ellos y alrededor de ellos. Sintiendo la presencia de los espíritus de la alegría, cuyas divinas alas le aligeraban el ánimo, agregó:

—Se llama Miguel.

Julia avanzó lentamente, con sus ojos azules graves, fijos en el extraño. Finalmente le tendió la mano, diciéndole:

—¿Cómo está usted, Miguel?

Un resplandor más potente llenó la habitación. El arcángel no se encontraba ya entre penumbras; éstas parecían haberse retirado para concentrarse en el rincón, donde el obispo protestante permanecía perdido en sus sueños.

—¿Cómo está usted, Julia? —respondió.

CAPITULO VI

—¡Qué joven tan extraño! —decía Julia, algo más tarde, a su marido, el obispo protestante.

El reverendo Henry permanecía silencioso: meditaba. Si le hablara a su esposa acerca de la verdadera naturaleza de su auxiliar; si le hiciera conocer la divina esencia de Miguel, ¿qué otra cosa que adorarlo podría hacer ella, en su condición de mujer profundamente religiosa? Se trataba de un serio problema para el obispo. Por primera vez le ocurría pensar en que el advenimiento de un arcángel podía tener sus desventajas.

En realidad no deseaba que su esposa adorara a una persona extraña.

Había, además, otras dificultades. Como no era un hombre demasiado orgulloso, sabía que tenía necesidad de luz más que ninguna otra persona. Fe, ciencia, amor... El no debía aproximarse a estas cosas, como su mujer, con vacilación y ansiedad, sino con firmeza y seguridad perfectas —fuerte, principalmente, en higiene. Por otra parte, había momentos en que sentía el golpe de potencias adversas. Entonces solía ponerse de pie, como Josué ante las murallas de Jericó, e invocar las trompetas de la fe, que no dejaban de asistirlo nunca. Y ése era el momento en que las defensas ciudadanas del mal caían ante los instrumentos del misionero positivo e innegable.

Pero una cosa era derrumbar personalmente las murallas, y otra cosa muy distinta tener allí un arcángel enviado por el Altísimo para hacerlo en lugar de él, del obispo protestante, que no había nacido para seguir a nadie. La fe, para él, era un acto; era un conjunto de obras; era el músculo de su espíritu. Y en aquel instante le parecía que su espíritu se sentía mal, por alguna razón que él no podía ver con claridad. El momento en que la batalla termina, no siempre es feliz. Por el contrario, el alistarse y lanzarse contra el mal es un acto caro en sí mismo para todo espíritu fuerte y de profundas convicciones.

Estaba fuera de duda que Henry Brougham amaba sus convicciones. Gracias a ellas tenía una esposa y gracias a ellas había llegado a ser obispo protestante. Por lo demás, no quería pensar en el hecho de que la presencia de Dios en la Eucaristía es de menor importancia en el cielo que en la tierra. Y, a su edad, no podía venirle la idea de revisar y aprender de nuevo sus dogmas.

Y así, sintiéndose mortal, llegó finalmente a una decisión mortal. Como hombre turbado, resolvió su turbación con sentido humano. Decidió ambas cosas: creer y no creer. En lo íntimo de su conciencia no tenía la menor duda de que Miguel era un arcángel; pero se propuso no creerlo. Y perdonóse a sí mismo por esta decisión, al recordar el mismo consejo del arcángel. "No digas a nadie quién soy yo —le había aconsejado—; porque, sencillamente, no habrá ni uno que quiera creerlo."

Poco después, el mismo arcángel había agregado en una forma más práctica aún: "Sería presunción de parte de un arcángel el querer atribuirse supremacía sobre un obispo respecto de cuestiones terrenales".

Y se determinó a gozar, prescindiendo de toda preocupación, de los servicios de su asistente. Miguel era un arcediano raro, incuestionablemente. A sus ojos, resultaba perfecto, en la misma forma que su esposa, Julia. ¿Qué habría de malo en guardar —como su esposa que, por el hecho de ser mujer, lo hacía también a veces— algún misterio, y mirar un poco más lejos? Podía decirse que, en este caso, lo mejor era no tenerlo en cuenta.

En consecuencia, replicó a su mujer, con acentos de entusiasmo, en la siguiente forma:

—El nuevo arcediano es un joven verdaderamente amable y ducho como nadie en asuntos eclesiásticos y de números.

—Me alegro mucho de que sea así —afirmó Julia, sinceramente. Se alegraba en gracia de Henry; pero sin pensar en ello. Por eso agregó: —¿Sabes lo que creo, Henry? Creo que es una persona enteramente reservada.

—¡Ah! —dijo el obispo Brougham, dubitativamente, recordando su primer encuentro con él.

Julia también lo recordaba, y casi llegó a ruborizarse un poco al reconstruir la escena en su memoria. Nadie le había dicho jamás, antes de él, al conocerla, simplemente "Julia".

—Fué muy extraño —murmuró—. Casi llegué a creer que ya nos habíamos visto antes. ¿No te dijo nada acerca de mí, Henry; quiero decir, antes de que yo llegara?

—¿Que si me dijo algo de ti? No, absolutamente nada. —Y agregó con cierta aspereza: —Nunca había oído hablar de ti.

—Así será —dijo Julia—; pero, de todas maneras, me resultó muy extraño.

—Ideas que a uno se le ponen —afirmó el reverendo. —y después de una pausa agregó: —En todo caso, él es aquí un desconocido y no llego a comprenderlo bien, francamente.

El obispo protestante miraba hacia la lejanía; sus pestañas le velaban la mirada, y sentía en su corazón una ansiedad que le resultaba inexplicable.

—¿Es necesario, amor mío —preguntó con una voz que no llegaba a ser ligera—, que tú lo comprendas todo?

—No —contestó Julia, suspirando. Ya conocía muy bien la pregunta y sabía de memoria la respuesta—. No es necesario —repitió humildemente.

Pero, a escondidas, contó en sus dedos, como una criatura, las cosas que no debía comprender jamás: el misterio de la Santísima Trinidad, el cielo y el infierno y el Paraíso y Adán y Eva. Nadie podía comprender nunca estas cosas. Afortunadamente ya habían sido bastante consideradas, hasta el punto de que nadie dudaba

de ellas. Y luego, por otra parte, estaba la ciencia..., y la razón, por la cual la pasión, como un niño espantado, tenía que huir del lecho matrimonial... y ahora, por último, el nuevo arcediano.

—Hay algunas cosas —recomenzó Henry Brougham— que están más allá del poder humano de comprensión. —Y levantándose para marcharse, agregó:— Tengo algunos asuntos que resolver. ¿Podremos cenar a las siete? Después me pondré a trabajar.

Julia movió la cabeza.

—Claro que sí. ¿Trabajarás solo?

—No, con el doctor Miguel —contestó el sacerdote. Y no pudo advertir que, al decir estas palabras, su corazón se puso a latir aceleradamente.

—¿Podrás volver un poco más temprano que de costumbre? —preguntó Julia—. Así podrías ver a Julieta antes de que se acueste. La niña se pone muy contenta cada vez que te ve, aunque sólo sea un momento.

—Trataré de regresar lo más pronto posible —dijo brevemente el obispo protestante, y se marchó.

Julia siguió sentada, con las manos caídas sobre su falda, hasta después de que su esposo se hubo marchado. El nuevo arcediano la había llamado Julia, y ella lo había llamado Miguel. Pero acababa de ponerse en claro que su nombre era doctor Miguel. ¡Qué tonta era ella!

Y de nuevo todo le pareció enteramente natural.

Quizá Henry tenía razón; quizá no era necesario saber todas las cosas. Quizá lo más importante era justamente sentirse feliz y esperanzada —sin saber por qué—. Puede ser. En todo caso, tratárase de una verdad o de una mentira, aquello proporcionaba un sentimiento dulcísimo.

Julia tenía este sentimiento casi ante todas las cosas. Y ello venía desde tiempo atrás, desde cuando era una niñita. Para ella era algo así como una lámpara que brillaba iluminando las cosas, inclusive las cosas cuyos nombres no se podían conocer...

Miguel también lo tenía; ella estaba segura de ello. Es decir, el doctor Miguel...

Sonriendo, se incorporó y fué a ver a la pequeña Julieta.

CAPITULO VII

Pero a quien encontró fué a Miguel, que estaba de pie, ante la ventana de la alcoba infantil, mirando vagamente a lo lejos. Su esbelto cuerpo, oscuro contra la luz, le pareció a Julia, por un instante, casi como la figura de un pájaro, de puntillas, listo para tomar el vuelo; detúvose en el umbral, un poco extrañada.

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó—. Esta es la alcoba de niños... Yo creía que usted se hallaba en la catedral, junto a monseñor Brougham.

Miguel respondió amablemente:

—Su Gracia tuvo la gentileza de invitarme para ir con él; pero, después de algunos momentos de conversación, me sentí fatigado, y pensé que yo podía venir aquí, a jugar con Julieta. —Y al decir estas palabras sonreía como un niño que da una explicación.

Ella al principio no supo qué responder; pero luego dijo:

—Sin embargo... Creo que... Claro está que si usted estaba fatigado... pero... ¿jugar con Julieta? —Y como no podía dejar de sonreír volvió su rostro a otro lado, diciendo en voz baja: "¡Qué divertido!" Y pensando que su esposo se había quedado solo, empezó a reír. Luego exclamó, con la sonrisa en el rostro: —Realmente esto me parece absurdo.

Pronto pudo ponerse seria otra vez y, mirándolo curiosamente, dijo:

—¿Pero qué va a decir mi marido?

El arcángel miraba apenado, y admitió:

—Parecía un poco decepcionado de mí. El hubiera querido, según me dió a entender, que yo fuera una persona algo más seria.

—¿Y no lo es usted, acaso? —exclamó Julia, severamente.

—Creo que no lo soy —dijo Miguel con toda sencillez, y luego continuó—: Antaño el juego y el canto formaban siempre parte de mis deberes. En Jerusalén los niños solían jugar con muñecas de yeso y juguetes de marfil y asta... Claro que usted no vivió en Florencia, durante el siglo XV, ni siquiera en Francia, durante el reinado del Gran Cardenal; por eso su conocimiento de los clérigos es limitado. Sin embargo, tiene usted razón: siendo, como soy, un arcediano, no debería ocuparme de estas cosas. Me encontraba pensando en esta circunstancia cuando llegó usted. ¿Cómo pude haber cometido tal falta?

Julia sobresaltóse al oír estas palabras, que le resultaban sombrías y de dura crítica; sin embargo, contestó en el mismo tono de voz:

—Quizá no sea demasiado tarde aun para rectificarse. Si usted quiere, puedo hablar con mi marido...

Miguel se puso a pensar silenciosamente unos segundos. Por último acercóse a ella y, mirándola intensamente con una expresión pensativa, le dijo:

—No, no le hable usted nada al respecto.

Ella experimentó al mismo tiempo un sentimiento de alivio cuya intensidad no dejó de sorprenderla. Con el objeto de disimular su confusión, replicó apresuradamente:

—Habríamos tenido mucha pena de perderlo; es decir, la Iglesia y mi marido, el obispo.

—Su marido —dijo él gravemente, interrumpiéndola— ha emprendido una obra importante. Desea construir una catedral de una altura sin precedentes. No dudo de que ese edificio dará a la Iglesia un ímpetu poderoso en este país. Es un hombre hábil; por eso ha podido comprender que la fuerza de la Iglesia radica en el hogar.

Se detuvo y miró a su alrededor toda la alcoba infantil, por cuyos rincones había muñecas y conejos hechos de algodón y lino, que lo miraban con mil expresiones diferentes. Luego exclamó:

—Si yo tuviera un hogar como éste no querría abandonarlo jamás.

—Mientras siga usted con nosotros —dijo Julia anhelante— debe considerar este hogar como si fuera el suyo.

—Gracias —repuso el arcángel.

—¿Y dónde vive usted? —preguntó ella después de una pausa—. ¿De dónde viene?

Miguel contestó sin pensar:

—Mi hogar es el cielo. —Luego, rectificándose, agregó: —Claro está, esa es una manera de hablar, simplemente.

—Así es —aceptó ella.

—Vengo de una especie de escuela —dijo Miguel, y sus pupilas dilatáronse por un instante; ante ellas se agitaba una luz de alas angélicas y escuchó en su corazón el acento de una alegría celestial. Así pudo apenas exclamar:

—¡Ah!

—¿Entonces es usted huérfano?

—Dios es mi padre y mi madre.

"Lo que quiere decir —pensó Julia—, es que viene de un asilo de huérfanos. ¡Pobrecito!" Y dijo, ya en voz alta, con la mayor dulzura posible:

—Dios es padre y madre de todo lo que existe.

Ella creía haber dicho algo halagador, pero advirtió que él la miraba sorprendido, sonriendo, como si sus tristes pensamientos se hubieran desvanecido.

—Probablemente es padre y madre de usted; pero usted no se parece a El. Confiese que no siente usted como Dios, de ninguna manera.

Julia no supo si ponerse colérica o reír de buena gana. Al fin dijo con una sonrisa ambigua:

—Muy bien. Entonces, ¿a quién me parezco?

—Pequeño ser mortal —contestó Miguel—,

usted vivirá un poco más que un saltamontes; pero no tanto como una tortuga. Sabiendo que es usted mortal, vive llena de anhelos y desea tener todas las experiencias, sin fin.

—¿Y eso no es natural?

—¿Cuál es su anhelo, hija mía? —preguntó el arcángel—. ¿La alegría? Aquí la tiene a su alrededor. Extienda sus brazos para recibirla; pero no crea que le viene desde el cielo.

Y con toda su elegancia y belleza avanzó un paso hacia ella.

Julia retrocedió rápidamente, y dijo:

—Creo que viene allí Julieta.

Pero la niña no regresaba aún. Y Julia no encontró ninguna razón para abandonar la alcoba infantil. Quedándose, pues, allí, observó, nerviosamente:

—No sé si lo que deseo es alegría... Pudiera ser también que sea deber que cumplir...

—El deber y la alegría constituyen una misma cosa —sentenció Miguel; pero luego se rectificó: —Mejor dicho, deberían constituir una misma cosa. Sin embargo, el hombre ha hecho suyos deberes que no estaban destinados a él. El hombre fué creado para el amor y el regocijo... Y si quiere usted, consulte con el segundo capítulo del Génesis. Para nada tenía que diferenciar el bien del mal. Esto está en el capítulo tercero, que relata la caída del hombre. —Hizo una pausa, mirando olímpicamente, y agregó: —En la mañana del mundo, cuando el alba permanecía aún sobre el Paraíso, el hombre fué creado a fin de que hubiera alguien para gozar de ese jardín. Con el objeto de que pudiera apreciar la belleza, diósele un espíritu; y con ello recibió la palabra, puesto que sin ella es imposible comprender algunas abstracciones, como la del espíritu, por ejemplo. Esto fué un error; pero no veo la manera en que habría podido ser evitado. Por aquellos días, las alas de los ángeles movíanse lenta y graciosamente en el aire, poblado también de pájaros en vuelo y flores exquisitas. Todo era belleza, todo era paz. Y el hombre podía gozar perfectamente de esta paz y esta belleza. Era como un niño inocente, y su único deber consistía en vivir y dar gracias a Dios; todo lo cual no venía a ser más que alegría y movimiento natural. En verdad, el hombre estaba sólo un poco más bajo que los ángeles, cuyos coros podía oír perfectamente en la altura; hecho de tierra más que de aire, no podía volar, pero en cambio, a falta de alas, recibió la virtud de poder experimentar sensaciones desconocidas para los hijos de la luz.

Hizo una pausa a fin de recordar en silencio la paz del Paraíso, la gloria del Edén. Al fin prosiguió, después de lanzar un suspiro:

—Aquella luz que caía sobre la tierra era como la que ve usted algunas mañanas de primavera, cuando todas las flores se abren para exhalar sus perfumes y cuando la hierba está tierna y verde. Los pájaros cantaban y se llamaban unos a otros, haciendo lo que les venía en gana. El hombre vivía sin mujer, en felicidad perfecta; comprendía la voz del infinito y de la eternidad; puesto que todo era Uno, no podía ver ningún fin, ni abrigar ningún temor.

"Luego vino la caída, que ya conoce usted, por la Biblia. El hombre comió el fruto del árbol del bien y del mal.

"Y se acabó el Edén cuando el hombre supo que había mal en el mundo. ¿Dónde está ahora el Paraíso? Está usted lejos del Edén, hija mía, aunque no dudo de que viva cerca del cielo. ¡Qué poco piensa usted en la felicidad! ¡Sólo en sus sueños, cuando recuerda el Paraíso!... Esto ya no tiene remedio. Yo mismo, que, según la voluntad de Dios, debo ayudarle a cumplir sus deberes y ayudar a su marido en la edificación de su iglesia y en la protección de los hogares, siento el corazón apesadumbrado cuando recuerdo la mañana del mundo y la luz que iluminaba al Paraíso.

"En realidad, quisiera mejor proporcionarle alegría, ayudarle a encontrar otra vez el Paraíso."

Julia permanecía como en éxtasis, con los ojos cerrados. Apenas podía escuchar lo que le decía; su oídos sentíanse hechizados con las palabras y los acentos de dulzura divina; su mente flotaba por encima de las colinas más fragantes; su alma, exaltada por una voz angélica, le inflamaba cada vez más el pecho, de modo que apenas podía respirar.

Súbitamente sintió sobre su boca un beso de dulzura y vigor extraordinarios.

—¡Oh! —exclamó y, retrocediendo, abrió los ojos asustados.

En realidad, apenas tuvo tiempo para ver que Miguel desaparecía por la puerta. Entonces permaneció de pie, junto al lecho de su hija, y puso la mano en su rostro, que ardía con un fuego extraño. Sus pensamientos empezaron a reunirse lentamente y ella pasó, en la misma forma, del asombro a la consternación. El fuego manteníase adherido a su rostro, como un rubor mortal. Con el extremo de sus dedos se tocó ligeramente los labios.

—¿Qué ha sucedido? —exclamó en voz alta.

Pero se hallaba incapaz de sentir indignación, a pesar de que lo deseaba. Finalmente, sonriendo, con un aire de matrona, dijo: "¡Es como una criatura!... Pero tiene que guardarse muy bien de volver a la alcoba de Julieta..."

CAPITULO VIII

Julieta regresó del parque a su casa con las mejillas rojas. Ya tenía un nuevo amiguito y estaba gozosa recordando sus aventuras con él.



Era más pequeño que ella, y todo redondito como una manzana. Sus macizas piernecitas lo llevaban lejos, por el gimnasio, y lo traían velozmente al lado de su alma, en cuyo seno hundía su rostro. Este niño pequeño, redondo y dichoso, respondía al nombre de Johnson. Julieta ignoraba si su amiguito tenía o no otros nombres, de modo que siempre lo llamaría Johnson.

—Le presté mis patines — dijo la niña — y él se cayó gritando. Se puso de pie y volvióse a caer, otra vez gritando... Yo también me caigo, pero no grito... Gritan solamente los niños pequeñitos... Mamá, ¿puedo ayudarte a peinar tu cabellera?

Tomando con la mano el cepillo lo levantó lentamente y, con cuidado infinito, empezó a pasarlo por sobre la dorada cabellera de su madre. De pronto preguntó:

—¿Qué harías si yo me marchara, mamá?

—No lo sé, hija mía — dijo Julia, escondiendo detrás de una sonrisa amable la súbita angustia de su pensamiento.

—Yo sé lo que harías — dijo la pequeña, muy seriamente. Y, recordando los cuentos que su ama solía leerle por la noche, exclamó: — Llorarías, gimiendo.

—Eso es justamente lo que haría — aceptó Julia, y trató de hacerlo, tan bien como podía, para ver cómo le resultaba —. ¡Ay-ay-ay! — gimió —. ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

Julieta dejó el cepillo y prendióse a su madre, rogándole:

—No hagas así, mamá... No, no... No me iré nunca, nunca.

—Entonces, muy bien, si me lo prometes.

—Te lo prometo.

Y miró a su madre, con el temor de haberle herido el corazón.

Julia la atrajo hacia su pecho, diciéndole:

—Ahora ya no lloraré más. — Y agregó riendo: — ¿Qué clase de niñito es el que acabas de conocer?...

Pero al pronunciar estas palabras de alegría, sintió en su alma un imprevisto terror: "Supongamos que algo estuviera por ocurrirle, a ella, a Julieta. El amor es algo terrible; se apodera tan ávidamente del corazón humano. Y en él no hay nada eterno. La muerte acaba también con el amor y todo pasa dejando lágrimas y gemidos verdaderos. Para ser fuerte, ¿no se debe tratar de vivir sin amor? ¿No debía enseñarle estas verdades a Julieta?... ¿Su deber no era ése, acaso?" Su deber...

Julia recordó las palabras de Miguel y aproximó la dorada cabecita de su hija a la suya, diciendo, casi desafiadoramente:

—Mi deber es amarte.

—Sí — contestó Julieta con gran satisfacción, y agregó a toda prisa: — Ahora dime todo lo que hiciste en el día.

—No; primero tienes que decírmelo tú. Hasta ahora sólo has dicho que te caíste.

—Bien — dijo la niña, reflexionando —. Es cierto, me caí. — Y abriendo ampliamente los ojos, continuó: — Potter estaba allí. Cuando grité vino y me hizo unos cariños. Yo le di un abrazo y él se fué corriendo.

Julia movía la cabeza escuchando el relato.

—Esto suele ocurrirle a cualquiera — dijo —; pero creo que no debes gritar cuando te caes.

—Sí — contestó Julieta —; pero sólo fué un grito muy pequeñito — y agregó —: Yo jugaba con Johnson, y Johnson jugaba conmigo.

—¿Y qué hizo Potter, queridita?

—Jugaba también; pero no quería quererme. Jugaba a las batallas, y a correr a caballo y se iba muy lejos... Mamá, ¿crees que Potter no me quiere? — Y los labios de la criatura temblaban.

—Quizá sea eso lo mejor — dijo Julia, pero luego sintióse apenada de haberlo dicho, y continuó —: Los niñitos son así. Les gusta jugar a su anera.

—Johnson no es así — dijo la niña —; él me abraza a cada paso.

—Pero — observó Julia seriamente —, no todo pueden ser abrazos solamente.

—Es algo, de todos modos — replicó Julieta. Y miró a su madre con un aire de persona mayor. Después agregó —: Quieres que te ayude a vestirte para esta noche, mamá?

Las dos juntas buscaron un vestido dorado con una hebilla semejando una hoja rosada; cayó sobre los hombros estrechos de Julia como una cascada de luz. La niña miraba a su madre con ojo observador:

—¿Tendré un vestido como éste cuando sea mayor?

—Sí, querida... Espero que sea así.

—¿Irás vestida así a la calle?

—No; tenemos un invitado para comer.

—¿Quién?

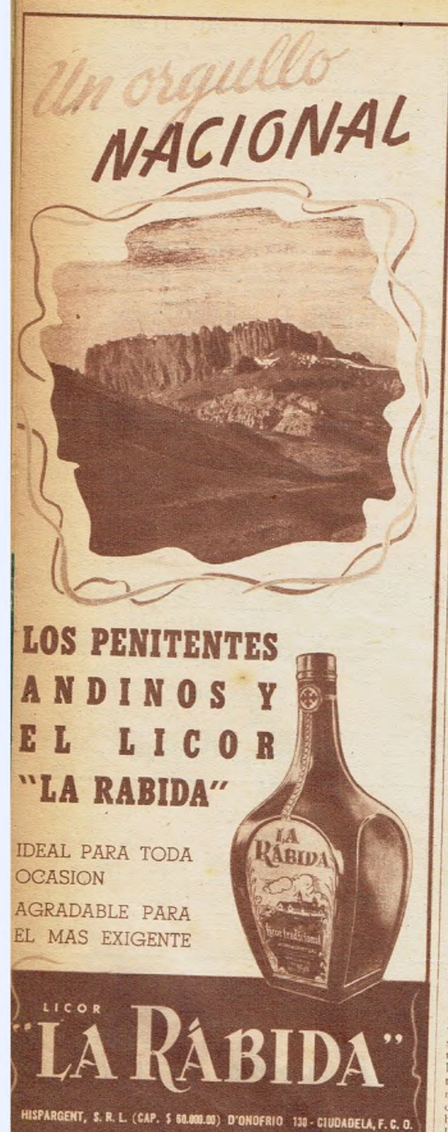
—El doctor Miguel.

Julieta palmeó alegremente, exclamando:

—¿Podré verlo yo, mamá? ¿Me dirá "buenas noches"? ¿Vendrá a besarme en mi lecho?... Yo quisiera que venga y me bese en mi lecho.

Quería que alguien le dijera "buenas noches". En una ocasión había hecho una escena porque exigía que el plomero, que estaba trabajando en su casa, acudiera a decirle "buenas noches", y su padre no quiso darle el gusto. Al verse privada de las atenciones del plomero, lloró hasta quedarse dormida.

En tales ocasiones, Julia sentía una aguda ansiedad por su hija. ¿Qué sería de ella cuando creciera? Y se imaginaba para la criatura una vida llena de pena y desesperación. Entonces solía hablarle seriamente acerca de cosas tales como el servicio a los demás y el renunciamiento



de uno mismo. Julieta la escuchaba con un aire tierno y solícito. Al día siguiente volvía a casa sin su muñeca, porque la había regalado a una niña, en el parque.

—Era pobre y desdichada y yo le di un beso.

Entonces la madre poníase más inquieta que nunca. Para Julieta, la vida era amor, y el amor era abrazar y besar, nada más. ¿Quién había puesto tales ideas en su cabeza? La inquietud de Julia llegaba a veces al espanto. Ella sabía también amar en lo profundo de su corazón; pero no de una manera tan generosa...: plomeros..., niñitas pobres en el parque...

Claro está que ese amor era del todo inocente. Pero, por lo mismo, este sueño de un mundo donde las gentes se amaran y se besaran tenía que terminar; ella tenía que terminarlo.

El padre se habría puesto muy triste si hubiese pensado en estas cosas. Pero estaba en la imposibilidad de hacer tal cosa. Creía que un niño pertenece al reino de Dios durante toda su infancia; lo importante es enseñarle el catecismo. Este pequeño racimo de curiosidad y de anhelos pertenecería a Dios mientras parmaneciera "técnicamente" en la inocencia. La criatura podía heredar de sus padres una nariz y un ojo; pero, sobre todo, tenía que ser simple, serena, y preocuparse de seguir siéndolo. La palabra "pura" en los labios del obispo protestante quería decir lilial o niñita. Podía haber agregado: Pura como los pensamientos de mi esposa, y habría expresado la misma cosa.

Desde San Timoteo volvió a su hogar, frunciendo el entrecejo y preocupado por algo extraño.

—Este arcediano, sí, realmente... De pronto, cuando yo estaba diciéndole algo interesante, desapareció. Lo busqué y ya no estaba allí. ¿No llegaste a verlo, por casualidad, querida? A mí no me gusta esta manera de proceder.

—No —dijo Julia, sin quererlo. Y quedóse extrañada de oírse a sí misma. Sin embargo, en ese momento no podía haber dicho otra cosa. Ruborizándose por lo que le ocurría permaneció en silencio.

—Bien —dijo el obispo, suspirando—. Yo le había dicho ya que viniera a cenar con nosotros; de tal manera que, a lo mejor, regresará, después de todo. Uno tiene que hacer lo posible por no impacientarse. Es un joven verdaderamente reservado... como creo habértelo indicado ya.

—¿Reservado? —dijo Julia con un aire estúpido, y se puso a reír.

El obispo Brougham la miró sorprendido.

—¿Tú no lo crees así? —interrogó.

—¿Que si lo creo? Quizá.— Y hacía esfuerzos desesperados para recuperarse—. Estaba pensando en otra cosa...

Pero el sacerdote estaba irritable. No le gustaban en manera alguna las gentes que desaparecen como por encanto.

—Te ruego que pongas un poco más de atención a lo que estoy diciéndote —observó—. Te contaba que, cuando yo estaba diciéndole algo interesante, desapareció...

—¡Es verdad... es verdad!... Sí.

El obispo exclamaba ya:

—¡Oh!... Bien, bien... ¡Oh!

Era que acababa de ver, lleno de asombro, a Miguel, que descendía por las escaleras y le preguntaba:

—¿Dónde estuvo usted? Lo perdí de vista en la catedral.— Y agregó alegremente: —Acabo de dar un beso a la niñita Julieta antes de que se quedara dormida.

CAPITULO IX

El pétreo y gris edificio de San Timoteo se levantaba sobre una colina, bajo un cielo invernal, desde donde han partido los vientos más intensos hacia el sur del océano. Arriba, en los caminos del aire, las nubes iluminadas atravesaban la ciudad, viniendo desde el Este; se las veía brillar bajo el sol, blanquecinas al fondo de las bandadas de palomas que no se cansaban de dar vueltas, lanzando reflejos de plata sobre la ciudad. Pero las casas de abajo se hallaban en la sombra; una sombra que caía como desmenuzada en las calles, donde la brisa se había convertido en largos ríos de viento.

La ciudad estaba siendo demolida a fin de poder construir nuevos edificios, algunos de los cuales se levantaban ya a grandes alturas, tomando la forma de obeliscos, pirámides, colinas de cemento, monasterios, templos, pabellones, fortalezas medievales sobre rocas. En medio de esta confusión, San Timoteo conservaba su aspecto y permanecía en pie, como una excelente imitación de la catedral de San Didier, construída en el siglo XIII, para honrar el recuerdo de aquel santo cuyos huesos curaban, al parecer, el raquitismo y la parálisis.

En días domingo sonaban las campanas de San Timoteo, tocábase el carillón y el aire de las cercanías se veía agitado a una distancia de varias cuadras. Sentados en sus bancos de iglesia, hombres y mujeres se entregaban solemnemente a sus sentimientos religiosos, sin mancha de tristeza. Los profundos tonos del órgano, expandiéndose por el aire, les inspiraban piadosas reflexiones, ideas de eternidad y anhelos infinitos, inexplicables. En el templo había una luz tenue, tranquila, que ponía paz en los corazones; una luz que no pertenecía a esta época ni a este mundo. En asientos bien provistos de cojines, Biblias, salmodias e himnos, la congregación permanecía en suspenso, mientras los padres y las madres de familia complacíanse resolviendo plácidamente los problemas hogareños de cada día.

El obispo protestante dijo su sermón. Reverendo, pero al mismo tiempo hombre práctico, llevó a los miembros de su grey a terrenos agradables, asegurándoles que los devotos siempre eran bien recompensados. Ellos no dudaban de esto, naturalmente; pero les gustaba escucharlo siempre. Y mientras el órgano tocaba y el coro cantaba, los corazones de los fieles, exaltados hasta el máximo, tomaban parte en un acto de divina comunión.

"Nuestros tiempos —dijo el obispo— tienen sus mártires. El hecho de que no haya necesidad de mártires de la fe, significa, precisamente, el triunfo de la fe. Ahora, gracias a Dios, ningún hombre se ve llamado a morir en nombre de su fe. Actualmente tenemos que librar otras batallas, y tenemos que admirar otros mártires. Satanás trata ahora de tentarnos a abandonar nuestro trabajo. Los demonios acuden adornados de flores y tratan de hacernos olvidar nuestros hábitos de sobriedad, nuestros instrumentos de labor, para llevarnos a los terrenos de los placeres de la carne, la ociosidad y el pecado.

"En la actualidad, en esta estación del año, se anima en nuestros corazones un poderoso espíritu para oponernos al mal. Se trata del espíritu cristiano; de ese espíritu que salvará el hogar y la Iglesia; que acabará con las enseñanzas inmorales del paganismo contemporáneo. La estrella de Belén, la estrella de Navidad, brilla con su purísima luz en el cielo y fortalece con su santidad nuestros corazones.

"Hagamos, pues, nuestro, en esta estación, aquel magnífico, devoto y amplio espíritu, cuyo lema viene a ser: Paz en la tierra y buena voluntad en el corazón del hombre."

En medio de este sermón, el profesor Wutheridge, cuyos libros escolares sobre ritos, purificaciones y festivales nadie había leído, púsose de pie y se marchó a su casa, con la intención de leer, al día siguiente, en su clase de la Universidad, esta composición:

"Cuando Gilgamich, rey del Erech, conquistó la ciudad de Akad, los festivales de los dioses de Akadián siguieron celebrándose, con esta diferencia: se celebraron en nombre de la deidad tutelar de Erech. Vencida en la batalla, la antigua ciudad perdió sus dioses, que fueron adoptados por los conquistadores, e incorporados a su partenón, en medio de las fiestas y ceremonias correspondientes."

Su partida del templo no turbó en nada a la brillante congregación de San Timoteo, cuyos miembros, ante la luz sagrada, contempláronse mutuamente en forma de compañías petroleras, concesiones mineras, molinos, fábricas y compañías de seguros.

Pero Julia permanecía inmóvil, a solas con sus pensamientos. En un momento dado cerró los ojos y, como su marido era el que estaba hablando, respondió mentalmente, mitad para contradecirlo y mitad para contradecirse a sí misma:

"Querido mío... ¿Y qué hacían los hombres antes de que luciera la estrella de Navidad? ¿No eran felices en ninguna parte? ¿Todo era pecado? Es de suponerlo. Sin pecado, realmente, no puede haber perdón ni salvación. ¿No gozaban acaso de la felicidad que estás ensalzando, nuestra felicidad? Aquel pueblo tuvo que ser enteramente pecador... adornado de flores, como tú dices. ¿Y las gentes se besaban unas a otras...; de pronto, quiero decir, y sin pedirse permiso? ¿A la manera... a la manera que él me besó? Sí, me besó; pero sin que yo le dijera que me besara. Lo hizo con toda sencillez y rápidamente... Y aquello fué como el fuego y el hielo... Algo extraño pasó en mi corazón..."

El coro cantó:

En un pesebre de Belén
ha nacido el niño Dios...

La congregación púsose de rodillas y el reverendo Brougham rezó:

"Eleva nuestros corazones, Señor, y atrae hacia ti nuestros pensamientos en este momento, a fin de que podamos exaltar tu santísimo nombre entre todas las naciones del globo. Aléjanos de los malos pensamientos sensuales y envíanos el espíritu que niega los goces de la carne; el espíritu que erigió un gran país, a manera del último monumento a tu gloria, para siempre jamás. Amén."

Y Julia, ya arrodillada, continuó:

"El espíritu pascual pondrá fin al paganismo. Tendremos un árbol de Navidad para Julieta, con sus luces rojas y azules, y la niña repartirá los presentes. Uno para la cocinera, otro para mí, otro para Miguel... Querido mío, si no te besaron nunca, de pronto, sin pedirte permiso, ¿cómo puedes saber de eso? Pero si te hubiesen besado así, y lo supieras, en ese caso, podrías decirme lo que un hombre piensa... después..... El nunca me habla de ello. Yo quisiera saberlo. Una siempre quiere saber todo, y después no sabe nada.

"¿Debo avergonzarme o indignarme? Pero él parece haberse olvidado ya de todo. Nunca me dijo nada de ello las veces que nos hemos visto después de aquel día. Quizá realmente no sucedió nunca. ¿Qué sucedería si yo pensara que no ocurrió jamás?

"A lo mejor esto sería lo más sensato.

"Entonces, bien: no me besó nunca, de ninguna manera.

"¿Querrá besarme otra vez? ¿No se atreverá a hacerlo de nuevo? Creo que no, ciertamente.

"Porque lo que hemos hecho, no deberíamos haberlo hecho; y lo que deberíamos hacer, no lo hacemos. Esto no está bien de ninguna manera."

Ella seguía de rodillas; pero su mirada vagaba buscando a Miguel. El extraño joven, de ondulada cabellera y magnífico resplandor, no

aparecía por ningún sitio. El arcediano era invisible.

Pero de pronto apareció; allí estaba, de pie, apoyado ligeramente en la baranda del altar, escuchando el servicio religioso. Ya lo había oído muchas veces; sin embargo, no dejaba nunca de impresionarlo. Recordaba que, hacía tiempo, hubo un organista magistral en Weimar. Su música era realmente celestial. "Este obispo — pensó — no es muy elocuente, pero es sonoro. ¡Cuánta energía hay ahora en el mundo! ¡Cuánta fuerza! Tenemos que dirigirla por canales apropiados, porque, de otra manera, se producirán grandes cambios en el cielo."

Y se puso a reflexionar en los cambios del pasado: "Al principio, los ángeles tenían la costumbre de ir y venir entre el cielo y la tierra, subiendo y bajando por la escalera de Jacob, con sus alas plegadas y sus expresiones de dulzura; siglos más tarde vino la esclavitud en Egipto, la huída a través del desierto, la guerra sin fin, el triunfo pasajero de Judea". Recordó la destrucción del templo por los romanos y los años importantísimos que siguieron entre los mártires y los ermitaños de la Tebaida. Por aquel entonces ningún ángel podía alejarse de las arenas y los desiertos, donde luchaban los cristianos contra las fieras. Rememoraba la forma en que el cielo empezó a llenarse de mártires, algunos de ellos sin cabeza o sin manos o sin pies; algunos atravesados de flechas, otros quemados o lapidados; recordó la triunfal entrada en Roma, a la cabeza de Constantino, los años marciales de las cruzadas, los tiempos excitantes de la caza de brujos; recordó la forma como el cielo tembló el día en que Darwin vino al mundo, y la manera como los ángeles cantaban el día del nacimiento de Canon Wilberforce. Ahora se iniciaba una nueva época en el mundo; una época agitada profundamente por el efecto de terribles fuerzas, de descubrimientos e invenciones. Los hombres iban por los espacios, enviaban sus voces a través de los mares, dividían lo indivisible y penetraban lo impenetrable. Audaces, optimistas e infatigables, los descendientes de Adán podían, incluso, olvidarse de Dios completamente y levantar sus torres altísimas, como altares, para honrarse a sí mismos.

"No — dijo Miguel —, esto no puede seguir así. — Y agregó firmemente: — Ha llegado el momento de que los ángeles cumplan su deber".

Sin embargo, un peso descomunal parecía caer sobre sus espaldas, entristeciendo su corazón: "Salvaré los hogares de esta diócesis", dijo; pero sintióse oprimido. Pensó en su nuevo alojamiento, que consistía en una pequeña habitación, con un lecho, un escritorio, una mesa y una silla. "No permaneceré allí mucho tiempo", murmuró para consolarse. Después pensó en Julieta y suspiró: "Quizá Dios quiera enviarme uno de esos lindos querubines para que me haga compañía".

Pero luego comprendió que tal hecho podría causar molestias al obispo.

El reverendo Henry Brougham bajó del púlpito con sus hábitos episcopales y acercándose al arcángel preguntó:

—¿Te pareció bien el sermón?

—Espléndido — repuso Miguel.

—Creo que, sobre todo, fué oportuno, ¿no es cierto?

Pero Miguel notó que el pensamiento del obispo estaba ausente; como si la inducción del problema no se hallara en la catedral, sino en otro sitio; y, poco después, rehuyendo a los miembros de la congregación que trataban de agruparse a su alrededor para felicitarlo, dirigióse apresuradamente a su casa. Una vez allí, preguntó a su esposa, aparentando un aire distraído:

—¿Qué te pareció, amor mío, lo que dije esta mañana?

La esposa no contestó con palabras, sino que, haciendo un ademán con la mano, lo invitó para que se sentase a su lado. Después preguntó a su vez:

—Quisiera saber algo de tu persona. ¿Estás muy ocupado en estos días?

Pero el obispo siguió en pie, con las manos cargadas de papeles y con una expresión de desengaño en el rostro.

—Como siempre, querida — contestó con el mismo tono de cortesía habitual —. Negocios, arreglos, entrevistas... ¿Ocurre algo malo? Me pareces un poco preocupada.

Ella deseaba decir: "Sí... Me encuentro sola". Deseaba gritarle: "Estoy aterrorizada, Henry... Y lo peor es que no sé lo que me aterroriza... por lo menos no estoy segura... ¿Quieres ayudarme a no caer, por lo menos un instante?"

Pero decir eso era imposible. Al mirarlo comprobó que eso era imposible. En él no había nada que estuviera dispuesto a comprender su soledad ni a acudir en su ayuda. Su marido la amaba, ciertamente, y allí estaba de pie, fuerte y alto, mirándola afectuosamente; pero en ese instante, como siempre, no vió en ella más que lo que quiso ver. Y si ella le hubiese dicho que estaba sola, él tampoco lo habría comprendido; no habría hecho más que mirarla como se mira a un niño, y decirle simplemente: "No grites, amor mío; no grites; pero si eso que te espanta no es nada, nada... Las niñitas mayores no se asustan por tonterías..."

Estaba tan seguro de sí mismo y de sus ideas, que, en su cerebro perfectamente ajustado, no había lugar para la duda. En cambio, ella no se sentía nunca segura. ¿Cómo habría podido, entonces, decirle: "Estoy sola y espantada"? ¿Qué habría podido responderle él? "Tonterías, amor mío..." Y luego, probablemente: "Estoy muy ocupado..."

—Supongo — declaró ella, por decir algo — que será porque pienso mucho en lo que le sucede a Julieta estos días.

—¡Ah! — exclamó el obispo tranquilizándose. — Bien, querida mía, ¿qué ocurre con Julieta? ¿Está resfriada?

—No — contestó Julia, sonriendo dulcemente —; la niña está muy bien de salud; pero crece demasiado aprisa, Henry. A veces pienso en todo lo que le falta aprender, todo lo que debemos enseñarle. Y yo no sé, francamente, si podré hacerlo como es debido.

—Pero si para ello hay profesores — dijo el obispo —, cuya obligación es saber de todo... Julieta está creciendo en la misma forma que cualquier otra niña. ¿Qué puede ocurrirle? Nada.

Julia suspiró, preguntando de nuevo:

—¿Estás seguro de ello? — y agregó luego, débilmente: — A veces ocurren cosas tan extrañas...

—No te preocupes, querida... Ya nos ocuparemos de la educación de Julieta a su debido tiempo — dijo el sacerdote, y encaminóse a sus habitaciones.

Pero al llegar a la puerta se detuvo y volvió al lado de su esposa, para preguntarle, con un poco de melancolía:

—No me dijiste qué te pareció mi sermón.

Julia se puso de pie, sobresaltada, para decir:

—Sí, es verdad, no te lo he manifestado. Fué muy interesante, querido... Me pareció muy interesante... No podías haber elegido mejor tema que el de Navidad...

CAPITULO X

Jorge Germán Wutheridge, profesor universitario de lenguas semíticas, permanecía dormido en su lecho sin almohada. Sus manos yacían cruzadas sobre su pecho, al pie de su corta barba blanca, y su rostro veíase casi iluminado por las primeras luces de la aurora. Así, dormido, parecía sonreír asemejándose a uno de aquellos buenos santos que tan bien dibujaban los pintores florentinos. El ruido de una carreta que rodaba por las piedras de la calle vino a despertarlo. Abriendo los ojos, exclamó: "¡Aquí tenemos ya un nuevo día!" Y luego volvió a cerrar los ojos fuertemente, esperando seguir así en la contemplación de los sueños que acababan de divertirlo tanto. Pero al cabo de un instante dijo: "No... Ya desaparecieron. ¡Levantémonos!"

Con la lentitud de la vejez bajó del lecho y empezó a preparar el desayuno.

Al tomar su taza de café, revisaba, como era su costumbre, el diario de la mañana. Y, como siempre, su rostro iba poniéndose cada vez más pensativo y triste: "Esto no cambia nunca — murmuró —. Yo también podría escribir las noticias del día. Todo hombre trata de arrebatarle el pan a su semejante... Alrededor de esta cuestión giran las noticias del día... ¿Por qué tengo yo que avergonzarme todos los días a causa de esto?"

Y prosiguiendo el vistazo de las páginas, encontró la siguiente nota:

"En Atenas, una mujer conocida por el nombre de Tamara fué acusada de haber asesinado a ocho hombres, a quienes convirtió al cristianismo. Después confesó sus asesinatos con cándida alegría; para estar segura de que ellos no pudieran retractarse y de que ganaran su salvación eterna, admitió que había matado a sus convertidos inmediatamente después de su bautismo.

"Cuando la policía llegó a la habitación de la muchacha, encontró a ésta rezando. Entonces, con toda reverencia, los guardianes del orden esperaron que terminara su oración y luego la oyeron declarar que había cometido el acto en la plena seguridad de que así, en gracia cristiana, aseguraba a las víctimas la gloria eterna de Dios."

Poniendo de lado su taza, el profesor Wutheridge, exclamó: "Es posible que esta mujer haya sido una santa y que merezca canonización. Uno debe reconocer la sublimidad de sus intenciones, que, al ser puestas en práctica, merecieron la condenación de la policía.

"Y cuando se piensa en esto, cabe preguntarse: ¿a cuántos santos se les permitiría la práctica de su martirologio en nuestros días? Las confesiones de cualquier otro agustino serían censuradas por la Iglesia; pero ello haría la fortuna de tal agustino. Y nadie se ocuparía de aquella piadosa muchacha que entregó su virginidad al barquero, porque, anhelante de cumplir su peregrinaje, no tenía otra cosa con qué pagarle el pasaje."

"Sin embargo, en este caso particular, estamos tratando de una forma de sacrificio desconocida entre los sacerdotes de Bel, de Moloch y de Ammon. Es verdad que, en el caso de Moloch, a quien solamente se le sacrificaban vírgenes, no se hace mención de ninguna recompensa para las víctimas en el otro mundo. De todas maneras, lo cierto es que el hombre vive matando y cumpliendo así las leyes fundamentales de la existencia terrenal."

Muy satisfecho de estas reflexiones, el profesor de lenguas semíticas encaminóse a cumplir sus deberes pedagógicos en la Universidad.

Por la tarde fué a dar un paseo. La nieve sentíase en el aire, en el cerrado cielo gris, y el viento de altura cantaba una tonada norteña. Las aguas del río parecían movidas y frías, oscuras y pesadas; en las esquinas de las calles aireadas, ante las tiendas de juguetes para pobres, el Padre Noel arreglaba sus campanillas sonoras. En las ventanas veíanse coronas consagradas; y, frente a los almacenes y a los puestos de flores, el aire húmedo tenía el perfume de siemprevivas.

El profesor Wutheridge abandonó las calles donde los transeúntes, ansiosos de hacer sus compras en vísperas de la fiesta, se movían apresuradamente con el rostro duro y serio, y entró en el parque. Una vez allí, pudo dedicarse a contemplar la ciudad a través de un primer plano de árboles, despojados por el invierno, y admirar las techumbres a distancia. Como de

costumbre, siguió su paseo a través del gimnasio infantil a fin de gozar de la contemplación de los niños, cuyos juegos le hacían recordar los festivales del pasado, gozosos, o trágicos e intensos.

Tenía en la memoria, principalmente, la imagen de una niña cuyo rostro pequeño y moreno irradiaba entusiasmo y amor. Al verla allí no pudo menos de volver el rostro hacia el joven, que, al parecer, estaba cuidándola, para decirle:

—¡Qué criatura más extraordinaria! Me hace pensar en los niños de Cyrene, cuyas bellísimas expresiones y pensamientos de inocencia llegaron hasta nosotros en los escritos de los poetas.

Y recitó:

Credis, el primero en la palabra y en el juego,
[cayó un día...
Las doncellas de Samián lloraron desconsola-
[damente.
Con voces piadosas, alegres, otros tiempos,
le arrullaban su sueño interminable.

A lo cual replicó el joven:

—No estoy muy bien documentado en cuestiones de antología griega. Sin embargo, he estudiado las obras de otros poetas, uno de los cuales escribe:

Con el cuello juvenil inclinado
inspira la admiración de los leones.

—El verso a que se refiere usted —dijo el profesor— es obra del hijo de Sirach; y fué compuesto en el siglo II. —Al decir estas palabras miraba con toda curiosidad al joven. Después de una pausa agregó: —Veo que tiene usted la cabellera dorada y que sus facciones se parecen a aquellas del Gran Arcángel de Donatello, que ahora se encuentra en el Bargello de Florencia. Sin embargo, noto algo de oriental en usted.

—Es verdad —contestó Miguel—; procedo de una familia que fué originariamente semita. —Y agregó, simplemente: —Soy un arcángel, y esta niña, a quien estoy cuidando en este instante, es la hija del reverendo Henry Brougham, obispo de San Timoteo.

—Tengo mucho gusto de oírlo —dijo el profesor—. Tengo muchísimo gusto de oírlo. Dígame, por favor: ¿la tribu de Habiri, después de atravesar el Jordán, cruzó su sangre, como es de suponerse, con los filisteos? ¿Y los filisteos, como el señor Goldin lo sostiene, fueron una raza minoana de Creta? Dígame usted cuál es la verdad al respecto.

Y miraba enérgicamente al arcángel, que, moviendo la cabeza, empezó a decir:

—Yo no sé nada acerca de los filisteos, salvo el hecho de que nuestro pueblo los venció. Su tenacidad ante la desaprobación divina fué algo que no dejó de sorprenderme. Sin embargo, todo aquel período sigue un poco vago en mi memoria. Esos tiempos no fueron muy felices para mí; creo que no hicimos otra cosa que luchar por la propiedad de unas cuantas colinas y un desierto.

—Por lo mismo —insistió el profesor— no puedo consolarme de no haber vivido en aquellos tiempos. ¡Qué oportunidad magnífica para las investigaciones! Lo único que puedo hacer ahora es visitar el parque y contemplar a los niños en sus juegos. Cuando alguno de ellos resulta víctima de los demás, yo leo en su apenada y solitaria expresión toda la historia de la raza.

"Esta encantadora niña, cuyo padre, según usted me dice, es el reverendo Henry Brougham, no se parece a su padre. Con frecuencia he escuchado los sermones de este sacerdote, y siempre me han parecido de una limitación verdaderamente asombrosa. ¿No sabe usted que está queriendo erigir una nueva catedral? ¿Qué le parece? A veces he tenido sus noticias, a través de la Universidad... y me he suscrito con diez dólares... Supongo que usted está interesado en el asunto... Por eso le digo estas cosas.

—Estoy interesado, naturalmente —respondió Miguel—, ya que tengo, además de mis pesados deberes, el puesto de arcediano de la catedral. Usted me ve en este momento haciendo de ama de la hija del obispo, esperando que su madre venga a reunirse con nosotros. Esta es mi ocupación más feliz; me ayuda en la tarea un espíritu pequeñito, bastante parecido a un querubín, que responde al nombre de Johnson.

Y señaló hacia el sitio donde Julieta corría, con ojos radiantes y mejillas rojas por el frío, persiguiendo a su amiguito.

—Pero, dígame usted —continuó—, ¿hizo ya el envío de los diez dólares, o sea la suma de su contribución para la catedral? Si fuera así, ello explicaría la razón por la cual su nombre no está en la lista de varios profesores eminentes...

—¿Está usted seguro de que mi nombre no se encuentra en esa lista? —exclamó sorprendido el profesor—. Yo me llamo Wutheridge, Jorge Germán... ¡Eso sería algo muy extraño!...

El arcángel hizo un gesto de cortesía y agregó:

—La lista contiene solamente los nombres de las personas cuya contribución excede de los cincuenta dólares.

—¡Ah! —exclamó el profesor Wutheridge.

—En esa lista vi los nombres de los jefes de los Departamentos de Economía, Historia, Literatura, Física, Higiene, y de la Escuela de Comercio. Hay también algunos profesores adjuntos de Matemáticas, de Bellas Artes y de Astronomía... Todo eso forma en conjunto una brillante lista de nombres. Pensamos publicarla lo más pronto posible, seguramente en los diarios del domingo, bajo el escudo de la Universidad y entre las hojas de un laurel, primorosamente dibujadas.

—¡Ah! —volvió a exclamar el catedrático Wutheridge, y agregó con un acento contrariado—: Creo que, en este caso, se trata de un

error, francamente. Mi contribución tiene que haber sido de cincuenta dólares... Eso es... Sin embargo, al hacer el cheque... Sí, sí, amigo mío: hágame este pequeño favor: inscríbame en la lista con la suma de cincuenta dólares, si es que aun queda tiempo para ello, por favor.

Y sacándose el sombrero, para saludar a la señora del reverendo Brougham, que llegaba apresuradamente en busca de su hija Julieta, el profesor despidióse luego del joven arcediano y continuó su paseo a través del parque, bajo un cielo invernal.

CAPITULO XI

—¿Qué estaban conversando ustedes? —preguntó Julia. Su rostro aparecía sonrosado y alegre, y sin esperar respuesta, agregó que se sentía muy feliz de haber venido a reunirse con Julieta en el parque. Luego dijo: —Parece usted muy serio, Miguel.

—Estaba pensando —replicó el arcángel— en que pronto deberé ir a entrevistarme con los señores Guerdon y Cohen para pedirles que nos construyan un nuevo altar, en nombre del comercio.

El rostro de Julia frunciose como el de una niña.

—¡Oh! —exclamó—, usted no piensa sino en negocios... Usted y Henry... ¿Cuándo hablará de otra cosa? ¿No se siente contento de estar en el parque, con Julieta y conmigo?

—Sí —dijo Miguel, más seriamente que nunca.

—Entonces, hablemos de eso —exclamó ella riendo. Luego extendió los brazos para recibir a Julieta, que acudía a su madre con gritos de alegría.

—Johnson, mira, ésta es mi mamá... Ven y hazle cariños....

Julia dejóse arrastrar hasta un banco; la niñita la conducía prendida a sus rodillas.

—Siéntese aquí, conmigo, un momento, Miguel —dijo Julia—, hasta que tengamos frío. Y hábleme un poco de usted mismo. Todavía no tuve la suerte de escucharlo como quisiera. ¿Tiene usted una bonita habitación en la colina? Henry dice que por la mañana le entra el sol... Estoy pensando en enviarle una o dos frazadas de casa... Uno de estos días iremos a conocerla:..

Mordiéndose el labio corrigióse inmediatamente:

—Le rogaré a Henry que me lleve... Pero, dígame, ¿está usted ya bien establecido? Debería venir y vernos más a menudo, ya que aquí no tiene muchos conocidos... y yo soy la esposa del obispo... por supuesto...

De pronto quedóse en silencio y se puso a pensar: "¿Me habrá escuchado? ¿En qué estará meditando? El nuevo altar... el señor Cohen... Este hombre también es absurdo. Anoche, en la alcoba de Julieta, se pasó todo el tiempo pensando en el señor Cohen...

"¿Y aquello?... Ella no quería pensar ya en aquello. ¿Por qué no iba a poder olvidarlo, en la misma forma que él, según todas las apariencias?"

—Voy a ver si hay en mi casa algunas cosas que puedan servirle; tenemos muchas que no nos hacen falta —dijo. Y volviéndose hacia Julieta, agregó—: Mira, allí está Potter... Quizá querrá llevarte en su carretilla...

Pero la niña no había más que mirar a su nuevo amiguito.

—No lo deseo, mamá; eso no me divierte, francamente. — Y volviendo la espalda a Potter, que seguía empujando solemnemente su carretilla de un lado para otro, retrocedió graciosamente ante el avance de Johnson, que la seguía como una abeja o como un cohete.

Julia dejó escapar un suspiro profundo. Había tanta tranquilidad que, a pesar del frío, daba gusto permanecer en el parque. Ella suponía que su nariz estaba enrojecida; pero había que pensar, sobre todo, en la salud de Julieta. De manera que lo mejor era quedarse allí... Y sonreía amablemente. ¿Qué había dicho Miguel en la alcoba de Julieta, la noche anterior? "Usted piensa demasiado en la razón y el error... Bien; pero eso es inevitable. Y él estaba en lo justo; no pensaba más que en su deber. Después de todo, era un excelente arcediano, y ella no debía sino sentirse alegre, en nombre de Henry, del obispo.

Al fin animóse a decir:

—Miguel: ¿quisiera ayudarnos usted a preparar nuestro árbol? Este año vamos a tener un lindo árbol de Navidad para Julieta... Si usted no tuviera nada más interesante que hacer, naturalmente... Creo que se divertirá con nosotros un poco.

—Gracias —contestó el arcediano—; no tengo nada que hacer; para decirle la verdad, en nuestros días resulta sumamente difícil una ocupación que, al mismo tiempo, sea piadosa y divertida. Y preparar un árbol de Navidad para Julieta tiene que ser ambas cosas. ¿Puedo llevarle un presente, Julia? ¿Una caja para sus juguetes?

—La niña recibe muchos obsequios... No se moleste usted.

Miguel replicó:

—En el cielo, el día de Navidad damos a los querubines regalos de frutas y jaleas; y ellos entonces cantan para nosotros. Quizá Julieta cantará también una antigua barcarola o un madrigal.

Los ojos de Julia tornáronse más tiernos al mismo tiempo que pensaba: "Está hablándome de su hogar como si fuera del mismo cielo. ¡Una manzana y un caramelo para cada huérfano! Pobrecito!" Luego replicó gentilmente:

—Llévele a Julieta un muñeco de dulce y yo le enseñaré una tonada para que ella cante.

—Está muy bien, perfectamente —contestó Miguel con toda naturalidad, y se puso otra vez silencioso, mirando, más allá del parque, la ciudad.

Julia lo miraba a su vez, por debajo de sus doradas pestañas. ¡Qué extraña persona resultaba para ella el arcediano! Había notado ya que toda la gente se volvía para mirarlo en cualquier sitio que se encontrara; pero sabía también que su atracción no provenía tanto de su belleza, como de la expresión de su fisonomía; una expresión orgullosa, altiva, cargada de anhelo. Esto era lo que intrigaba a Julia. "Lo cierto es que este hombre no ama a sus semejantes —pensaba—; por lo menos en la forma en que lo hace Henry... Pero es muy amable con Julieta; más amable que Henry." Y, echando el busto un poco hacia atrás, púsose a contemplarlo. Ese arcediano era el único hombre —salvo su marido— que se había atrevido a besarla; y parecía haberlo olvidado ya... Esto era algo verdaderamente extraño; algo que, con el tiempo, llegaría a herirla seguramente... Quizá ya la hería. Y no había nada de desatento ni satisfecho en la persona de ese joven; aun en aquel instante, sentado allí, en silencio, parecía agitado por un oscuro, pero inquebrantable anhelo. Lo extraño era que ese anhelo parecía contagiarla a ella también, fuere lo que fuere. Y ello acabó con su tranquilidad. ¿Cuál era la verdad de todo eso? Julia ardía en deseos de saberla.

—Supongo —dijo apologéticamente— que usted debe contar con muchos amigos que querrán tenerlo en sus casas la noche de Navidad.

Pero él movió la cabeza y dijo:

—No; en realidad podría decir que no tengo ningún amigo. ¿Cómo podría tenerlos? Yo no soy más que un sirviente, Julia.

Ella sonrió, sólo con el objeto de disimular un suspiro de desengaño. ¡Estaba tan acostumbrada a esta clase de respuestas! ¡Y cuán cansadoras eran!

—Sí —dijo—, lo sé; Henry es un sirviente también; todos somos sirvientes... Pero el hecho de ser sirviente no impide tener amigos. Uno puede servir y... amar también —... Y se quedó muy seria, en silencio, mirando a lo lejos.

Miguel también permaneció en silencio unos segundos, antes de responder:

—Julia, desde el día que me hicieron arcediano vengo oyendo a cada paso, a mi alrededor, la palabra amor. ¿Qué quiere decir esta palabra, cuyo significado, en el sentido que la oigo emplear, se me escapa? Yo estoy acostumbrado a amar, pero no en el sentido religioso... Los poetas han discutido mucho sobre ese tema.

Al notar la asombrada expresión de Julia, continuó apresuradamente:

—Sé que estos pensamientos le parecerán extraños en mi persona. Antaño me vi obligado muchas veces a esconder mi verdadera naturaleza con el objeto de adaptarme a la teología de la época. Esto era más sencillo en los tiempos antiguos, porque la emoción que animaba a los judíos no era tan difícil de comprender; surgía de Canaán como un rascacielo; y ellos no querían hacer que otros participaran de sus virtudes.

—En la actualidad todo ha cambiado; los hombres hablan del amor dándole nuevas definiciones; pero actúan, en la misma forma de antaño, cuando los escogidos despreciaban a los que no lo eran. Esto es natural, mas no hay para qué llamarlo amor.

—Usted dice unas cosas muy extrañas — observó Julia —; sumamente extrañas para un arcediano. Habla de los judíos y de nosotros como si fuéramos la misma cosa. Los judíos nos enseñaron aquello de "ojo por ojo y diente por diente..." ¿No se acuerda usted? Y luego Dios nos enseñó a amar a nuestros enemigos y a presentar la otra mejilla... En esto consiste la diferencia, Miguel.

Pero el arcediano sacudía la cabeza. Finalmente replicó en forma soberbia:

—Dios no ama a sus enemigos, Julia; desea que lo amen sus enemigos, lo cual es algo muy distinto, ciertamente...

—Usted habló una vez de la alegría — replicó la dama —; y me dijo que se hallaba a nuestro alrededor.

—Le dije también que esa alegría no venía del cielo — afirmó el arcángel.

—Pero usted me hablaba en ese instante del amor...

—¿Del amor?... No lo recuerdo bien, sinceramente.

Julia inclinó la cabeza y miróse las manos ceñidas en sus guantes de piel. "¿Entonces, Miguel se había olvidado de todo, realmente? ¿Tan poca cosa le importó aquello, después de todo? Claro que sí... ¿Qué puede significar un beso para un hombre? Qué horrible era todo eso. ¡Y haberle sucedido a ella, precisamente; a ella, que no estaba acostumbrada a esa clase de aventuras! Nadie se había atrevido jamás a hacerle semejante cosa... Y ahora resulta que ese hombre se olvidaba de todo..."

El la miró, en este momento, de manera fría, y después de un instante, dijo:

—Se le han puesto rojas las mejillas. ¿Tiene frío?

—Quizá... ¿Quiere que caminemos un poco?

Ambos se pusieron de pie y empezaron a caminar lentamente, entre los niños, a través del gimnasio. Las palomas ambulaban a sus pies, dando pequeños saltos con las alas abiertas; unas alas que a veces sonaban como las hojas secas cuando las esparce el viento. Los muchachos los sobrepasaban gritando alegremente; las niñas reuníanse en grupos y se las veía inquietas y reservadas. Alrededor de la pareja sonaban las voces infantiles, agudas, ansiosas, exentas de piedad.

"¿Puedo jugar con vosotros?"

"¿Cómo te llamas?"

"No lo dejes jugar con nosotros."

"Escúchame...; yo seré la madre."

"No, no... La madre es mi muñeca."

"*Fraülein*, no quieren dejarme jugar con ellos."

"¿Y qué puedo hacer yo?... No me molestes."

"Ahora, ya hemos llegado."

—Cuando usted habla de alegría — dijo Julia, dando media vuelta lentamente, para regresar —, yo me pregunto, francamente, si usted sabe lo que quiere decir. ¿Puede haber alegría al margen de lo que uno tiene que hacer, y hacer como es debido?

Pero los ojos de Miguel aparecían empañados; el resplandor habíase ausentado de su rostro. Mirando hacia la larga hilera de niños, le parecía ver, como al otro lado de una nube, una iglesia vasta y sombría a través de cuyas columnas de piedra sobre piedra parecían levantarse débiles voces en forma de humareda fina, como neblina de sacrificio.

"¿Recemos aquí?"

"¿Cómo te llamas?"

"No, no... Usted no puede rezar aquí, con nosotros."

"Aquí está la verdad."

"Pero soy yo quien la descubrió."

"¿Y qué puedo hacer yo?... No me molestes."

—Miguel — exclamó Julia, algo humillada —, usted no presta la menor atención a mis palabras. Acabo de decirle que no puede haber alegría sino en el cumplimiento del deber; en el cumplimiento estricto del deber.

El arcediano abrió los ojos como si despertara de un pesado sueño; parecía surgir de alguna hondura profunda y sin límites. La miró por un momento con ojos grises, como de piedra.

—No sé nada, francamente — declaró.

CAPITULO XII

Potter iba con su carretilla de aquí para allá, a través del gimnasio infantil; hacía como que estaba muy ocupado; como que estaba consiguiendo trabajosamente una gran reputación. Por esta causa trasuntaba de su pequeña persona un aire de dignidad combinado con melancolía; contemplaba a otros niños que jugaban, sin mucho entusiasmo. En realidad, quería que todos lo admiraran; y cuando su ama le dijo que se sentase quieto, junto a ella, él se negó a obedecerla y, al ver la insistencia del mandato, echó a correr lejos, con su carretilla detrás. Cuando se vió alcanzado, final-

mente, por ella, la golpeó en la pierna.

Julieta lo vió después, mal sentado en su silla y llorando amargamente; entonces, dirigiéndose a Johnson, que lo contemplaba, explicó:

—No es más que una criaturita...

Pero en esas circunstancias le resultó difícil trazar sus líneas de rayuela en otro sitio que no fuera frente al asiento de Potter.

—Uno, dos, tres... Tienes que saltar por sobre la raya — decía la pequeña a su amiguito —. Tienes que saltar con un pie solamente.

Al decir estas palabras saltaba, en la forma que decía, sólo en un pie, mirando a Potter, quien, sin hacer caso de ella, seguía hundido en su aflicción. Ella pensaba que la próxima vez saltaría de un modo diferente, abriendo las piernas.

Ocurría algo extraño con Potter. No era tan divertido jugar con él, como lo era jugar con Johnson. Además, le gustaba golpear a los otros niños en las espinillas. Por otra parte, cuando él lloraba, ella sentíase también conmovida y respetaba su dolor; ese dolor que le impedía admirarla.

La niña ya estaba quieta, sosteniéndose en un pie. Sin duda lo más hermoso era seguir simplemente así.

La aflicción de un niño que llora abandonado emociona a los demás niños en una forma extraña: parece que oyeran la advertencia del dolor del mundo, el anuncio del verdadero sufrimiento; pero no quieren quedarse al margen de nada. Julieta no podía tolerar la indiferencia, ni aun en el caso de que mediaran lágrimas. No quería en absoluto que Potter llorara; pero ya que esto era irremediable, por lo menos deseaba tomar una gran parte en aquella pena y no saltar en un pie, inadvertida.

Pero Potter estaba muy lejos de admirar a cosa alguna de este mundo en aquel instante. Despojado de su importancia, no hacía sino seguir llorando a la sombra de su ama, que al fin exclamó:

—Mira, mira... Allí está Julieta. No hace más que mirarte. ¿No te da vergüenza llorar así, cuando ya eres un muchacho grandote? Además, me golpeaste en la pierna... — Y, dirigiéndose a la niñita, dijo —: Ven, Julieta, y mira más de cerca a este muchachito malcriado que llora sin parar.

La pequeña avanzó unos pasos y se puso a contemplar al llorón con aire sumamente apenado. Después, acercándose más aún, colocó su mano sobre el hombro de Potter, mirándole el rostro con dulce consternación.

—No llores, niñito — le dijo, e hizo como si le besara los pies en un arranque de intensa simpatía y con el deseo de ser activa. Luego, dirigiéndose al ama, agregó —: Yo no lloro... ¿No es cierto que yo no lloro?

—Claro que no lloras — contestó la mujer —. ¿No oyes, Potter, lo que dice esta niñita? Julieta no llora. Ningún niño bien educado llora ni golpea a su ama.

—Yo no hago más que sonreír y reír... ¿No es cierto? — preguntó de nuevo Julieta. Pero muy pronto se comprobó lo contrario; porque en ese mismo instante, Potter, chillando, le dió un puntapié que la hizo rodar por el suelo.

Por un instante quedóse en profundo silencio, tendida de espalda, presentaba un cuadro de muda consternación; pero una vez que se puso de pie, la comprobación de lo que acababan de hacerle la abrumó por completo. Su rostro pequeñito estalló en sollozos, se le estiraron los labios y cayéronsele las lágrimas.

—¡Se me ensució el vestido! — gimió —. ¿Qué hago ahora con mi vestido sucio?... ¡Me ha golpeado! ¡Me ha golpeado!

Y alejándose del ama de Potter, que se preparaba rabiosamente para castigar al agresor, huyó a refugiarse en los brazos de su madre.

Julia la recibió con toda calma, le limpió el vestido, le arregló la boina, le limpió los ojos y la ayudó a sonarse la nariz. Luego la tomó firmemente por la mano y le dijo:

—¡Ven aquí, camina un poco con Miguel y conmigo! Los niños son siempre así, muy rudos; no les hagas caso. No ha querido hacerte daño, queridita. Mira allá, mira esa niña que está dando de comer a las palomas. ¡Fíjate cuántas hay! ¡Y cómo comen! Los gorriones también comen. ¡Fíjate cómo les roban el grano, de sus mismos picos, a las palomas! ¡Dios mío, qué animalitos tan hambrientos!

El rostro de Julieta perdió su expresión de pena. Con una mano sostenida en alto por la de Miguel, y la otra por la de su mamá, miraba con interés cada vez mayor a las palomas. De vez en cuando lanzaba un suspiro, más por continuar su papel que por otra cosa. Finalmente repitió:

—¡Qué animalitos tan hambrientos! Yo no soy así... ¿No es cierto? — Y rió de manera incierta.

Las sombras del crepúsculo apagábanse en el gimnasio. El aire estaba frío; había dejado de caldearlo el viento. Los primeros velos azules de la noche, delicados y borrosos, se asentaban sobre los bancos y se perdían, con una luz más oscura, entre los árboles. Era la hora de la tristeza para los niños, antes de que las lámparas se encendieran. Tienen frío, están cansados; el día se ahuyenta llevándoles sus juegos; pronto estarán de vuelta, en sus cálidas alcobas infantiles. Pero, antes de eso, tendrán que partir del parque, seguir a sus amas, solitarios y soñadores, hacia el hogar. Ya se dijeron aquí y allá los "hasta luego", con acentos que tenían algo de canciones y de rezos. El gimnasio va quedándose vacío. El viento sopla rudamente, a través de los paseos, donde se ven aún las líneas de tiza de las rayuelas.

Potter regresó a su casa, sumido en la desgracia. Pero no sentía ninguna pena. Iba empujando su carretilla y miraba a su alrededor altivamente. Su ama avanzaba con rapidez, sin hablar, delante de él; pero Potter estaba acostumbrado a ello. Por otra parte, ya no pensaba en Julieta, y había olvidado por completo el maltrato que acababa de inferir a la pobre niña. Tenía todas las maneras del rico: sólo recordaba las atenciones recibidas. Porque para Potter, en esa edad, la atención y la admiración era la misma cosa; no había logrado hacer aún ninguna distinción entre ambas.

Pero Julieta no lo había olvidado. Aquella noche, antes de quedarse dormida, hablaba con su madre acerca de la manera en que los niños maltratan a sus primas y les ensucian el vestido. Reposaba en el pequeño lecho, mientras la luz azul le acariciaba el rostro y los brazos, y su corta cabellera perdíase sobre la almohada. Solamente la luz oscura de sus ojos seguía luchando contra el sueño.

—Me dió un golpe fuerte — decía —. Y yo no le contesté con otro... ¿Debí hacerlo, mamá?

—De ninguna manera, hija mía.

—¿No debo hacerlo de ninguna manera? — continuó la niña.

—Eso no se hace — reafirmó Julia —. No hay que maltratar a nadie.

—No, no hay que maltratar a nadie — aceptó la pequeña, mientras el sueño iba dominándola; pero pudo continuar —: A mí sólo me gusta hacer cosas agradables... Y cuando él me golpeó, yo estaba besándolo.

Eso no era estrictamente la verdad; pero así le parecía a Julieta al recordar la escena. Luego, poniéndose de pie sobre el lecho, movida por un pensamiento sombrío, agregó:

—Mamá..., él nunca quiere jugar conmigo, como lo hacen otros niños. No le gusta más que jugar solo y yo tengo que mirarlo, nada más.

Pero Julia estaba concentrada en sus propios pensamientos, y no hacía sino decir:

—Así es, así es, hija mía.

—Pero eso no es muy divertido para mí... — dijo la niña, sentándose otra vez y mirando con ojos soñadores alrededor de la habitación. Luego agregó —: Mamá, ¿un animal, como esos que hay en el zoológico, puede venir aquí y esconderse en un rincón?

—¿Cómo? ¿Qué dices? No pienses tonterías, hija mía.

—Cuando está oscuro, digo, mamá,... ¿Puede venir?

—No, queridita... Eso no es posible.

—Un león o un tigre, ¿no pueden venir?

—No, no.

—¡Qué bien! — exclamó la pequeña, suspirando de satisfacción. Y después de una pausa continuó, sintiéndose tomada otra vez por el sueño —: ¿Miguel vendrá a besarme, antes de que me duerma, esta noche?

—Vendrá más tarde, queridita... Duérmete ahora.

Y apagó la luz; pero quedóse allí aun unos instantes, en el umbral, envuelta en la penumbra. Así empezó a sentir los latidos de su propio corazón y a escuchar la canción de su sangre en el cuerpo.

Luego cerró los ojos. Allí mismo, en aquella habitación, donde ya su hija estaba casi dormida, él la había besado una vez... para olvidarse pronto. Pero ella no lo olvidaría. ¿Qué había dicho él al respecto, después de aquella noche? Nada. Y para ella sólo quedaba el sonido de su voz, tan hermosa aquella vez, y el gusto de sus labios como el fuego y la miel. Su corazón latió más fuertemente. ¿No volvería a ocurrir aquello otra vez?

Apretó ambos puños. Todo su cuerpo, su pecho, sus labios, anhelaban en la oscuridad. Claro que él estaba allí. El fuego ardía, la voz cantaba...

Julia lanzó un largo suspiro y abrió los ojos. Allí no había más que la vacía oscuridad, el pequeño lecho...

—Ni leones, ni tigres — murmuró la vocecita emergiendo débilmente del sueño.

Julia cerró la puerta, al encontrarse afuera. Y luego, inclinándose sobre la baranda, llamó a su marido:

—Henry: Julieta quiere darte las buenas noches antes de dormirse. Sube pronto, querido.

CAPITULO XIII

Un día antes de Navidad, Miguel dirigióse a casa de la señora Lanyarde. La anciana millonaria tenía su residencia en una casa pequeña, cercana al río, arreglada al estilo del siglo XIX, lo cual quiere decir que allí todo era incómodo. La gran dama recibió al arcediano en su biblioteca, lugar donde quedaban algunos libros. Los ensayos de Emerson y de Holmes veíanse junto a las novelas de Glym, en un anaquel

que en otro tiempo estaba dedicado a guardar piezas de *bric-à-brac* y pedazos de jade sin valor

El arcángel deseaba que la señora Lanyarde aumentara su contribución para la catedral. Con esta idea en la mente púsose a relatarle la historia larga y triunfante de la Iglesia. Pero pronto comprendió que ella no se interesaba en absoluto por esos hechos que él describía lleno de ardor y elocuencia. A la ricachona no le atraían los triunfos y las conversaciones, sino que prefería escuchar historias de excomuniones. Por eso tomó la palabra y dijo:

—Más de una vez he pensado que es un error ese deseo de convertir tantísimas gentes a la fe cristiana. Si todo el mundo llegara a creer en la misma forma que nosotros, pronto nos hallaríamos practicando nuestros cultos en compañía de los judíos, los negros y otras gentes de la misma calaña. La Iglesia perdería así su dignidad, mi querido doctor; esa dignidad que se asienta en la preeminencia social de sus devotos.

Miguel replicó:

—La nueva catedral atraerá, para su gloria, dos veces más creyentes que la antigua; pero, como el último número de asientos será limitado, podremos excluir perfectamente a un número de gentes que sea el doble de antes.

Algunos minutos después abandonó la mansión de la señora Lanyarde, llevándose la contribución deseada en forma de una promesa escrita. Acto seguido dirigióse a casa del señor Cohen, el banquero.

—¿Qué me viene usted a hablar de una contribución a una catedral —dijo el millonario— donde no me darán derecho para tener un asiento?

Miguel miraba a su alrededor, hacia las paredes del estudio del banquero, todas magníficamente decoradas y con cuadros de Goya, Memling, Reynolds y Van Gogh. Echándose hacia atrás en su silla, suave como una nube para su asiento, sopló una voluta de humo —del cigarro que el banquero acababa de darle— hacia el cielo raso, donde se veían las vigas de roble traídas desde una casa solariega inglesa.

Miguel pudo al fin decir:

—Permítame usted que le hable francamente, señor Cohen. Quiero tratarlo como de judío a judío.

—¿Qué me dice? —exclamó el millonario—. ¿Cómo puede ser eso?

—Yo también soy de origen judío —explicó el arcediano—, y durante toda mi juventud viví en compañía de judíos.

El banquero manifestaba un asombro cada vez mayor, y dijo:

—¿Será posible?... Es verdad que yo tengo un sobrino bastante rubio, como usted; pero no lo habría creído nunca al verlo simplemente... Tome otro cigarro. Guárdeselo en el bolsillo. —Y al decir estas palabras, miraba amigablemente a su visitante. Pero después de una pausa lanzó un suspiro, agregando—: En estos tiempos no resulta fácil ser judío. El mismo Dios tiene que estar cansado de ello. Y yo no lo censuro. ¿Qué placer puede causarle el hecho de estar siempre con nosotros? ¡Qué maridaje más raro el que se hizo entre Dios e Israel!

—Es cierto —contestó Miguel.

—Todo fueron querellas.

—Veo que estoy ante un filósofo, señor Cohen.

—Todo judío es un filósofo... —replicó el banquero—. Cuando deja de pensar, ¿qué otra cosa le queda ser sino cristiano? Mis abuelos poseían un pequeño negocio en Tratsk, en Ucrania, y no hacían daño a nadie... Pero murieron en un *pogrom*. Ahora, su nieto debería construir una catedral... ¿Por qué no? Nosotros, los judíos, estamos siempre construyendo monumentos y templos para que otros pueblos disfruten de ellos. ¿Los profetas durmieron acaso en las pirámides?

—Yo tampoco tengo hogar —dijo Miguel.

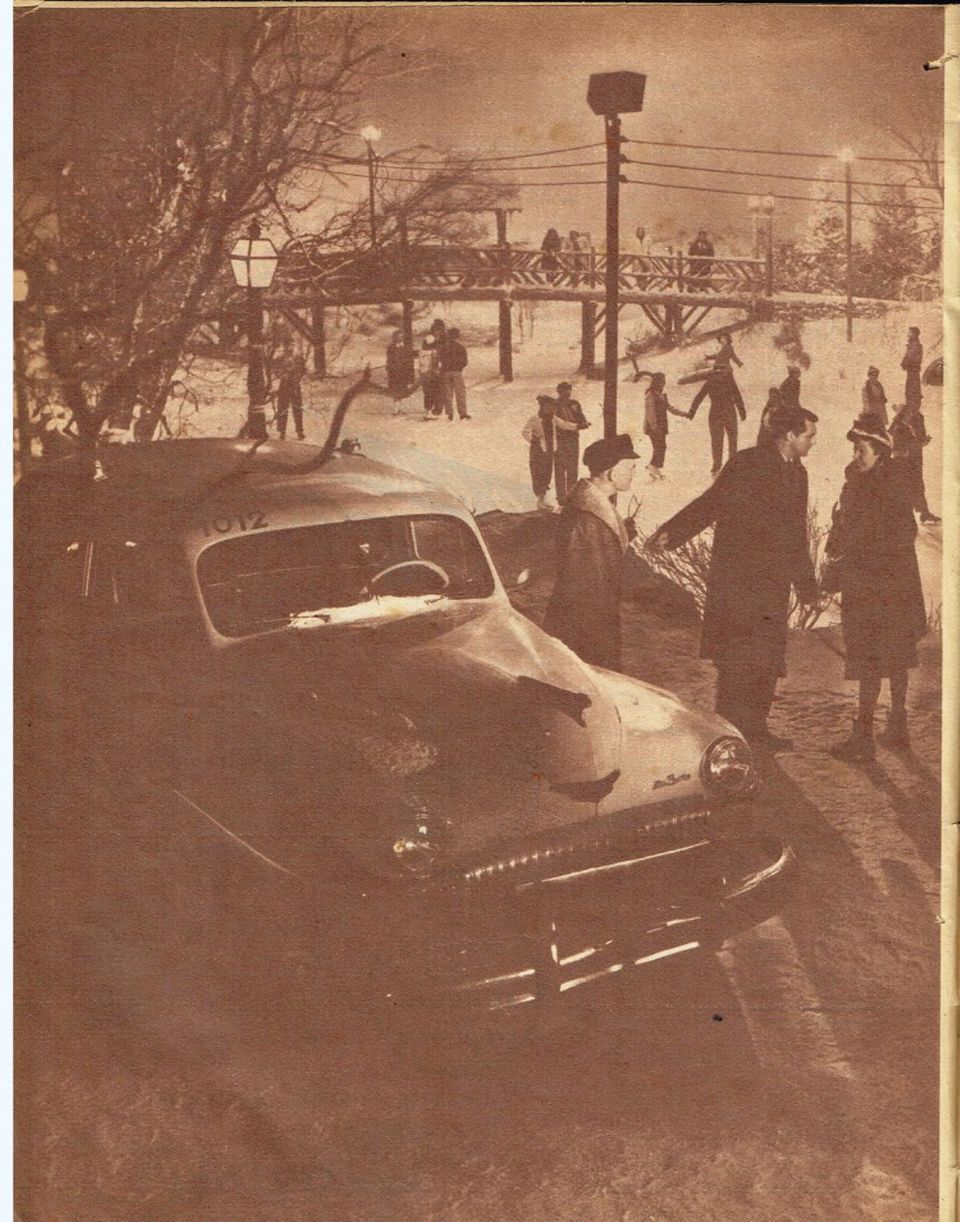
—Ni yo tampoco —afirmó el millonario—. Es cierto que cada día me estrecho las manos con el obispo Brougham y con la señora Lanyarde. Pero, en realidad, la que se estrecha las manos con ellos es mi fortuna, mis Goyas y mis Memlings..., no mi corazón. ¿Mi corazón? ¿Para qué quieren ellos mi corazón? En todo caso sería para verlo clavado en la punta de una lanza.

—¿Nunca se le ha ocurrido a usted —preguntó Miguel amablemente— la idea de acercarse a nosotros los cristianos? Porque creo sinceramente que las prácticas religiosas judías no le interesan a usted, no obstante su contribución para mantener el Templo.

El señor Cohen inclinóse hacia adelante, en su silla, y puso la mano sobre una rodilla de su interlocutor, diciendo acaloradamente:

—Tiene usted razón; el ejercicio religioso no me interesa. ¿Qué puede interesarme a mí eso de levantarse, sentarse, arrodillarse, rezar, darse golpes en el pecho? Pero dígame si cree usted que hay algo mejor en hacer todo esto frente a un obispo protestante que frente a un rabino judío. ¿Cuál es la ventaja de hacerlo en una iglesia católica o protestante? ¿El tema de vuestras ceremonias? ¿La exclusiva del sacramento? Muy bien. Pero nosotros, en el templo judío, también tenemos nuestras ceremonias y nuestras exclusividades.

"No, amigo mío; las prácticas religiosas no me impiden hacerme cristiano, como tantos otros; lo que me lo impide es el deseo de que mis nietos no odien a los judíos. Hay demasiado odio en este mundo; y en este país, más que en ningún otro. Aquí florece como la mala hierba. Aquí, incluso los poetas se odian unos a otros. Por eso quiero seguir siendo judío y no afiliarme en el bando de aquellos que los odian. Mas no me crea tampoco un enamorado de los judíos. ¿Cómo podría ocurrir eso, cuando soy uno de ellos? Pero lo que pasa es que no puedo alinearme junto a aquellos que los odian, porque estoy realmente enfermo de odio.


1012

Lo que nos hace falta es un poco más de amabilidad en el mundo y que las gentes se estrechen las manos cordialmente.

"¿Usted cree que es un placer el hecho de que a uno lo aíslen en todas partes?

"Mis abuelos cayeron muertos en un *pogrom*, allá, en Ucrania; murieron asesinados, a pesar de que eran gentes buenas, amables para todo el mundo. Entonces, ¿por qué tengo que estrechar las manos de quienes los abatieron? ¿Tengo que hacerlo solamente porque es algo muy fácil? Sí, en verdad, yo voy a estrecharles la mano. Sí, aquí estoy, que vengan y estrechen las manos con un judío. Que sean afables con un judío y verán que el mundo marcha mejor sólo por eso".

Cesó de hablar, y sacando del bolsillo un gran pañuelo, enjugóse el rostro, húmedo de una transpiración de cólera.

—Respeto sus sentimientos —replicó Miguel—; son los de un hombre verdaderamente obstinado. En sus palabras reconozco el espíritu que, combinado con un poco de astucia y ayudado por el irresistible poder del Señor, hizo que Israel fuera invencible en el pasado. Sin embargo, esta vez no he venido a buscarlo como judío, sino como negociante.

El señor Cohen acomodóse de nuevo en su silla; su cuerpo se relajó, mientras su rostro tomaba una expresión de ansiedad.

—¿Por qué no me dijo usted esto desde el primer momento? —preguntó.

—Me uno en el dolor que experimenta usted por sus abuelos —continuó Miguel—; pero, después de todo, no nos olvidemos de que se trataba de otro país y de otros tiempos. No necesito hacerle ver las ventajas que tiene la Iglesia para el sitio donde usted está operando. La Iglesia es la que salva el hogar oponiéndose con su destreza conocida a las prácticas de la inmoralidad. El hogar, según las enseñanzas de nuestra religión cristiana, tiene un designio preciso y se compone del padre, la madre y los hijos. Este hogar, señor Cohen, es el que provee las bases para su crédito en los mercados del mundo. El padre produce; la madre compra; los niños consumen. Yo le pregunto: ¿podría usted desenvolverse sin el hogar? ¿Desea ver este país hundido en la maldad, con el padre borracho, la madre divorciada y los niños en la corrupción? ¿Querría usted ver las fábricas paradas, las minas inactivas, los campos cubiertos de mala hierba?

—Dios lo prohibe —dijo el señor Cohen.

Con una voz que parecía extraña a sus propios oídos, Miguel siguió adelante:

—Contra los dragones del pecado lucha el reverendo sacerdote Henry Brougham, lanza en mano. Y, detrás de él, se levantan las torres de la iglesia de San Timoteo que, desde ahora en adelante, se llamarán de Santa Agata, conduciendo los pensamientos de los hombres por los buenos senderos, que alejan de los vicios, y dándoles valor para que trabajen en los campos y en las ciudades.

El banquero suspiró, antes de responder:

—¿Quién podría saber mejor que yo de dónde proviene mi crédito y qué mercado es el mejor? Mis negocios y los suyos son los mismos, doctor Miguel. Van por el mismo camino. Dígame justamente lo que usted desea de mí en esta ocasión. ¿Puedo mandarle hacer un púlpito? ¿Quiere que construya un nuevo altar?

—Perfectamente: un nuevo altar —dijo Miguel con aire pensativo. Luego se levantó para marcharse y extendiendo la mano, agregó: —No le prometo un asiento fijo en Santa Agata; pero le prometo dejar unos cuantos asientos libres en la parte de atrás.

Y después de decir estas palabras alejóse de la presencia del millonario. Pero al descender las escaleras de mármol de aquella mansión suntuosa, sacudía su cabeza con un gesto de sufrimiento. Un instante después dijo a media voz: "¿Qué me ha ocurrido, por ventura? ¿Qué está sucediendo conmigo, Dios mío?... Doctor Miguel, arcediano de San Timoteo, ¿fuiste alguna vez un arcángel?"

CAPITULO XIV

Mientras tanto, el obispo protestante, en el silencio de su estudio, debatíase contra un pensamiento que no quería aceptar. Era que, según su opinión, Julia, su esposa, había sufrido un cambio de actitud espiritual con respecto a él. Era sumamente difícil decir en qué consistía el cambio; pero era indudable que se había operado. El obispo lo sentía perfectamente. No es el hecho de que ella se mostrara fría con él. Julia no tenía que negarle nada, sencillamente porque él nada le pedía. Entre la habitación del obispo y la de su esposa, la puerta permanecía cerrada, salvo durante el día. Y las cosas venían ocurriendo así desde antes del nacimiento de Julieta.

Sin embargo, el reverendo advertía que había una sutil diferencia en la atmósfera de su hogar. Se había ausentado cierto elemento de paz; y al mismo tiempo creía que su esposa se hallaba gozando de una felicidad interior de la cual él estaba completamente excluído. Pero quizá la palabra felicidad no era el término justo en este caso; alegría podría ser mejor... Entonces... una alegría interna, extraña, sin placer, según idea del reverendo. Sobre todo, seguramente, sin paz...

Ya estaba acostumbrado a verse excluído de los sueños de Julia, y sabía que en la vida de ella había un vacío que él jamás podía llenar completamente. Un vacío que él mismo no había querido satisfacer con un sentido vulgar. Se trataba de algo que él, por sabiduría o por salud, habría preferido negar completamente, o por lo menos negar en lo que fuera posible. A pesar de todo esto se había creído siempre el centro de los sueños de su esposa, y abrigaba la seguridad de que ella, en su vida conyugal, había encontrado, si no toda la ardiente pasión de la juventud, por lo menos las dulces y descansadas obligaciones de la maternidad.

Pero las cosas iban en camino de cambiar. ¿Qué ocurría con los sueños de Julia? Presentía que esos sueños se habían alejado de él, y al mismo tiempo negábase rotundamente a creer en semejante cosa.

Nada se había alterado en ella: su rostro pequeño, hermoso, le sonreía amablemente, como de costumbre, todas las mañanas. ¿Podría ser cierto que a veces, cuando él la contemplaba con cierta insistencia, ella miraba hacia lo lejos, con turbada expresión? Su voz, cuando hablaba al obispo, era cálida y serena; el manejo del hogar no sufría el menor contratiempo. Cuando él se hallaba en su estudio, todo permanecía en la quietud, gracias a ella; la casa estaba en perfecto orden; los juguetes yacían en los dominios de la alcoba infantil; la sirvienta seguía desempeñando con toda tranquilidad sus labores. La presencia de la esposa no perdía ni un átomo de su gracia.

Sin embargo, algo había huído de ella; algo que la hacía mirar a su esposo como a la distancia. Y no se trataba de aquella distancia de mujer a hombre que se veía en sus ojos a partir de la noche de sus bodas, sino de una distancia mayor aun, de una distancia del corazón. Era como si aquella parte de ella que se había dirigido a él, a veces, con los ojos enceguecidos y el corazón anhelante, no le pidiera ya ni siquiera la gracia de una negativa.

¿Qué podía ser eso? ¿Qué había sucedido? El obispo púsose de pie y empezó a caminar con la mirada ausente, de aquí para allá, con las manos cruzadas atrás. Y entabló un diálogo consigo mismo.

"Yo he sido siempre un buen marido para ella, dijo. He tenido fe en el pensamiento y en los actos. He tenido éxito en mi profesión. Soy obispo protestante y todo el mundo me admira. Mi mujer también. Sin embargo, sé que por allí anda algo que es como la serpiente en el Edén.

"No ha sucedido nada. De esto estoy completamente seguro... Es decir, no encuentro palabras para este caso. Pero, ¿sirven las palabras para algo? Digamos que ella es débil y femenina; lo cual, después de todo, es perfectamente natural. Muy bien, nada de esto debe sorprenderme. Julia tiene sus aficiones propias. ¿Qué puede haber de extraño en esto?

"Dejémonos de historias, y pongamos nuestro caso en manos del Señor, que ya me ha enviado un arcángel para ayudarme a edificar mi catedral."

Se había quedado inmóvil, de pie. Luego caminó hacia el muro, mientras su faz tomaba una expresión de incredulidad. ¿Cómo había podido olvidarse de la belleza extraterrena de su asistente? Y él jamás había dicho a su esposa que en su hogar estaba moviéndose un arcángel. Entonces el obispo pensó: "Eso es; ella lo mira simplemente como a un joven de maravillosas seducciones."

Henry Brougham lanzó un gruñido y lo cortó al instante. Empezó a recordar los hechos, a poner los puntos sobre las íes. Y pensó: "Ella está enamorada de él". Recordó también que Julia había invitado al arcángel para que viniera a levantar el árbol de Navidad en su casa; contó el número de veces que el arcediano se quedó, invitado, a comer en su mesa. Luego púsose a hacer bien las cuentas para saber el número exacto de semanas y días que habían transcurrido a partir de la aparición de Miguel.

Mientras tanto, no dejaba de ir de aquí para allá, lentamente, con el rostro que se le ponía cada vez más largo.

De pronto, ya pensando en ello, vióse obligado a admitir que se había operado también un cambio en la persona del arcángel. Cuando él miraba a su asistente a través del microscopio de la ansiedad, veía algo turbador, ciertamente. No había duda de que Miguel había adquirido cierta condición terrenal. En aquel momento era en primer lugar un arcediano, y en segundo lugar solamente un arcángel. Una fatiga de tinte humano, una blandura mortal había empañado la luminosidad de su primera aparición. Miguel parecía estar siempre preocupado: miraba lleno de ansiedad, exactamente como lo hacen los arcedianos, pero no los arcángeles. ¿Julia sería acaso la causa de todo esto?

El obispo se detuvo un instante y frunció el entrecejo. Quizá había ido demasiado lejos al olvidar la naturaleza divina de su asistente. Si era así, allí tenía ya su castigo. Miguel era una gran ayuda para él; de eso no había la menor duda. El arcediano había echado sobre sus hombros lo más pesado de la carga eclesiástica que le correspondía al obispo protestante. Y éste no podía estar por ello más agradecido. Pero, ¿qué era lo que el arcángel había perdido?

El problema era excesivamente complicado para él, y lo abrumaba. ¿Julia estaba demasiado enamorada de Miguel? Y a su vez, ¿Miguel estaba enamorado de Julia, más de lo que su condición de arcediano se lo permitía? El reverendo Brougham sabía muy bien lo que le correspondía y lo que dejaba de corresponderle a un arcángel; pero la cuestión es que no sabía si juzgar a Miguel como un arcediano o como un arcángel.

En este punto, su pensamiento entró en un curso definido. Miguel era un arcángel. Eso era indudable. Así, las cosas presentábanse mucho más simples. Siendo divino, Miguel tenía que amar a Julia con sentimiento puro y celestial. El obispo determinóse entonces a conceder a su asistente unas vacaciones después de Año Nuevo. Y se imaginó diciéndole ya: "Mire, doctor, usted está perdiendo su salud. Estas preocupaciones humanas de la administración son demasiado para su persona. Márchese a descansar por un tiempo y reanime su espíritu pensando un poco menos en cuestiones materiales".

Eso lo resolvería todo —suponiendo que hubiera algo que resolver—. El arcángel volvería a ser como antes. Y si hacía falta, hablaría también con Julia al respecto. Le diría: "No pienses demasiado en nuestro amigo, porque su naturaleza es celestial y no está hecha para los amores terrenales."

Pero de pronto, su pensamiento hizo una pausa. ¿Un espíritu divino era inapto, en verdad, para los amores humanos? Recordó las complicaciones amorosas de los hombres de Sodoma y de los visitantes de la casa de Lot; recordó a Io, Dánae, Leda; pensó en otras mujeres visitadas por el Espíritu Santo en una u otra forma, y una fina transpiración humedeció su frente.

"No, esto es monstruoso, exclamó. ¿No sería mejor apelar a los recursos de la teología comparativa? ¿Qué tenían de comunes los dioses paganos con los espíritus celestiales? Teseo, Perseo, Heracles... ¿Podían tomarse en serio estos mitos del sol? Hijos de un dios y de una mujer mortal, representaban a sus países en el campo de batalla. Solo el Hijo del Hombre se interesaba exclusivamente, siempre, por las cuestiones religiosas."

Sin embargo, la pintura de Leda acariciada por un cisne, hizo temblar de pies a cabeza al obispo protestante. El creía que su debilidad era causada por la indignación y, al verse turbado así, optó por refugiarse en las seguridades de la fe. Luego sintió la cercana presencia del demonio. Para ahuyentarlo recurrió a los poderes de la fórmula apropiada para éstos casos:

"¡Satán, aléjate de mí!"

E inmediatamente sintióse más tranquilo; pero al mismo tiempo se vió un poco ridículo. Levantando los ojos al cielo, exclamó entonces lleno de humildad: "Perdóname, Señor, por haber dudado de tus intenciones. ¿Cómo es posible que haya podido imaginarte enviando a mi hogar un arcángel para que seduzca a mi esposa?"

Y al decir esto, más lleno que nunca de sospechas, con el corazón presto a arder de celos, el reverendo Brougham descendió las escaleras en dirección a su estudio, desde donde surgían las voces alegres de Miguel y de Julia que reían junto al árbol de Navidad.

CAPITULO XV

El arbolillo reverdecía y florecía bajo sus ágiles dedos. Allí maduraba sobre las ramas delicadas, siempre frescas, una milagrosa cosecha de coloreados globos de celuloide, cornucopias, barras de menta y galletas de maíz. En la misma cima veíase una estrella de plata, una doble estrella, que, como Miguel explicó gravemente, estaba allí en honor del muchacho pastor que más tarde se hizo rey.

—Julia —dijo el arcediano—, debemos seguir creyendo que todos los cuentos de hadas son historias verdaderas. A la luz de la exégesis moderna esto es exacto del todo; pero la verdad se halla en un término medio.

—No sea pesado —dijo Julia—. Estamos viviendo el alba de Navidad.

Miguel no hizo más que sonreírle; tenía en sus manos un ángel o un hada, hecha de cera con alas de seda.

—¿Sabe lo que es esto? —preguntó—. Es una sílfide. Estas criaturas veíanse a menudo en el siglo XV. Muy contados son los seres que tienen su hogar en el aire. Esta imagen es de cera; pero no hay razón para creer que las sílfides no existen ya, por el simple hecho de que no se oye hablar de ellas.

—¡Tonterías! —dijo Julia—; éste es un ángel. Mírelo de frente, en su rostro; tiene una expresión celestial. Se parece a usted, Miguel. No lo ponga cerca de la vela porque podría derretirse. Aquí... éste es un lugar apropiado para él.

La esposa de Henry Brougham se movía ágilmente alrededor del árbol; sus manos, como pájaros mudos, saltaban de aquí para allá entre las ramas.

Miguel sentíase feliz; estaba convencido de que estaba desempeñando una magnífica tarea. Aquel árbol no tendría ninguna repercusión de orden económico para la catedral, ni para la comunidad; su importancia era enteramente espiritual. Aquello de colocar globos de celuloide y galletas de maíz en un árbol de Navidad no constituía en absoluto parte de sus funciones de ayudante del obispo.

—Este árbol —observó— me hace recordar los tiempos en que todo el mundo era feliz. Claro está que en el lugar de donde vengo no se ven estos árboles. Pero tenemos festivales; y también lámparas que no pueden compararse con estas velas. Quizá me equivoco al decir que todo el mundo era feliz. Nadie vivía con tanta comodidad como ahora, es cierto; y había mucha pendencia. Pero, al mismo tiempo, yo me sentía feliz. Por lo menos así lo creo.

—¿Y ahora? —preguntó Julia amablemente.

—Me siento nostálgico —replicó Miguel, con naturalidad.

Julia estuvo a punto de decirle: "¿Por qué se siente usted nostálgico?"; pero un sentimiento de delicadeza se lo impedía. Por eso murmuró cortésmente:

—Así debe ser...

Miguel no contestó en seguida. Con sus dedos tomó un hilo coloreado que tenía sujeta una manzana en el otro extremo y quedóse contemplándolo. Luego dijo:

—¿Usted se asombra por el hecho de que yo, que jamás tuve un hogar en la tierra, pueda sentirme nostálgico? ¿Cree que yo no sé nada de los niños y de las cosas domésticas, de las preocupaciones mortales y de las responsabilidades terrenales? Pues le diré que está usted muy equivocada, Julia: la presencia de un corazón generoso produce, por lo general, en el ánimo de un vagabundo sin hogar, una inesperada tristeza, porque piensa: yo habría podido ser feliz con esto. Y recuerda el pasado, los días de su felicidad en otras tierras o en otros tiempos; porque lo cierto es que uno siempre ha sido feliz alguna vez, aunque sea en tiempos remotos.

—Lo sé —contestó Julia—. Yo también fuí feliz cuando era niña. No hacía más que soñar. Y a veces me sentía la heroína de grandes causas. Pensaba, a veces, que algo maravilloso iba a sucederme... —Y, al decir estas palabras, sonrió llena de melancolía.

—Al principio —dijo Miguel—, es lo más lejano que puedo recordar, yo vivía con mi pueblo. Aquella era una vida ruda, pero al mismo tiempo libre. No teníamos pasado y, por todo lo que podíamos indagar, creíamos que tampoco tendríamos futuro. Vivíamos como los árabes, al borde del desierto. A la hora del crepúsculo podíamos ver que el sol se iba como una amapola, por el oeste. Y también veíamos la flor azul de la noche cuando caía para asentarse entre las colinas orientales. Luego, en la oscuridad púrpura, encendíanse las fogatas y en todas partes surgían cantares. Durante la primavera, las flores del desierto perfumaban el aire, y la hierba parecía danzar a nuestros pies.

"Esto es lo que recuerdo, Julia. Y recuerdo también la belleza y la inocencia de nuestra juventud, antes de que los hombres nos arrastraran a sus campos de batalla."

Julia pensó durante algunos segundos que Miguel iba a besarla otra vez. Y cerrando los ojos contuvo su respiración, entre un sentimiento que tenía mucho de deslumbramiento y de terror...

Pero al oír a su esposo que subía las escaleras, abrió los ojos apresuradamente. Y pudo aún decir riendo, como si estuviera extrañamente espantada:

—¿Cómo pudo perder todo eso?... ¡Pobre Miguel!

El arcediano prosiguió sin tener en cuenta la interrupción:

—Pronto concluyó para nosotros la vida libre. Tuvimos deberes que cumplir..., elaboramos leyes o ayudamos a hacerlas, e hicimos

cumplir los edictos que habíamos ayudado a legislar. Aprendimos las más extrañas formas del sufrimiento. Yo mismo me hallé más de una vez en compañía de hombres escuálidos que flagelaban sus lastimosos cuerpos y morían en un éxtasis de dolor. Mis deberes me condujeron hasta los más horribles calabozos y también las más bellas catedrales. Muchas veces encontré los calabozos iluminados por una luz sagrada, y las catedrales a oscuras. Enseñé la ley y visité a los enfermos. Me agité en un mundo de sufrimiento en el que los hombres se privan a sí mismos de todo placer con el objeto de ser inocentes. Y de aquellas luchas del espíritu contra la carne levantábanse demonios de rostro horrible y formas voluptuosas...

"¿Dónde me encuentro ahora? En una tierra donde aquellos que no saben gozar de nada hacen leyes para impedir que los otros gocen a su modo; donde Dios y la prosperidad merecen la misma adoración, y donde los hombres están pensando en odiarse antes de haber aprendido a amar. Puesto que Dios es algo próspero, hay que servir a la prosperidad; puesto que su pueblo odia, nosotros también tenemos que odiar. Y cuando construyen sus catedrales, yo tengo que hacer lo posible para conseguir las contribuciones. ¿Se asombra usted porque le digo que vivo nostálgico? Sí, nostálgico, no sé decirle si de un pasado remoto, o de un hogar donde el hombre, con su mujer al lado, se olvida de las batallas y de los sufrimientos.

Míster Brougham, que había entrado en la habitación cuando Miguel empezaba este discurso, replicó:

—Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, doctor. Las batallas que libramos en la tierra, se llevan a cabo en su nombre. Y el cielo recompensa la victoria con la paz eterna.

—El teólogo, es usted, no yo —dijo Miguel brevemente. Y, volviéndose hacia el árbol, colgó la manzana de una rama cercana a la que sostenía la figurilla de cera.

El obispo recordó que Miguel era un arcángel y dijo a toda prisa:

—No, no; probablemente usted sabe, sobre este punto, mucho más que yo. —Y contempló tristemente a su mujer, que no daba muestras de preocuparse de él, y que unos segundos después exclamó:

—Tenga esto, Miguel. —Y le alcanzó un paquete envuelto en papel de seda y atado con una cinta roja, agregando: —Es para usted; pero no lo abra todavía. Póngalo al pie del árbol y espere hasta mañana.

El reverendo Brougham hallábase incómodo; le parecía que lo dejaban al margen de lo que allí sucedía. Al fin logró decir:

—Sí, en cuestiones de dogmas, usted sabe, doctor, mucho más que yo.

—Henry —intervino Julia con amable acento—, ¿es absolutamente necesario que hables ahora de tus asuntos complicados? Recuerda que estamos en vísperas de Navidad.

—¿Asuntos complicados? —exclamó el obispo, presa del asombro—. No, querida, realmente... ¿Asuntos?

—Tenemos que terminar el árbol —contestó su mujer—. Aquí hay un presente para el cocinero. Póngalo allí, Miguel, cerca del de la ama. ¿No es divertido todo esto? Me gusta mucho verles el rostro a los obsequiados. ¡Se presentan tan dulces y agradecidos! ¡Y el de Julieta, tan serio, al ver que ellos se niegan, al principio, a aceptar sus presentes!

Como reprochando, el obispo protestante dijo:

—Asuntos complicados... Julia. ¿Estábamos hablando de asuntos complicados, Miguel?

Pero Miguel dijo, alejándose del sacerdote, con cierta petulancia:

—¿Qué sé yo de dogmas? ¿Acaso soy obispo? Yo vengo cuando me llaman.

—Pienso, naturalmente —recomenzó Henry Brougham, lleno de dignidad—, que siendo arcángel...

—Miguel —gritó Julia—, mire lo que está haciendo. ¡Pero si va a derribar el árbol!

—...arcángel —continuó con valentía Brougham, pero nadie lo escuchaba.

—Allí —continuó Julia—. Mire, allí. La galleta se ha despedazado. Tenemos que desmenuzarla sobre el árbol y hacer creer que se trata de nieve. ¡Oh, querido, todo está estropeándose! Realmente, Henry, ¿era tan necesario eso?

—¿Qué cosa era tan necesaria, querida mía? Como yo estaba diciendo...

—Allí —continuó Julia muy preocupada, dirigiéndose a Miguel—. Mire, sosténgame el hilo y yo voy a amarrar otra galleta.

Su alegre rostro inclinóse hacia las manos de Miguel; pero antes de que pudiera hacer el nudo, las suyas se pusieron a temblar. Julia se retiró de allí rápidamente, diciendo como en un murmullo:

—¡Qué manos tan blancas tiene usted, Miguel!

El obispo sintió que se le oprimía la garganta.

—¡Quizá yo estoy molestando aquí! —logró decir—. Tal vez deba marcharme ya.

Julia lo miró entonces sonriéndole ligeramente, pero con una expresión ausente.

—No te preocupes, querido —dijo—. Vete, no más, si tienes algo que hacer. Nosotros no necesitamos por ahora de ti. Miguel y yo terminaremos el árbol. Ya no nos falta casi nada.

—¿No me necesitan? —murmuró míster Brougham con un fuerte acento de incredulidad.

—Claro que no. Vete. No te necesitamos por ahora. Es verdad.

—No me necesitan... —repitió el obispo, y se fué, arrastrando los pies, fuera de la habitación y fuera de su casa. Julia y Miguel oyeron el ruido que hizo la puerta principal al cerrarse.

El corazón del sacerdote palpitaba pesadamente. Había algo horrible que ardía detrás de sus ojos. ¿Qué estaba sucediendo allí, en aquella habitación iluminada que él acababa de abandonar? Vió de nuevo el rostro de su es-



posa sonriéndole con una expresión ausente y la oyó repetir: "Vete, querido, no necesitamos por ahora de ti..." ¡Qué cruelmente sonaban esas palabras en la oscuridad! Eso de encontrarse en la calle, así; eso de que lo despidieran en tal forma, era algo que nunca le había sucedido antes de aquel instante... Bien; pero ya le había sucedido... Su corazón parecía quedarse quieto, pequeñito en la profundidad de su pecho.

Ya en la calle, detúvose un instante, en amarga soledad; y sus pensamientos pesaban duramente sobre su corazón. ¡Qué pareja tan hermosa formaban ellos, el extranjero y Julia, su esposa, sonriente! La vió otra vez volverse hacia Miguel e inclinar el rostro sobre las manos angélicas. Y luego vió cómo los ojos de ese rostro derramaban ternura...

Le resultaba muy difícil saber de dónde provenía en primer lugar su pena. ¿Se besaron, acaso?... La sangre se le agolpó en la cabeza y sintióse desanimado e indispuesto. Se hubieran besado o no, lo cierto es que habían hecho que se marchara solo, hacia la oscuridad. Ninguno de los dos se había preocupado de saber adónde iba él, ni de lo que podía sucederle. Julia no se había preocupado de nada que se relacionara con él, el obispo, su esposo. ¡Ni siquiera lo había mirado! Ella no quería ver más que a Miguel...

¿Su dignidad? ¿Qué podía significar su dignidad frente a los espíritus celestiales?... ¡Qué abandono! ¡Qué desesperación!

Trató de ordenar, de aquietar sus pensamientos, ser humilde, ponerse tranquilo. Pero todo lo que sentía era dolor, y también rabia como la de un niño.

Después de algunos instantes todo aquello le pasó, dejándolo débil y frío, con los miembros que le parecían de lana. Retornó casi ciego hacia la catedral... No, no quería nada de Dios. Sólo quería ocuparse de sus asuntos, de sus fríos y absorbentes negocios. Las lámparas de la calle veíanse empañadas en medio de la neblina; una neblina que parecía aprisionarlo, envolverlo y lanzarlo por entre las casas, cuyas alturas no podía ver. ¿Acaso no era él simplemente una figura de neblina, abrumada de miseria, tiesa de frío y de dolor?

Cuando entró en la catedral, las primeras nieves caían ya sobre la ciudad. Allá lejos, por la orilla del río, se acercaba un tren de carga, haciendo sonar su campana solitaria.

CAPITULO XVI

La nieve golpeaba, como si murmurase, en las ventanas de la casa del obispo protestante, donde Miguel y Julia se entretenían contemplando el árbol ya terminado y con sus velas encendidas. Estaban con las manos enlazadas, como niños que juegan al *va y ven* entre ellos, delirantes de felicidad. Moviéndose hacia adelante y hacia atrás, los dedos se cerraban unos sobre otros fuertemente.

"Stille Nacht, heilige Nacht", cantó Julia en voz baja.

De pronto miró apaciblemente a su alrededor, y dijo:

—Supongo que usted ya irá a marcharse, Miguel.

—Todavía no —contestó el arcediano. Y quedóse en silencio, pensativo. Luego agregó: —Me siento feliz. ¿Por qué quiere que me vaya?

—Yo también estoy muy alegre —dijo Julia. Luego agregó con cierto acento de duda: —¿No se harán servicios religiosos esta noche en la catedral? ¿No harán música de Navidad?

—Aquí ya estamos oyendo música de Navidad — contestó Miguel.

Algo notable en el tono de estas palabras hizo que el corazón de Julia agitara sus latidos. Trató de retirar su mano, pero él la sostuvo firmemente.

—Yo no oigo ninguna música —afirmó ella con alguna ansiedad—. Lo que oigo es la campana de un tren de carga.

—Escuche un instante aun —dijo él—. Todo es música a nuestro alrededor.

—¿Vamos a oírla? — preguntó Julia tiernamente.

—Sí; pero en silencio. No podemos tomar parte en ella.

—Claro que no.

—¿Ya la oye?

—Es el carillón de la catedral —murmuró Julia.

Pero él movió la cabeza, diciendo:

—No es el reloj de Navidad.

Ella volvió el rostro para mirarlo frente a frente y permaneció así unos instantes. En aquel momento su corazón cesó de palpitar agitadamente, y esperó libre, tranquilamente.

—¿Qué puede ser entonces? Dígame, Miguel. —Y echó la cabeza hacia atrás con un gesto de orgullo y de ternura.

El perfume del árbol, ya caliente con las luces de las velas, embalsamaba el aire. Había una especie de fuego en los ojos del arcángel; una especie de fuego azul, abrasador, que la tenía fascinada como un pájaro encantado, haciéndole temblar el pecho solamente. Cuando él la acercó hacia sí, ella tuvo tiempo de contemplarlo todo: las ventanas azules de la noche, el arbolillo policromo, el extremo de una cortina plegado en un doblez.

Eso era lo que venía esperando desde hacía largas semanas, sin saber lo que sería aquello justamente. Sólo estaba segura de que no había ninguna semejanza con su noche de bodas. Pensó que no tenía por qué asustarse; pero, en realidad, estaba equivocada.

Miguel también sintió en sus venas algo extraño; un fuego pesado fundía las amarras mortales que él mismo se había impuesto. Le parecía oír cerca de sus tímpanos el trueno del cielo, la música y las aleluyas de sus hermanos, los ángeles, que desde hacía tiempo venían permaneciendo silenciosos; sus alas sombrías pasaban y volvían a pasar por cerca de su cabeza, llenando la habitación con un resplandor que él conocía perfectamente. Por otra parte, habían desaparecido los hábitos de clérigo que, en su condición de arcediano, llevaba; sólo había quedado en él la emoción de todo lo que fué creado, el amor y la gloria, la belleza y el anhelo.

¿La mujer que tenía entre sus brazos era un ser mortal? No podía decirlo. Para él aquello era algo parecido a lo que antaño le ocurriera ya, en un jardín, ante un árbol. Lo que tenía allí, cerca de su pecho, era su juventud. Sus hermanos apretujábanse a su alrededor; sus voces cantaban en su corazón los cánticos divinos; sus aleteos le rozaban los hombros. Inclinando la cabeza hacia ellos, con los ojos cerrados, soñaba en el cielo y en su juventud, en el Edén y en la felicidad.

"Lo recuerdo, lo recuerdo..."

Sí, era verdad... Antes del mal, antes del árbol, en la mañana del mundo, todo no era más que ese anhelo, esa alegría, esa magnífica inquietud...

Julia fué la primera en volver a la realidad y logró decir:

—Miguel, no debemos hacer esto...

El, sin contestar, no hacía sino estrecharla más contra su corazón. Y ella permaneció con su cabeza inclinada sobre el pecho varonil, formando con su cabellera una pequeña nube dorada sobre su hombro.

—¡Qué extraño! —murmuraba—. ¿Qué está sucediendo? ¿Qué me ocurre? Me parece verle unas grandes alas sombrías... Estoy atontada, verdaderamente... Siento que el corazón se me quiere romper.

—Quédese tranquila —contestó Miguel—. Siga soñando un poco todavía.

Ella sentíase incómoda en los brazos del arcediano; sus manos se agitaban contra él.

—No puedo —dijo—; no me atrevo a más... Esto me espanta, francamente. Esto no está bien, Miguel. No sigamos adelante.

Y trató de desprenderse; pero él la retuvo fuertemente. El arcediano era ya todo arcángel; su espíritu en fuego era como una flama que incendiaba su impulso...

—¿Qué es eso de no seguir adelante? — contestó —. No podemos ya detenernos, Julia mía. Mire: esta habitación está repleta de seres divinos y felices. El cielo se inclina a la tierra para dejar este beso sobre sus labios, y los coros rompen a cantar el aleluya. ¿Me desprenderé de esta envoltura mortal para levantarla entre mis alas? En este caso moriría usted, amada mía, de anhelo. Cierre los ojos. No mire tan intensamente. Déjeme sellarlos con este beso, y este otro...

"Una vez, cuando yo era una niña aún, escuché esa música, hace ya mucho tiempo..."

Julia arqueóse hacia atrás, alejándose de su adorador, y murmurando:

—Esto es un pecado... ¿Qué estamos haciendo?

Después de un instante de silencio, la voz divina emergió para decir, colocándole a Julia el índice sobre los labios:

—Silencio, no diga nada, alma mía... ¿Para qué hablar de pecado? Hable ahora de felicidad.

—No puedo, no puedo. Esto es una falta mortal...

El parecía temblar; tocados por un frío de muerte, sus brazos la dejaron por completo abandonada, y sus labios murmuraron:

—Me alejará de usted para siempre si sigue diciendo esas cosas.

—Sí — contestó ella desesperadamente —. Sí, debo hacerlo. Es verdad.

—Déjeme amarla simplemente — rogó el arcángel —. No quiero más que amarla.

—No, no — exclamó ella espantada —. Esto ya es demasiado...

—No me aleje de usted para siempre, como ya lo hizo una vez, hace tiempo...

Julio contestó con voz infinitamente remota, infinitamente triste:

—Lo recuerdo muy bien; lo recuerdo; pero tengo que cumplir mi deber.

El arcángel siguió luchando aún con toda su alma contra lo que el hombre había hecho de él.

—Esperad un instante todavía — rogó a las figuras de sombra que los rodeaban, contemplando su lucha con piadosas y tristes expresiones —. No os alejéis todavía. Ayudadme; habladle a ella de la alegría, del placer, cubridla con vuestras alas gozosas; cantadle con las voces del cielo; evocadle la vida del paraíso.

Las formas etéreas agrupáronse en torno de Julia y la envolvieron entre sus alas, cantándole con las voces de su juventud.

Julia, recuerda...

Alegría pura, matinal. Juventud. Arrebato de dulzuras. Maravilla...

Con los ojos cerrados, semiposeída por el ensueño, ella levantó el rostro para recibir una vez más el beso de amor que sintió menos sobre sus labios que en lo profundo de su corazón.

"¡Querido mío!... ¡Querido mío!"

"¡Qué felicidad!"

Pero nuevamente, y por última vez, trató de alejarse, exclamando:

—Miguel, ¿qué estamos haciendo? — Puso sus manos frente a la faz del arcángel, y agregó: — Estamos locos, estamos locos. — Con los ojos que le salían de sus órbitas, mirándolo de frente continuó: — Usted... ¿Cómo es posible?... Y yo... ¡El arcediano, el ayudante de mi esposo!...

Las lágrimas agolpáronse en sus ojos y corrieron inconteniblemente por su rostro. Después de una pausa, recomenzó, confesando noblemente:

—Todo esto ocurre por mi falta. Sólo yo tengo la culpa. Yo no debí nunca haber querido... Debí haberlo previsto... mi hija... mi deber...

Y quedóse en silencio, sin poder agregar una palabra más. Miguel tampoco dijo nada;

siguió de pie, mientras el fuego se apagaba lentamente en su corazón. El deber... Él era un arcediano. ¿Qué otra cosa era de esperarse? ¿Cómo había podido olvidar todo lo ocurrido en el mundo? Sentía frío. Allí estaba rozándole el cuello la tela del hábito clerical. Sus oídos le zumbaban en el silencio.

—Perdóneme —dijo tranquilamente—. Voy a marcharme inmediatamente. No debí hablarle de la alegría y el placer... No, no en este mundo...

Julia acercóse a él con las manos juntas en actitud de ruego. Ya no sentía ningún temor; una piedad infinita por él, y por ella también, llenaba su corazón; una piedad abrumadora por la tristeza de ambos.

—Miguel —dijo—, yo soy la que debo pedirle perdón. Yo deseaba que usted me amara. No sabía que las cosas eran así.

"Es posible que yo también lo amara. No lo sé a ciencia cierta. Esto era demasiado para mí... Y me espantaba..."

Al decir estas palabras le tomó las manos y las llevó a sus mejillas, agregando:

—No sé lo que debo hacer. No sé lo que haré... Voy a pensarlo serenamente. Ahora, querido Miguel, márchese.

Él la tomó una vez más, amablemente, en sus brazos y la besó en sus mejillas húmedas de llanto. Luego dijo:

—Buenas noches. No tema nada. El Edén está muy lejos.

Y de esta manera, el doctor Miguel, el arcediano de San Timoteo, dió media vuelta y salió a la calle.

Julia apagó las velas del árbol una por una. Cuando todo estaba a oscuras, encaminóse pausadamente hacia las escaleras. En la puerta de Julieta se detuvo un instante para escuchar, pero todo estaba en silencio. Entonces avanzó a través del descanso, hacia su habitación, y una vez adentro, cerró su puerta. Se sentía con la mente vacía, exhausta, incapaz de pensar en nada.

Pero Julieta no estaba dormida. La nerviosidad la había hecho despertar mucho antes del alba. Se sentó en su lecho y miró hacia el sitio donde estaban colgadas sus medias. ¿Estarían ya llenas? No podía saberlo porque todo seguía oscuro. Quiso ponerse de pie y acercarse para ver; pero la prudencia se lo impidió. ¿Por qué no suponer que su madre se hubiera equivocado en lo tocante a los tigres y leones? Claro está que allí, donde estaba, debajo de las frazadas, las fieras no podían verla ni hacerle daño; pero, ya en el suelo, desnuda y en la noche... ¡qué mordisco tan feroz podrían darle! En ese instante sintióse presa del miedo al escuchar el ruido que hacía un tren de carga que venía por la orilla del río. La niña tembló unos segundos; luego, lanzando un suspiro, buscó con la mano y encontró su muñeca María Luisa, que dormía, tibia e imperturbable, junto a ella.

—No tengas miedo —le dijo—. Ahora duerme tranquila...

Y, ya en silencio, pudo escuchar el suave golpear de la nieve en las ventanas, y luego, la música de las campanas de la catedral. Sus ojos se cerraron también. La manecita caía sobre el rostro pintado de la muñeca. Y antes de dormirse pudo aún murmurar:

—No tengas miedo. Nada puede pasarte. Dios no lo permitirá... Mañana es el día de Navidad, María Luisa.

CAPITULO XVII

Por la mañana, muy temprano, Miguel se presentó en casa del doctor Wutheridge Lanarde, profesor de idiomas semíticos de la Universidad. Este estaba pálido y cansado; sus ojos ardían en las órbitas profundas de un rostro sumamente blanco, como dos pequeñas llamas azules. A pesar de que el sol ya estaba por encima de los techos, el profesor se hallaba sentado ante la mesa, tomando gozosamente, a la luz de la nieve, un suculento desayuno de frutas, avena, huevos, jamón, tostadas y café con leche. Al mismo tiempo leía su diario sobre el cual trazaba, de vez en cuando, algunos rasgos a lápiz.

—Bien —dijo después de acoger al arcángel—. ¿Qué le parece a usted? El señor Litvinof ha pedido que todas las naciones del mundo se desarmen; pero los señores Boncourt y Lord Cushenden hicieron ver valientemente que tal medida, en caso de ponerse en práctica, dejaría a sus países abiertos al peligro de invasión. Estos caballeros son verdaderos patriotas; pero también merecen llamarse filósofos.

Dejando a un lado su periódico, el profesor miró a Miguel con un gesto sombrío y agregó:

—Jamás dejará de haber guerras, hasta el día en que todo hombre, toda mujer y todo niño puedan tomar las armas y enrolarse al instante para formar un ejército. Cuando ocurra tal cosa, ya no habrá ninguna persona excluída de las gloriosas campañas militares. Y con una experiencia general de esta naturaleza, a nadie le quedarán entonces deseos de volver a las mismas... Bueno, hablando de otra cosa, dígame: ¿Podrá acompañarme usted a brindar en este día de Navidad?

—Me encuentro con una preocupación mortal —contestó Miguel.

El profesor se puso en la boca un pedazo de pan, pero aun pudo decir:

—Eso no me asombra... Sin embargo, prosiga.

—Estoy locamente enamorado de una mujer casada.

—Me parece muy bien —exclamó el profesor—. Nada más humano que el hecho de enamorarse. Y ya se sabe que los mortales deseamos siempre lo que no tenemos. Epicteto dijo una vez, al respecto, que "la verdadera educación consiste en enseñar a distinguir lo que es nuestro, de aquello que no debe pertenecernos" —y agregó con la boca llena—: ¿Se acordó usted de ponerme en la lista?

—Es una buena mujer —continuó Miguel—; pero ha llegado a amarme. Como arcediano de San Timoteo, yo no puedo merecer perdón por esta falta.

—Así es, ciertamente —aceptó el profesor.

—Pero en mi condición de arcángel —prosiguió el arcediano—, este hecho me colma de felicidad. Recuerdo aquellos tiempos míos en lo que todo era amor, antes de que se instalara el mal en este mundo, y cuando el deber del hombre consistía sólo en gozar, en compañía de los ángeles, si a mano venía.—Lanzó primero un suspiro y luego continuó:—Por desgracia, ella no puede librarse de la idea del mal. Como Eva, me lanza otra vez del Paraíso, hablándome del pecado terrenal. Imagíneme usted despedido así, mientras el fuego divino se extingue en mis venas, abrumado y confundido por la conciencia del pecado original. El arcángel desaparece entonces, para dar sitio al arcediano, que, naturalmente, ante tal comportamiento, se ve horrorizado.

—Naturalmente —dijo el profesor, y agregó en cierta forma compasiva—: ¿Y su marido querrá divorciarse de ella?

—Su marido —declaró Miguel— no acepta el divorcio, salvo en un caso extremo de adulterio, que no es precisamente el nuestro.

—Entonces se ponen feas las cosas para usted —dijo el profesor, moviendo la cabeza desconsoladamente. Mas luego agregó:—Pero quizá será posible anular el matrimonio... Cosas como ésta han ocurrido muchas veces. Yo conozco el caso de un matrimonio, de un duque inglés con una duquesa americana, que se declaró nulo últimamente, después de veinte años de vida conyugal. Los dos hijos de esa unión no se ven afectados por el decreto que declara culpables a sus padres. Según la opinión de un eminente maestro espiritual, consultado al respecto, los padres pueden haber vivido juntos, sin que ello quiera decir necesariamente que estuvieron casados. Sin embargo, los niños siguen siendo legítimos y de sangre azul. Y como además pertenecen a otra iglesia, la sentencia no tiene ninguna importancia para ellos.

—Las prácticas de una iglesia —replicó Miguel— no son siempre semejantes a las de otra. Tampoco las costumbres del pasado se prestan a los tiempos actuales. David, rey de Judea, envió a la muerte a Urías el Hitita, con el objeto de casarse con la viuda, la amantísima Betsabé. Aquello produjo un gran escándalo en la judería. El culpable, primero fué rudamente censurado por Nathan, la manzana amarga de Dios, y más tarde recibió su castigo. Pero, de todos modos, pudo ser marido de Betsabé... Además, yo no me hallo en las condiciones de David... —Haciendo una pausa, extendió las manos hacia el profesor, en actitud de ruego, y continuó—: Dígame, por favor, cómo puedo amar a esta mujer cuyo rostro es como el de Eva soñando en el paraíso; cuyo corazón está pleno de goce, como mi juventud.

—Mi queridísimo doctor Miguel —contestó el profesor—, si su obispo no acepta otra causa de divorcio que el adulterio, entonces usted tendría que cometer adulterio...

—Sí, sí... Exactamente.

—Por desgracia —continuó el profesor—, esto es sencillamente imposible.

Al notar la asombrada expresión del arcediano, el señor Wutheridge empezó a sonreír, diciendo al mismo tiempo:

—Por lo que veo, usted olvida que es un arcángel... Y yo, en ninguna parte he encontrado jamás, al hacer mis investigaciones, un arcángel de extracción semita que sea capaz de realizar semejante acto.

"Usted es un espíritu inmortal, un hijo de la luz, un ser puro y perfecto. ¿Cómo es posible que sienta entonces un hambre terrenal? ¿Cómo es posible que, no estando hecho para la tierra, pueda alentar ese deseo tan humano? Lo que en realidad siente usted es una insatisfacción divina, un anhelo eterno. No confunda esa emoción con el amor. El amor de hombre y mujer es una cosa muy diferente; es algo matizado de sufrimiento, de sed humana; en el desierto sin fin de la eternidad, es un sueño de comodidad, es un espejismo de consuelo. Además, es un impulso irresistible, de naturaleza puramente animal. Para hablar la verdad, yo no sé nada de esto experimentalmente; pero he estudiado el punto, a fondo, en los poetas.

"No, no, amigo mío, el amor que usted ofrece a esa señora no hará más que asustarla, al principio, y luego, dejarla insatisfecha. Ese amor no está hecho para la tierra. No olvide que su insatisfacción es divina, y su anhelo, infinito. Tampoco olvide que usted no puede ni experimentar ni dar satisfacciones terrenales. Esto tiene que ser, seguramente, un poco triste para usted; pero tal hecho no basta para satisfacer a su amada, que por lo menos estará queriendo un sátiro, después de haber anhelado tanto tiempo.

—Tiene usted razón —dijo Miguel—. Yo no podría jamás hacerla mía. Claro está que yo mismo podía haber llegado perfectamente a esta conclusión con un poco más de tiempo.

Acto seguido tomó una de las manos del profesor con las dos suyas y exclamó:

—Gracias. Muchísimas gracias por haberme hecho ver lo imposible de la tentativa que quería emprender. Ahora ya puedo ver que el anhelo del que se alimentan los inmortales, y del que en realidad somos creados, no puede alimentar ni a la mujer ni al hombre. Nosotros sólo podemos hablarles de una belleza extraña a este mundo; sólo podemos visitarlos en sueños y animar sus corazones con un vago anhelo, con una dulzura turbadora que pronto se olvida.

Dichas estas palabras, siempre con una expresión en la que ya no había ningún signo de inquietud, el arcángel volvió la espalda al profesor, para marcharse con una radiante sonrisa.

—Muchas gracias. Le agradezco muchísimo. Dios le recompensará por su buena obra.

—Adiós —le contestó el profesor—. Y no se olvide de poner mi nombre en la lista.

Cuando concluyó de decir estas palabras volvió de nuevo a ocuparse de su diario, en el que pronto encontró la siguiente noticia interesante:

Filadelfia, 14 de marzo.—Acaba de descubrirse en Mesopotamia la primera estatua de mujer de tiempos remotos, junto con algunos objetos de bronce y de plata que tienen un gran valor intrínseco e histórico. Este descubrimiento se realizó en Ur de Caldea, entre las ruinas del famoso Templo de la Luna. Los trabajos de excavación fueron practicados en conjunto por las comisiones del Museo Británico y del Museo de la Universidad de Pensilvania.

Además, se extrajeron de su mausoleo de arena algunas vasijas, en las que, hace más de cuatro mil años, se cocinaban los alimentos de los últimos sacerdotes sumerios. Por otra parte se hallaron, de la manera más imprevista, algunos ataúdes de cobre batido.

Entre los fragmentos de algunos vasos y otros objetos de alabastro, o diorita, dedicados por los reyes y por los devotos adinerados a la capilla de la diosa luna, se encontró una estatua de este último material, que representa a la diosa Bau, patrona de los gallineros. La estatua representa una figura rolliza, sólida, en un vestido prolijamente labrado, que está sentada en un tranco sostenido por algunos ángeles. Es la primera estatua que se encuentra completa; pues solamente le falta la nariz. Y es la primera estatua femenina de los tiempos remotos hallada en Mesopotamia.

El profesor cerró los ojos lujuriosamente y pensó: "El doctor Miguel gozaría con esto. Yo se lo mostraré".

CAPITULO XVIII

La ciudad brillaba bajo la blanca lluvia de nieve; el sol ardía en mil resplandores; las casas aparecían con sus contornos precisos en medio del aire claro, azul. Y todo parecía decir: "Venid. Esto es algo muy hermoso." Ya los niños pequeños, en sus nuevos trineos coloreados, iban y venían por el parque llamándose unos a otros con voces regocijadas. Todos estaban alegres porque era el día de Navidad y porque el tiempo era hermoso.

En casa del reverendo Brougham todo estaba listo para la fiesta pascual de Julieta. La niña había visto su árbol; había recibido sus presentes —abrumada de sorpresa, como siempre, porque eran más de uno, y, esta vez, con cierto pesar, porque eran muchos—; había entregado los obsequios al ama, al cocinero, a las doncellas, contemplándoles el rostro desde la altura de sus rodillas para estar segura de que todo iba bien; y había entregado una caja de cigarros al señor Sams, el policía de la esquina. Ya sólo le quedaba esperar a Potter, su único invitado; pues Julia pensaba acertadamente que en una ocasión tan excitante, un invitado era suficiente.

Julia no había podido dormir en toda la noche, sin que por eso llegara a tomar decisión alguna. ¿Qué camino debía seguir? No lo sabía. La idea de abandonar a su marido no habría podido ocurrírsele jamás. Tampoco quería incurrir en pecado exactamente. Era posible que la decisión llegara por sí misma, sin pensamiento demasiado claro; justamente en la misma forma en que se había producido la situación, sin que ella hubiera tenido mucho que hacer, ciertamente, para producirla.

"¿Sin que hubiera tenido mucho que hacer...?" Bien, por lo menos ella no había querido que las cosas sucedieran justamente en esa forma. Es decir, claro está que...

Mordióse el labio y se inclinó para ajustar el lazo de la cintura de Julieta.

—Tienes que estar bien bonita para recibir a Potter, hija mía —le dijo amablemente—. Entrégale su obsequio con toda gentileza.

—Con toda gentileza... Y le daré un beso —contestó la niña, agregando, después de una pausa, con aire dubitativo—: Es decir, si él me deja.

Pero cuando Potter llegó, finalmente, con sus altas botas, ligeramente cubierto de nieve, y con las mejillas enrojecidas por el aire helado, Julieta lo miró un instante y dió media vuelta. Potter no se sorprendió por eso; sin embargo, mientras su ama le retiraba el abrigo, miró a la niña de soslayo. Y tan pronto como se vió libre, echó a correr hacia el sitio donde ella se hallaba en cuclillas entretenida con un juguete del árbol.

—Mira mi traje —dijo, colocándose frente a ella. Y sacó el tórax, sobre el que su madre había puesto un chaleco de terciopelo y una camisa con su corbata—. Mira, por favor —repitió.

—Sí, ya lo sé —replicó ella; pero no lo miró.

—¿No te gusta mi traje de fiesta? —preguntó sorprendido.

—Es muy bonito — dijo Julieta con toda calma. Luego se puso de pie y dirigióse hacia su madre. Al estar cerca de ella, exclamó llena de júbilo—: Mamá, ¿recuerdas lo que dijo el señor Sams, cuando le di su obsequio? ¿No dijo que yo era una niñita preciosa?

—Es cierto —repuso Julia sin mucha animación—. Pero, por lo mismo, querida...

La niñita continuó:

—¿Y no es cierto que a todos les di sus presentes, y que vine temprano, y que al ver el árbol dije: ¡Oh!...?

Julia tomó a su hija firmemente por la mano y le ordenó:

—Ven aquí: entrégale ahora su presente a Potter... ¿No te parece?

Las dos se acercaron al árbol y encontraron una caja que llevaba el nombre de Potter. Julieta se lo entregó sin decir una palabra; él la tomó, para alejarse luego y destaparla. Cuando vió que contenía un payaso de madera que movía brazos y piernas, se le entristeció el rostro y, mirando hacia el árbol, preguntó:

—¿Qué otra cosa tienen para mí?

Julia suspiró sonriendo; ya sabía de antemano la reacción del chico. Desató luego un tamborcillo de una rama y se lo dió. Al ver el segundo obsequio, Potter se puso más sombrío que nunca.

—Yo no quiero eso —dijo—. No me gustan mucho estos regalos.

Y sentóse lanzando un suspiro, a jugar con su payaso.

Julieta estuvo a punto de romper a llorar. Aproximándose a su madre, con la cabeza inclinada, abrió los brazos y la ciñó por las rodillas. Después de un instante se la oyó decir:

—Yo no tengo un payaso... Quiero tener un payaso... Tú se lo diste a Potter... Este árbol es mío... Esta fiesta es mía... Tú le diste mi lindo payaso...— Y se puso a llorar, agregando—: Yo no tengo ningún vestido de fiesta... Yo no tengo ningún vestido nuevo de fiesta.

Potter no prestaba la menor atención a esta escena, y, lanzando su muñeco al aire, decía:

—Vas a pegar un gran salto... Y vas a caer al suelo de pie... Pum...

La madre levantó del suelo a su hija, que seguía llorando desconsoladamente, y comenzó a hacerle suaves reflexiones:

—Pero, querida mía, tú misma quisiste obsequiar ese payaso a Potter... ¿No te acuerdas? Precisamente porque es tu fiesta obsequias el payaso. Con seguridad que ninguna otra persona podría regalar un payaso en el día de su fiesta... pero tú lo das porque te gusta, precisamente... Así hay que hacer las cosas.

Cesaron los sollozos de la niña y ella pudo decir:

—¿Yo misma le di el payaso?

—Claro que sí, queridita mía.

—¿Estuvo bien, entonces, que yo le diera mi payaso?

—Sí, hijita; fué lo más noble que pudiste hacer.

Sonriendo llena de gracia, aunque algo predispuesta al sollozo, Julieta avanzó hacia Potter y sentóse a su lado, diciéndole:

—Este payaso es el más gracioso que he visto... Míralo qué bien salta...

—Si quiero, yo también puedo saltar —dijo Potter. Y luego, sorpresivamente, agregó—: Tú también tienes un bonito vestido.

Eso fué bastante. La niña, inclinándose hacia él, le tomó la cabeza entre los brazos y le dió un beso, como un pajarito, en la mejilla. Luego avanzó hacia el árbol, se puso de puntillas y tomó el ángel con sus dos manos. Un instante después, decía al muchacho:

—Tómalo, te lo obsequio. Ya no lo quiero para mí.

—Dale las gracias —intervino el ama, alegremente.

—Yo tampoco lo quiero —contestó Potter. Y agregó, no sin razón—. No lo quiero de ninguna manera...

Julia, mirando a los dos niños, empezó a pensar en otra cosa, involuntariamente. ¿Qué era lo que acababa de decirle a Julieta? ¿Que era muy noble lo que había hecho? ¿Que era noble entregar lo que más deseamos? Pero, ¿qué es lo que deseaba ella? ¿Había algo que deseaba más intensamente que a Julieta?

"¡Pobre alma mía! —pensó—. Vive completamente sola, fuera de mi compañía. Claro está que también tiene a Henry; pero él está siempre tan ocupado... Y yo y Julieta somos mujeres, amigas, podría decir. Amigas, en la medida que lo permite el ser madre o hermana... Pero, en todo caso, ambas nos comprendemos mutuamente. ¿Y por qué no podía haber una hermanita para Julieta? ¿Una hermanita para que jugaran juntas?"

Eso podía ocurrir, claro está. Y el hecho de pensar en esto hacía palpitar de manera extraña su corazón. Lo cierto, en toda forma, era que ella había cambiado; ya no era la misma Julia de antes... algo definitivo había ocurrido en su ser.

Y tenía que saber lo que era eso. Algo se había levantado en su vida; algo que le era por completo desconocido; algo que se parecía vagamente al anhelo, y que nada tenía que ver con sus antiguos deseos; era algo nuevo y hasta sensible, que se le atravesaba en la garganta, que se agitaba en su pecho y en todo su cuerpo. Estrujándose las manos, se preguntaba: "¿Qué puedo hacer ahora, Dios mío?"

Había también belleza en ello —a pesar del sufrimiento—. Pero, ¿cómo podía alcanzarlo; cómo podía lograr su realización? ¿Si acudiera a Henry...? ¿Belleza? Julia no pudo más que lanzar un breve suspiro.

No, Henry no podría darle belleza... Pero si él le había proporcionado siempre todo lo que le hacía falta para vivir, ¿no era también eso belleza, acaso? ¿Cabía esperar algo más aun?

Henry podía darle más aún...: otra criatura, como Julieta; una criatura que sería completamente suya, hecha de sus sueños, de sus deseos, de su sangre y de sus huesos...

Sí, había paz en todo eso; aquellas ideas le hablaban de paz al corazón. Tranquila otra vez, serena, volvió la vista hacia sí misma. ¿Entonces, era esto lo que deseaba: otra hija en gracia de Julieta (o quizá en gracia de sí misma, lo cual sería una cosa diferente)? Aquellos días largos, lentos, soñadores; aquella nueva vida pesada que se agitaba en ella, en lo profundo de su corazón...; los meses en el pensamiento, siempre; las manos pequeñitas, suaves, indefensas... ¿Por qué razón había permanecido tanto tiempo sin todo eso?

En verdad, Julieta pronto sería ya una niña mayor. Y entonces, ¿quién necesitaría de ella? Un silencio profundo se le asentó en la conciencia. Con los ojos ciegos, sólo sentía oscuramente el llamado de un niño. Ya el anhelo se había fijado en su interior; la tierra fértil de su naturaleza, fecundada en un instante por un sol prodigioso, soñaba en la cosecha.

Ya no pensaba en Miguel. Para eso, quizá habría tiempo más tarde, en los largos días del porvenir. El había pronunciado la gran palabra para su corazón de mujer. ¿Qué más podía desear de él?

El arcángel le había dicho que el amor no es pecado.

El hecho de amar no es pecado; ni aun tratándose de un amor así, de un amor que es sed terrible de todo el cuerpo. Henry no tenía razón; ella se lo diría; se lo haría comprender perfectamente.

Con aire de calma movió la cabeza. No, no podría nunca hacérselo comprender. Ella no sentiría nunca, en los brazos de su esposo, el arrebato, el sufrimiento de aquel instante inolvidable que vivió ante el árbol de Navidad. Ella cerraría los ojos y lo soportaría, en la misma forma que él la soportaría. Su cuerpo entero tembló, mientras aspiraba el aire profundamente. No habría ayuda posible para ella; para ella que no tenía valor para hacer nada distinto. ¿O acaso en eso consistía precisamente el verdadero valor?... ¿En entregar las cosas que más deseamos?

La voz del silencio le dijo al oído, en aquel instante, que nunca, en toda su vida, podría contestar a estas interrogaciones. Y ella no hizo más que inclinar la cabeza.

CAPITULO XIX

Finalizó el invierno. Ya en primavera, con una nueva vida cantando en su cuerpo, Julia paseaba en el gimnasio, por entre los niños y los árboles floridos. El carrusel estaba funcionando y ella pudo oír su alegre música, un poco desentonada, mientras las criaturas daban vueltas sin fin, cabalgando en los caballos, leones y jirafas de madera pintada. Los primeros tulipanes amarillos abríanse a sus plantas, debajo de las rocas; y en la misma forma que estas flores, la mujer del obispo protestante tomaba el sol con el ánimo tranquilo y alegre.

Sentándose en un banco, cerca de la fresca y verde hierba, miró más allá de la carretera: allí se veía la ciudad difusa bajo la suave luz de la primavera. Las palomas agitábanse a sus pies; un petirrojo cantó por allí cerca tres notas apresuradas e inclinó a un lado la cabecita.

Julia sonreía y suspiraba de vez en cuando. El caballero que se hallaba, sentado también, al otro extremo del banco, volvió la cabeza en determinado instante, para mirarla, y dijo:

—¿Cómo está usted, señora Brougham?

Al ver el ligero gesto de sorpresa que hacía ella, el caballero se puso de pie e inclinóse cortésmente:

—Soy una de las personas que ha contribuído en la recolección de fondos para la construcción de la catedral que dirige su esposo.

Julia sonrió amablemente y repuso:

—Me alegro mucho —y haciendo un gesto con la mano, agregó—: Está haciendo un día hermosísimo.

—¿Me recuerda usted? —continuó el extraño—. Casualmente estaba presente en cierta ocasión, cuando usted llegó a reunirse con su hija en el gimnasio. Yo conversaba en ese instante con el doctor Miguel. Me parece verla aún aparecer con las mejillas enrojecidas por el frío. Naturalmente, usted no puede recordarme. Yo tengo más razón para no haberla olvidado.

—Sí —contestó Julia—. Ahora lo recuerdo. Aquello fué antes de Navidad. Es cierto —y le sonrió gentilmente, preguntándole, a su vez—: ¿Qué tal invierno pasó usted? Yo estoy alegre de que haya llegado ya la primavera.

El profesor encogióse de hombros y declaró:

—Todos los inviernos son lo mismo para mí... Pero, dígame, ¿qué ha sucedido con mi amigo, el arcediano de su esposo? Hace tiempo que no puedo verlo ya, ni en el gimnasio, con la hijita de usted, ni en la catedral, los domingos.

Hubo un instante de pausa, antes de que ella respondiera:

—Retornó a su país. Nos dejó pocos días después de Navidad. Yo creo que la ciudad no le agradaba mucho.

El profesor movió la cabeza pensativamente y afirmó:

—Esto no me sorprende... ¿Así que se marchó otra vez a su país? —y agregó, con cierto acento de pena—: ¡Y yo que tanto quería plantearle algunas cuestiones!...

—¿Algunas cuestiones? Pero, a lo mejor, no habría podido contestárselas.

—¿Y su marido, señora Brougham, el obispo? ¿Anda siempre muy ocupado? Supongo que estos planos para la nueva catedral le absorben la mayor parte de su tiempo.

Ella inclinó la cabeza en señal de aprobación, y en voz baja dijo:

—Siempre está muy ocupado. La obra le absorbió todo su tiempo en este invierno... naturalmente.

—Creo —observó el profesor— que la construcción costará varios millones de dólares, y que será una de las catedrales más grandes del mundo.

—Así es —admitió Julia—, pero, en realidad, eso no es lo que le preocupa esencialmente a mi marido. Su objetivo principal no es la Iglesia, sino el hogar. Siempre dice que somos una nación de hogares, no de iglesias.

—Observación muy inteligente —declaró el profesor Wutheridge.

—Mi esposo —agregó Julia— siempre fué un hombre muy inteligente.

Y con la más hermosa mirada del mundo volvió el rostro hacia su hija, que se acercaba a ella con una expresión seria en el rostro, seguida a distancia conveniente por Potter, que no parecía nada confiado.

—Mamá —dijo Julieta—, queremos ir al carrusel... Llévanos, por favor, al carrusel. Queremos montar y dar vueltas y más vueltas... y más vueltas...

FIN

"UN ENVIADO DEL CIELO" ("The bishop's wife"), de ROBERT NATHAN, ha sido publicado en forma de volumen por la editorial Siglo Veinte, de Buenos Aires, en su colección "La rosa de los vientos".

CRIMEN A BORDO

(CONTINUACION DE LA PAGINA 11)

queda un problema más complicado. ¿Por qué la asesinaron?

Entonces intervino el otro:

—¿No sería mejor que llamáramos en seguida a la policía?

—Iré a la costa en un momento —respondió Jeffrey—. Primero quiero saber algunos detalles. Shand, ¿quiere usted explicar a mi esposa lo sucedido?

Los dos tomaron asiento.

Shand comenzó algo nervioso:

—Bien; estaba durmiendo en mi cabina y algo me despertó. Primero creí que sería alguno de los del yate. Habían estado alborotando toda la tarde, tocando su fonógrafo y riendo y peleando. Me tapé la cabeza con las mantas y me quedé dormido otra vez hasta que de nuevo oí algo. Subí a cubierta. Fué entonces cuando vi que el yate se había ido. Pensé: "Será una gaviota", y bajé nuevamente y me quedé dormido. Pero la tercera vez que oí la llamada, comprendí que era una joven que pedía auxilio. De modo que subí a mi chinchorro y me alejé. Al principio no pude localizar el lugar de donde partiera el grito; pero entonces lo oí otra vez. Ya entonces era mucho más débil, y me pareció ver algo blanco en la costa, entre los juncos.

—¿En qué parte de la costa? —inquirió Jeffrey.

—No muy lejos de ese viejo granero. En a línea con el roble. Remé hacia allí y encontré a la pobre chica que trataba de incorporarse y caía de nuevo en el barro. Ya estaba desmayada cuando pude meterla en el bote. Creí que estaba muerta, pero a poco me di cuenta de que aun vivía. Hasta que pude hacerle tragar un poco de whisky cuando la tuve en la cabina.

—¿Y el whisky la revivió? —preguntó Jeffrey.

—Un poco.

—¿Dijo algo?

—Le pregunté quién la había golpeado, y me dijo: "El que llaman Cutie". Por lo menos me parece que me dijo eso. Su voz era tan débil que apenas pude comprender sus palabras.

Me excité. Una de las mujeres del yatecito había sugerido que tal vez "Cutie" tuviera una sierra.

Jeffrey preguntó:

—¿Dijo algo más?

—Nada, en absoluto —repuso Shand.

—¿Algo que le indicara su identidad?

—No.

—¿Conocía usted ese yate y su tripulación?

—No. Estoy pasando unas semanas en mi embarcación, y de vez en cuando voy a la ciudad, pues mi madre vive en el centro. Había salido hoy, y cuando regresé vi el yate al lado de la caleta... Pero, O'Neill, me parece que ni usted ni yo tenemos autoridad para esta clase de investigación. Me figuro que deberíamos ir a tierra, buscar un teléfono y notificar en seguida a la policía.

Me irritó notar que ese hombre no supiera quién era Jeffrey. Estaba a punto de afirmar que mi esposo era uno de los más autorizados del país para tal clase de investigación, cuando Jeffrey me dijo:

—Tiene razón, Shand. Iremos a tierra ahora para llamar a la policía.

—Yo iré —repuso Shand—, si usted y la señora O'Neill se quedan aquí con la chica.

—Gracias —replicó Jeffrey—, yo conozco bien al fiscal del distrito y quiero hablar con él. Vamos, Anne.

Cuando habla con ese tono de autoridad, siempre se cumplen sus deseos. Subimos a nuestro chinchorro, y al partir dijo:

—Regresaremos tan pronto como sea posible, Shand.

—Tal vez haya un teléfono en esa granja, más allá de los árboles —sugerí.

Shand guardó silencio. Me figuré que estaba enfadado, y lamenté tal cosa, pues me había resultado simpático el hombre.

Cuando nos perdíamos en la oscuridad, vi que Shand se quedaba observándonos. Luego volvióse y entró en su cabina, para regresar a poco y sentarse al lado del timón.

—Jeffrey —dije muy queda, recordando que sobre el agua se oyen las voces a gran distancia—, oí que una de las mujeres del yate dijo que "Cutie" tal vez tuviera una sierra.

—Eso aclara mucho —observó.

—Así parece. Jeffrey, quisiera que fueses al lugar donde Shand halló a esa pobre chica.

—¿Todavía estás afligida por la otra?

—Sí. Me parece que no deberíamos perder tiempo en buscarla.

—¿Dónde encontró a la rubia?

—No muy lejos del viejo granero, en la línea con el roble.

—Con esta oscuridad es difícil distinguir a un roble de un pino —comentó.

—Pero creo que esa masa negra de allá a la derecha es el granero.

Cambiamos de rumbo. Todavía estaba muy

oscuro, pero la lluvia y el viento habían amainado algo. Jeffrey dejó de remar por un momento, sacó la linterna del bolsillo y dirigió el haz de luz hacia la costa. Me figuré que si Shand nos veía, hallaría extraño que no fuéramos directamente al muelle en busca de un teléfono.

—Bien — dijo mi esposo —, supongo que éste es el lugar. ¿Qué quieres hacer, Anne? No podemos explorar la costa de toda la caleta.

—Ya sé. Pasa al lado de los juncos a ver si podemos hallar algo. Querido, no puedo ni pensar siquiera que esa chica esté tirada entre el barro.

—Pero, querida, ¿por qué habías de pensar tal cosa? ¿Qué motivo hay para que le haya ocurrido lo mismo que a la otra? Esa jovencita de las trenzas pudo haber sido la hija o la esposa de uno de los que estaban a bordo.

—No, no. No era de la misma clase.

—¿Cómo estás tan segura?

—Por su aspecto y su manera de hablar. Y tal vez por algo que dijo. Afirmó que estaba tan mareada como una lechuza que visitara a las gaviotas. Eso demuestra que estaba de visita en el yate, que no pertenecía al grupo... Jeffrey, para. ¿Qué es eso que hay entre los cañaverales?

Ya estábamos muy cerca de la costa. Oíamos al agua golpear al pie de los juncos, y a nuestro olfato llegaba el olor acre de la sal mezclada con el cieno. Me tomé con fuerza de la borda. Jeffrey dirigió la luz de la linterna hacia los cañaverales; pero lo que había parecido un cadáver no era más que un viejo tronco.

—Toma tú la linterna — dijo mi esposo, entregándomela.

El viento azotaba las hierbas. Veíanse orificios en el barro: entradas de las cuevas de cangrejos. Pero no vimos ningún cadáver ni señales de violencia.

Jeffrey siguió remando unos diez o veinte metros más y regresó luego, no tan cerca de la costa esta vez.

—¡Jeffrey! — exclamé —. ¡Parece la entrada de un sendero!

Se veía una interrupción en la continuidad de los juncos, y una pequeña playa de un metro, más o menos, de anchura. Sobre la arena distinguíanse dos tablas que llegaban al agua, y algo más allá había tres o cuatro piedras que servían de escalones.

—Desembarcaremos aquí — anunció él —, y seguiremos el camino. Tenemos que llamar al fiscal lo más pronto posible, Anne. No se puede perder más tiempo.

Remó con fuerza, y el chinchorro encalló la quilla en la arena. El saltó primero a fin de levantar más el bote para que no me mojara los pies. Había una estaca cerca de las dos tablas y a ella ató la cuerda del bote, tomando luego la linterna para examinar el terreno.

—No veo huellas — dijo —, pero no me sorprendería que haya habido aquí un bote hace poco.

—¿Por qué? — inquirí.

—Esa hierba está algo aplastada, y el cieno de las tablas falta en algunas partes.

Examinamos la superficie barrosa de las tablas sobre las que pisábamos; pero no vi nada, y creí que la imaginación de Jeffrey agrandaba las cosas.

El metióse en el agua otra vez e iluminó la línea de la costa. Oí el chapotear de sus pasos sobre el barro mientras se alejaba. Ya comenzaba a pensar que estábamos perdiendo tiempo y era hora de hablar por teléfono al fiscal.

Hacia el sudoeste, las luces de la ciudad enrojecían el cielo. La luz de Jeffrey apagóse por un momento, y le oí maldecir las pilas. A poco regresó con la linterna encendida nuevamente.

—No he podido ver nada desde este lado — anunció —. Sigamos camino.

El sendero conducía por unos escalones de piedra hacia el bosque, donde el olor de las hojas y los pinos substituía al del cieno y el agua de mar. Jeffrey abrió la marcha con la linterna. La luz relucía sobre los árboles y las hojas.

De pronto, se detuvo e inclinóse, mirando fijamente al suelo. Le imité y vi impresa en el suelo una curiosa huella. No era de un zapato ni de un pie descalzo; tampoco era de un animal. No parecía grande ni era muy clara. La lluvia la había borrado en parte.

Jeffrey dijo serenamente:

—Es de una mujer, pero ¿por qué se habrá quitado los zapatos? ¿Por qué anda en medias?

Por un momento me fué imposible hablar. Luego susurré:

—¡Oh!, Jeffrey..., está siguiendo a alguien. No quiere que la oigan.

—Pero eso no tiene sentido. ¡Quitarse los zapatos en los bosques!

—Tal vez sea una mujer insensata — dije tontamente.

El siguió un poco más adelante, caminando a un lado del camino, y yo le imité.

—Aquí hay otra — dijo —. Es el pie izquierdo, y se nota claramente que anda en medias..., y aquí caminó de puntillas; tal vez corría.

—¿Corría a alguno? — pregunté —. Pero, entonces, ¿por qué no vemos otras huellas que hayan ido más adelante?

—No sé. Quizá la mujer corría huyendo de algo.

—Tal vez mató a la otra chica..., allá cerca de la costa, y no tuvo tiempo de ponerse los zapatos.

Nos quedamos pensando, y en ese momento se oyó un grito melancólico a nuestras espaldas. Di un salto y me tomé del brazo de Jeffrey, mientras me castañeteaban los dientes.

—No es más que una lechuza — me tranquilizó él.

Me tomó firmemente del brazo y me condujo por un costado del camino hacia su extremo.

—¿Se mantuvo esa mujer en el sendero? — pregunté, agitada por la rápida marcha.

—No estoy seguro. Hace un rato que no veo ninguna huella clara.

—Jeffrey, ¿crees que estará acechando en los bosques, observando nuestra luz?

De nuevo oyóse el lamento de la lechuza.

—No creo que alguien pueda estar acechando en el bosque con esta lluvia por mucho tiempo — respondió él.

De pronto nos hallamos en el lindero del bosque, donde comenzaba un amplio campo cubierto de césped. A cierta distancia se elevaban los bultos de una casa y de un granero, y más allá alcanzamos a ver una hilera de postes telegráficos a lo largo del camino.

El sendero parecía haber terminado, desapareciendo también las huellas de la mujer. Nos abrimos paso entre las altas hierbas, y al llegar cerca de la casa formulé a Jeffrey una pregunta que tenía en la punta de la lengua desde que saltáramos del *Thetis*.

—¿No será posible que ese Shand haya inventado la historia de que la encontró en la orilla? — pregunté.

—¿Quieres decir, si pienso que tal vez fué él quien la mató?

—Sí, eso es lo que quería decir.

—Es posible, por supuesto.

—¡Oh, cielos, Jeffrey! — exclamé —. Me parece que este caso va a ser uno de los más feos en los que hayamos intervenido.

IV

En los alrededores notábase el aroma de las margaritas y jazmines. Nos detuvimos frente a la casa y Jeffrey llamó:

—¡Hola! ¿Podemos entrar y usar el teléfono?

Un perro ladró furiosamente. Al fin, después que Jeffrey se acercó al pórtico y golpeó varias veces a la puerta, vi una luz en una ventana del piso alto. El mismo hombre de aspecto rudo que maldijera al perro esa tarde, asomóse y repitió las maldiciones, con algunos agregados.

Jeffrey se acercó a mí y gritó:

—Oiga usted, modere su lenguaje; hay una señora aquí. Quiero usar su teléfono en seguida.

Y yo agregué:

—Ha ocurrido un accidente.

Jeffrey nunca piensa que se necesita explicar nada, pero he comprobado que muchas veces se consigue mucho aclarando las cosas.

Gruñendo como el perro, el hombre retiróse de la ventana. Al cabo de un momento vimos una luz en el *hall* del piso bajo y oímos pasos que cojeaban y se abrió la puerta. Nuestro anfitrión detúvose allí. Vestía nada más que un par de pantalones y tenía muchísimo vello en el pecho.

Jeffrey había perdido la paciencia.

—¿Quiere decirme dónde está el teléfono?

Subí al pórtico y el hombre nos condujo a la cocina. Allí vimos un anticuado teléfono de pared, cerca de la pileta.

Jeffrey levantó el auricular y agitó la horquilla. El dueño de casa se quedó mirándolo, mientras el perro entró en la cocina y se me acercó con aspecto de pocos amigos. Le dejé husmear mi mano, temiendo que la tragara de un bocado.

Alcanzamos a oír a alguien que se movía en el piso alto. Mientras esperábamos a que se restableciera la comunicación pedida por Jeffrey, observé que sobre una mesa estaba la novela "Rebeca", y me llamó la atención el gusto literario del dueño de casa.

—¡Hola! ¿Podría hablar con el señor Donahue? — dijo de pronto mi esposo.

Oí la voz nasal de la hermana del señor Donahue anunciando que él no estaba en casa, pues había tenido que salir para encargarse de un caso.

—¿No hay manera de comunicarse con él? — preguntó Jeffrey.

—No, creo que no — gritó la voz de la mujer —. Espere un momento. Me parece que está entrando ahora... Sí, aquí está.

—¡Hola!, Donahue — saludó Jeffrey —. Anne y yo estamos en la caleta de Ashford y nos hemos encontrado con dificultades. Convendría que viniera de inmediato... No, muy importante... Sí. Sí, una joven... ¡Oh, unos veinte años!... No. No sé quién es... Un hombre llamado Peter Shand, que tiene un falucho en la caleta. El le contará todo. Le estoy telefoneando desde la última casa de ese camino que conduce al muelle viejo. Doble en Myres Corners. Si viene en seguida, Anne y yo lo esperaremos en el muelle para llevarlo en bote al falucho de Shand. La chica está en la cabina de la embarcación. Anne la vió a eso de las seis de la tarde. Gozaba de perfecta salud, y estaba a bordo de un yate desconocido.

Siguió una pausa mientras escuchaba.

—No me parece mal la idea — contestó al fin —. Muy bien. Tendré que pensar cómo lo haremos. Espere un segundo.

Volvióse hacia el dueño de casa y preguntó:

—¿Tiene usted un bote?

—Sí — contestó el hombre —. Está en el muelle.

—Muy bien — dijo Jeffrey, y habló de nuevo por el aparato —. El dueño de casa tiene un bote. Sí, es la casa más cercana a la costa. Eso le servirá perfectamente. Anne y yo haremos lo que usted aconseja. Muy bien. Anclaremos en el embarcadero de Fosdick. Vaya usted allí cuando haya terminado con Shand. Muy bien. Hasta luego.

Colgó el auricular y extrajo unas monedas del bolsillo de su pantalón.

El perro lo husmeó, moviendo la cola.

El hombre aceptó el dinero, y preguntó:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién está herido?

—Alguien que estaba a bordo — contestó Jeffrey vagamente —. ¿Oyó usted algo fuera de lo común esta noche?

—No estuve aquí esta noche — fué la respuesta.

—¡Oh!, pero me parece que yo lo vi esta tarde.

—Sí, señora; pero fuí a la ciudad a las seis y media.

—¿Adónde? — inquirió Jeffrey.

—Tengo un amigo que trabaja en un restaurante de la colina Goat. Es lavaplatos. Los sábados por la noche voy a comer con él.

—¿Cómo se llama el restaurante?

—Jake's.

—¿Cuándo regresó usted?

—Hace media hora. ¿De qué se trata, señor?— preguntó el hombre, haciendo una mueca.

—¿Hay alguien en la casa que pudo haber oído algo de la costa? — preguntó mi esposo.

Una voz femenina gritó desde el piso alto:

—Simón, dejé mi libro en la cocina. ¿Quieres traérmelo cuando subas?

Muy bien, Jen — respondió él —. Es mi hermana — explicó —. Era maestra de escuela, y le gusta mucho leer.

Noté cierta inquietud en su rostro cuando nos habló de su hermana.

—Me gustaría hablar con ella un momento — pidió Jeffrey, y todos regresamos al *hall*.

Sentíase un fuerte olor a líquido quitamanchas, que provenía del piso alto. Una mujer delgada y pequeña, vestida con una bata de entrecasa, hallábase en pie en la parte superior de la escalera. Tenía en una mano una botella, cuyo contenido vertía sobre un trapo o pañuelo, con el que luego restregaba la pechera de su bata.

Es mi hermana, la señorita Baker — dijo el hombre llamado Simón —. Ven, estas personas quisieran preguntarte algo.

No pude ver muy bien el rostro de la señorita Baker debido a la poca luz del piso alto.

—¡Oh, buenas noches! — nos saludó con voz afectada —. ¿En qué podemos servirlos?

—Quería saber si oyó usted algo fuera de lo común esta noche — le preguntó Jeffrey.

—Simón, te has olvidado de presentarnos — dijo ella —. ¿Tienes mi libro?

Me extrañó oír que Jeffrey manifestaba:

—Somos el doctor y la señora Sayles.

Pero esa sorpresa no fué nada comparada con la que experimenté cuando la señorita Baker preguntó con voz rara:

—¿Es un trozo de tiza lo que tiene usted en la mano, señora Sayles?

—¿Tiza? — dije —. Por supuesto que no.

—¡Es tiza! — exclamó ella con voz chillona —. Simón, han traído tiza a la casa. La están ocultando... Simón, hay una *s* en su nombre. Y hay una *s* en escuela y en "Gestapo". Todo está relacionado. ¿Te das cuenta? — para este momento ya estaba gritando con toda la fuerza de sus pulmones —. Han venido aquí para marcar la casa..., para marcar mi ropa. ¡Échalos, Simón, échalos!

Al llegar a este punto de su cuestión, arrojó contra nosotros la botella que tenía en la mano.

Me hubiera dado en el rostro si Jeffrey no levanta a tiempo el brazo. Se oyó un estrépito de vidrios rotos sobre los escalones. El olor del flúido quitamanchas nos envolvió. La señorita Baker se volvió y cerró una puerta con gran violencia, la que aseguró con sillas y algún otro mueble, a juzgar por los sonidos que siguieron.

Simón Baker comenzó a recoger los fragmentos de vidrios.

—Era maestra de escuela — nos dijo —; pero trabajó demasiado, me figuro. Era demasiado ambiciosa y tuvo muchos inconvenientes con los pequeños. No fué lo bastante firme con ellos. No los podía dominar. Y creyó que la dirección de la escuela no la ayudaba. Los chicos solían poner marcas de tiza en sus ropas... Y ahora se pasa el tiempo lavando y limpiando toda la ropa que usa.

—¿Es posible que haya estado en la caleta esta noche? — preguntó Jeffrey.

Baker irguióse con un puñado de vidrios rotos en la mano.

—No; tiene un miedo terrible al bosque. Cuando salí para ir al centro, estaba lavando todas sus ropas, y cuando regresé las vi colgadas en el cuarto de baño, y ella estaba en cama. No hubiera tenido con qué vestirse para salir.

Parecía tan descorazonado que sentí compasión por el pobre hombre. Nos despedimos entonces, retirándonos en seguida. De nuevo nos internamos en el campo, dirigiéndonos hacia el bosque.

—¡Cielos, Jeffrey! — comenté —. Esa mujer está loca de atar. ¿Crees que pudo haber sido ella? Es posible que la joven viniera a la casa para hablar por teléfono, y la señorita Baker pensó que quería marcar sus ropas con tiza y la mató. Luego, Simón pudo haberla llevado a la costa.

—Es posible — repuso Jeffrey —; ¿pero quién era entonces el que corrió en medias por el sendero?

—Es verdad. Y es difícil que nadie llamara "Cutie" (¹) a la señorita Baker.

—Pero sólo tenemos la declaración de Shand con respecto al nombre de Cutie como indicio principal. Es posible que Shand quiera confundir las cosas.

—¿Deliberadamente?

—Sí.

—Pero eso es horrible... Jeffrey, ¿por qué dijiste que éramos el doctor y la señora Sayles?

Ya nos encontrábamos en el lindero del bosque, y me detuve para desenredar mis pies de una raíz.

—Sayles fué el primer nombre que me vino a la mente — respondió Jeffrey —. Donahue no quiere que nadie sepa que tú y yo estamos trabajando en este caso. Desea mantenerlo libre de toda publicidad.

—¿Y cómo lograremos eso?

—Regresaremos al falucho, diremos a Shand que hemos llamado a Donahue, que él viene en seguida, y luego nos iremos al puerto de la Media Luna. Donahue quiere que lo esperemos allí.

—Pero, Jeffrey, el pobre Shand creerá que lo dejamos plantado. No podemos irnos ahora.

Me sentía indignada y faltábame un poco el aliento. Jeffrey me llevaba apresuradamente por el borde del sendero del bosque.

El iba adelante y de vez en cuando apartaba las ramas de mi camino; aunque a veces las soltaba demasiado pronto y éstas me daban en el rostro.

Sin volverse ni aminorar la marcha, repuso:

—Quiero descubrir lo más pronto posible al asesino de esa joven. No me importa nada lo que piense de nosotros Peter Shand.

—Jeffrey, había un trapo ensangrentado debajo del asiento del sollado.

—Ya sé. Lo vi.

Jeffrey siempre ve todo.

—Pero eso no significa que Shand la haya matado.

—Es verdad... Ten cuidado, Anne, allí hay una huella que me parece que no vi cuando veníamos.

Nos detuvimos, y a la luz de la linterna examinamos el sendero.

—¿Qué número de zapatos tendrá esa mujer, Anne?

Me saqué el zapato derecho y me volví a fin de medir mi pie sobre la huella. El mío era más pequeño y más angosto.

—Yo uso treinta y cuatro — dije —. Esa mujer debe tener un treinta y seis o treinta y seis y medio.

—¿Indicaría eso que era más corpulenta que tú?...

—No.

—Tus pies son notablemente pequeños, ¿verdad?

—Bien, son pequeños para mi tamaño, quizás.

—Bueno, por lo menos ya tenemos un indicio. Vamos, seguiremos la marcha.

De nuevo comenzaba a llover, y esto afligió a Jeffrey. Temía que la lluvia borrara las huellas antes de que las vieran los hombres de Donahue. Sacó del bolsillo un sobre usado y un lápiz y tomó las medidas de la huella.

—Jeffrey — dije —, ya sabemos tres cosas: que una mujer llamada Cutie es la asesina, que es dueña de ese yate y que usa zapatos número treinta y seis o treinta y seis y medio.

—Empero, no me gustaría tratar de condenar a nadie con esas pruebas — me dijo.

Se incorporó y guardó el lápiz y el sobre en el bolsillo. De nuevo emprendimos la marcha.

Llegamos a la costa y subimos al chinchorro, comenzando a remar de regreso. A la distancia distinguía yo la luz del falucho, y más allá, el bulto de nuestra balandra. Me tapé el rostro con el gorro de lluvia y me restregué las manos para calentarlas.

—¿Oyes el ruido de remos en el agua? — preguntó de pronto Jeffrey.

Me erguí, echando hacia atrás el gorro. Jeffrey dejó de remar, se dió vuelta y dirigió la luz de la linterna hacia atrás. El haz de luz brilló sobre un impermeable.

—Creí que iban ustedes a telefonear a la policía — nos dijo la voz de Shand, en tono irritado.

—Llamé por teléfono a Donahue — repuso Jeffrey.

—No sé qué estaban haciendo ustedes cuando recorrían toda la costa.

Evidentemente, nuestra aventura le había molestado.

—Yo estaba afligida, señor Shand — repuse —. Quería asegurarme de que no había otra víctima.

No hizo comentarios y dejó de remar. Nuestro bote se acercaba al suyo. De pronto manifestó:

—Tenía la esperanza de alcanzarlos antes de que telefonearan.

—¿Quiere decir que nos seguía usted? — preguntó Jeffrey.

—¿Habló usted con el fiscal? — preguntó a su vez Shand.

—Sí, vendrá en seguida con algunos hombres.

—¡Oh! Bien; supongo que será necesario.

—En vista de las circunstancias, sí. ¿Por qué quería alcanzarnos antes de que telefoneáramos? — le preguntó Jeffrey.

Nuestros botes estaban juntos ya, moviéndose con la marea. La noche parecía más negra que nunca.

—Bien; me pareció que debía decirle algo antes de que llamara usted — repuso Shand.

—¿Más pruebas?

—Sólo que me parece conocer a esa chica; no su nombre, pero sé dónde trabajaba.

Jeffrey y yo hablamos a la vez:

—¡Oh, qué bien; me alegro! — dije yo.

—Eso es importante — manifestó mi esposo —. ¿Dónde trabajaba?

—No estoy bien seguro, pero creo que tenía un puesto en el *Daily Recorder*. Creo que la vi en la oficina hará una semana, cuando fuí allí por negocios. Me parece que si efectivamente es ella, se podrá saber su nombre en seguida... ¿Quiere que vayamos a donde está el teléfono y llamemos otra vez al fiscal?

—Probablemente ya habrá salido de la casa — contestó Jeffrey, preguntando luego: — ¿Por qué no nos dijo eso en el falucho, señor Shand?

—Porque no estaba seguro de nada. Al principio estaba tan golpeada y sangrienta que no pude haberla reconocido ni aunque fuera mi propia hermana. Luego, cuando le lavé la cara...

—¡Ah, así que le lavó la cara! ¿Eh?

—Sí, es claro. Quería sacarle la sangre. ¿Tiene algún inconveniente?

Sospeché que el simpático Peter Shand tenía un temperamento algo violento, y que estaba a punto de perder los estribos.

—¿Qué hizo usted con el trapo que usó? — inquirió Jeffrey.

—¿Qué hice? No sé. No se me ocurrió que inspeccionaran la limpieza de mi embarcación. Es posible que lo pusiera en un cajón del so-

(¹) Cutie: bonita.

llado o lo tirara al mar... Oiga, O'Neill, me parece que ha tomado usted una actitud algo extraña en este asunto. ¿Quién le dió derecho para hacer tantas preguntas?

—Pero, señor Shand —dije yo—, el nombre es...

Callé al sentir el pisotón de Jeffrey.

—Quería conseguir todos los informes para dárselos al fiscal — explicó Jeffrey —. Por su parte, todavía no me ha dicho por qué no admitió antes que sabía quién era esa joven.

Shand se puso furioso ante esas palabras. No me extrañó que se resintiera ante el tono empleado por Jeffrey.

—No sabía quién era ella — dijo enfadado —. Con esa cara golpeada, ¿quién la hubiera conocido? Así no la vi en la oficina del diario. Después que le limpié la sangre comencé a pensar dónde la había visto antes, pero no pude recordarlo... ¿No ocurre nunca eso?

—Está bien — dijo Jeffrey —. Cuente usted esa historia al fiscal cuando venga. Ya no tardará mucho. Me pidió que partiera en busca de ese yate.

—¡Lo que pasa es que me deja usted plantado! — gritó Shand con furia.

—No. Simplemente que salimos de inmediato para ver si podemos encontrar ese yate — respondió Jeffrey.

Peter Shand dió una remada y tomóse de la borda de nuestro bote. Jeffrey encendió la linterna y vió el rostro del otro, en el que se reflejaba una expresión de furia.

—O'Neill — gritó Shand —, estoy seguro de que quiere huir porque teme al fiscal. ¿Cómo sé que no fué usted quien mató a esa chica y luego se fué a dormir en su balandra?

—Está usted loco — respondió Jeffrey —. Quite las manos de mi bote. Nos hará hundir.

—Y muy bien empleado les estaría.

Jeffrey trató de hacerle soltar la borda; pero no tuvo éxito en su empeño, y el bote comenzó a hacer agua. En un momento más nos hundiríamos sin remedio, de modo que metí la mano en el bolsillo de mi impermeable y extraje mi pistola.

—Señor Shand — le dije —, tengo una pistola en la mano. Haga el favor de soltar el bote o le pegaré un tiro.

Para convencerlo disparé un tiro al aire.

El soltó el bote, dejando escapar un rosario de maldiciones y diciendo que nunca se podía confiar en las mujeres.

—Jeffrey, vámonos, querido — dije en seguida, temiendo que mi esposo se lanzase contra el otro —. ¿Qué importa? Tenemos que volver a la balandra y hacernos a la vela.

—Ya lo creo que sí — nos gritó Shand —. Tienen que escapar en seguida, antes de que los apresen los policías.

Mientras decía esto dirigíase hacia el *Thetis*, y nosotros llegamos al fin a nuestra embarcación.

—Siento muchísimo que tenga tan mala opinión de nosotros, Jeffrey — dije —. Me figuro que pensará que soy una pistolera.

—Espero que lo siga creyendo — observó Jeffrey —. Y espero que Donahue no le aclare nada. Sube a bordo, Anne. Me alegro que le hayas amenazado con la pistola.

Subimos a la balandra y nos ocupamos de izar las velas.

Todavía vi la luz de la cabina del *Thetis* a la distancia, y el chinchorro hallábase pegado al costado. Shand no había subido a cubierta. Estaba sentado en el botecillo, tratando de encender su pipa, pues vi el reflejo de su encendedor al prenderse repetidas veces.

Tardamos unos quince minutos en encender los faroles de navegación e izar la mesana y el foque. Luego Jeffrey tuvo que luchar con el ancla que se había enterrado en el barro.

Ya eran las tres de la mañana cuando abandonamos la caleta.

V

A la entrada de la caleta de Ashford, y algo hacia el este, se encuentra la isla de Little Pumpkin. Unas cien yardas más hacia el este está la de Big Pumpkin. Desde esta última, directamente hacia el sur, se extienden los escollos de Peascod; pero entre el extremo norte de los escollos y la isla de Big Pumpkin hay un estrecho canal de unos treinta pies de profundidad. Se llama el Devil's Kettle (La Caldera del Diablo), y es uno de los peores sitios de toda la costa. Las rocas que rodean a las Pumpkins son peligrosas, y siempre me pone nerviosa navegar cerca de ellas, especialmente de noche. Es peor cuando la marea baja, pues entonces se corre el riesgo de ser arrastrado hacia la Little Pumpkin; pero esa noche la marea todavía estaba subiendo. Hubiera sido muy difícil navegar contra ella si no hubiéramos tenido el viento a favor que soplaba desde la costa. Nos guiamos por el faro que se halla al extremo de los escollos de Peascod, y tuvimos que correr bordadas desde el puerto Half Moon hasta el promontorio de Fosdick.

Hace unos cincuenta años, un señor Fosdick construyó una casa de verano en el promontorio que lleva su nombre.

Sobre la costa, a unos cincuenta pies tierra adentro, entre rocas y siemprevivas, alcanzamos a ver la casa de Fosdick. Nadie vivía en ella desde varios años atrás.

Ahora teníamos que esperar al señor Donahue, y aprovechamos el tiempo para preparar todo y poner en orden la cabina. Preparé el café; el altercado con el señor Shand, encima de los trágicos acontecimientos de la noche, me había puesto muy nerviosa.

Jeffrey estaba en el sollado, lavando los platos de la cena.

—No me gustó nada esa pelea con el señor Shand — le dije —. Me resultó simpático, Jeffrey.

—Ese hombre es tan histérico como una adolescente — repuso él.

—¡Oh, querido, no! Simplemente tiene un temperamento anormalmente excitable.

—Por cierto que sí — replicó Jeffrey —. No sabe controlarse. ¡Mira el lenguaje que empleó estando tú presente! Me hubiera gustado aplastarle la nariz.

Al cabo de unos cinco minutos oímos la bocina de un automóvil, y alguien que gritaba:

—¡Ah, del barco!

Reconocimos la voz de Donahue.

Salimos a la cubierta. Ya eran casi las cinco de la mañana, y la oscuridad estaba cediendo su lugar a un resplandor grisáceo en el cielo. No llovía ya, y las nubes parecían alejarse arrastradas por el viento.

En el desembarcadero aparecieron algunas figuras. Donahue decía:

—Grymes, baje usted primero por la escalera. Si lo sostiene estaremos seguros.

Rompió a reír cuando un hombre obeso, vestido de uniforme, bajó a nuestra cubierta.

Era nuestro viejo amigo el sargento Grymes, del Departamento de Policía. Nos saludamos con gran placer. Donahue lo siguió por la escalera.

Detrás de él bajaba otro hombre a quien no conocíamos. A la incierta luz del alba intensificábase lo extraño de su figura.

Donahue apeló a los tonos más suaves de su repertorio para hacer las presentaciones.

—Les presento al abogado Louis Chap, presidente del comité contra el vicio, y el hombre que ha hecho más limpieza en la ciudad que toda la fuerza policial. ¿Qué dice de eso, Grymes?

Grymes protestó en tono divertido, y el señor Chap tomó mi mano, inclinándose tanto sobre ella que creí que iba a besármela.

—Donahue está muy azucarado hoy — comentó Chap —, ¿no es cierto, señora McNeill?

—Sí, así parece, Chap. ¿No quieren pasar a la cabina? Todavía hace frío para estar sobre cubierta.

—¡Qué bonito yate tienen ustedes, señora McNeill! — comentó Chap —. Le advierto que no entiendo nada de las cosas marinas y no sé la diferencia entre la proa y la popa; pero alguna vez me gustaría navegar con mi esposa.

Contesté que mi esposo y yo encontrábamos muy agradable la práctica del deporte, y luego bajamos a la cabina.

El señor Chap era un individuo de aspecto curioso. Parecía ser alto de la cintura para arriba; pero sus piernas eran anormalmente cortas, como también sus brazos.

Mientras lo estudiaba, serví café y pasé las tazas. Entretanto, comentábamos el caso de la caleta de Ashford.

—¿No vió ese yate, McNeill? — preguntó Donahue.

—No, no lo hemos visto desde que salió de la caleta — contestó Jeffrey —. Eso fué a las once y cuarenta y cinco, o algo más tarde.

—Más o menos a la hora que atacaron a la chica — comentó Donahue —. Señora McNeill, ese señor Shand dice que usted fué al yate ayer por la tarde.

—Así es; fuí dos veces, poco antes de las seis.

Chap levantó la mano como pidiendo la palabra.

—Un momentito, por favor. Me gustaría comprender esto bien. Hablan ustedes de un yate. No sé nada de barcos. ¿Esto es un yate?

—No, es una balandra — repuse.

—¿Cuál es la diferencia entre un yate y una balandra, entonces?

—La balandra tiene un mástil y dos velas: la mayor y el foque — contestó Jeffrey.

—¡Oh, eso es lo que tienen allí adelante!

—Sí.

—¿Y cómo es el yate?

—El yate tiene dos mástiles: el palo mayor, cerca de la proa, y uno más pequeño, el de mesana, cerca de la popa.

Jeffrey no demostró agrado por la digresión. Siempre le gusta ir derecho al grano. Por eso dijo:

—Volvamos al asunto. Todo esto no nos lleva a ninguna parte.

Los otros aceptaron la sugestión, abandonando el tema de los barcos.

—Shand está muy enojado con ustedes dos — comentó Donahue —. Cree que tuvieron algo que ver con lo sucedido. Nos costó bastante trabajo hacer que dejara de hablar sobre el hecho de que le dejaron plantado, ¿verdad, Chap?

—Ya lo creo— convino Chap.

—No hacía más que nombrarlos: "Esos O'Neill". Pero no le aclaré el nombre. Queremos que nadie sepa que ustedes están en la investigación. Señora McNeil, ¿reconoció usted a algunos de los del yate?

—No, señor Donahue; no tengo la menor idea de quiénes eran.

—¿Era un barco de aquí?

—No sé. Me parece que no tenía bandera de ningún club, y del nombre sólo vi que terminaba en "lia", y no tenía número.

—Tendría unos treinta y cinco pies de eslora —dijo Jeffrey.

—Ajá. ¿Qué puede usted decirme de la gente que había a bordo? —preguntó Donahue.

—Creo que muy poco. Había una joven con pantalones rojos. Era alta y delgada y tenía cabellos castaños que le llegaban hasta los hombros. La oí reír, y creo que reconocería su risa en cualquier lado.

—¿Sabe usted su nombre?

—No, no oí ningún nombre, excepto uno. Alguien preguntó si sabían si Cutie tenía una sierra.

Esas palabras provocaron cierta reacción.

—¿Está segura de eso, señora McNeill? —me preguntó Donahue—. Es importante.

—Claro que es importante —repuse—. Es lo único importante que sabemos respecto a todo el asunto. No, tal vez no sea lo único.

—¿Qué otra cosa hay? —preguntó Donahue.

Pero Grymes y Chap estaban hablando a la vez. Grymes decía:

—Eso es raro. La chica dijo que fué el que llamaron Cutie.

—Así dice Shand —comentó Chap—. Pero no nos conviene aceptarlo así como así. ¿Cómo sabemos que no nos quiere tomar por tontos? Yo opino que ese hombre tuvo algo que ver con el caso.

No me gustó eso.

—Pero, ¿por qué habría de improvisar un nombre tan raro para el asesino? —intervine—. ¿Y no les parece extraño que lo usara por casualidad cuando yo misma lo oí pronunciar en el yate?

—Concuerda demasiado bien —comentó Donahue.

—Seguro que concuerda, pero lo más fácil es que sea una coincidencia —observó Chap.

Grymes intervino entonces:

—Si me permiten ustedes, les diré cómo me parece que ocurrió todo. Hay una mujer a la que llaman Cutie; es la dueña del yate y tal vez la chica rubia le robó el novio, y entonces se pelearon ambas a bordo, y esa Cutie le da un golpe en la cabeza con algo pesado; luego uno de sus amigos la lleva a la costa y, creyéndola muerta, la abandona en el barro.

—Eso es posible, Grymes —dijo Jeffrey.

El sargento sonrojóse ante la aprobación.

—Bien; ¿qué más había a bordo, señora McNeill? —inquirió Donahue—. ¿Y cuáles fueron las otras cosas importantes que notó usted?

—Había un hombre que parecía ser un estibador vestido de *yachtman*. Tenía un diente de oro y le faltaba una parte del dedo mayor derecho.

Donahue tenía su libreta en la mano y anotaba esos detalles. Levantó la vista y dijo:

—¿Recuerda algo más?

—Vi a una mujer que parecía ser una mejicana de la clase baja, a un joven moreno y a una jovencita de trenzas.

—¿Estás segura, Anne, de que no había nadie más en el yate? —preguntó Jeffrey.

—No, nadie más... ¡Espera! Claro que sí: una joven regordeta con pantalones de cretona floreada. Era la única sobre cubierta cuando regresé a devolver los alicates.

—¿Recuerda usted algo especial en ella? —inquirió Donahue.

—Me pareció que en sus ojos se reflejaba el temor.

—Bien; con eso tenemos seis personas que encontrar —observó Donahue—. Seis sospechosos.

—Yo diría que son siete —terció Chap.

—¿Por qué siete? —pregunté.

—Está también ese Shand. El conocía a la rubia. Admitió haberla visto en la oficina del *Recorder*. Apuesto a que la conocía mucho más de lo que está dispuesto a admitir. Yo les diré cómo me parece que sucedió el asunto... Señora McNeill, ¿qué le parece si tomamos otra taza de café?

—Por supuesto —repuse.

Jeffrey estaba más cerca de la cocinita, de modo que fué él quien llenó las tazas mientras que yo agregué el azúcar y la leche.

Detrás de Jeffrey iluminábase ya el rectángulo de la puerta con la luz del día. Alcancé a distinguir el agua del puerto de Half Moon, que se extendía hacia la costa, más allá de la cual elevábanse algunos pinos y los tejados de algunos chalets.

El señor Chap explicaba su teoría respecto a Peter Shand.

—Este hombre, Shand, remó hasta el yate para beber algo, y después invitó a la rubia a que saliera con él en el bote. Ya estaba enojado con ella por alguna razón, y esperaba su oportunidad para matarla. Los dos han bebido mucho, él pierde el dominio de sí mismo y la golpea con más fuerza de lo que esperaba. Luego la arroja al barro. Después comienza a temer las consecuencias, y decide hacer ver que fué él quien la rescató; llama a los McNeill y luego trata de echarles la culpa a ellos... Oigan, eso es lo que le enfureció más. Imagínense ustedes las cosas que dijo de una dama como la señora McNeill —tomó varios sorbos de café—. Lo que ese tipo necesita es una buena paliza —agregó.

Donahue limpióse los labios con el pañuelo. Es un hombre delgado que siempre viste de gris y cuida mucho de su ropa. Miró a Jeffrey, preguntando:

—¿Cree usted posible que Shand esté complicado en el caso, McNeill?

—Sí, como no; aunque me pareció que decía la verdad —repuso Jeffrey.

—No tuvo nada que ver con el crimen —intervine yo—. Lo cometió una mujer que calza zapatos número treinta y seis o treinta y seis y medio.

Donahue, Chap y Grymes me miraron fijamente. Grymes abrió la boca.

—¿Cómo sabe usted eso, señora McNeill? —inquirió Donahue.

Dije a Jeffrey:

—Cuéntale lo de los rastros en el sendero.

Jeffrey dejó su taza en el cajón, abrazó sus rodillas, y relató concisamente nuestra búsqueda de la segunda joven. Tal vez fuera porque se ajustó estrictamente a los hechos, por lo que sus oyentes parecieron impresionarse muy poco con el relato. Donahue llegó a comentar que las huellas tal vez no tendrían nada que ver con el caso; empero, dijo que enviaría allí a un hombre para que corroborara todo.

—Y mande también alguien para que investigue algo sobre Simón Baker y su hermana —le dijo Jeffrey.

—Me parece que son buena gente, McNeill —repuso Donahue—. Ella está loca, ya sé, pero es inofensiva. Y a él lo conocen muy bien en el barrio.

—Haga el favor de indicar a sus hombres que registren toda la costa y los bosques —le supliqué.

—Mi esposa está convencida de que la otra joven también fué asesinada —explicó Jeffrey.

—¡Oh, lo dudo! —comentó Donahue—, aunque haré que se efectúe el registro... Bien, McNeill, ¿cuál es el primer paso ahora?

—Aconsejaría que fuéramos a la oficina del *Recorder* y averiguáramos la identidad de la víctima para notificar a su familia.

—E, indudablemente —intervine—, en la oficina sabrán con quién salió ayer, y no tendremos ningún problema. Probablemente el caso se resolverá en seguida.

Los hombres me miraron. El fiscal sonrió y dijo:

—Siempre son las mujeres las que van derecho al grano, ¿eh, McNeill? Aquí estamos nosotros enredándonos como el gato con el ovillo, y de pronto se presenta la señora McNeill y corta el hilo en un segundo.

—¡Vaya, nos hace usted parecer insignificantes! —me dijo Chap.

—El señor Chap está investigando el problema de la delincuencia juvenil en este distrito —explicó Donahue—. Es el único miembro del comité contra el vicio, que se quita la chaqueta y se ocupa personalmente de limpiar todo. Está realmente interesado y tiene en el centro de su corazón el bienestar de la ciudad.

—Así es, señora —dijo Chap. Se inclinó hacia mí en actitud confidencial—. Hay que hacer algo para sacar a estas jovencitas de las calles y mantenerlas en sitios donde no se vean en dificultades. Hace tres meses que me ocupo del asunto y le aseguro que las cosas que he visto son asombrosas. No las creería usted. Gradualmente estamos limpiando todo; pero el trabajo lleva tiempo y se necesita que la gente se interese realmente en la campaña.

—Es verdad —comenté.

El hombrecillo inclinábase aun más hacia adelante, y hablaba con tal sinceridad que comenzó a gustarme mucho más que antes.

—Pero, señora McNeill —prosiguió—, yo me ocupo realmente del asunto. Me criaron en una granja y casi me maté trabajando en el campo. Odio el campo. Pero me encanta la ciudad. Haría cualquier cosa por ella, y la hago. Doy mucho dinero y gran parte de mi tiempo. Mi esposa siempre se queja porque nunca estoy en casa. Tome por ejemplo esta noche. Estaba yo investigando en cuatro o cinco de esos clubes nocturnos, para ver qué ocurre a los chicos que van a ellos, y me encontré en uno con un caso interesante, así que llamé al fiscal... ¿Qué hora era, Don, cuando lo llamé desde el Red Rooster?

—Las dos y quince.

—Es verdad, y entonces me dijo él: "Oiga, Chap, tengo algo que le interesa. Un caso de delincuencia juvenil que causó la muerte de una joven. Venga conmigo a la caleta de Ahsford". Así que tomé mi coche y vine aquí. Pero no era un caso de delincuencia juvenil, Don. Esa no era una chiquilla, sino una muchacha que sabía muy bien en qué estaba metida. Ahora bien, estoy a su servicio, McNeill, y me enorgullecería de trabajar con un hombre de su calibre. Diga a Louis Chap lo que desea y vendrá corriendo. Y Louis Chap tiene algunas relaciones que pueden servir de mucho.

—Le agradezco el ofrecimiento —replicó Jeffrey—; aunque por ahora no veo en qué nos puede ayudar.

—Pero lo llamaremos, Chap, esté seguro —terció Donahue.

Grymes parecía algo malhumorado.

A mí no me agradó mucho que Chap estuviese enterado de todo, por más valioso que fuera el hombre para la ciudad.

Donahue anunció que debían irse y nos preguntó si nos pondríamos en contacto con Woodhull, el editor del *Recorder*. Dijo que le recomendaría silencio con respecto al hecho de que nosotros trabajábamos en el caso.

Jeffrey se puso en pie, subió al sollado y todos lo seguimos. El señor Chap quería llevarnos con él a la ciudad. Vimos un magnífico automóvil estacionado en la costa, cerca de la casa de Fosdick.

—Ahora que tengo al fiscal y a un policía en el auto —dijo—, nadie tendrá valor para decirme que detenga la marcha. Los llevaré a su casa a cien kilómetros por hora.

—Le agradezco mucho —repuso Jeffrey—, pero no podemos dejar aquí la balandra.

Donahue opinó que convenía ponerse a trabajar en seguida, pero no estábamos dispuestos a dejar la embarcación en ese puerto todo el día.

—Navegaremos hasta el Sandy River Yacht Club —le dijo Jeffrey—, y la dejaremos en su fondeadero. Usted haga el favor de enviarnos un taxi allí. Donahue. Lo esperaremos en el

club a las ocho y media. Ya son cerca de las seis.

Tuvieron que aceptar nuestra resolución, aunque la consideraron poco razonable.

Luego, después de las despedidas, treparon la escalera hasta el desembarcadero y dirigiéronse al auto.

Los vimos alejarse cuando estábamos izando las velas.

Yo levanté el foque y regresé luego a popa a fin de manejar el timón mientras Jeffrey desatracaba la embarcación. El fuerte viento de la costa nos empujó hacia afuera. Creo que habíamos navegado unos cien metros, alejándonos del desembarcadero, cuando oímos un sonido seco a nuestras espaldas y casi simultáneamente el zumbido de una bala que nos pasó muy cerca.

Jeffrey estaba enrollando unas cuerdas. Me gritó:

—Nos han disparado un tiro. Métete en la cabina en seguida.

Y echóse a lo largo sobre el sollado.

Al lanzarme hacia la cabina, me imaginé al *Pea-Green Boat* navegando con dos cadáveres a bordo.

—Tírate al suelo — me gritó Jeffrey —. ¿Quieres que Michael pierda a sus padres?

Se oyó otra detonación apagada, pero no el zumbido de la bala.

—Nos están tiroteando desde la casa de Fosdick. Desde una de las ventanas altas. Acabo de ver el reflejo del caño de un fusil — dijo Jeffrey; luego tiróse sobre el sollado y manejó el timón en esa posición.

Unos minutos después estábamos fuera del alcance de las balas. Saqué los anteojos de campaña y miré hacia el promontorio de Fosdick.

—No veo nada... — dije —. ¿Por qué no habrán disparado cuando estábamos bien cerca del muelle?

—Querían esperar hasta que la balandra estuviese fuera del puerto de la Media Luna, para que así siguiera viaje y nadie se enterase del lugar donde ocurrió el tiroteo.

—¿Pero quién pudo ser? — pregunté —.¿Quién puede saber que estábamos aquí?

—Donahue, Chap, Grymes, Simón Baker y probablemente su hermana. Posiblemente Donahue mencionó nuestro paradero en presencia de Shand... Puedes elegir.

—¡Oh, eso es fantástico! — exclamé.

—Lo es — admitió él —. Pero estuvimos muy cerca de ser asesinados por esa fantasía... ¿Quieres bajar un poco el foque, Anne? Y no te olvides de mirar por si ves ese yate.

El sol aun estaba bajo en el este y la suave niebla corría por sobre las aguas. Varias veces me pareció ver las blancas velas del yate a poca distancia de nosotros, y casi me figuré oír voces y la música del fonógrafo.

—Es una alucinación — contestó Jeffrey, cuando se lo dije, pues él no veía velas ni oía voces —, causada por el descenso de la presión sanguínea que resulta de la falta de alimentos y la fatiga. Falta de sangre en el cerebro.

—¿Y sería el famoso Buque Fantasma holandés una manifestación fisiológica así? — pregunté.

—Es posible — replicó brevemente.

VI

Esa mañana efectuamos rápidamente la rutina de poner la embarcación en condiciones antes de dejarla. Jeffrey ocupóse de cubrir las velas y colocar la cubierta de lona sobre el sollado, mientras que yo me encargué de pasar un trapo mojado sobre la cubierta, que estaba muy marcada con las huellas de los pasos de nuestros visitantes de la noche anterior.

Al limpiar debajo del asiento de estribor, rodó un objeto pequeño afuera y lo recogí para arrojarlo por la borda.

—¿Qué es eso, Anne? — preguntó Jeffrey.

—Nada que te haga falta. No es más que un trozo de una de las grampas que corté ayer por la tarde.

Lo tomó para mirarlo y lo guardó en el bolsillo.

—Por eso tienes los bolsillos llenos de agujeros — comenté.

—Es verdad. Es una mala costumbre. Oye, Anne, termina de poner esta lona, ¿quieres?, mientras me cambio.

Así lo hice, aunque yo también debía ponerme presentable.

Jeffrey habíase detenido unos minutos en el muelle, antes de entrar en el puerto de Sandy River, y fué a la casa del club para telefonear a Donahue a fin de que éste enviase algún policía a la casa de Fosdick. Pero ambos opinaban que era muy improbable que se apresara al tirador oculto. Ya había tenido tiempo de sobra para huir.

Ahora le dije:

—Jeffrey, ¿es posible que hubiera algún loco acechando en la casa de Fosdick?

Oí el ruido de un zapato al caer en el piso de la cabina.

—Supongo que sí — replicó Jeffrey.

De pronto vi que se acercaba un auto por el camino que llevaba al desembarcadero.

—¡Cielos, Jeffrey, ya está aquí nuestro taxi! — exclamé —. Me parece que la cuenta subirá más de lo conveniente.

Eran las nueve cuando llegamos al centro de la ciudad. Habíamos pasado una mala noche y estábamos sin desayunar. Nos dirigimos al departamento del señor Woodhull, el editor del *Recorder*. Es un individuo bien parecido y muy afable. Después de saludarnos, nos indicó que tomáramos asiento, y comenzó:

—Bien; Donahue me telefoneó. Dice que ustedes se encontraron con algo interesante en la caleta de Ashford.

—Así es — repuso Jeffrey —. ¿Le contó lo ocurrido?

—Dijo que se trataba de un asesinato, pero me pidió que no levantara mucha atmósfera

y que no los mencionara a ustedes.
—Así es.
—Muy bien. ¿En qué puedo servirles ahora?
—Nos parece que la chica era una de sus empleadas.
—Exacto. Donahue me la describió y en seguida pensé que era Nona Esmond. Luego él llamó a casa de la señora Esmond y supo que la chica no había pasado allí la noche. Me volvió a llamar después. De modo que me figuro que era Nona. ¡Pobrecilla! Más de una vez le dije que se estaba metiendo en enredos.
—¿Qué quiere usted decir? — inquirió Jeffrey.
Trabajaba en el asunto de las ostras y creyó que tenía algo interesante; pero dejó eso a un lado porque alguien le dió un informe respecto a que uno de los principales funcionarios de la comuna estaba mezclado con el mercado negro; un hombre que tiene su puesto desde hace años. No lo creí, y le aconsejé que no se metiera. Esa chica era una iconoclasta, además de ser sensacionalista. No siempre se cuidaba mucho de sus noticias. Una o dos veces nos ha puesto en apuros; pero era muy aficionada al periodismo, de modo que la dejé trabajar. Ayer por la mañana me dijo que tenía entre manos algo que haría temblar a toda la ciudad. Le aconsejé que dejara el asunto para alguien mayor que ella; pero, como de costumbre, no quiso escucharme. Dijo que sabía muy bien lo que estaba haciendo y tenía una cita importante. Expresó que mañana, es decir, hoy, me entregaría la noticia más sensacional desde el escándalo de Kenny. Fué en el 39, ¿se acuerdan?
Indicamos que recordábamos el asunto.
—Bien —agregó Woodhull—, no hay duda que me proporcionó una noticia, pero no la que tenía en vista la pobre.
—¿Sabe con quién salió ayer? —inquirí.
—No tengo la menor idea.
—Dice que era Nona Esmond. ¿Es parienta de...?
—Sí —me interrumpió—. Nieta de la anciana señora Esmond que habita en esa vieja casa de la calle High. Vivía con la vieja desde hace un año o más. Nació en San Francisco, y era huérfana. Era una buena chica, aunque solía cometer errores muy propios de su edad.
—¿En qué asunto estaba ocupada? —preguntó Jeffrey.
—No lo divulguen; pero creo que había averiguado algo muy definido respecto a uno de los tres capitalistas que manejan el juego de lotería en el este. Hace cuatro años o más que actúan invisibles y desconocidos. Trabajan en toda la costa este, pero creemos que el cuartel general está aquí en la ciudad. Les advierto que no soy enemigo acérrimo de las loterías. Es muy humano correr riesgos y desearía que el gobierno crease una lotería federal como la tienen en México, y pagara así la deuda interna. Esa es la forma de hacer que el público goce pagando. Hay que darles algo de diversión por su dinero. Pero estos bandidos que manejan el juego roban millones a los pobres y se ganan a la semana dos o tres mil dólares. Además de lo cual, el negocio tiene una serie de ramificaciones muy sombrías; el mercado negro, varias casas en el distrito de las luces rojas y otras cosas por el estilo. Sí, los jefes son bastante mala gente y deberían ser capturados.
—Sus tenientes operan en todo el distrito de Goat's Hill, alrededor del hospital —comentó Jeffrey.
—Así es; operan en toda la ciudad; tal vez menos abiertamente en el distrito de Goat's Hill. Ganan de seis a diez mil dólares al año por el trabajo de cobrar y escribir las direcciones. Ahí tiene usted un trabajo honrado y duro... ¡No sé adónde irá a parar el país con gente así!
—¿Quiere decir —pregunté— que toda esa organización maneja las loterías?
—Así es, señora McNeill, pero esto es algo más complicado que las loterías comunes de los otros países. Tienen un sistema especial de apuestas, y usan el balance del tesoro que se publica ciertos días en los diarios. Es bastante justo el sistema en la forma como se maneja, y frecuentemente los jugadores ganan bastante con sus inversiones de veinticinco centavos. Pero resulta que los organizadores principales se embolsan un gran porcentaje de esos veinticinco centavos.
—¿Y esa chica Esmond había descubierto algo respecto a esa gente? —preguntó Jeffrey.
—Así lo creía ella y así parece ahora. Me figuro que los jefes decidieron sacarla de en medio lo más rápido posible antes de que los pusiera en aprietos. No creo que les importara la forma de hacerlo. No son lo que llamaríamos personas muy éticas, como la señora Esmond, por ejemplo. Esto será muy duro para ella.
—Tendremos que ir a verla esta mañana —manifestó Jeffrey—. Tal vez sepa con quién salió su nieta.
—Es posible; pero lo dudo. Nona no era de las que hablan de sus planes personales.
—Creo que debemos irnos, Jeffrey —le dije—; a menos que tengas algo más que preguntar.
—No, no lo creo. No nos hará ninguna propaganda, ¿verdad, Woodhull?
—No. Claro que no puedo prometerles que no se escape algo cuando yo no lo sepa; pero trataré de que no suceda así. Francamente, no sería muy saludable para ustedes que esa gente se entere de que les siguen las pisadas.
—Lo comprendo perfectamente —repuso Jeffrey.
El señor Woodhull nos acompañó a la puerta y ya estábamos en el *hall* cuando recordé algo y me detuve.
—Algo más, señor Woodhull —dije—. ¿Quién es el señor Louis Chap?
—¿Louis Chap? —exclamó el editor, demostrando entusiasmo—. Es un hombre muy interesante y un político muy listo. No tardará mucho en llegar a intendente o a gobernador. Creo que eso es lo que busca, si no es algo más alto. Es un abogado muy astuto. Claro está que la fiscalía del distrito es su próximo paso. Hizo ya mucho por la ciudad. Donó todo el equipo para tres parques de diversiones y todos los años paga de su bolsillo el déficit del Hospital de Hawley.
—Gracias —dijo Jeffrey—. Muy agradecidos, Woodhull.
Nos despedimos de nuevo y tomamos un taxi. Al descender frente a nuestro hogar, Jeffrey comentó:
—Si un hombre está ganando tres mil dólares a la semana, no creo que le agrade que los esposos McNeill quieran mermarle los ingresos, especialmente si además de tal inconveniente sigue un largo período de encarcelamiento..., si no la silla eléctrica. Me parece que este caso será uno de los más peligrosos en que nos hemos visto envueltos. ¿Quieres abandonarlo, Anne? Tal vez sería prudente hacerlo.
Me miró y le sonreí.
—Me parece que será mejor que sigamos —repuse.
Abrióse entonces la puerta y fuimos recibidos por nuestro hijito Michael, quien nos acompañó al interior de la casa con grandes demostraciones de alegría.
Después de tomar un baño nos sentamos a desayunar, y Mary, nuestra cocinera, entró a servirnos el café. Ya la habíamos saludado al entrar. En ese momento dejaba la cafetera sobre la mesa y alejábase hacia la puerta. De pronto anunció en tono desaprobador:
—No iba a decírselo hasta que tuvieran algo en el estómago; pero alguien los estuvo llamando desde las cuatro y media de la madrugada. Me pareció que estaban medio locos.
Dejó escapar un resoplido, indicando así su opinión respecto a nuestras actividades y a la gente que venía a consultar sus problemas con nosotros.
—¿Cómo era el nombre? —inquirió Jeffrey.
—Chirrington o Cherrington. No pude comprenderlo bien. Siempre hablan como si tuvieran papas calientes en la boca y la mitad de las veces cuelgan el tubo sin dejar nada dicho.
Esto último era algo que siempre molestaba a Mary.
—¿Se trataba de algún enfermo, o cree usted que estaban en dificultades? —pregunté.
—No me lo dijeron; pero me figuro que eran dificultades por la forma de hablar.
En ese momento sonó la campanilla de la puerta de calle, y siguió sonando con terrible insistencia.

❦ ❦ ❦

Los Cherrington fueron conducidos por Mary a nuestro *living-room*. El esposo, un hombre delgado y alto, disculpóse por haber tocado tanto tiempo la campanilla, pero estaban ansiosos por entrar.
Parecían muy afligidos. Los hice sentar en el sofá y dije:
—¿Quiere usted tomar un poco de café, señora Cherrington?
La mujer parecía a punto de estallar en llanto.
—No, muchas gracias. No podría comer nada. Señora McNeill, me alegro muchísimo de que estén ustedes en casa. Los llamamos seis veces, creo, desde las cuatro y media de la mañana.
—La mucama me lo dijo —repuse.
—¿De qué se trata, señora Cherrington? —preguntó Jeffrey bondadosamente.
Pero ella no pudo responder. Estaba buscando un pañuelo en su bolso, del que salieron varios sobres, dos entradas de teatro y una fotografía que cayó al suelo. La señora Cherrington sacudió la cabeza y se sonó la nariz. Indicó al señor Cherrington que explicara la situación.
—Nuestra hija Jennifer salió con una amiga ayer por la tarde y todavía no ha regresado —dijo el esposo—. Estamos muy preocupados por ella. No quisimos llamar a la policía porque creo que cuando se informa algo así, las autoridades catalogan como delincuente al menor que ha desaparecido.
—Sí, pero fué más que eso —dijo la señora con voz trémula—. Yo quise venir a verlos a ustedes porque conozco la fama de buenos investigadores que tienen. ¿No podrían encontrarla lo antes posible? —agregó—. Estoy enloquecida al pensar en lo que puede haberle ocurrido. Charles, muestra a los señores la fotografía. Traje una que hemos tomado hace poco. Me figuré que querrían ver cómo era.
El señor Cherrington me entregó la instantánea; pero yo ya sabía el aspecto que tenía su hija. En la foto estaba la jovencita de trenzas que viera en el yate.
—Mira esto, Jeffrey —dije, entregando la instantánea a mi marido, con la esperanza de que la reconociera por mi descripción, pero no fué así. De modo que dije a la señora Cherrington: — ¿Quién era la amiga con quien acudió a la cita?
—Una antigua amiga de ella a quien conoció en el colegio. Una llamada Nona Esmond, que vive con su abuela.
Yo observaba el rostro de Jeffrey. El pareció no reaccionar ante la noticia. Asintió y devolvió la fotografía al señor Cherrington.
La mamá de la joven continuó:
—Y lo que más nos inquieta es que Nona tampoco ha regresado a su casa. Llamé allí, pero no pude hablar con la abuela. Me atendió la cocinera, y me dijo que la señorita Nona tampoco ha regresado.
—No debe afligirse, señora Cherrington —dije—. Probablemente su hija esté a salvo con sus amigos.
—¡Oh! pero entonces!, ¿por qué no nos ha telefoneado?
—Tal vez esté en algún sitio donde no tengan teléfono —argüí—. Recuerde que ayer hubo una tormenta muy fuerte. Hasta es posible que

las líneas estén interrumpidas.

—Señora McNeill, opino que quiere animarnos con sus palabras — intervino el marido.

Jeffrey preguntó entonces:

—¿No saben los nombres de las personas con quienes salieron las chicas, o adónde pensaban ir?

—No, y no hago más que censurarme por eso — replicó la señora.

—No tiene por qué — repuso Jeffrey —. Vuelva a su casa y tome algo para dormir. Nosotros haremos todo lo posible por encontrar a su hija. En seguida nos pondremos en comunicación con la señora Esmond y, sin duda alguna, sabremos algo por ella.

Me pregunté si debía decirles que había visto a Jennifer en el yate, y si debíamos informarles sobre la muerte de Nona Esmond. ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que se enterasen? ¡Qué horrible cuando lo supieran! Me hubiera gustado cambiar unas palabras a solas con Jeffrey. Me pareció que estaba algo inquieto.

—¿Cree que puede haberle ocurrido algo, señor McNeill? — preguntó la señora, rompiendo a sollozar sin poder contenerse ya más.

—¡Vamos, vamos, Jane! — exclamó su esposo —. No llores.

—Lo siento mucho, pero no puedo remediarlo.

Jeffrey salió de la habitación, anunciando que iría a buscarle algo.

La señora Cherrington apoyó la cara en las manos y el marido acercóse a la ventana y clavó la vista en el parque del otro lado de la calle. No se oía otra cosa que los sollozos de la señora Cherrington.

A poco regresó Jeffrey con un vaso de agua y un sello. La señora Cherrington le dió las gracias y lo tomó.

El marido volvióse hacia nosotros y dijo:

—Jane: quizá deberíamos decir a los señores nuestra impresión respecto a Nona.

—No veo por qué, Charles — repuso la señora, después de tragar el sello y enjugarse los ojos —. Esa pelea terminó.

—No estoy muy seguro — afirmó Cherrington, volviendo a sentarse en una silla —. No creo que tenga que ver con el asunto, doctor McNeill, pero a nosotros no nos gustaba que Cherry saliera mucho con Nona. ¡Oh, la chica era buena e inteligente!, pero me parecía que le gustaba mucho lo espectacular y peligroso. Y su trabajo en el periódico la ponía en situaciones que a mí no me agradaban.

—¿No puede ser más explícito? — preguntó mi marido.

—Es difícil. No creo que el asunto con Roger Avery tuviera nada que ver con esto, pero nos resultó inquietante.

—¿Cuál fué el asunto con Roger Avery? — inquirí.

—Cualquier detalle puede ser de utilidad — manifestó Jeffrey.

—Cherry estuvo comprometida con Roger Avery mientras iba al colegio. El asistía a la escuela de capellanes bajo un programa del ejército y los dos debían casarse este último mes de abril — nos informó Cherrington.

—Bueno, te diré que fué inexcusable — intervino la señora. Ya había recobrado el dominio de sí misma —. Nona Esmond le robó el novio a Cherry. Eso fué un año antes. Creo que el muchacho no estaba muy conforme, pero no pudo dominarse, y Cherry, por supuesto, lo dejó libre. Pero eso no fué lo peor. Nona no estaba satisfecha con la posición del joven, de modo que logró hacerlo nombrar capellán en una tropa de paracaidistas.

—¿Quiere decir que se lanzan al espacio con los soldados? — pregunté.

—¡Oh, sí, hacen de todo! Pues bien, el muchacho se embarcó el invierno pasado. Antes de partir encontróse un día con Cherry en la calle y fueron a tomar algo a un restaurante. Antes de separarse ambos estaban casi a punto de llorar; pero él seguía enamorado de Nona. Casi nos parece que las amaba a las dos, pues nunca quiso aceptar que Cherry le devolviera el anillo de oro con una piedra tallada. Ella no se lo sacaba nunca. Cuenta tú el resto — pidió entonces a su esposo, pues había comenzado a llorar nuevamente.

—Bien — dijo el marido —, el fin del asunto fué que Roger murió en Francia la primavera pasada, justamente una semana antes de la fecha que habían fijado Cherry y él para casarse. Por cierto tiempo, Cherry estuvo muy resentida con Nona; pero al fin volvieron a hacerse amigas... Eso es todo, señores. Vamos, Jane, iremos a casa.

La angustiada madre se puso en pie, guardó su pañuelo y acomodóse el sombrero. Me resultó muy doloroso darle la mano y mirarla a los ojos sin decirle lo que sabía de su hija.

—¿Cree que la encontrará sana y salva, doctor? — preguntó en tono desesperado.

Ya estábamos en pie en el umbral.

—Haremos lo posible, señora — replicó Jeffrey gravemente —. Al instante nos pondremos en campaña e iremos a ver a la señora Esmond.

Una vez que se retiraron y hube cerrado la puerta, miré a Jeffrey.

—Parece que tenías razón, Anne — manifestó él —. Llamaré a Donahue para decirle que haga registrar la caleta. Tú y yo iremos a ver a la señora Esmond.

Encaminóse al teléfono que está en el *hall*, y lo seguí.

—¿No deberíamos haber dicho a los Cherrington lo que sabemos de Nona? — pregunté.

—¿Para qué afligirlos antes de que sea necesario? Pronto lo sabrán — replicó él.

VII

—¿Qué dijo el señor Donahue? — le pregunté cuando de nuevo se acercó a mí.

—Nada. De su casa no contestan y en la jefatura no saben dónde está.

—¿Les pediste que envíen gente a la caleta?

—No, no quiero que asienten en los libros que estamos trabajando en este caso. Ya nos comunicaremos con Donahue dentro de poco.

En ese momento se nos acercó Michael, y Jeffrey lo alzó en brazos.

—Mamá y yo vamos de paseo y te llevaremos — dijo —. Ve a ponerte la tricota y trae un libro para mirar las figuras mientras vamos de visita.

—¿A quién vais a ver? — preguntó Michael.

—A una señora anciana que se llama Esmond. Ponte el abrigo, Anne; tenemos que salir en seguida.

* * *

Aunque aun brillaba el sol, el viento ya había refrescado mucho. Las copas de los árboles inclinábanse pesadamente y pensé que muy pocas personas saldrían al mar en un día así.

La vieja casa de los Esmond es en realidad una propiedad de tres acres, situada en la esquina de las calles High y Pine. Fuimos por Pine, llegamos a la alta cerca de hierro que rodea la casa, doblamos en la calle High y avanzamos por ella unos cien metros, entrando luego por la puerta-cochera en dirección a la entrada de la mansión. Trátase de una espaciosa casa de piedras grises, techo de pizarra, una torre, ventanas francesas, galerías y cocheras. La señora Esmond es una anciana que pertenece a un escenario como el que ocupa. La arquitectura de su personalidad es un anacronismo tan grande como el de la casa.

Al llegar nos encontramos con que aun no había regresado de la iglesia. Me asombró que hubiera ido, y me pregunté si ya estaría enterada de la muerte de su nieta. Según parece, así era.

La mucama que nos franqueó la entrada era una joven a la que Jeffrey había atendido en el hospital algún tiempo antes. Evidentemente sentía gran admiración por él y le resultó muy agradable verlo fuera del hospital y poder conversar con él.

Nos condujo a la sala, y sin preámbulos dijo:

—Doctor McNeill, la señorita Nona no fué asesinada, ¿verdad?

—¿Cómo puedo saberlo, Phyllis? Yo no estaba presente —repuso Jeffrey—. ¿Espera pronto a la señora Esmond?

—No tardará más de diez minutos en volver. Doctor, le aseguro que se portó maravillosamente cuando le telefonearon la noticia de lo sucedido. Le llevé una taza de café y se lo bebió, ordenándome luego que le preparara el vestido de seda negra. "No irá usted a la iglesia hoy, ¿verdad?", le dije, y me contestó: "Siempre voy a la iglesia los domingos Phyllis. ¿A qué otro lugar podría ir hoy?"

Mientras tanto, yo me había sentado en una silla de alto respaldo, deseando estar en ese momento en el mar, navegando a toda vela en busca del yate a fin de averiguar si vivía aún la jovencita Jennifer Cherrington.

—Phyllis — preguntó Jeffrey a la mucama —: ¿ayer por la tarde vino alguien a buscar a la señorita Nona?

—Sí, señor; vino un hombre, pero yo no lo vi. La cocinera le hizo pasar, porque yo estaba tomando un baño.

—¿Y Nona y ese hombre salieron en seguida?

—No, ella se estaba vistiendo y él la esperó aquí en la sala.

—Ajá. ¿No sabe cómo se llama?

—No, señor, la señorita Nona nunca habla con nadie respecto a lo que hace o adónde va.

—Supongo que no habrá dejado un pañuelo, o guantes u otra cosa, ¿eh?

—Tenía un diario que leyó mientras esperaba. Eso lo dejó aquí. Tal vez lo pueda encontrar en la pila del sótano, donde los guardamos para el gobierno.

—Desearía que lo buscara usted para mí — le pidió Jeffrey.

Entonces se oyó que paraba un coche frente a la casa. Phyllis corrió para abrir la puerta.

Nos pusimos en pie cuando la señora Esmond entró en la sala. A menudo la había visto en varias recepciones y se la presenté a Jeffrey. La anciana vestía largos ropajes, sombrero a la moda de la reina Alejandra y una cinta de terciopelo negro en el cuello. El prendedor de diamantes que lucía en el pecho debía valer varios miles de dólares. Parecía una mujer de un temple de acero y muy segura de sí misma.

—¿Cómo está, señora McNeill? —me saludó—. El señor Donahue me comunicó que vendrían a verme. ¿Quieren tomar asiento?

—Tiene nuestras más sinceras condolencias señora Esmond — le expresé.

Ella agradeció con una inclinación de cabeza y tomó asiento en el borde de una silla.

—Deseábamos saber si podría darnos algunos

informes que nos ayuden en nuestra investigación — manifestó Jeffrey.

Ella nos sorprendió respondiendo:

—No veo motivo para que haya investigación. Ya sé que el fiscal cree que mi nieta fué asesinada; pero yo estoy segura de que se equivoca y que encontró la muerte en algún trágico accidente.

Siguió una pausa y comprendí que Jeffrey deseaba que yo tomase la iniciativa.

—La ley exige que se investiguen tales casos, señora Esmond — expliqué —. Ninguna persona puede tomar una decisión privada en asuntos de esta naturaleza.

La respuesta entrañaba acentuada firmeza:

—Me parece que yo puedo tomar una decisión bien definida. Estoy segura de que fué un accidente y no deseo ninguna publicidad. En nuestra tradición familiar nunca tuvimos que aparecer en las primeras planas de los diarios. No lo permitiré, doctor McNeill.

—Lo siento mucho, señora Esmond — replicó Jeffrey —. A veces las circunstancias alteran las tradiciones familiares. Debo formularle una o dos preguntas.

—Un momento, doctor. ¿Puedo preguntar qué autoridad tiene usted para interrogarme?

—Mi esposa y yo servimos a la ciudad, de vez en cuando, para investigar, en colaboración con el departamento policial. Se nos paga para ello. En ciertas oportunidades tomamos casos particulares. Nos parece importante ayudar a reprimir el crimen, de modo que no debemos excusarnos por lo que tal vez parezca una vocación desusada. Ahora que le hemos ofrecido nuestras credenciales, desearía formularle algunas preguntas. En primer lugar, ¿quiere permitirnos que examinemos los papeles del escritorio o archivo de su nieta?

—De ningún modo, doctor McNeill. No lo permito.

—Es muy importante. La policía se presentará aquí con una orden de allanamiento para hacerlo.

—No lo permitiré. Hablaré con Bertie para que él lo prohiba.

—¿Bertie? — pregunté.

—El gobernador. Fuimos compañeros de escuela.

—Muy bien, entonces — intervino Jeffrey —. Olvidaremos los papeles. ¿Tendría inconveniente en decirme con quién salió su nieta ayer por la tarde?

Aparentemente, la anciana estaba dispuesta a cooperar en ese sentido.

—Era una persona llamada Coggie — repuso —. Aparte de eso, no sé nada.

—¿No sabe nada de él? ¿No le vió usted?

—Sólo le vi de pasada cuando Nona ascendió a su auto. Debo advertir que no me atrajo mucho su figura; pero me dije que, siendo amigo de Nona, debía ser persona de confianza. No veo motivo para alterar mi opinión.

"Pobrecita, pensé, pertenece a una clase que no cree que la maldad puede acercársele". Si hubiera tenido nuestra experiencia sabría que nadie es inmune.

Entonces me asaltó un terrible temor. Habíamos dejado a Michael solo en el auto. Como un desconocido trató de matarnos esa mañana, ¿qué podría intentar con nuestro hijo? No deberíamos dejarlo solo ni por un instante. Me levanté de la silla para asomarme a la ventana. Allí estaba el auto, pero no pude ver a Michael.

La señora Esmond decía en ese momento:

—Le parecerá curioso, doctor McNeill, que no sepa más sobre los amigos de mi nieta; pero era ella una persona mayor, con derecho a guardar sus propios secretos. Esta generación no es muy comunicativa y nunca traté de inmiscuirme en sus asuntos.

Con eso quería dar a entender que nosotros nos inmiscuíamos en los suyos, y no deseaba yo otra cosa que ir a ver qué le pasaba a Michael.

En ese momento sonó la campanilla de la calle, y oímos a la mucama Phyllis decir:

—¿Qué deseas, jovencito?

La voz de nuestro hijo respondió claramente:

—Ha ocurrido un serio accidente. Quiero ver a papito. Una pobre ardilla cayó de un árbol y me parece que está malherida.

Todos salimos al *hall*.

La señora Esmond pareció ablandarse un poco y casi sonrió.

—Lindo jovencito. ¿Es hijo de ustedes? Tiene sus ojos y su cabello, señora McNeill — manifestó.

Presenté a Michael, quien estrechó la mano de la anciana y luego manifestó:

—Vamos, mamita, estoy cansado de estar solo allí afuera.

Entonces nos retiramos. La mucama parecía desear informarnos algo; pero no imaginé qué podía ser.

Al salir estuvimos buscando a la ardilla, pero no pudimos encontrarla, y Michael admitió entonces que tal vez habría huído sin mayor daño. De modo que ascendimos a nuestro automóvil y partimos.

Cuando avanzábamos por la calle Pine, alguien nos llamó y vimos a Phyllis que corría por un sendero de los jardines. Pasó por una portezuela de la verja, agitando un diario en la mano. Nos detuvimos y ella acercóse a nosotros diciendo:

—Aquí tiene el diario que quería, doctor McNeill.

—Gracias, Phyllis. Oiga, quisiera que hiciese algo más por mí. No ahora, pero cuando se presente la oportunidad. Revise el escritorio de la señorita Nona y sus archivos a ver si puede encontrar algo que se relacione con el asunto de las ostras o el mercado negro o la lotería.

La joven pareció enorgullecerse del encargo.

—Muy bien, doctor — contestó —. Encantada de serle útil.

—No lo diga a nadie, y lo que averigüe me lo dice sólo a mí.

—Seguramente, confíe en mí — contestó sonriendo.

Partimos entonces y Jeffrey manifestó:

—El tío de esa chica es el dueño del café Red Rooster.

Luego siguió manejando en silencio, como sumido en sus reflexiones.

—Jeffrey — pregunté de pronto —, ¿crees tú que Shand haya sido responsable del incidente del promontorio de Fosdick?

—¿Qué fué el incidente del promontorio de Fosdick? — preguntó Michael. Se hallaba en pie detrás de nosotros, hablando en voz alta muy cerca de nuestros oídos —. ¿Qué fué el incidente?...

Jeffrey no le contestó.

—¿Quién otro podría ser el responsable, Anne? — dijo.

No me agrada la idea.

—¿Pero, cómo supo..., a menos que Donahue haya dicho adónde íbamos?

—Donahue no cree haberlo dicho, pero admite que es posible. En cuanto ellos se fueron, Shand pudo haber ido a tierra, tomado el tranvía en ese sitio donde salen los rieles de los pantanos y caminado el cuarto de milla hasta la casa de Fosdick. O tal vez tenía un auto en el camino y viajó en él después que Donahue se retiró de su falucho.

—Pero, querido — objeté —, se hubiera necesitado pensar muy rápido para realizar un plan así.

—Shand me dió la impresión de ser hombre de cerebro ágil.

—Sí... Jeffrey.

No esperó mi comentario.

—Voy a la jefatura para pedir que pongan un hombre que cuide a Michael — dijo.

—¡Oh, querido..., ¡cuánto me alegro! — exclamé —. Es justamente lo que yo pensaba.

Michael trepó al respaldo del asiento y descendió sobre mi falda, abrumándome a preguntas respecto al hombre que lo iba a cuidar. Lo senté sobre mis rodillas y le dije que se quedase quieto mientras su padre guiaba.

—Contéstale al niño — me dijo Jeffrey —. Voy a pedir un agente de policía para que vaya contigo a todos lados, Mike, porque tu mamá y yo estamos ocupados en una investigación peligrosa y tal vez alguien quiera hacerte daño.

—¡Hurra! — exclamó Michael encantado —. ¿Irá a todos lados conmigo? ¿Vestirá uniforme? ¿Irá a la escuela? ¿Cómo podrá sentarse en los bancos, mamá? Son muy chicos.

—No vestirá uniforme — repuso Jeffrey —, y no creo que entre en el aula. Probablemente te esperará afuera.

Cuando entramos en nuestro garaje, Michael gritaba alegremente que tendría un policía para él solo.

Nos quedamos en el coche mientras Jeffrey examinaba el diario que le diera Phyllis.

—¡Ah! — exclamó de pronto —. Aquí tenemos algo. En la parte baja de la página cuatro cortaron un trozo.

Entramos en la casa. Michael corrió a la cocina para informar a Mary respecto al agente que lo cuidaría, y Jeffrey dirigióse al teléfono para hablar con Donahue. Esta vez logró comunicarse.

—En seguida mandará uno de sus hombres para que se encargue de Michael — me informó, después de cortar la comunicación —, y enviará varios agentes para que practiquen una búsqueda minuciosa en la caleta. Pero no cree que se halle allí el cadáver de la Cherrington.

—¿Qué cree? — prgunté.

—Que posiblemente la habrán echado por la borda con un peso atado al cuello.

—Entonces, no la encontrarán nunca.

—Ya dió parte a la Prefectura Marítima para que busquen el yate. Por mi parte creo conveniente que vayamos nosotros mismos a nuestra balandra e investiguemos por nuestra cuenta. Con un viento tan fuerte como el de hoy podremos recorrer una gran distancia.

—¿No esperaremos la hora de comer?

—No; envuelve algo en un papel y nos marcharemos en seguida. Pero primero quiero encontrar el *Recorder* de ayer.

Fuí a la cocina para envolver algunos cuartos de pollo, avisando a Michael que podía invitar a un vecinito a comer en su compañía. Mary recibió la noticia con muy poco entusiasmo.

—Bueno, supongo que tendrán que buscar a esa pobre chica — dijo —. Es una pena que haya desaparecido.

En ese momento, Jeffrey entró en la cocina.

—Encontré el *Recorder* de ayer — anunció, — y ese trozo que falta tenía el balance del tesoro. Todo esto está relacionado con el asunto, tal como dijo Woodhull.

Mary dejó caer el cuchillo que tenía en la mano, el que quedó clavado en el piso. Lo miró, púsose pálida y exclamó:

—¡Cielo santo! Señora McNeill, no se mezcle con esa gente de la lotería, se lo ruego. Son los peores bandidos de la ciudad. Si los hacen enojar son capaces de hacerlos pedazos a todos ustedes.

Traté de calmarla, diciéndole que teníamos un guardián para Michael y que nosotros sabíamos cuidarnos. Luego, al ver que Jeffrey manifestaba impaciencia salimos apresuradamente.

VIII

Tenía razón al imaginar que habría pocas embarcaciones en el mar debido al fuerte viento. Tomamos un rizo y nos alejamos del embarcadero. No se veían más que dos o tres velas en la bahía de Sandhy River, y aun las lanchas a motor de mayor tamaño permanecieron en el embarcadero. Eran las dos y media de la tarde. La marea subía y media hora más tarde llegaría la pleamar.

Cuando salimos de la bahía, Jeffrey anunció:

—Creo que iremos hacia el este después de pasar la caleta de Ashford, y echaremos una ojeada a la caleta de Sam y a la Boca de Miller. Me parece más probable que hayan alejado el yate de la ciudad.

Si no hubiéramos estado tan afligidos por

la hija de los Cherrington y por la situación general, el paseo hubiera sido hermoso. De no haber tenido otras cosas más urgentes que atender, me habría agradado sacar mis pinceles y hacer algún bosquejo del mar y el cielo. Fuí a echar una ojeada al canasto en que guardaba mis útiles de pintura. Allí estaba el último bosquejo que hiciera: un perfil de Michael. Volví a echarle fijativo para asegurarme de que no se borroneara; mas no era ése el momento de ocuparme de cosas de arte, de modo que regresé a cubierta. Corríamos a seis nudos por hora, velocidad bastante apreciable para una embarcación sólida y pequeña como la nuestra, especialmente si se tiene en cuenta que llevábamos el pequeño chinchorro a remolque.

Pasamos frente al promontorio de Fosdick, y aunque estábamos lejos, me dominó el impulso de echarme sobre cubierta por temor de que nos dispararan más tiros desde la vieja casona.

—Jeffrey —dije—, no creo que pueda haber sido Peter Shand. Si trató de matarnos, ¿no indicaría eso que fué él quien mató a Nona y temía nuestra intervención en el asunto?... Lo que no entiendo es el motivo para cometer ese crimen. No puedo creer que él sea uno de los capitalistas de la lotería.

—Yo tampoco —repuso Jeffrey—. No es de ese tipo.

—¿Qué profesión crees que tiene? —inquirí.

—Abogado, tal vez; posiblemente autor, no muy exitoso. Creo que estuvo en la guerra y le dieron de baja por heridas.

—¿Por qué lo crees?

—Por su apostura marcial, y, además, siempre se apoya en la pierna derecha cuando está en pie.

—Jeffrey, eres maravilloso. No me di cuenta de esos detalles.

—Tengo que hacer honor a mi reputación. Soy el gran "cirujano detective".

El pobrecito no ha dejado nunca de detestar ese término.

—Creo que debe tener algo en la conciencia —agregó—. Siempre parece estar a la defensiva. Debe ser algo en su pasado.

—Pero, querido, me pareció muy simpático; me gustó de veras...

—¿Aun cuando trataba de hacer hundir el chinchorro y ahogarnos?

—Bueno, entonces no; no tanto en ese momento, aunque comprendo perfectamente que se enojase porque lo dejábamos solo. Yo también me hubiera enojado.

Jeffrey dejó el tema y manifestó:

—Creo que iremos a la caleta de Ashford a ver si los hombres de Donahue encontraron algo.

Era eso exactamente lo que yo deseaba, pero no me hubiera agradado sugerir que demoráramos la búsqueda del yate.

Seguimos navegando y pasamos frente al puerto de la Media Luna y Moore's Neck. La abertura de la caleta de Ashford hallábase algo más arriba. Hacia el este y alejadas de la costa estaban las islas Pumpkin, rodeadas de embravecidas olas e hirviente espuma. Nos acercamos a unos cincuenta pies de la Punta de Pork, donde el agua es bien profunda, y corrimos luego una bordada para entrar en la caleta de Ashford.

Allí estaba anclado el falucho de Peter Shand. No vimos señales de vida a bordo.

Dos botes hallábanse en la costa, sobre un sitio cercano al viejo granero y en línea con el enorme roble. Varios hombres registraban los cañaverales adyacentes.

—Un grupo de personas estaban en pie alrededor de uno de los botes, mirando el interior. Me pregunté qué habrían encontrado y me asaltó el temor.

Una voz nos llamó con familiar tonadita irlandesa.

—¡Eh, del barco; doctor McNeill! ¿Puede bajar a tierra?

Jeffrey estaba de pie en la proa, dejando caer el ancla. Yo me ocupaba de enrollar la escota.

Al cabo de unos minutos nos acercamos a tierra en el chinchorro, saltando sobre las mismas tablas que ya nos eran familiares.

Jeffrey conocía a varios de los hombres. Cuatro o cinco niños se habían acercado a observar los procedimientos. Simón Baker, el rengo, hallábase por allí cerca, mirando todo con curiosidad. Me pareció ver que su hermana se alejaba por el bosque. Grymes me ofreció la mano cuando desembarcamos.

—¿Encontró algo importante, Grymes? —preguntó Jeffrey.

—Sí, señor. Creo que sí.

Temí encontrarme con el cuerpo de Jennifer Cherrington en el bote.

—¿Está ella en el bote? —pregunté a Grymes—. ¿Dónde la encontraron?

El me miró sorprendido.

—¿Ella? —inquirió.

No había ningún cadáver en el bote azul; aunque vi sangre en el fondo.

Por un momento, mientras mirábamos, todos guardaron silencio. Luego los hombres comenzaron a hablar excitados. Seguramente que era éste el bote donde asesinaron a la joven. Debía ser el chinchorro del yate. Lo encontraron entre los juncos. Todavía estaban allí los remos.

Vi que algo relucía debajo del asiento de popa y llamé la atención de Jeffrey al respecto. El apartó a uno o dos de los policías, acercóse al bote y buscó debajo del asiento.

Lo que encontró era un anillo de oro con una piedra tallada. Al mirarlo comprendí que Jennifer Cherrington también había estado en el bote.

Pero Jeffrey no quiso quedarse y ayudar a revisar la costa y el bosque. Tal vez creyó que sería muy desagradable para mí si la encontraban. Envolvió el anillo en su pañuelo y lo entregó a Grymes para que se lo diera a Donahue. Luego me dijo que esta parte de la investigación estaba en buenas manos y que nosotros debíamos seguir viaje en busca del yate.

Varios de los hombres quisieron saber qué significaba el anillo, pero él no dió explicaciones. Cambié unas palabras con Grymes y luego nos embarcamos de nuevo. Vi que el rengo se alejaba por el sendero donde halláramos las huellas la noche anterior.

Emprendimos de nuevo el viaje, y al pasar frente al falucho, Peter Shand salió de su cabina. Al reconocernos, nos saludó con la mano. No me pareció que fuera él quien trató de matarnos unas pocas horas antes.

Al salir de la caleta nos vimos enfrentados al problema de si debíamos o no continuar viaje por entre las Pumpkin y la tierra o salir hacia el canal alrededor de la boya 8, tomando luego en línea recta hacia el sur en dirección al extremo de los arrecifes de Peascod y hacia el faro que se hallaba en su extremo más lejano. Por lo general damos esa larga vuelta porque las rocas son muy peligrosas cerca de las Pumpkin. Pero hoy, al avisarme Jeffrey que iríamos entre las islas y la costa, vimos una embarcación hacia el extremo de los Arrecifes. Tenía una vela mayor, un foque y una mesana. Ambos gritamos a la vez que era el yate, y Jeffrey cambió de curso, dirigiendo la balandra hacia el sur.

El yate avanzaba velozmente, pero pudimos acercarnos bastante pronto. Me pregunté si sería el que buscábamos. Luego se me ocurrió otra cosa.

—Jeffrey —dije—, tú sabías que ese anillo era el de Jennifer Cherrington, ¿verdad?

—Así me pareció, por lo que nos han dicho sus padres.

—Es el que le regaló ese pobre capellán, y lo vi en su mano cuando fuí por primera vez al yate.

—Bien, Anne, dejemos eso por ahora. Veamos qué yate es ése. ¿Quieres hacer el favor de traer el anteojo?

Entré en la cabina y a poco volví con el anteojo de campaña. Jeffrey lo usó para estudiar la embarcación que perseguíamos. Al parecer, tuvo dificultad en poder ajustar la mira.

—No veo nada —dijo—. Mira tú.

Me los entregó y logré enfocar la visual con toda facilidad.

¿Era el yate? El palo de mesana parecía estar demasiado hacia proa.

—Creo que es un queche, Jeffrey —dije, entregándole de nuevo los binoculares.

El estudió la embarcación.

—Tienes razón —manifestó—, es un queche.

Tomé nuevamente el anteojo y estudié la costa que teníamos detrás. Arboles, rocas y muchas casas veraniegas extendíanse sobre la costa este de la caleta de Ashford, hasta la caleta de Sam.

Dirigí la vista hacia las Pumpkin.

—Jeffrey, haz el favor de mirar hacia Little Pumpkin —dije de pronto—. Me pareció ver una banderilla que se agitaba allí. Cerca del agua, debajo de esos árboles.

Cambiamos de sitio y él dirigió el anteojo hacia la isla.

—No veo nada, Anne —anunció—. Seguramente fué una gaviota.

—Es posible, pero no lo creo.

—No; tienes razón. Hay alguien en pie sobre una roca, y está agitando algo de color rojo y blanco.

—Haciendo señas, Jeffrey.

—Será bueno que veamos de qué se trata. Déjame el timón, Anne.

Me separé del timón, que él volvió a tomar. Al virar, la escota del foque se me escapó de las manos, y me dió bastante trabajo. Cuando hubimos cambiado de curso y enfoqué de nuevo el anteojo, no vi nada en Little Pumpkin. La figura había desaparecido.

Las embravecidas olas rugían a nuestro alrededor mientras avanzábamos hacia la isla, y el agua me salpicaba el rostro y las manos. Tuve que limpiar los cristales del anteojo constantemente, y no logré ver nada en la isla, excep-

to árboles y rocas y el contorno general del pequeño promontorio rodeado de agua.

Me acerqué a la proa para mirar mejor y grité a Jeffrey:

—Creo que estábamos equivocados, Jeffrey.

—Es posible que esté en el otro lado de la isla —contestó—. Llama, a ver si responde alguien.

Grité varias veces con toda la fuerza de mis pulmones; pero nadie contestó. Había mucho ruido en la isla: el viento en los pinos y el estrépito de las olas entre las rocas.

Jeffrey hizo frente al viento, de manera que bajé a la cabina. Dije que iba a anclar y desembarcar en la isla con el chinchorro, pero no quise quedarme con la responsabilidad de tener que dominar la balandra si ésta arrastraba al ancla. De manera que, finalmente, accedió a dejarme bajar en el chinchorro.

Antes, vimos que se nos acercaba el falucho de Peter Shand.

Descendí finalmente al bote y me alejé de la balandra; cuando me hallaba a unos tres metros de nuestra embarcación, me di cuenta de que no podía llegar a la costa. Una ola tras otra descargábase sobre la pequeña embarcación, llenándola de agua. Vi que Jeffrey me observaba desde el *Pea-Green Boat* con expresión afligida. Hacia la derecha observé el falucho que avanzaba hacia mí, acercándose demasiado a la costa.

—No se acerque, señor Shand —grité—. Hay escollos por aquí.

El siguió avanzando.

Después tuve que concentrar toda mi atención y evitar que el chinchorro se estrellase contra las rocas. Jeffrey me gritaba indicaciones, pero no pude oírle. Todo ocurrió rápidamente y sentí que la cabeza comenzaba a darme vueltas. Vi que Shand corría por su falucho, soltando el ancla y recogiendo las velas. Una ola enorme se me vino encima, inclinando peligrosamente el bote, y me encontré de pronto en el agua. La fuerza de las olas me lanzó contra una roca; sentí un terrible dolor en la rodilla y perdí el conocimiento.

IX

Recobré el sentido cuando me levantaban a tierra. La rodilla me dolía intensamente y casi en seguida comencé a devolver agua salada. Jeffrey estaba arrodillado al lado mío, sosteniéndome la cabeza. Vi otros dos pares de piernas cubiertas de pantalones, completamente empapados; pero pasaron varios minutos antes de que levantara la vista. Cuando lo hice, vi a Peter Shand y a una joven —sin duda alguna Jennifer Cherrigton— en pie allí cerca, despeinada, complètamente mojada y luciendo solamente un par de pantalones azules y un corpiño. De su mano pendía una tricota roja y blanca.

—Eres Jennifer Cherrington, ¿verdad? —dije—. ¿No tienes frío? ¿No te parece que deberías ponerte la tricota?

No sé por qué, esto pareció regocijar a Jeffrey. Sentóse a mi lado y rompió a reír. Noté su aspecto; estaba tan mojado como los otros dos, una pernera de sus pantalones estaba rota desde la rodilla al tobillo, y su cabello estaba aplastado sobre su cabeza.

—Mi querida Anne —manifestó—, eres la mujer más convencional de tu generación. Acabas de salvarte de morir ahogada y al instante piensas en el decoro.

Me senté en la arena y con ambas manos tomé mi rodilla. La jovencita estaba poniéndose la tricota. Me sonrió luego y se soltó el cabello. No vi ningún anillo en su mano. Se notaba una banda de piel más pálida en el dedo en el que luciera el anillo de su novio.

Mecánicamente, dije:

—¿Se conocen todos? Tengo que establecer mi condición de ser la campeona de los convencionalismos.

—Bien, en cierto modo ya nos conocemos —repuso ella.

Vi que Jeffrey le miraba las manos.

—Nosotros somos los McNeill —dije—, y el señor es Peter Shand.

—¡Los McNeill! —exclamó la jovencita.

—Sí, por cierto —repuse.

—¿Los especialistas en asuntos criminales? —preguntó ella—. ¿Los únicos y originales?

—Está muy bien la manera de expresarlo —manifestó Jeffrey—. Anne, ¿cómo te sientes? Ya se había puesto en pie.

—Pero yo creí que el nombre era O'Neill —decía Peter Shand—. Bien, esto explica muchas cosas... Quisiera pedirles disculpas por mi actitud de anoche.

—No tiene importancia, señor Shand —contesté—. ¿Quién me rescató? —pregunté.

—Su esposo —replicaron a la vez Shand y Jennifer.

Jennifer agregó luego:

—Yo regresaba del otro lado de la isla cuando la vi a usted en el chinchorro, tratando de establecer una cabecera de puente, y entonces le vi dar con una roca, de modo que me tiré al agua, mientras que el señor Shand me imitaba; pero su esposo ya se había zambullido.

—¿Puedes levantarte ahora, Anne? —me preguntó Jeffrey.

Pero yo no tenía apuro alguno. Me dolía mucho la pierna y allí me quedé. El agua me chorreaba del cabello y empecé a sentir frío.

—¿Cómo volveremos a casa? —pregunté—. Deberíamos telefonear lo más pronto posible a los padres de Jennifer.

El falucho y nuestra balandra estaban anclados frente a nosotros, ¿pero cómo llegar a ellos?

—¡Jeffrey! ¡Nuestro chinchorro! —exclamé—. ¿Dónde está?

—La última vez que lo vi iba por la Caldera del Diablo, a unos quince nudos por hora. Tuve que elegir entre rescatarte y recuperar el bote.

—Querido, elegiste mal. ¡Qué tonto! Los chinchorros cuestan casi cien dólares.

El me sonrió, diciendo luego a Shand:

—¿Qué le parece, Shand? ¿Cree que podríamos llevar a las chicas a su embarcación o a la mía?

—Debí haber traído mi chinchorro —repuso Shand—. No me atrevería a enfrentar de nuevo esa corriente y menos llevando conmigo a una mujer.

—Bien —repuso Jeffrey—, los barcos guardacostas andan hoy por toda esta región. Creo que nos rescatarán pronto.

—Oigan —terció Jennifer—, tengo una cueva muy cómoda en las rocas, del otro lado de la isla. Está en el centro. Se estaría muy bien allí si tuviéramos alimentos y agua.

—¿Sufre de sed? —le preguntó Jeffrey.

—No, no mucho; pero no hago más que pensar lo bien que me vendría un buen vaso de agua... Señora McNeill, ¿mamá y papá les encargaron que me buscaran?

—Sí, así es.

—¡Pobrecitos! ¿Estaban muy preocupados?

—Bastante, pero ya se pondrán contentos cuando sepan que la hemos encontrado.

—Pero, ¿no les avisó Nona dónde estaba yo? No es que supiera que me encontraba en esta isla desierta, pero que estaba bien en el yate... aunque en realidad no sé si estaba bien o no... Señora McNeill, ¿se ha quebrado la pierna? La veo muy pálida.

—No, tengo frío solamente y me duele mucho la rodilla.

—Ojalá pudiéramos encender fuego —dijo Jeffrey, mientras me examinaba la rodilla.

Shand anunció que tenía un encendedor que tal vez funcionara todavía; de modo que él y Jennifer fueron a ver si podían prender fuego en la cueva.

Yo los vi desaparecer más allá de los pinos.

—Jeffrey, la chica no sabe que Nona está muerta —dije.

—O quiere hacérnoslo creer así.

—Querido, no pensarás que ella tuvo nada que ver con el asesinato, ¿verdad?

—¿Cómo llegó su anillo al bote azul, y cómo llegó ella aquí?

—No puedo imaginarme por qué está aquí.

—Yo tampoco —admitió él—. ¿Te duele mucho, Anne? —Me palpó la rodilla.

—Un poco, pero no importa... Jeffrey, ¿dejaron el bote azul en el pantano, o volvió solo a la escena del crimen?

—No creo que tengas fractura —dijo él—... No, el bote azul se halló al otro lado de la caleta.

—Es inexplicable. ¿Y qué significado tendrán esas huellas que vimos en el sendero?

—Tampoco sé eso —repuso él, mientras me vendaba la rodilla con un trozo de paño de su pernera.

—Creo que ya tengo la explicación, Jeffrey —dije, cuando él me hizo poner en pie—. Alguien llevó a las dos chicas a la casa en el bote azul, mató a Nona y trajo a Jennifer y la abandonó aquí.

—¿Con el cofre del tesoro y un barril de ron?

Reí un poco, al comprender lo fantástico de mi explicación.

Una nubecilla de humo apareció entre los pinos, y pronto vimos que Shand nos hacía señas de que nos acercáramos. Con ayuda de Jeffrey, ascendí unas rocas y llegué al otro lado de la pequeña colina, donde Peter Shand estaba alimentando el fuego que crecía por momentos. A poco teníamos un alegre fuego que nos calentó.

Desde el interior de la cueva podíamos ver muy cerca la isla Big Pumpkin, y, en la costa, los bosques de la Punta de Pork que se extendían hacia la Boca de Miller.

De pronto, Jennifer dijo:

—Estaba registrando el horizonte mientras ustedes se acercaban por el otro lado. Vi un bote en esa especie de puerto, y traté de llamar su atención, pero no deben haberme visto. De modo que regresé al otro lado cuando se acercaba la señora McNeill.

—Cuéntenos lo que sucedió anoche, Jennifer —le pidió Jeffrey—. ¿Cómo es que está usted aquí?

Ella rompió en dos una ramita y la echó al fuego. Peter Shand la observó atentamente. Jeffrey, con las manos alrededor de sus rodillas, la miraba con desapegado interés. Para mis adentros, decía yo: "Di la verdad, niña. No trates de mentir a mi esposo".

Ella restregóse las manos y luego se arregló el cabello húmedo.

—¿Quiere saberlo todo, doctor McNeill? —inquirió.

—Me interesaría mucho.

—Bien, en primer lugar le diré que asistí a una cita a ciegas en compañía de Nona Esmond, y ahora comprendo por qué a mamá no le gustan esas cosas. Nunca resulta nada bueno de ellas y esta vez fué un fracaso para mí. En parte se debió a que estuve terriblemente mareada; algo humillante para mí y muy desagradable para mis anfitriones. Admito esto aunque no me resultaron nada simpáticos.

—¿Quién era el dueño del yate? —preguntó Jeffrey.

—Creo que alguien llamado Cutie. Lo mencionaron varias veces.

Sentí un sudor frío que empapaba mi frente. Me imagino que lo mismo habrá sucedido a Jeffrey y a Shand.

Jennifer continuaba:

—No presté mucha atención. La mayor parte del tiempo lo pasé en una litera de la cabina de proa, terriblemente mareada. Sólo salí una vez, cuando se acercó usted, señora McNeill. Sentí deseos irresistibles de pedirle que me llevara consigo, pero no quise abandonar a Nona..., aunque al fin ella me abandonó a mí.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Jeffrey.

—Pues bien; se fué con alguien en un bote. Fué entonces cuando comencé a asustarme de veras. Les diré, el pestillo de la puerta estaba atascado y no pude abrirlo para salir de la ca-

bina, y los demás estaban tan borrachos que no prestaron atención a mis gritos ni a los golpes que di en la puerta.

—¿Cómo supiste que Nona se fué en un bote? —pregunté.

—Miré por el ojo de buey y la vi sentada en la popa del chinchorro. Eso es todo lo que pude ver: la popa.

—¿Cómo pudo ver? —preguntó Jeffrey—. ¿No estaba obscuro?

—Salía luz por uno de los otros ojos de buey. La vi y comprendí que había bebido demasiado. Estaba riendo y parecía una tonta. A decir verdad, para ese entonces reían todos.

—¿Ah, sí? —intervine—. Yo oí discusiones y gritos desde la balandra.

—Eso fué más temprano. Todos se pelearon una hora antes. Ya entonces me asusté mucho y empecé a golpear en la puerta porque no podía salir, y alguien me gritó una palabrota. No me agradó nada el resultado de esa cita a ciegas; pero Nona me había dicho que todos eran buena gente y, por otra parte, siempre quise navegar. Tenía la ilusión de que era maravilloso.

Shand afirmó con gran convicción:

—Y lo es. Estoy seguro de que le gustaría mucho. Todo el mundo se marea al principio. Yo le enseñaré a navegar y le encantará.

—¡Cómo no! — exclamó ella —. Me gusta mucho su barquito.

Jeffrey no tenía intención de permitir que se apartaran del tema.

—¿Quién estaba en el bote con su amiga Nona? —preguntó.

—No sé. Se alejó hacia la proa, o alguien tiró de él. Nona estaba tratando de poner los remos en los toletes, sin poder hacerlo muy bien. Yo golpeé en el vidrio del ojo de buey, pero no me oyó. Después todo quedó en silencio. Sólo se oían murmullos.

—¿Murmullos? —pregunté.

—Sí, murmullos en la cabina exterior. Parece que pasaba algo. Cada vez me asusté más. Luego todos corrieron por sobre cubierta y me di cuenta de que estaban levantando las velas. Oí pasos por sobre mi cabeza, y alguien comenzó a maldecir respecto a que el ancla era muy pesada. Después oí el ruido que hizo el ancla al caer sobre el piso de la embarcación. Creo que ninguno de ellos era buen marino, pues oí muchas maldiciones y corridas, y me parece que se confundieron enormemente antes de poner en marcha el yate. Luego me asomé al ojo de buey y vi que pasábamos cerca de su barco, señor Shand, y después frente a la balandra. Me acometió el terror; no pude soportar estar más en esa cabina encerrada... Me parece que hice una barbaridad.

—¿Qué es lo que hiciste? —pregunté—. ¿Cómo llegaste a este sitio?

—Verá usted. Había una especie de puerta trampa en el techo de la cabina...

—¡Una escotilla, muchacha, una escotilla! —exclamó Peter Shand.

—Sí, creo que era eso. Una escotilla. Pues bien, era muy pequeña, pero yo no soy muy corpulenta. De manera que salí por la escotilla pensando que, si estábamos cerca de la costa, me arrojaría al agua para alcanzarla a nado. Francamente, para ese entonces ya estaba muy asustada de esos beodos. Así que esperé hasta que estuviera todo silencioso y entonces abrí la escotilla y subí. Al asomar la cabeza no vi a nadie. Luego observé que alguien estaba en pie detrás del timón, pero él no me vió. Empero, no quise demorarme más, y cuando pasamos frente a esta islita, salté por la borda y llegué a nado.

—¡Cristo! Debe haber necesitado mucho coraje para hacerlo —comentó Peter Shand, admirado.

—¡Oh!, no tanto. Si hubiera tenido más coraje, supongo que me habría quedado en el yate y ellos me hubieran llevado a la ciudad al cabo de una o dos horas.

Jeffrey observó secamente:

—No; creo que tomó una resolución muy prudente. Vamos a ver ahora, Jennifer, ¿quiere decirme todo lo que sepa respecto al yate y a la gente que lo tripulaba?

¿Cuándo le preguntaría si ella estuvo en el chinchorro azul? Me pregunté también si le hablaría respecto al hallazgo de su anillo, desbaratando así todas sus mentiras.

—Doctor McNeill, realmente no sé mucho respecto a eso —repuso ella—. Creo que Nona Esmond podrá decir más que yo... ¿Qué pasa? ¿Le ocurrió algo a ella?

Miré a Jeffrey y él replicó:

—Nona no vive ya.

—¿Le ocurrió un accidente? ¡Está muerta! ¿Qué pasó? ¡Oh, qué horrible!

La joven apoyó la cabeza sobre sus rodillas y el cabello le cayó sobre el rostro. Me di cuenta de que Peter Shand hubiera deseado acariciarle la cabeza y consolarla.

—Mucho me temo que no fué un accidente —manifestó Jeffrey—. Me parece que su amiga fué asesinada, Jennifer.

—¡Cielos! —exclamó la jovencita, palideciendo.

Shand demostró indignación.

—¿No podría haberlo dicho con más tacto,

Mc Neill? —exclamó—. ¿Por qué espetar a la chica un hecho tan brutal como ese?

—¿Y de qué sirve perder el tiempo con eufemismos? — replicó Jeffrey, muy irritado —. Ahora bien, Jennifer, ya ve la importancia de que sepamos lo más posible respecto a esa gente.

—¿Quiere decir que desea averiguar quién... la mató?

—Eso es.

—Pero ella se había ido en el chinchorro.

—¿No regresó? —pregunté.

—No. Partimos casi inmediatamente. Y el bote ya no estaba cuando me zambullí.

Estuvimos en silencio durante un rato. El fuego ardía alegremente. Me di vuelta para calentarme la espalda. El viento parecía amainar.

—¿Qué me dice de esa gente del yate, Jennifer? —preguntó Jeffrey.

—Eran cinco; es decir, al principio eran cinco. Estaba el hombre que nos llevó en auto hasta la costa. El yate hallábase amarrado a un pequeño desembarcadero cercano a una casa cerrada.

—El puerto de la Media Luna —dije.

—¿Vió el número del auto? —inquirió Jeffrey.

—Lo siento, no.

—Siga y cuéntenos todo lo que recuerde.

Jennifer encogió las rodillas y las rodeó con los brazos.

—El hombre que nos fué a buscar era..., pues, era muy atildado. Se llamaba Coggie Thompson. Ya a las cuatro de la tarde estaba bastante bebido y parecía muy entusiasmado con Nona. No recuerdo que dijera nada significativo... Bien, llegamos al yate...

—¿Cómo se llamaba? — pregunté.

—El *Aurelia*.

—¡Ya es algo! —exclamé, y Jeffrey asintió.

—¿Sabe de dónde procedía? —preguntó.

—No tengo la menor idea; pero era muy lindo. Al principio me gustó mucho, pero luego me sentí completamente mareada. Le diré: creo que debe haber sido la bebida más que el balanceo del barco, pues en seguida de tomar el primer cocktail me sentí mal. Pero usted desea saber algo respecto a la gente. Había una mujercita regordeta que no dijo mucho y parecía asustada. La llamaban Honey. Y estaba un hombre de aspecto muy rudo, vestido como "yachtsman". Era el compañero que me destinaron, pero me pareció repelente.

—¿Recuerdas algo significativo respecto a él? —pregunté.

Pensó un momento y nos dijo que le faltaba un trozo de dedo.

—También había una joven muy llamativa —prosiguió—. Nunca vi a nadie beber tanto como ella. Parece que se llamaba Beautiful. Y además había otra chica que no parecía mala. Delgada, alta y de oscuros cabellos. Creo que la llamaban Lilly.

Calló, frunciendo el ceño en un esfuerzo por recordar más.

—¿Algo más? —preguntó Jeffrey. Jennifer sacudió la cabeza—. ¿De qué hablaban? —preguntó él.

—De bebidas casi exclusivamente; de los precios y las calidades, y así por el estilo.

—¿Quién era el encargado de la navegación?

—Coggie Thompson, pero no creo que fuese muy buen marino.

—¿De qué más hablaron?

—Mencionaron una serie de cosas muy complicadas respecto a números, medias de nylon y balances del tesoro. Siento ser tan poco precisa, pero eso es todo lo que recuerdo.

—Nos ha dado usted varios detalles que tal vez sean de utilidad — replicó Jeffrey —. Dijo que eran cinco personas al principio. ¿Hubo más después?

—Creo que alguien subió a bordo. Eso fué cuando yo me sentía más mal. Hacía mucho que estaba en la cabina de proa y no alcancé a comprender lo que pasaba en otras partes del yate... Me entristece enormemente lo de Nona, doctor McNeill. ¿Cómo sucedió? Quiero decir: ¿La mataron de un tiro?

En su voz notóse la emoción y el temor.

—La golpearon... —repuso él—. Jennifer, ¿estuvo usted en algún momento en el chinchorro del yate después que la señora McNeill fué a pedir una sierra?

—Bien, no había ninguna sierra —repuso ella, y me pareció como si quisiera ganar tiempo antes de responder—. No, no estuve en el chinchorro en ningún momento. Ni siquiera cuando subí a bordo del yate, pues éste se hallaba muy cerca del desembarcadero. De modo que no subí al botecito.

Me pregunté si Jeffrey la interrogaría respecto al anillo, y si le diría que estaba mintiendo.

Pero, al parecer, mi esposo aceptó las declaraciones de la chica. Se puso en pie, diciendo:

—Vayamos al otro lado de la isla a ver si distinguimos alguna embarcación.

Cuando estuvimos en la parte más alta de la isla, vimos un barco guardacostas que se acercaba desde el puerto de la Media Luna. Peter y Jeffrey regresaron a buscar trozos de leña encendidos, los que agitamos varias veces por sobre nuestras cabezas. Ya estaba oscureciendo, y las improvisadas antorchas distinguíanse claramente en el cielo del anochecer. Al cabo de unos minutos se acercó el barco y ancló a corta distancia. A poco se acercó un bote para rescatarnos.

Pensé en la felicidad de los Cherrington cuando tuvieran noticias de su hija. Pero en el momento en que Jeffrey me ayudó a descender

a la playa, observé a Shand y a la joven. Esta saltaba de roca en roca, y me enfermó pensar que toda su narración debió haber sido una sarta de mentiras.

X

A las nueve y media de la noche de ese domingo, yo me hallaba sentada sola a la mesa del comedor en mi casa. El barco guardacostas dejó a Jeffrey en el *Pea-Green Boat* y a Shand en su falucho. Los dos barcos de vela debían ser llevados a sus respectivos atracaderos, mientras que Jennifer y yo fuimos a la estación de guardacostas de la calle Front.

Después llevé a Jennifer a su casa y la dejé en brazos de sus padres. El automóvil me llevó luego a mi hogar, donde hallé todo en orden: Michael dormido en su camita, y el afable agente Rafferty, viejo conocido nuestro, montando la guardia frente a su puerta. En seguida lo envié a tomar una taza de café en la cocina, y le dije que después se fuera a su casa. Jeffrey opinaba que era innecesario tener una guardia de noche, pues pensaba dejar abierta la puerta que separaba el cuarto de Michael del nuestro. Pero una vez que se retiró Rafferty, casi deseé no haberle dicho que se marchara.

Empero, estaba decidida a no afligirme. Puse en marcha la victrola automática y me dispuse a escuchar música; pero esa noche mi mente no la apreció debidamente. Repetidas veces me puse a pensar en Nona Esmond, en Jennifer, en el anillo hallado en el bote azul y en el curioso problema inexplicable de que una jovencita estuviera en la isla Little Pumpkin.

De pronto sonó el timbre de la puerta y Mary fué a atender. La oí refunfuñar un poco. Luego hizo pasar a alguien al *living-room* y casi en seguida se presentó en el comedor.

—Un hombre quiere verla, señora McNeill — me informó —. Le dije que usted no podía recibirle, pero no quiso irse. ¿Quiere que mantenga la sopa caliente o piensa irse sin comer como lo hizo a mediodía?

—Mantenla cerca del fuego, Mary. Iré a ver quién es.

Entré en el *living-room*, encontrándome con Simón Baker, un poco más limpio y afeitado, aunque con el mismo aspecto descuidado que siempre, y tan incómodo en mi casa, que casi me resultó simpático. Daba vueltas a su gorra entre las manos y demostraba gran turbación.

—Buenas noches, señor Baker — le saludé —. ¿Quiere tomar asiento?

La idea pareció asustarlo. Sacudió la cabeza.

—Usted es la señora McNeill, ¿verdad? —dijo.

Admití que así era. No valía la pena seguir fingiendo ser la señora Sayles.

—Ya anoche me pareció que ese nombre que dieron era falso — dijo —. Y cuando los vi en la costa esta mañana, uno de los muchachos me dijo quiénes eran. Mi hermana ha leído mucho sobre ustedes en los diarios.

—Siéntese — le urgí.

Pero él no quiso hacerlo; de manera que nos quedamos en pie, mientras me hablaba del motivo que le traía a mi casa. Según parece, su hermana había recordado ver algo raro la noche anterior. Hubo tres automóviles estacionados en un sendero cercano a su casa. Uno estuvo allí desde la tarde. Ese, según dijo Simón, era un modelo 39, y pertenecía al dueño del falucho. Había estado allí antes, y él había visto a Shand descender de él. Ese auto se fué alrededor de las cuatro de la madrugada. Uno de los otros coches llegó a eso de las diez de la noche y se fué más o menos media hora o tres cuartos de hora antes de que llegáramos a casa de Baker.

—¿Y qué fué del tercer auto? — le pregunté.

—No sabemos nada al respecto — repuso —. Mi hermana creyó que había otro más anoche. Eso es todo lo que sé.

—Muy bien, le agradezco mucho la gentileza, señor Baker — dije —. ¿Pero cree usted que puede confiarse en los informes de su hermana? ¿No es posible que imaginara haber oído otro auto?

—No, señora. Su cabeza funciona perfectamente respecto a todo, menos a las marcas de tiza y a la letra "s". Esas dos cosas se mezclan en su cerebro con esa Gestapo de que tanto ha leído. Parece que tiene un complejo de persecuciones, según dijo el doctor. Por eso su nombre de "Sayles" la trastornó tanto anoche. Después estuvo llorando por haberse portado tan mal. Le aseguro que no es una mala chica.

—Estas situaciones son muy dolorosas, señor Baker — manifesté.

—Tiene razón, señora. — Vaciló un momento y al fin me miró a los ojos —. Oiga usted, señora — agregó —, no piensen que Jen o yo tuvimos nada que ver con ese asesinato por el solo hecho de que tenemos nuestra casa por allí cerca.

—No creo que se les haya considerado a ustedes como sospechosos — repuse.

—Así es. Nosotros no podríamos haberlo hecho. Yo tengo una buena coartada y Jen no tiene fuerzas ni para matar una mosca. De modo que ella no pudo haber asesinado a una muchacha grande y fuerte con un rastrillo para ostras.

—¡Oh, así que fué asesinada con un rastrillo de ostras!, ¿eh?

El pareció asustarse.

—Es claro — declaró apresuradamente —. Con el mango de un rastrillo de ostras. Me dijeron que habían encontrado mucha sangre en los juncos.

Comenzó a retroceder hacia la puerta.

—Gracias, señor Baker — le agradecí —. A propósito, ¿podría decirme a qué se dedica usted?

—Soy pescador de ostras, señora. Tengo una barca pesquera, la *Jennie B.*

Me dió la espalda y, antes de que pudiera detenerlo, abrió la puerta y salió.

Vi un viejo sedan estacionado bajo el farol de la calle. Al abrir él la portezuela, distinguí a alguien en el asiento trasero.

Regresé al comedor, y Mary acababa de servirme la sopa cuando de nuevo sonó el timbre de la puerta.

Volví al *living* y me encontré allí con el señor Louis Chap.

—Tengo importantes novedades para usted y el doctor respecto al caso Esmond — dijo —. ¿Quiere llamarlo, así se las digo también a él?

Repuse que no estaba presente, pero que podía contarme a mí lo que sabía. Lo invité a sentarse en un sillón y fumar un cigarrillo en mi compañía.

Aceptó la invitación y tomó asiento. Cuando hubimos encendido los cigarrillos, comenzó:

—Bien, he sabido que usted y el doctor encontraron a la chica Cherrington — dijo —. Los felicito.

—Gracias — respondí, preguntándome cómo sabría ya que la habíamos encontrado. Probablemente recibió la noticia de Donahue.

Chap sacó el cigarrillo de la boca y lo sostuvo en su mano, mientras hacía ademanes con ella.

—Sí, tengo novedades para ustedes, señora McNeill. Creo que ya tenemos al asesino.

—Bien, es una suerte — dije —. ¿Quién es?

—Ese tipo Shand. Nunca me gustó. Desde el primer momento me figuré que tenía algo que ocultar y al parecer yo tenía razón. ¿Sabe de qué se trata?

—No.

—Un motivo — dijo Chap —. ¡Y qué motivo! Escuche usted: Shand conocía a Nona Esmond mucho mejor de lo que dijo. Ya me parecía que esa chica conocía la vida en forma intensa.

—¿Quiere decir que Nona y Shand se conocían íntimamente?

—No sé cuáles eran sus relaciones, señora McNeill; pero sé que él la odiaba.

—¿Por qué motivo? — pregunté, mientras le ofrecía el cenicero para que no arrojara al suelo la ceniza.

—Porque la Esmond publicó en el *Recorder* algo muy desagradable respecto al hermano menor de Shand. ¿No lo leyó usted? Salió en la edición de hace dos domingos. No se mencionaron nombres, pero era respecto a un soldado de infantería en Italia, y parece que, en uno de los ataques, este muchacho, que no era más que un chiquillo, se asustó y retrocedió gritando que no quería ser héroe y le pegó un tiro a su propio teniente...

—¿Es que su teniente corría delante de él? — le interrumpí.

—No, creo que el chico pasó a su lado, dióse vuelta y disparó. En fin, el caso es que la Esmond se enteró del asunto y lo publicó en forma humorística, y eso enojó terriblemente a Shand, pues resulta que era su hermanito, de modo que fué al *Recorder* y armó un escándalo mayúsculo. En un momento pareció que iba a golpear a Nona. La chica que me contó todo esto dijo que estaba terriblemente furioso. Empezó a gritar que todo era mentira y que Nona debía rectificar la noticia en el siguiente número, que sino la mataría.

—Bien — comenté —, me parece que tenía razón para estar enojado, señor Chap.

—Sí, hasta cierto punto, sí; pero no tanto como para matar a la chica con el remo.

—¿Qué fué del hermano del señor Shand? — inquirí.

—Pues, eso es lo más triste del asunto. Su nombre apareció en la lista de bajas dos días después de aparecer el artículo. Supongo que eso es lo que hizo perder la cabeza a Shand. Al viejo Woodhull no le gustó la situación. Iba a publicar un artículo diciendo que el chico era un héroe, si recibía detalles del ejército; pero aun no tenía nada y me figuro que Shand no quiso esperar más para consumar su venganza.

—Bien, es muy triste la historia — observé.

—Y ahora falta que Donahue arreste a Shand. Creo que iré en seguida a decírselo.

Esto me inquietó.

—Señor Chap: sería mejor esperar a que regrese mi marido.

—¿Para qué molestarlo? Ya tenemos a Shand entre la espada y la pared.

—Todavía no hay suficientes pruebas. No se puede condenar a un hombre, sólo porque tenga motivos para cometer un asesinato — repuse.

—No, pero mire usted los hechos. La chica estaba muerta en su cabina y sólo tenemos la palabra de él de que la halló agonizante entre los juncos.

—Lo sé, pero tenemos que probar que no la encontró allí.

—¿Y cómo harán eso, señora McNeill?

—Creo que mi esposo tiene planes respecto a lo que debe hacerse, señor Chap. Le agradezco su cooperación.

Estaba preguntándome cómo librarme de él cuando oí un estrépito de cristales rotos y luego la voz de Michael que me llamaba.

—¿Ese es su chico? — preguntó Chap.

Oí que Mary corría escaleras arriba. Pedí a Chap que me excusara, pues debía ir a ver qué le ocurría a mi hijo. Chap púsose en pie y lo acompañé a la puerta. Una vez allí se detuvo.

—Están ustedes muy bien ubicados aquí; pero es una lástima que todos esos árboles le impidan la visual. Estoy haciendo lo posible para que corten todos los árboles de los parques a fin de que la gente pueda ver algo y los chicos tengan espacio libre para jugar a la pelota, pero me he encontrado con mucha oposición.

—También se encontrará con la nuestra — dije —, si quiere usted cortar los árboles del parque.

El rió, no creyendo que la gente de la ciudad tuviera gustos tan rústicos y luego se alejó.

Yo corrí escaleras arriba para ver el motivo del ruido que oyera.

Mary tenía encendida la luz. El cuarto de Michael estaba como siempre; pero vi que el cristal de una de las ventanas estaba destrozado.

Michael estaba sentado en su camita, observando a Mary que desenvolvía un paquete envuelto en papel.

Era una piedra y en el papel estaba escrito lo siguiente: *Dejen lo que están haciendo o se*

lamentarán. Y el chico también.

—Alguien lo arrojó por la ventana —me dijo Michael—. Fué el ruido lo que me despertó, mamá. ¿Qué dice?

—Es una advertencia para que papá y yo dejemos un trabajo que estamos haciendo. Ven a mi cuarto, Michael. Mary te traerá un poco de leche y un pastelito, y dormirás en mi cama el resto de la noche.

Le encantó la idea, y al cabo de unos minutos se hallaba instalado en mi lecho. Le canté algunas canciones y casi en seguida se quedó dormido, pero yo seguí allí pensando en nuestro problema. Tal vez Shand conocía a alguno de los del yate y fué a la embarcación a tomar una copa. Luego, lleno de ansias de venganza, persuadió a Nona de que saliera con él en el bote. Shand la mató luego con el remo y la arrojó a la orilla. Y quizás la partida en su auto a las cuatro de la mañana fué con el propósito de ir al promontorio de Fosdick.

Pero, si había algo de cierto en esta teoría, ¿dónde entraba el anillo de la piedra tallada que encontráramos en el fondo del bote?

De pronto oí que se abría la puerta de entrada y a poco me llegó la voz de Jeffrey y la de Jennifer Cherrington.

—Bajo en seguida —grité desde la puerta—. Jeffrey, ¿quieres subir un momento? Lleva a Jennifer al *living-room.*

Llevé la piedra y la advertencia al *hall* y los dos la examinamos, mientras le explicaba lo ocurrido.

—Bueno, era de esperar —comentó Jeffrey—. Llamaré a Donahue para que nos mande un guardia nocturno... Me encontré con Jennifer en la puerta. Su padre la trajo en el auto, pero se fué en seguida y regresará dentro de tres cuartos de hora. Ella quiere decirnos algo.

—Tal vez sea respecto al anillo —susurré.

No hizo comentarios, pero dijo que tenía mucho apetito y bajaría en seguida.

—Chap y Baker estuvieron aquí —le informé—. Recibí noticias de importancia de los dos.

—Esperaremos hasta que se vaya Jennifer —repuso, y fué a lavarse.

Bajé a saludar a Jennifer.

—¿Quieres cenar con nosotros, Jennifer? —le pregunté.

Ella dijo que había cenado en su casa, pero que se sentaría a la mesa con nosotros.

Jeffrey entró pronto, después de telefonear a Donahuer, y dijo que todo estaba en marcha.

Pasamos al comedor y Mary comenzó a servir la cena. Jennifer comió algo con nosotros, y no perdió tiempo en preliminares, sino que de inmediato explicó el motivo de su visita.

—En cuanto me separé de ustedes comencé a pensar en todo lo ocurrido; de manera que les pedía a mamá y a papá que me dejaran venir. Verán ustedes, recordé algo que dijo esa chica Lilly, lo que tal vez les sirva para la investigación. Fué un relato largo respecto a una prueba que tuvo que dar en Stanford. Parece que la prueba era una especie de croquiñol, y era difícil. Cuando llegó a ese punto empeoró mi mareo y ya no oí más.

—¿Qué quiere decir "croquiñol"? —preguntó Jeffrey.

—Es un estilo de peinado —repuse.

—Gracias. Esto puede servirme de mucho. Establece un detalle de importancia: esa chica Lilly trabaja en un salón de belleza. Ahora tenemos algo con qué empezar.

—Querido, ¿es que debemos buscar a esa Lilly en todos los salones de belleza del este? —pregunté.

—Si es necesario, sí —repuso—. Comenzaremos con los de la ciudad. Esto aclara algo las cosas.

—¿Te parece? Veamos cuántos salones de belleza hay en la ciudad.

Fuí a buscar la guía de teléfonos. Mary sirvió el postre y yo busqué las páginas clasificadas, contando los peinadores y salones de belleza. ¡En total había ciento setenta y nueve!

—Querido, me quedaré completamente calva —dije— si tengo que hacerme un champú o una permanente en cada una de estas casas mientras busco a Lilly. Es más, sólo la vi una vez y no la reconocería si no oyera su risa.

Jennifer intervino entonces.

—Podría usted entrar en el salón y contar uno de sus chistes, señora McNeill, escuchando después la risa de todos los empleados.

Jeffrey regocijóse ante la idea.

—Probablemente Jennifer conocería a la chica si la viera —dijo riendo—. ¿Por qué no va ella contigo?

La jovencita mostróse encantada con la idea.

—¡Oh, oh, qué divertido! —exclamó—. Señora McNeill, podríamos ir con unas muestras de jabón y ofrecerlas en venta.

Pero yo objeté que no conocíamos lo suficiente el oficio como para hacerlo.

—Ya sé cómo podrán hacerlo, Anne —terció Jeffrey—. Tendrás que llamar a tu modista y descolgar las viejas cortinas para los oscurecimientos.

—Luego nos explicó en detalle su plan.

Al oírlo, Jennifer y yo quedamos asombradas.

—Pero, Jeffrey —protesté—, no puedo ir manejando así el coche. Sería ridículo. Nunca lo hacen.

—Haré que mi ayudante Joe lo maneje. Puedes dejarlo en la esquina e ir caminando al salón de belleza que quieras visitar. Podrás ver a todos y nadie se atreverá a decirte nada.

—¡Cielos, será una aventura espectacular! —exclamó Jennifer—. Pero, ¿no nos arrestarán?

Más tarde, una vez que Jennifer se retiró y le contó a Jeffrey los detalles de las visitas de Baker y Chap, nos quedamos en el cuarto de Michael discutiendo la situación. Jeffrey me informó que Donahue averiguaría respecto al calzado de la señorita Baker. El detalle respecto a la pesca de ostras resultaba interesante, como asimismo el relato relacionado con el hermano menor de Shand. Aunque Jeffrey se inclinaba a creer que uno de los tripulantes del yate fué quien asesinó a Nona. Estaba convencido de que lo más importante era encontrarlos a todos ellos.

—¿Pero la mataron con un rastrillo de ostras o con un remo? —pregunté.

—Con ninguna de las dos cosas. La golpearon con una piedra pesada. Se hallaron pequeñas partículas en las heridas de Nona... ¿Vas a dormir tú en nuestro cuarto con Michael, o lo hago yo, Anne?

—Será mejor que duermas tú con él, yo me arreglaré en su camita —repuse.

XI

Al día siguiente —lunes—, a las once de la mañana, Jennifer y yo nos miramos al espejo de mi dormitorio y vimos a dos hermanas de la caridad: mujeres casi desconocidas, con el cabello oculto bajo tocas negras y blancas y el cuerpo cubierto de negras vestiduras.

Pero a las dos de la tarde, Jennifer y yo marchábamos por la calle Maple con nuestros negros hábitos. Mi rodilla ya estaba bien, y sentía la impresión de estar dentro de una bolsa.

Probamos suerte en el salón de belleza de Aldrich, y allí comenzamos nuestro plan de campaña. Fingíamos pedir pequeñas contribuciones para los niños hambrientos de Cheznovia. De tal modo logramos ir viendo a los diferentes empleados de varios negocios de esa naturaleza, hasta llegar al salón de peinados de Charlote.

Abrimos la puerta y entramos a la atmósfera perfumada del salón. Allí había ocho o diez mujeres que se estaban haciendo peinar. Una jovencita muy atildada atendía el teléfono y concertaba las citas. De uno de los reservados nos llegó el sonido de una risa que yo conocía.

Estaba diciendo a la joven del escritorio:

—...pequeñas contribuciones para los niños hambrientos de Cheznovia.— Me interrumpí e hice una seña imperceptible a Jennifer.

La encargada nos negó permiso para hablar

con las empleadas, y yo tenía que comprobar si estaba allí Lilly.

—Los santos nos ayudan —dije—. Le ruego nos permita hablar con ellas un momento.

—M. Pierre no permite que se les interrumpa cuando están atendiendo a la clientela —repuso la jovencita.

Jennifer habíase adelantado y estaba mirando todo. Extendió la mano y apartó la cortina de uno de los reservados.

—Mi hermana es joven y siente curiosidad por estas cosas —expliqué a la encargada—. No la molestaremos más.

Saludé con gran dignidad en el momento en que Jennifer regresaba a mi lado, y ambas nos retiramos.

—¿Y bien? —pregunté, ya en la calle.

—Era Lilly. ¿Qué hacemos ahora?

—Nos vamos a la esquina, subimos al auto, y nos marchamos a casa lo más pronto posible. Estoy ansiosa por quitarme estos ropajes.

Al cabo de media hora estábamos en casa, debidamente vestidas, y tomando el té en nuestro *living-room*. Michael estaba echado en la alfombra, dibujando ametralladoras y tanques. Yo ya había concertado cita con Charlotte para la mañana siguiente a las diez, indicando que deseaba un lavado de cabeza atendido por Lilly.

Jennifer y yo tomamos té con pastelillos. Una caja de monedas y billetes descansaba sobre la mesa. Ya teníamos decidido enviar el dinero a la Cruz Roja Griega.

—¿Qué hacemos ahora, señora McNeill? —me preguntó Jennifer—. Le aseguro que esta tarde me divertí muchísimo. Espero que el doctor tenga otro proyecto para nosotras.

—No todos son divertidos —repuse, y le pregunté entonces algo que me tenía preocupada desde la noce anterior —. ¿Crees que Peter Shand pudo haber ido al yate el sábado por la noche?

Ella pensó un momento antes de responder:

—Bien, supongo que es posible, pero no lo sé. Como le dije, estuve en la cabina casi todo el tiempo.

—¿Crees que conocía a alguno de los de a bordo?

—Conocía a Nona —repuso, casi con desgano—. Verá usted, cuando salimos de la caleta, el sábado por la tarde, yo estuve sobre cubierta un momento y pasamos frente al falucho. Coggie manejaba el timón y casi lo choca. Peter estaba bajando a su chinchorro, y pareció enfurecerse y gritó varias cosas, y entonces Nona me dijo: "¡Vaya, si yo conozco a ese hombre! Es Peter Shand".

—¿Y él la reconoció? —pregunté.

—Es posible, pero no lo sé.

—¿Qué dijo Nona de él?

—Dijo que era..., pues bien, no parecía serle muy simpático; pero yo no aceptaría la opinión de Nona, señora McNeill.

—Lo comprendo. ¿Qué dijo?

—Dijo que debía ser uno de esos que volvieron de la guerra medio locos, que le habían hecho una escena terrible en la oficina del diario... Pero ella era muy exagerada para todo.. Señora McNeill, le diré que Nona y yo no siempre fuimos muy amigas.

—Tu mamá me contó algo al respecto —repuse suavemente.

—Sí, ella se portó muy mal en el asunto de Roger. Y no es agradable recordar que él murió por su culpa. Ahora estaríamos casados y

muy felices.— Su voz se quebró —. Usted y el doctor quieren encontrar al asesino de Nona, y supongo que eso está muy bien. El asesinato es algo horrible..., pero ella también asesinó a Roger. El estaría vivo si no fuera por Nona.

Apoyó la cabeza en las manos y rompió a llorar.

Michael se volvió para mirarla.

—¿Por qué llora? — susurró —. ¿Se hizo daño?

—Está triste — contesté.

—¿Se le pasará con un poco de yodo?

—Eso no serviría de nada, querido. ¿No quieres ir a pintar a la cocina por un rato?

—¡Pobrecita! — comentó él, y le acarició la cabeza.

Luego llevóse sus pinturas a la cocina, derramando un poco de agua sobre la carpeta.

—Querida, ¿no quiere tomar otra taza de té? — dije a Jennifer. No se me ocurrió otra cosa para consolarla.

Ella sonóse la nariz y volví a llenar su taza.

—Le parecerá a usted extraño que fuera con Nona a esa cita después de eso; pero siempre habíamos sido muy amigas y ella parecía haber sufrido mucho por Roger, de modo que pensé complacerla cuando me invitó, y aprovechar la oportunidad para reanudar nuestra amistad. Pero le aseguro que me arrepentí de haberlo hecho. A veces pensé que era ella una de esas personas que ejercen mala influencia en otros... Tal vez es mejor que haya muerto; aunque usted pensará que es algo horrible lo que digo.

—Querida, no me extraña que pienses así — la consolé —. Fué una tragedia.

—Me desquició por completo — repuso, poniéndose en pie —. ¡Era tan bueno y divertido, y me comprendía tan bien!... ¿Sabe usted? Peter Shand es algo parecido a él; un poquitito. Es mayor, por supuesto, pero en él hay algo maravilloso y desusado. ¿No le parece, señora McNeill?

XII

A las diez de la mañana del martes, Lilly me estaba atendiendo. Me hallaba yo sentada frente al espejo mientras sus largos y prácticos dedos masajeaban mi nuca. Sentíame relajada y físicamente contenta, y ella había prodigado sus cumplidos respecto a mi cabello, comentando:

—¡Es tan bonito y suave! Le aseguro, señora McGurdy, que nunca he visto cabello de un matiz tan bonito. Pero me parece que usted necesita una permanente.

Entretanto yo pensaba cómo podría hacer para llevar la conversación hacia temas marinos, y una vez lograda tal cosa, cómo conseguiría hacerle hablar sobre sus amigos del yate.

Miré por la ventana y vi que en la calle corría un fuerte viento.

—¡Qué viento sopla! — exclamé —. Me gustaría estar navegando hoy. Mi esposo tiene un falucho en el puerto de Hawled.

Noté que sus dedos se ponían rígidos, pero su rostro, reflejado en el espejo, estaba tan plácido como siempre.

—¡Oh, le agrada navegar! — observó.

—Sí, me gusta mucho.

Mi papel era ahora el de la mujer conversadora que paga con una buena propina el interés y la paciencia demostrada por su peluquera.

—Estamos enamorados del falucho — proseguí —. No sabemos mucho respecto a navegación. A decir verdad, casi no diferenciamos un extremo del barco del otro, pero nos encanta navegar.

—La parte delantera se llama proa — dijo Lilly —, y la trasera popa.

—Bueno, sí, eso ya lo sé — repuse —. Parece que usted sabe navegar. ¿No le encanta el deporte?

—Le diré, no soy muy buena marinera; pero sé bastante acerca de embarcaciones. Sé que la parte izquierda se llama babor y la derecha estribor, y que a la vela no se la llama escota. Eso es una soga. ¿No le parece raro?

Dejó escapar su risa, que yo conocía tan bien.

Hice eco a su risa, diciendo que admiraba a la gente conocedora de las embarcaciones.

—Mi esposo y yo queremos comprar una más grande — dije —, pero no podemos encontrar ninguna. Antes había gentes que se ocupaban de comprar y vender por cuenta de otros; pero creo que todos se han ido a la guerra. Solían ganar mucho dinero.

—¿Cómo es eso?

—Siempre conseguían un porcentaje de las ventas. No sé exactamente cuánto, pero creo que ganaban hasta cincuenta dólares en cada transacción.

—Cincuenta dólares no me vendrían mal.

—¡Me lo imagino! — repuse.

Guardé silencio, esperando que mis palabras surtieran efecto. Entretanto, ella continuó masajeando mi cabeza, para echar luego un poco de aceite y colocar encima una toalla caliente. Poco a poco me sentí adormecer; pero hice un esfuerzo para tener bien despierta la mente.

—Me imagino que a menudo ganaban más de cincuenta dólares — dije, volviendo al asunto —. Mi esposo pagaría hasta cien si alguno encontrara una buena embarcación para nosotros.

—¿Qué clase de embarcación quieren comprar ustedes? — preguntó —. ¿Grande o pequeña?

—Pues bien, una más grande que la nuestra. Algo que tenga una cabina interior y una exterior, un lavatorio y tal vez una cocinita.

—Acérquese usted al lavatorio, señora McGurdy — me dijo, y por el tono de su voz noté que estaba emocionada.

Incliné la silla hacia el borde del lavatorio. Las manos de la joven comenzaron a lavarme el cabello.

—Tal vez sepa dónde encontrar un barco que les guste, señora McGurdy — dijo, mientras trabajaba —. Tengo algunos amigos que hablaban de vender el suyo. ¿Cree usted que podría ganarme esa comisión si consiguiera el negocio?

—Ya lo creo que sí — repuse. Si la exoneraban por su participación en el crimen, estaba segura de que Jeffrey estaría dispuesto a darle cien dólares por su ayuda.

La joven empezó a sonrojarse ligeramente.

—Muy bien — dijo —, eso sería magnífico, señora McGurdy. Mire, tengo que llamar a esos amigos y ver lo que dicen al respecto. Es claro que no sé si ahora querrán vender su embarcación; pero sé que hablaban de librarse de ella lo más pronto posible, de modo que tal vez se haga el negocio.

—¡Oh, ojalá deseen venderla! — manifesté —. Y mucho me gustaría verla. ¿Dónde está? ¿Está cerca de aquí?

—Bueno, no creo que usted pueda verla tan fácilmente — repuso en tono dubitativo —. Creo que si se pudiera ir directamente, se llegaría a ella en dos o tres horas; pero dando la vuelta llevaría casi todo un día.

—¡Cielos, a vuelo de pájaro! ¿Eh? ¿Dónde está?

La pregunta directa la asustó. Repuso evasivamente:

—No lo sé en realidad. No sé mucho al respecto. Tengo que ponerme en contacto con esos amigos.

—Mi esposo y yo estamos muy interesados en la compra de una embarcación más grande, y pagaríamos un buen precio por ella — dije —. ¿Cómo se llama usted?

—Lilly.

—Sí, pero me refería al apellido.

—¡Oh, llámeme Lilly simplemente! Todo el mundo lo hace.

—Lo sé; pero pensé que podría telefonearle al negocio. ¿Dónde vive usted?

—Con una amiga, y no tenemos teléfono. Podría usted llamarme aquí.

Me pareció prudente no insistir sobre el punto.

—Oiga, ¿por qué no invita a esos amigos suyos y cenan todos conmigo esta noche en el restaurante Corelli de la calle Senate? Podremos discutir la venta de la embarcación durante la comida. Me figuro que no le vendrán mal los cien dólares de comisión. Piense usted en toda la ropa que podría comprarse con tanto dinero.

Estaba de nuevo en la silla de frente al espejo, con una toalla caliente alrededor de mi cabeza, y Lilly comenzaba ya a soñar con ropa interior de seda y vestidos de fiesta.

Una hora más tarde, al retirarme, le di un dólar de propina, diciéndole que la esperaría a ella y a sus amigos a las seis y media en el restaurante Corelli.

Inmediatamente me encaminé al laboratorio de Jeffrey, en la Facultad, a fin de relatarle lo ocurrido hasta el momento. Lo encontré en su mesa de trabajo, examinando algo con la ayuda del microscopio.

Sin levantar la vista, dijo:

—Hola, Anne. Tengo aquí un detalle que podría llevarnos a la solución del caso.

Se irguió y me puso en la mano un trozo de metal.

—¿Qué es? — pregunté.

—¿No lo reconoces?

—No. ¿Nos hemos conocido antes?

—Ya lo creo. Es la primera nota de la sinfonía.

—Jeffrey — exclamé —, es parte de la grampa que corté con los alicates.

—Eso es. ¿No recuerdas que me la guardé en el bolsillo?

—Sí. ¿Y puedes adivinar por esto quién fué el asesino?

—No del todo; pero me imagino que cortaste esto con un par de alicates paralelos, y que éstos al cortar producen una ligera imperfección en la superficie. Mira.

Volvió a colocar el trozo de grampa en el microscopio y me incliné a examinarlo. Tenía razón; se veían dos pequeños pellizcos en la parte cortada por los alicates.

—Hasta se pueden ver con la lupa — dijo él, extrayendo de su bolsillo un lente de aumento que siempre lleva encima —. Ahora falta encontrar la herramienta.

Me apoyé en una de las mesas y le sonreí.

—No está mal, querido; pero te llevo ventaja esta vez.

Y le conté todo lo que había conversado con Lilly en el salón de belleza.

—Está muy bien — comentó él, cuando hube finalizado —. Hemos adelantado más de lo que yo soñara. Hablaremos a Donahue respecto a Lilly y será muy fácil averiguar quién es, y dónde vive, y el resto resultará muy sencillo.

OJO POR OJO... Por González Fossat

TUS CHARLAS

TUS RONQUIDOS

—Me parece que tú y yo podríamos sonsacarle más que si dejamos que Donahue o sus hombres la interroguen.

Pensó un momento. Y al fin admitió:

—Tal vez tengas razón. Pero asegúrate de los nombres y direcciones de sus amigos esta misma noche si es posible. Con respecto al yate, no me sorprendería que los guardacostas lo encontraran esta misma tarde. Les telefonearé de inmediato. Todavía no lo han localizado, pero eso se debe a que lo buscaron donde no estaba.

—¿Cómo es eso, Jeffrey? —pregunté.

—Bien, ¿qué crees que puede significar eso de dos o tres horas directamente y un día dando la vuelta?

—Creí que se referiría a algún cabo o isla.

—No. ¿Qué te parece Port Adams?

—En el lado de Long Island. ¡Claro que sí! Tengo el cerebro de un canario.

—Todo lo contrario. Tuviste una gran idea con eso de querer comprar un barco más grande. Es muy satisfactorio tener una esposa con una cabeza útil y a la vez ornamental como la tuya, Anne. Aunque, claro está, es por eso por lo que te elegí.

—Querido, eres un adulador y un egoísta.

—¿Lo soy?

—Sí... ¿No vienes a cenar conmigo en el restaurante Corelli?

—Querida —replicó—, tú estás perfectamente capacitada para llevar a cabo completamente sola la tarea.

—Jeffrey, me decepcionas.

—Tengo una cena y una recepción en el club de la Facultad y no puedo faltar. Además, no conviene multiplicar por dos el riesgo de que descubran que nuestro nombre no es Mc Gurdy.

—Bien, tal vez tengas razón —admití, poniéndome los guantes.

—Cuando venía hacia aquí esta mañana pasé por la oficina del *Recorder* y revisé el escritorio de Nona. No encontré nada que se refiriera al asunto de las loterías.

—¿Y respecto a las ostras?.... Todavía no comprendo bien el asunto ése.

—Interrogué a Woodhull al respecto. Nona estaba a punto de hacer explotar una bomba en esa industria, debido a que las pesquerías están muy cerca de los desagües de aguas servidas.

—¿Y crees que eso tendrá algo que ver con el asesinato?

—No. Woodhull piensa que de eso no se sabía nada aún... Hablé con todos los empleados y ninguno me pudo decir nada de utilidad. De modo que ya tenemos cubierto ese aspecto de la investigación.

—Bueno, debo irme —dije.

—Oye, Anne, ten cuidado —me recomendó. —No vayas a ninguna parte en auto con esa gente de esta noche, ni siquiera en el nuestro. Y no camines con ellos más que por las calles céntricas.

Después de escuchar esas instrucciones me fuí, hice algunas compras y luego me encaminé a casa. Al pasar por las calles Senate y Pons vi a Simón Baker que ayudaba a una mujer a subir a un ómnibus. Supuse que sería su hermana, pues no alcancé a verla bien. Llevaba cuatro libros bajo el brazo. En los últimos días me parecía verlo por todas partes.

❦ ❦ ❦

A las seis y veinticinco yo me hallaba sentada en un reservado de Corelli, observando la puerta de entrada, a la espera de Lilly y sus amigos. Pasaron quince minutos y no apareció. Me figuré que tal vez no se presentaran. Quizás habían descubierto que era yo la que me acerqué al yate para pedir prestados los alicates. ¿Me habría reconocido por los retratos que aparecieron en los diarios en otras oportunidades?

Eran ya las siete menos cuarto y aun no se presentaba Lilly. El restaurante estaba lleno de gente, como así también del olor de los alimentos. Tal vez la joven hubiese entrado sin que yo la viera. Posiblemente ella estaría con sus amigos en algún otro reservado.

Me puse en pie y me dirigí hacia el fondo del local. Había varias personas en todos los reservados, menos en uno, en el que vi a una sola mujer, que lucía un vestido de color rojo y aretes de oro. Ella levantó la vista y la reconocí. Era la mujer morena que había visto en el yate.

Ahora bien, no sabía yo si ella estaba esperando a Lilly o si su presencia allí se debía a la casualidad. El momento era algo desagradable. Empero, le sonreí y dije:

—¿No estaremos las dos esperando a la misma persona? ¿A Lilly? Ella me la describió a usted muy bien... Soy la señora McGurdy. Estaba interesada en comprar una embarcación.

—¡Oh! ¿Cómo está usted, señora McGurdy? —repuso—. Lilly dijo que vendría a las seis y media. No sé qué le habrá pasado.

Sugerí que convenía no esperarla y pedí la cena, diciendo que Lilly podría comer cuando se presentara. De modo que tomé asiento y me saqué los guantes, diciendo:

—Lilly no me dijo los nombres de los amigos que invitaría.

—Soy la señora Gladys Kerry —respondió, y en seguida comprendí que no era ése su nombre.

La mujer tenía facciones algo toscas, cutis áspero, ojos oscuros y expresión taimada; dientes desparejos y mal cuidados. No me gustó nada su aspecto.

—Respecto a ese asunto de la embarcación —manifestó—, sé de una que tal vez se venda, pero no estoy segura si los propietarios querrán desprenderse de ella. Tendrían que conseguir un precio muy bueno.

—Pues bien, mi esposo y yo estamos dispuestos a pagar un precio razonable si es la embarcación que nos conviene. Naturalmente que debemos verla antes. ¿Dónde está? ¿Podríamos ir a verla?

—No sé si los dueños estarán interesados en mostrarla. En realidad, no sé si es que quieren venderla o no. ¿Qué clase de barco quieren ustedes, señora McGurdy?

—Uno más grande que el nuestro. Un cutter, un queche, o un yate, de unos treinta y cinco pies de largo.

—Yo no conozco nada de barcos. Sólo actúo como agente.

Pensé en la pobre Lilly y en sus cien dólares.

—¿No era Lilly la agente?

—Manejamos esto entre las dos.

—Comprendo. Bien, para mí es lo mismo si ella está conforme.

—Seguro, ¿por qué no va a estarlo?

La camarera nos sirvió el primer plato.

—¿Cuántos mástiles quiere usted en su barco? —preguntó la señora Kerry.

—Uno o dos. No creo que eso tenga mayor importancia. ¿Quién es el dueño, señora Kerry?

—El dueño quiere mantenerse alejado de la transacción.

—Eso está bien, pero no podrá hacerlo si se efectúa la venta. Mi esposo y yo querríamos verlo para comprobar si nos gusta o no. Necesitamos más espacio que el que tenemos en nuestro barco. Quiero dos cabinas, un lavatorio y una cocinita.

—Este barco tiene todo eso.

—Me parece maravilloso. ¿Está en el puerto de Hawley o en la caleta de Duck? ¿Está muy lejos de aquí?

—No, no está muy lejos —repuso, y luego inclinóse por sobre la mesa, agregando:

—Oiga, ahora la conozco. Usted es la mujer que se nos acercó para pedir prestada una sierra.

—¡Es verdad, y usted estaba sentada en el sollado del yate! —exclamé. Ya era tiempo de poner algunas de las cartas sobre la mesa

—Bien, ¿qué le parece encontrarnos aquí? —comentó ella.

—¿Es ése el barco que está en venta? —pregunté.

Ya estábamos comiendo el segundo plato.

—¿Por qué se demorará tanto Lilly? —observó la señora Kerry—. Oiga, le aseguro que no sé si el dueño quiere venderlo. Estos no son más que los preliminares.

Los preliminares parecían estar inmovilizados. Decidí obrar drásticamente.

—¡Qué pena lo que ocurrió a esa chica que vi en el yate! —dije de pronto.

—Oh, ¿reconoció usted su retrato en los diarios? Bien, le diré, señora McGurdy, ese asunto me tiene muy preocupada. Me parece que sé quién la mató.

No sé por qué, pero en ese momento noté por primera vez sus manos. Tenía dedos romos y muy gruesos, feos, de aspecto cruel, capaces de cualquier cosa. Y ella era una mujer muy lista, y mala por añadidura.

Comprendí que debía desempeñar el papel de estúpida e inocente. Tratando de parecerlo lo más posible, exclamé:

—¡Oh, señora Kerry! ¡Cielos, espero que lo haya usted comunicado a la policía!

Ella dejó escapar una risita.

—No se lo he dicho a nadie. No quiero ser causa de que esa chica se vea en enredos.

—¿Qué chica? Ya está muerta la pobre.

—No, la otra. Creo que usted no la vió. Estuvo en la cabina la mayor parte del tiempo.

—¿Se refiere usted a esa pequeña de trenzas?

—Sí, claro. Bien, es a ella a quien no deseo poner en dificultades con la policía.

—Pero,¡cielo santo!, ¿qué hizo ella? —pregunté.

La mirada de la señora Kerry dió a entender que el asunto debía discutirse en voz baja. Continuó entonces en tono poco más alto que un susurro, y mientras iba relatando su historia me sentí cada vez más horrorizada.

—Verá usted —comentó—. Nona Esmond y la otra chica decidieron volverse a sus casas. Eso fué alrededor de las once de la noche del sábado. A decir verdad, no sé por qué fueron juntas a esa cita, pues parece que estaban peleadas por causa de un hombre. Creo que era un paracaidista que murió en Holanda. Bien, el caso es que fueron juntas y nosotros las tratamos lo mejor posible; pero la Cherrington resultó más una molestia que otra cosa. Como vimos que estaría mejor en su casa no intentamos impedirles que se fueran cuando anunciaron que deseaban hacerlo. Nos entristeció ver que parecían estar más enojadas entre sí que cuando fueron a bordo, y temimos que a la jovencita le diera un ataque de ira; no obstante, ni siquiera soñamos que sucedería lo que pasó. De manera que les prestamos el bote, les dijimos que lo dejaran atado en el desembarcadero, y las dos se fueron juntas. No se habían alejado más de unos treinta metros cuando las oímos que se peleaban con gran furia. Cada vez se ponía peor el escándalo. Las voces subían de tono hasta llegar a convertirse en gritos, y después oímos el sonido de golpes... y luego todo quedó en silencio. No llegó a nuestros oídos más que el ruido del viento y el agua. ¿Conoce usted el ruido que hace el agua contra el casco?

Lo conocía. También sabía cómo suenan las mentiras, y traté de mirarla a los ojos; pero ella no me miró de frente. Estaba comiendo su bistec, y yo había perdido ya el apetito.

Era todo una mentira, por supuesto. Parecía demasiado largo el relato, y recibí la impresión de que la mujer lo había aprendido de memoria... ¿pero lo sería? En una y otra parte se destacaba una verdad. Eso era lo que lo hacía tan terriblemente plausible. Recordé lo que me dijera Jennifer respecto a que Nona había asesinado a su novio. Cuando la vi a bordo, me imaginé que la jovencita estaba mareada simplemente; pero tal vez esta mujer tenía razón. Quizá Jennifer estaba bebida y, en consecuencia, no era responsable de sus actos.

—¿Qué le parece a usted, señora McGurdy? ¿Debería hablar con la policía? —preguntó la mujer.

—¡Oh, cielos, señora Kerry! —exclamé—. No podría aconsejarla. No me atrevo a cargar

con tal responsabilidad. ¿Qué piensan sus amigos?

—¿Qué amigos?

—Los otros que estaban a bordo.

—No sé. No he hablado del asunto con ellos.

—Tal vez algunos de ellos ya han referido eso a la policía.

—Si es así, ¿no habrían arrestado a la chica?

—Supongo que sí —repuse.

—Bien, me figuro que todos pensarán como yo, y no querrán tener sobre su conciencia la responsabilidad de haber enviado a esa chica a la cárcel... o a la silla eléctrica.

—No me extraña que piense usted así, señora Kerry —comenté.

Sentíame terriblemente agitada por la revelación. Pero era esencial que recobrara mi presencia de ánimo. De modo que miré por el salón y hacia la puerta, preguntándome qué habría sido de Lilly. Me figuré que ya no valdría la pena esperarla; mas, aunque Lilly no estaba a la vista, vi a alguien a quien conocía: el señor Louis Chap.

El hombrecillo estaba hablando con el cajero. Se volvió, y al verme saludó con la mano y acercóse a nosotros.

—¡Qué suerte encontrarla, señora Mc...!

—Gurdy —dije apresuradamente—. Ya sabía que olvidaría usted mi nombre, señor Chap.

El rió en forma agradable. El sonido de su risa casi me hizo perdonarle por desear cortar los árboles del parque.

Lo presenté a la señora Kerry y él pidió permiso para quedarse con nosotras. Tomó asiento y todos comimos un trozo de pastel de manzana con helado de vainilla. Conversamos respecto a la futura elección y todos parecimos estar de acuerdo en nuestras ideas políticas. Finalmente nos levantamos de la mesa y nos dirigimos a la salida. Después de pagar la cuenta nos quedamos un momento en la puerta.

—Bien, señora Kerry —dije—. ¿Preguntará usted a sus amigos si quieren vender su barco? Me gustaría mucho verlo.

—Muy bien, señora McGurdy, lo haré.

—Puede usted llamarme al 6-7271.

—Muy bien.

—¿Y cómo podré ponerme en comunicación con usted?

Ella titubeó un momento antes de contestar:

—Vivo en Conroy Road, número 1492.

De nuevo tuve la impresión de que mentía.

En la calle soplaba un fuerte viento, y la noche estaba clara y fresca. La señora Kerry me dió las gracias por la cena, saludó a Chap mirándole provocativamente, y luego se alejó.

—Es una buena pieza —comentó Chap, con deseos de que le hablara de ella.

—Es una mujer interesante —repuse, dejando de lado el tema.

—¿Quiere que la lleve a su casa, señora McNeill? —me preguntó—. Mi coche está en la esquina.

Marchamos hacia su automóvil y emprendimos el camino a casa. El hombre sabía guiar muy bien, aunque iba demasiado rápido. Conversamos respecto a los gusanos que habían invadido los árboles de toda la ciudad, y finalmente llegamos a la calle Stanley, donde se halla nuestra casa. Lo invité a pasar y beber algo.

—Gracias, no —repuso—. Tengo que ir a casa; mi esposa me espera. Avíseme si averigua algo nuevo sobre el caso Esmond, señora McNeill.

—Le diré a mi esposo que lo haga... —repuse—. Muchas gracias por traerme a casa, señor Chap.

Y con esas palabras entré en mi hogar.

XIII

El señor Donahue estaba sentado en nuestro sofá, con un vaso de whisky en la mano, mientras reflexionaba en ese relato respecto a Jennifer. Jeffrey hallábase más cerca del fuego, y yo fumaba un cigarrillo, observando a los dos con gran atención.

Había regresado de la cena en el restaurante Corelli, encontrándome con Jeffrey en casa, pues su reunión se había suspendido, y le referí todo lo que me contara la señora Kerry. El, de inmediato llamó a Donahue, quien poco después se presentó.

—Tal vez estemos siguiendo una pista falsa —observó Donahue ahora—. Es posible que no hubiera nada de verdad en eso de la lotería. Por cierto que había desacuerdo entre la Esmond y la chica de Cherrington.

—No tanto como para que Jennifer la matara —dije.

—Me gustaría comunicarme con Chap y pedirle su opinión. El cree que Shand es nuestro hombre.

—¿Por qué llamar a Chap? —pregunté—. ¿Para qué inmiscuirlo en esto?

Donahue me miró y luego miró a Jeffrey.

—Su esposa teme que Chap aprese al asesino antes que ustedes, McNeill. Cuando las damas se ponen celosas hay que tener cuidado —dijo sonriendo.

—Mi esposa no está celosa de Chap —repuso Jeffrey seriamente—. ¿Pero por qué inmiscuirlo en el asunto?

—Bien, es un hombre muy astuto, bien visto en la ciudad y conviene tenerlo de nuestra parte. Como director de la comisión contra el vicio, es de su incumbencia ocuparse de estas cosas.

—Pero no creo que Jeffrey y yo pudiéramos trabajar en colaboración con el señor Chap —comenté.

—¡Oh, no quiero decir que trabajen con él! Sólo se me ocurrió que podría tener alguna idea buena, y siempre conviene consultarlo.

Me pareció curiosa su actitud. Era casi como si Donahue temiera a Chap, y me pregunté si Donahue sabría lo que nos dijera Woodhull respecto a que Chap sería el próximo fiscal del distrito.

—Bien, puede obrar como guste, señor Donahue —repuse—. Lo que pasa es que a mí no me resulta simpático.

Sorprendióse ante mis palabras.

—¿No le resulta simpático? ¡Vaya, si todo el mundo quiere a Louis Chap! Es uno de los hombres más populares de la ciudad. ¿Qué tiene contra él, señora McNeill?

—Hasta ahora, lo único que tengo contra él es que quiere cortar los árboles de los parques a fin de que los niños tengan suficiente espacio para jugar a la pelota.

Este prejuicio irrazonable nos divirtió a todos, y Jeffrey se puso en pie y sirvió más whisky.

—Ahora bien, les diré lo que deberíamos hacer —dijo Donahue—. Deberíamos ir a casa de los Cherrington y apretar los tornillos a esa chica.

—¡No! —exclamé—. Nadie apretará los tornillos a Jennifer.

—Oiga usted, señora McNeill. Ya me conoce —protestó Donahue—. Ya sabe que no es más que una manera de hablar. Bien sabe que no permitimos que se aplique el tercer grado en esta ciudad. Lo que quiero decir es que a veces los sospechosos están más dispuestos a hablar si se les sorprende en su propia casa, mientras que si se les lleva a la jefatura o a mi oficina no dicen casi nunca la verdad.

—¿Qué le preguntaría usted? —dije.

—Trataría de averiguar si lo que dijo esa señora Kerry es verdad o no.

—Creo que sería más prudente interrogar a la señora Kerry o a Lilly.

—Lo haremos, señora McNeill. Pero hay tiempo sobrado para ello. Hasta ahora los motivos señalaron a los Baker, a Peter Shand y, esta noche, a Jennifer Cherrington. Ya hemos interrogado a Shand y estamos vigilándolo, como así también a los Baker. Ahora veremos a la chica de Cherrington. Eso que le contaron a usted, unido al hallazgo del anillo en el bote, no indica nada bueno para esa chica.

De manera que al instante nos dirigimos a casa de los Cherrington en nuestro automóvil. Al llegar a destino, oímos tocar el piano.

Las cortinas de las ventanas estaban levantadas, y vimos en el interior del *living-room* a Peter Shand sentado al piano y a Jennifer bailando una especie de danza moderna.

—Entremos —dijo Donahue.

Ascendimos la escalinata y tocamos el timbre.

Peter Shand no se mostró complacido de vernos; pero Jennifer nos recibió con gran cordialidad, corrió hacia el comedor y a poco regresó con un pastel de frutas, una botella de Jerez, y la información de que sus padres estaban en un concierto. Ella y Peter Shand se habían quedado en casa para estudiar la coreografía de un *ballet* moderno. ¡Peter era maravilloso para eso! Cuando vivía en Nueva York conoció a muchos de los artistas del *Ballet Russe*, y hasta escribió un *ballet* con un nocturno de Chopin.

—El pasado oscuro de un abogado, ¿eh? —comentó Shand.

Parecía haberse puesto de mal humor con nuestra visita. Jennifer tomó asiento a su lado en la banqueta del piano.

—¿Qué novedad hay? —preguntó la jovencita—. Tenía esperanzas de tener noticias suyas, señora McNeill, respecto a su conversación con Lilly.

—Bien, no averigüé nada importante, por desgracia —repuse.

Como Donahue fué quien insistió en efectuar la visita, me dispuse a dejarle que llevara él la iniciativa. Jeffrey parecía opinar como yo al respecto.

Donahue dejó su vaso de Jerez sobre la mesa, tragó el último trozo de pastel, y cruzóse de piernas.

—Bien, Jennifer —dijo—, quisiera formularle algunas preguntas. ¿Dónde estaba el yate cuando se alejó de él el sábado por la noche?

—Muy cerca de las islas Pumpkin. Ya se lo dije a la señora McNeill.

—Sí, pero tenemos que comprobar todos esos detalles. ¿Está segura?

—Claro que sí. La corriente me llevó hacia la playa. La señora McNeill sabe muy bien la fuerza que tiene.

—Comprendo. ¿Y qué fué del bote?

—¿Del bote? No sé nada respecto al bote.

—¿Después que se fué usted en él?

—Le digo que no me fuí en él. Me tiré al agua por sobre la borda del yate.

—¿Está completamente segura, Jennifer?

—Por supuesto que estoy segura. ¡Cielos!, ¿no le parece que me acordaría bien si me zambullí o tomé el bote?

Donahue volvióse más conciliatorio.

—Bueno, bueno, Jennifer, no se exalte. Sólo quería llegar al fondo del asunto. Sólo quería saber qué fué del bote después que usted y Nona se fueron en él.

Esas palabras hicieron que la jovencita se pusiera en pie de un salto. Parecía asustada y habíase puesto pálida.

—¿De modo que se trata de eso, señor Donahue? ¡Quiere hacerme admitir que yo maté a Nona Esmond!... Yo no me fuí del yate con ella. ¡Señora McNeill, no puede usted creer que sea así! ¡Usted no lo cree!

Peter Shand estaba furioso. Se levantó de la banqueta y nos enfrentó, diciendo a Donahue:

—¿Qué estupideces dice usted, hombre? Quiere culpar del asesinato a esta pobre chica porque su policía es demasiado holgazana o demasiado incompetente para hallar al que lo cometió. ¿Por qué no busca en el diccionario el significado de la palabra justicia?

—No se exalte —le dijo Donahue severamente—. Esto es una investigación policial.

—Muy bien, pero yo me inmiscuyo en ella.

—No lo haga. No tiene derecho.

—Eso es lo que usted cree. Me casaré con esta chica... Entonces ni usted ni los McNeill podrán molestarla más.

Entonces hablamos todos a la vez. Yo declaré en voz alta que no era culpa nuestra que se molestara a Jennifer; Jeffrey dijo que Shand era algo precipitado, y Jennifer afirmó que Peter era un encanto, pero que debía pensarlo con calma. Mientras tanto, el fiscal trataba de hacernos callar.

—Bueno, bueno —decía—. Basta de confusión. Tomemos esto con calma, Jennifer.
Echóse hacia adelante y la miró con cierta bondad.
—Pero es que se equivoca, señor Donahue —replicó ella.
—Usted había reñido con Nona Esmond, ¿no es verdad?
—Sí, pero eso ya había pasado. Justamente fuí con ella para ofrecerle la rama de olivo.
—¿La rama de olivo?
—Sí, como gesto de reconciliación.
—En palabras que usted puede entender —intervino Peter Shand con rudeza—, Jennifer quería hacer las paces con la Esmond. La pelea había terminado.
—Gracias, pero no necesito intérpretes, señor Shand —repuso Donahue, tornándose rojo. De nuevo dirigióse a Jennifer—. Usted había peleado con ella porque la creía responsable de la muerte del hombre con quien estaba comprometida.
—Bueno, sí —repuso Jennifer—; pero supongo que esas cosas pasan. Parece extraño, tal vez esté mal, pero es así. Quisiera saber qué pensaría el pobre Roger si supiera...
—¡Si supiera que mató a Nona Esmond! —exclamó bruscamente Donahue.
—¡No..., no! —gritó Jennifer, poniéndose pálida, y retrocediendo hacia Peter.
Este la abrazó, mirando a Donahue como si deseara echarlo a puntapiés.
El fiscal señalaba a Jennifer con el dedo, acusándola como si fuera ella un prisionero frente a la corte de justicia.
—Se pregunta qué pensaría Roger —declaraba— si supiera que usted y Nona discutieron en la cabina, y luego se fueron en el bote y riñeron otra vez, y usted, Jennifer Cherrington, acusó a Nona de ser responsable de la muerte de Roger, y la golpeó con el remo hasta matarla...
—No hice tal cosa...
—¡Donahue, cierre ya esa boca sucia! —exclamó Shand.
—Calle... —le dijo Donahue—. Déjeme terminar. Usted, Jennifer Cherrington, golpeó a Nona con el remo y la mató; luego, para lavarse la sangre de las manos, las metió en el agua y las lavó, y entonces se le cayó el anillo de oro con la piedra tallada y se perdió en el bote.
Siguió un momento de silencio. Creí que Peter Shand aplicaría un golpe a Donahue.
Jennifer púsose intensamente pálida. Trató de hablar, pero no pudo. Finalmente logró decir con voz ronca:
—Eso es espantoso. No es verdad. ¿Usted halló el anillo, señora McNeill? No, Peter, permítame explicar, por favor.
Ella estaba al lado de Shand, mientras que éste la abrazaba.
—Verán ustedes —continuó la joven—, antes de que Nona se fuera del yate, entró en la cabina y me dijo cosas tan horribles respecto a mí y a Roger, y protestó tanto porque yo tuviera el anillo, que se lo di. Pero sus manos eran mucho más delgadas que las mías, de modo que supongo que se le habrá caído en el bote.
Con estas palabras, Jennifer salió corriendo escaleras arriba y oímos sus sollozos ahogados.
—Muy bien. Eso está excelentemente bien —dijo Shand—. Una exhibición de los métodos de la justicia en la "Tierra de los Libres y el Hogar de los Valientes" (1).
Nos miró a todos, furioso, y luego se fué escaleras arriba.
—Parece que cayó el telón en este acto —observé—. Sería mejor que nos fuéramos.
Pero cuando estábamos en la puerta, Donahue vaciló un momento.
—¿Quiere hacerme el favor de llamar a Jennifer, señora McNeill, y pedirle que nos dé uno de sus zapatos?
—¿Zapatos? —entonces entendí la razón del pedido, y contesté: —Si fuera ella la que dejó esas huellas, ¿cómo es que fué a parar a Little Pumpkin? No, señor Donahue, no quiero pedirle tal cosa.
—Muy bien, lo haré yo —declaró él. Yendo hacia el pie de la escalera, gritó: —Jennifer, ¿quiere hacer el favor de darme uno de sus zapatos de taco bajo?
Sus palabras fueron contestadas con una negativa furiosa de parte de Shand.
—Basta ya —le gritó Donahue—. Quizás olvida que soy el fiscal del distrito. Entregue un zapato o los llevaré a los dos a la jefatura.
Oímos murmullos de rabia del piso alto. Luego Shand gritó:
—Aquí tiene su maldito zapato.
Un zapato cayó escaleras abajo.
Jeffrey lo recogió, entregándolo a Donahue. Era un zapato de sport, con suela de goma.
Luego abrimos la puerta y salimos.
Al hacer arrancar el motor y emprender la marcha, me di cuenta de que Jeffrey estaba muy irritado, y se molestó aún más al oír el comentario siguiente de Donahue.

MALLAS DE ALUMINIO



En este siglo de materiales plásticos y sintéticos, el ingenio humano no cesa en la búsqueda de nuevas aplicaciones a su saber. Así ahora ha llegado a crear mallas de baño fabricados con un hilo de aluminio.

—Quisiera hablar con la Kerry —dijo el fiscal—. No es muy tarde. ¿Querría llevarme allí, McNeill?
—¿Por qué no dejar el asunto por esta noche, señor Donahue? —sugerí—. Jeffrey y yo la seguiremos. Si va usted, se dará cuenta de que yo le he contado todo, y después no querrá hablar.
—Me parece lógico, Donahue —terció Jeffrey.
Pero el fiscal no estaba convencido. Discutimos un poco más, pero Donahue tornóse algo agresivo y finalmente accedimos a sus deseos.
Poco después entramos en el Conroy Road. No podíamos ver los números desde el auto, aunque íbamos muy lentamente. Cerca de un farol vimos el número 1474. Después descendimos y continuamos a pie. Llegamos al 1488, al que seguía un lote desocupado y luego la esquina. En la esquina, al otro lado de la calle, erguíase una iglesia que debía ser el número 1496. La casa siguiente era la del 1498. No existía el 1492. Nos detuvimos debajo de un farol y nos miramos.
—¿Está segura de que era ese el número, señora McNeill? —preguntó Donahue.
—Completamente.
—Se nos escabulló —dijo Jeffrey.
Donahue gruñó enojado cuando regresamos al coche.
—Bueno, todavía nos queda esa Lilly —comentó—. Iré mañana a ese salón de belleza y le sacaré todo lo que sepa. No creo que todos estos rodeos nos lleven a ninguna parte. La acción directa resulta mejor.
Jeffrey condujo el coche lo más rápido posible de regreso al centro, y el señor Donahue, con el propósito de evitar la conversación, conectó la radio de onda corta, sintonizando la estación policial. Una voz imperativa daba órdenes a los coches policiales para ir a varias partes de la ciudad: "Coche 751. Coche 751, vaya a la esquina de las calles Day y Hoover, esquina de Day y Hoover, víctima de accidente atropellada por un automóvil que desapareció. Una joven muerta en la calle. Una joven muerta en la calle".
—¿Quiere llevarme allí, McNeill? —pidió Donahue—. Quisiera ver de qué se trata.
No tardamos mucho en llegar a la esquina indicada. Allí vimos un grupo de gente alrededor de un hombre que se arrodillaba en la calle.
Estacionamos cerca de la acera opuesta y nos acercamos al grupo. No quise mirar a la figura yacente. La luz de un bar lácteo cercano iluminaba todos los detalles: la sangre, el rostro, y la posición del cuerpo. Allí en pie, mirándola con pena, comencé a alarmarme. Había algo horrible en el accidente. Acababa de reconocer a la víctima.
Jeffrey habíase arrodillado al lado de ella para examinarla; pero se notaba que la joven no vivía ya.
Donahue estaba cerca del escaparate del bar lácteo, examinando el contenido de un bolso.
Me acerqué a él. Nuestro antagonismo de unos minutos antes había desaparecido.
—Señora McNeill, esto es muy feo —dijo—. ¿Sabe quién es esta joven?
—Lilly.
—Sí, Lilly Hurd. Aquí está su tarjeta de identificación. Esto me huele muy mal.
Me acerqué a Jeffrey, que ya estaba en pie.
—Es Lilly Hurd, Jeffrey —le informé.
—¿Lilly Hurd?
—La peinadora a quien debía haber visto esta noche en el restaurante.
—¿De veras? —dijo. Y agregó en un susurro: —Esto no me gusta nada, Anne.
—A mí tampoco.
—Estamos como al principio.
Susurré:
—Jeffrey, ¿crees que también la habrán asesinado?
No pudo responder, porque la gente se nos acercaba demasiado. Lo alejé hacia el escaparate del bar lácteo, y el cadáver de Lilly quedó oculto por los curiosos. Esa muerte, pensé, era la coincidencia más afortunada para el asesino de Nona, y Jeffrey desconfía de las coincidencias. Oí entonces el aullido de la sirena de la ambulancia que se acercaba velozmente por la calle.

❦ ❦ ❦

Llegamos a casa muy tarde. Nos sentamos a la mesa de la cocina, hambrientos y agotados, y bebimos cerveza mientras comíamos un plato de huevos revueltos.
—¿Es posible que la muerte de Lilly sea una coincidencia, Jeffrey? —pregunté—. ¿Es posible?
—No lo creo —repuso—. Me parece que, después de atenderte, Lilly fué a informar a la persona de quien reciben órdenes todos ellos. El jefe preparó el relato que te contó la Kerry en el restaurante; pero a Lilly no se le permitió presentarse a la cena por temor a que se traicionara. Debido a que tal vez la pudiéramos encontrar otra vez y hacerla hablar, la mataron. Creo que el asesino de Nona nos está vigilando de cerca y nos teme. No se sabe lo que podrá hacer ahora.
Miré involuntariamente hacia las ventanas a

(1) Palabras iniciales del Himno Nacional Estadounidense.

fin de cerciorarme de que las cortinas estaban bajas, y me alegré de tener un guardia bien armado en la puerta del cuarto de Michael.

—¿Por qué dijo Donahue que mataron a Nona con el remo? —pregunté.

—Cree que la desmayaron con el remo y que la mataron luego con una roca. En el chinchorro usaban una piedra como ancla.

—Comprendo. De modo que el crimen se cometió en el chinchorro, ¿eh? No lo hizo nadie en la costa. ¿No es posible que la mataran en casa de Simón Baker? Tú sabes que la hermana está medio loca.

—Sí. Supongo que es posible que la mataran allí y que Simón la llevara luego a la costa.

—Pero había sangre en el chinchorro.

—Supongo que se podría haber arreglado eso muy fácilmente.

—No. Es demasiada astucia para Simón. ¿Pudo Donahue averiguar algo respecto a las huellas en relación con la señorita Baker?

—Consiguió uno de sus zapatos. Sus pies son algo más grandes que las huellas; sin embargo, no estamos muy seguros de ese aspecto del asunto.

—A pesar de sus obsesiones, me parece que ella es capaz de muchas cosas, Jeffrey.

—Sí, ya lo creo. — Se sirvió más huevos. Parecía exhausto.

—No me parece que los Baker o que Shand sean culpables —observé—. ¿Cómo podrían haber matado a Lilly o hacer que la mataran?

—¿Quién disparó contra nosotros desde el promontorio de Fosdick? ¿Crees que fueron Chap o Donahue, o Grymes?

—Ninguno de ellos tenía motivos para hacerlo —repuse—. Y, de todos modos, ¿cómo podrían haberse arreglado para llevar a cabo el hecho?

—Jeffrey sirvióse otro vaso de cerveza.

—¡Oye! — exclamé —. Ya sé cómo fué. Ese yate estaba al otro lado del promontorio y nos vieron llegar. Alguien desembarcó, cruzó el promontorio, entró en la casa y disparó contra nosotros.

—¿Y cómo desembarcaron sin el chinchorro? ¿A pie, con el fusil a cuestas?

Tenía razón. Mi teoría no estaba bien fundada.

—Es posible que en esa casa hubiera alguien que nos tenía rabia de antes.

—Estás completamente equivocada, no puede ser.

—Otra cosa —dije—, ¿han averiguado ya algo respecto a ese tercer coche estacionado cerca de la casa de los Baker el sábado por la noche?

—No, ni tampoco respecto al segundo.

—Bien, me parece que el segundo estaba esperando para recoger al que dejó las huellas. Pero el tercer auto podría ser la explicación de todo.

—Es posible —contestó Jeffrey—, como es posible que no tenga nada que ver con el caso. Pero ahora vayamos a dormir.

XIV

El miércoles por la mañana, mientras desayunábamos, los guardacostas telefonearon. Jeffrey regresó a la mesa después de conversar con un oficial. Parecía algo alicaído.

—Aparentemente estábamos equivocados respecto a Port Adams —anunció—. Acabo de recibir el informe. Registraron el puerto y toda la costa durante todo el día de ayer y no encontraron ningún yate de treinta y cinco pies que se llamara *Aurelia*. A decir verdad, no hay ningún yatecito por allí. Sólo vieron muchas balandras, algunos cutters y uno o dos queches, pero no lo que buscábamos nosotros.

—De modo que estamos perdidos otra vez — dije —. ¿Qué hacemos ahora?

—Tengo que pensar — repuso Jeffrey.

Bebió su café y yo me dirigí a la cocina para consultar con Mary el menú del día. Al poco rato regresé al comedor y regué las plantas del balcón.

—¿Sabes lo que deberíamos hacer? —dije de pronto—. Me parece que el *Aurelia* debe estar en la bahía de Bradford o en la caleta de Cooper. Bien, podríamos llegar a la bahía de Bradford en tres o cuatro horas si fuéramos directamente y cerca de la costa, sin tener en cuenta las rocas, pasando por dentro de los arrecifes de Peascod y las Pumpkin, y las islas de Hen y Chickens, y las Melon Seeds. Pero si navegamos dando la vuelta nos llevaría seis o siete horas. Me parece que deberíamos irnos a nuestro barco y partir hacia el este. Si tienes cuidado con las cartas marinas, podrás evitar esas rocas.

Jeffrey miró hacia el exterior, notando que el viento soplaba con fuerza.

—Bien, vamos a intentarlo —dijo—. Al menos tenemos un buen viento de la costa.

Al cabo de una hora y media nos encontrábamos en el *Pea-Green Boat* nuevamente, saliendo del puerto de Sandy River. A pesar de nuestro estado de ánimo, resultaba agradable navegar de nuevo.

Avanzamos velozmente, con el viento en popa. La marea bajaba, de modo que la teníamos también a nuestro favor. Al salir del canal nos encontramos con el mar bastante encrespado. El viento era frío y fuerte y nos impelía rápidamente. Yo ocupaba la proa con el anteojo en mano. No tardamos mucho en llegar al promontorio de Fosdick, navegando a un cuarto de milla de la costa.

—Jeffrey —grité—, creo que veo un yate o un queche en el puerto de la Media Luna, frente al promontorio de Fosdick. Me parece que valdría la pena acercarnos a investigar.

—Bien —replicó él—. Ven a popa.

Me dirigí a la popa y bajé el sollado. El navegó algo más hacia el este y dió la vuelta, dirigiéndose hacia el promontorio. Tendríamos que correr una bordada más para llegar al yate o queche.

Creo que nunca más volveré a ver esa enorme casa cerrada de Fosdick sin sentir aprensión. Al acercarnos ahora, temí que Jeffrey hubiera calculado mal la distancia. Me pareció que nos llevaríamos por delante el desembarcadero. Pero no fué así y a poco atracamos sin ninguna dificultad del otro lado de la ensenada. Y entonces vimos que el barco no era un yate, sino un queche.

—Es una lástima —comentó Jeffrey—. Bueno, tendremos que irnos de nuevo.

Luego, para sorpresa mía, en lugar de soltar la botavara y dirigirse hacia la salida, hizo frente al viento.

—¿Por qué haces esto? —le pregunté.

—Dame el anteojo, por favor. Hay algo raro más allá del desembarcadero d Fosdick.

Aun sin el anteojo vi una línea blanca y algo larga en el agua.

—Vale la pena investigar —dijo él.

Navegamos hacia la línea blanca, y al acercarnos más resultó ser un mástil blanco como una botavara, todo ello enredado en un montón de cuerdas, obenques y cotillas. El mástil hallábase en un remanso entre el desembarcadero y la costa rocosa.

Corrimos unas cuantas bordadas cortas y llegamos por fin al desembarcadero, asegurando la embarcación a las pesadas anillas dejadas allí por el señor Fosdick.

—Me voy a poner el traje de baño —anunció Jeffrey.

—¿Yo también? —pregunté.

—No hay motivo. Puedes quedarte en las rocas con el gancho listo.

Tomé el gancho y descendí por la escalera hasta el desembarcadero. Luego marché hacia la costa y salvé las rocas. El agua lamía su base y veíanse infinidad de algas por los alrededores. A unos diez pies de la costa estaba el mástil.

Jeffrey descendió por las rocas detrás de mí y quedóse mirando los restos.

—Dame el gancho —dijo.

Descendió luego al agua, nadó unos pies y tomó el mástil.

—¿Qué tiene? —pregunté.

—Lo han serruchado apresuradamente y muy mal... Es blanco, además. ¿Saben lo que significa eso?

—Por cierto. Es de uno de los barcos del señor Monk. Frederick Monk es el agente a quien compramos nuestra balandra. Los mástiles de todos los barcos que vende están pintados de blanco.

Jeffrey examinaba cuidadosamente todos los restos, levantando las cotillas y mirando los extremos.

—Se ve que pudieron desatar las anillas de algunos de los obenques, pero cortaron otras por encima de las cadenas.

—¡Jeffrey! — exclamé —. Sacaron el mástil para disfrazar el barco.

—Eso es.

Me quedé mirándole mientras subía sobre la botavara y seguía examinando los extremos de los cables. El frío parecía molestarle, pero se mostraba satisfecho con el resultado de su examen.

—Está muy bien —dijo al fin—. Puedo distinguir el mordisco. Estos cables fueron cortados con los mismos alicates que cortaron tus grampas del candado —ya volvía hacia la costa. Al subir, dijo: —Ahora buscaré una soga para asegurar el mástil a la costa. Luego telefonearemos a la policía del puerto para que vengan y lo saquen de aquí. Después iremos a Port Adams y comenzaremos a buscar una balandra de treinta y cinco pies de eslora.

—¡Jeffrey, eres extraordinario! —exclamé.

* * *

A la una menos cuarto nuestra balandra anclaba frente al Sandy River Yacht Club, y entramos en la casa del club para telefonear. Jeffrey llamó a la policía del puerto y le dió instrucciones respecto al mástil. Yo telefoneé a Mary para decirle que pusiera a Michael una tricota gruesa para esa tarde; y fué una suerte que hubiera llamado a casa, pues me informó que del hospital habían estado tratando de comunicarse con Jeffrey durante toda la mañana. Según parece, un señor de Wáshington quería verlo, y se iba en el tren de las catorce y treinta.

—Gracias, Mary —repuse—. Regresaremos en seguida a la ciudad, pero tal vez no podamos volver a casa. Se ha presentado algo importante y el doctor quiere ir a Port Adams esta tarde... De modo que no nos espere.

—No, señora McNeill —contestó—, ya sé que no debo esperarlos nunca. Aquí todo está bien; que se divierta en el barco.

Ya tranquila respecto a mi casa, salí en busca del automóvil. Jeffrey había regresado a la balandra para arriar las velas. A poco reunióse conmigo en el auto y nos dirigimos a la ciudad. Llegamos al hospital a la una y media, y acabábamos de abrir la puerta de su laboratorio cuando sonó el teléfono y yo contesté.

—¿Está el doctor McNeill? —preguntó una voz femenina.

—Sí, habla la señora. ¿Puedo recibir yo el mensaje?

—Habla la señora Cushman, del hospital — me dijo.

Reconocí la voz de la superintendenta del hospital. Ella agregó:

—Todo el día hemos tratado de hablar con el doctor.

—Estábamos trabajando en un caso —repuse, sin mencionar que nuestros deberes incluían la navegación.

—A las cinco de la mañana trajeron a una mujer..., víctima de un accidente de tránsito. La atropelló un auto. No sabemos quién es y no trajeron su bolso. Pero pensamos que el doctor McNeill tal vez la pudiera identificar, pues antes de morir habló sobre la señora McGurdy y Jeffrey MacNeill. Hemos llamado a varios McGurdy, pero nadie la conoce.

—Espere un momento —dije. Tapé el transmisor, y pasé la información a Jeffrey, agregando: —Pero Lilly estaba muerta ya anoche, ¿no es cierto?

—Ya lo creo — repuso él.

—¿Qué significa esto, entonces? —pregunté.

El tomó el receptor y dijo:

—Iremos en seguida, señora Cushman... Comprendo..., sí..., ya veo... Muy bien, en seguida vamos.

—Colgó y volvióse hacia mí:

—Tengo que ver a ese hombre de Wáshington. Llamaré a la oficina.

De modo que demoramos unos minutos mientras él se comunicaba con el mayor Pawling y concertaba una cita para dentro de un cuarto de hora.

Una vez terminada la conferencia telefónica, marchamos apresuradamente por los largos corredores, pasamos el *hall* de recepción y salimos a la calle. En el quinto piso del hospital, la señora Cushman nos hizo pasar al cuarto 514. Nos acercamos a la cama para observar el cadáver de una mujer joven. Su rostro estaba muy desfigurado; pero aun así la reconocí. Además, su vestido estaba sobre una silla, y era de un color rojo muy particular.

Jeffrey dijo:

—No recuerdo haberla visto antes.

—Yo sí, Jeffrey —manifesté—. Es la mujer que cenó conmigo anoche. Es Gladys Kerry.

—¿Estás segura?

—Sí. Además esos aretes que están en el estante son los que tenía puestos.

Me volví a mirar por la ventana, mientras él conversaba en voz baja con la señora Cushman. El cielo estaba cubierto de nubes grises, y los pocos árboles que estaban a la vista se inclinaban ante el fuerte viento. Pensé que sería muy agradable estar de nuevo en el mar, alejada de la ciudad y de estas tragedias que parecían seguirnos. Había siete personas en el yate, y ahora tres de ellas estaban muertas. Pensé en lo que dijera Jennifer respecto a Nona, que tal vez la joven muerta tenía la particularidad de provocar la desgracia de los que se le aproximaban. ¿Sería yo una de las víctimas? ¿Y Jennifer? Presentí que la jovencita estaba en peligro inmediato. ¿Sería ella la próxima víctima atropellada por un automóvil? ¿Y cómo se podrían evitar estas tragedias?

Jeffrey había terminado de conversar con la superintendenta, diciéndole que iría lo más pronto posible a ver al señor Donahue. En seguida nos retiramos, y cuando estuvimos solos en el ascensor, Jeffrey me dijo:

—Oye, Anne, tengo que ver a este mayor Pawling de Wáshington. Ve a ver a Donahue y cuéntale todo respecto a la Kerry, ¿quieres? Te iré a buscar allí lo más pronto posible. Si queremos llegar a Port Adams esta noche, debemos obrar rápidamente. Pero te ruego que tengas cuidado al cruzar las calles.

Quince minutos más tarde llegué a las oficinas del fiscal. El secretario me condujo a su oficina privada y allí me encontré con el señor Donahue y el señor Chap. Ambos caballeros me saludaron efusivamente y Donahue me invitó a fumar un cigarrillo, y me preguntó qué me traía por allí.

Yo hubiera preferido discutir el asunto a solas con él, pero, aparentemente, no sería posible. Chap me sonrió y dijo:

—La señora McNeill debe tener nuevas pruebas, Donahue. ¡Cielos, trabaja rápido, eh! Apuesto a que ya tiene el caso a punto de solucionarlo, ¿eh, señora McNeill?

—No del todo —repuse—. Vine a decir al señor Donahue que esa mujer que cenó anoche conmigo en el restaurante Corelli ha sido víctima de un nuevo accidente de tránsito. Mi esposo y yo acabamos de verla en el hospital. Está muerta.

—¡No, no puede ser que esa buena pieza esté muerta! —exclamó Chap.

—¡Cristo! —exclamó Donahue, mirándome fijamente.

—Si pudiera comprender cómo logra hacerlo —dije—; parecería como si el asesino quisiera evitar que la gente del yate hable.

—Bien, esa clase de homicidio es la más fácil de llevar a cabo —comenzó Donahue—. ¿No es verdad, Chap?

—Seguro —repuso el aludido—, tiene razón, Donahue. Espera uno a que la víctima elegida esté caminando por una calle oscura, sin nadie cerca, y entonces se la asalta y se la deja en medio de la calle. Hay diez posibilidades contra una de que algún auto la atropelle, y de todos modos los artistas de esa profesión pueden hacer parecer como si la víctima hubiera sido pisada por ruedas... Bien, parece que nos están dando guerra, ¿eh?

—Tenemos que practicar un arresto antes de que esto siga adelante —manifestó Donahue en tono airado—. Hay que moverse rápido para proteger a la comunidad.

Esto parecía algo en contra de nosotros. Experimenté la impresión de que Donahue no estaba con nosotros en esta investigación.

—Bien, señor Donahue —repuse—, Jeffrey y yo creemos poder darle más informes dentro de poco.

—¿Ha averiguado algo bueno, señora McNeill? —preguntó Chap. Noté un gran interés en su mirada—. ¿De qué se trata? Vamos, no lo oculte. Todos estamos juntos en esto. Sea buena, señora, díganos.

No quería decir nada por el momento, pues deseaba tenerlos bien firmemente en mis manos. Pero Donahue afirmó autoritariamente que debía mantenérselo informado sobre los progresos que se hicieran en el caso.

—¿Qué es lo que han averiguado ustedes, señora McNeill? —preguntó.

No tuve más remedio que informarle.

—Mi esposo y yo esperamos hallar el yate muy pronto —repuse de mala gana—. Tenemos razones para creer que le han sacado el palo de mesana, alterándolo para que parezca una balandra. Esperamos encontrarlo en Port Adams.

—Bien, eso es interesante —dijo Donahue—; pero dudo de que adelante mucho el caso, aunque encuentren ustedes el barco, señora McNeill.

—¡Cristo! —exclamó Chap—. ¿Cómo averiguaron?

Mas no creí necesario explicarle nada. De modo que repliqué vagamente que lo habíamos descubierto en el curso de la investigación.

—¡Ah! —exclamó Donahue—. A propósito, hemos averiguado sobre ese nombre de Coggie Thompson y no existe tal persona en la ciudad.

—Supongo que será un alias —observé.

Quería preguntar algo a Donahue, y le dije:

—¿No le parece conveniente hacer vigilar a la señorita Cherrington y tal vez al señor Shand? Creo que corren tanto peligro como Lilly Hurd y Gladys Kerry. Me figuro que no querrá usted encontrar a Jennifer o a Shand muertos en la calle.

—No malgaste su simpatía en esos dos, señora McNeill —dijo Chap—. Saben muy bien lo que hacen.

—Los estamos vigilando —me informó Donahue—, y en cualquier momento arreglaremos todo invitándolos a que vayan a la jefatura. No podemos seguir prolongando más este caso.

Me puse en pie y miré primero a Chap y luego a Donahue. Tomé tiempo antes de hablar, con la idea de que se preguntaran cuáles serían mis palabras y de que notaran mi indignación.

—¿Piensa arrestar a Jennifer y a Shand sin consultar a mi esposo? —dije—. Usted nos pidió que manejáramos este caso, señor Donahue, y me parece muy extraño que nos lo saque de las manos. Si cree que hemos estado perdiendo tiempo, y no tiene ya confianza en nosotros, nos alegramos de abandonar estas actividades, las que siempre nos han resultado muy desagradables.

Luego me volví y salí de la oficina.

Al cabo de un instante los dos salieron corriendo tras de mí. Donahue me llamó por mi nombre varias veces; pero yo estaba ya lejos y no me volví. Por fortuna, el ascensor estaba en ese piso, de modo que entré y oprimí el botón. La puerta cerróse en el momento en que los dos hombres me alcanzaban, interrumpiendo así sus excusas. Cuando llegué al piso bajo me encontré con Jeffrey.

—Querido —le dije—, vámonos lo más pronto posible a la balandra. Estoy furiosa con Donahue y odio a ese Chap.

XV

Salimos del club de *yachting* a las cuatro de la tarde y, según dijo Jeffrey, llegaríamos a Port Adams a las siete u ocho de esa noche. El día estaba gris y las olas embravecidas, y en el aire veíase la promesa de un viento más fuerte aun. En cuanto estuvimos fuera de la caleta, preparé té y algunos sándwiches, llevando todo luego al sollado, donde nos dispusimos a comer.

Jeffrey mostróse enojado cuando le relaté mi entrevista con Donahue, dejando el asunto de lado para decir:

—Sabemos que ese yate es uno de los que vende Monk. Me gustaría encontrarlo y telegrafiar luego a Monk para averiguar el nombre del comprador. Ahora estamos verdaderamente sobre la pista.

—¿Para descubrir el nombre de Cutie? —pregunté.

—Sí; creo que ya falta poco, Anne.

—Bien, espero que encontremos la solución antes de que Donahue decida invitar a Jennifer y a Shand a la jefatura. Siempre usa esa expresión, Jeffrey, y me fastidia terriblemente.

Bajé a la cabina en busca de sándwiches y a fin de ponerme una tricota más abrigada.

Seguimos navegando velozmente, cuidando del timón por turnos, hasta que llegamos cerca de Port Adams; pero ya caía la oscuridad cuando nos dispusimos a entrar en puerto. Esto me preocupó, pues es un sitio muy peligroso para entrar sin motor auxiliar. Por fortuna la marea y el viento nos ayudaron, y pudimos entrar a vela por el angosto pasaje entre dos malecones de roca. El agua batía con terrible fuerza los dos malecones, y no me agradó pensar en lo que nos sucedería si éramos empujados sobre ellos. Empero, logramos llegar a la caleta interior sanos y salvos, aunque comprobamos que el agua estaba muy agitada en su interior. Decidimos no anclar la balandra frente al Yacht Club, de modo que fuimos directamente a uno de los muelles públicos más cercano al pueblo.

Hay allí un embarcadero donde amarran los vapores que cruzan el canal, y a unas cincuenta yardas más al este hay otro. A media milla de distancia, hacia el este y en dirección a la boca de la caleta, estaban anclados una media docena de embarcaciones pequeñas: un queche, una lancha, y varias balandras. Al entrar, buscamos entre ellas, preguntándonos si el *Aurelia* estaría allí. Sobre la costa, en línea recta con esas embarcaciones, había un rompeolas de aspecto peligroso, o los comienzos de uno que habían dejado sin terminar. Las olas lo batían con gran fuerza, enviando hacia el cielo nubes de blanca espuma.

La escena del puerto resultaba borrosa por la oscuridad de la noche nublada. Más allá del puerto elevábanse las casas y árboles del pueblo que ocupaba una colina de poca elevación. Se veían algunas luces en los edificios. Me alegré cuando Jeffrey hizo frente al viento y amarró sin dificultades en el desembarcadero frente al que estaba anclado el vapor del canal.

Teníamos por vecina una vieja barca pesquera llamada *Jennie B.*

Un individuo que holgazaneaba en el muelle nos dijo que el dueño de la barca estaba en el pueblo. No sabía quién era. Pero le expresé a Jeffrey que estaba segura, por el nombre, de que se trataba de la barca de Simón Baker.

Al otro lado de nuestro desembarcadero estaba un viejo barco de la armada. Su generador de corriente eléctrica producía un estrépito infernal. Expresé el deseo de que no continuara durante toda la noche.

Una vez que vimos que todo estaba en orden, entramos en la cabina para cambiarnos para ir a cenar al pueblo. Jeffrey mostróse decepcionado porque fuera tan tarde para buscar el *Aurelia* esa misma noche. También dijo que deberíamos haber pedido prestado un chinchorro para el viaje.

Reinaba la más completa oscuridad cuando

marchamos por el muelle en dirección al pueblo.

Cenamos en un pequeño restaurante atestado de gente. Había reservados a lo largo de las paredes, grabados con hermosas jóvenes, y una ruidosa victrola automática.

Ambos estábamos muy fatigados. La cena nos resultó muy poco agradable y el ruido que reinaba en el local me hizo doler la cabeza. Jeffrey parecía exhausto. No quise pensar en la noche que nos esperaba, con ese generador funcionando a toda velocidad a poca distancia de nuestras literas. Estaba comiendo un trozo de pastel de manzana cuando pasó a nuestro lado un individuo alto, moreno y joven, con camisa amarilla, chaqueta a cuadros y el cabello peinado con brillantina.

Di un puntapié a Jeffrey por debajo de la mesa, indicándole que mirara al hombre. Así lo hizo. La mirada del joven posóse en mí por un instante. No pude adivinar si me había reconocido. Pero me pareció que no. ¿Por qué había de reconocerme? Sólo me había visto unos minutos ese sábado por la tarde cuando me acerqué al *Aurelia* para pedir prestada una sierra.

Era Coggie Thompson, de quien Donahue me dijera que no existía. Observé su espalda cuando salió por las puertas de vaivén.

—¿Quién es? — preguntó Jeffrey.

—Coggie Thompson; el que fué a buscar a Nona.

—Vamos, veremos adónde va — dijo él.

Pero tenía que pagar la cuenta, y la camarera se demoró mucho.

—Debí haberte dejado que la pagaras tú — comentó él, fastidiado —, y yo lo hubiera seguido.

Pero no lamenté que no lo hubiese hecho, pues seguir a una persona es algo peligroso, y si Coggie Thompson me habría reconocido, era posible que Jeffrey apareciese en el hospital de Port Adams como la tercera víctima de un accidente de tránsito.

Al salir a la calle no lo vimos por ningún lado. Regresamos al restaurante y Jeffrey preguntó a la cajera si conocía el nombre de ese joven alto y moreno que acababa de salir.

La mujer repuso que lo ignoraba, pero que iba a comer allí de vez en cuando y parecía estar en el pueblo desde hacía algunos días.

Le dimos las gracias y salimos, emprendiendo la marcha hacia el puerto.

—Supongo que él habrá traído el yate aquí — comentó Jeffrey.

—¿Crees que será Cutie? — pregunté.

—Es posible. Te tomaré del brazo, Anne. Sopla mucho viento.

Veíanse luces en el barco de la armada, cuyo generador seguía funcionando con terrible estrépito; pero no vimos luces en la barca de Simón Baker ni recibimos respuesta cuando lo llamamos por su nombre.

Ascendimos al *Pea-Green Boat*. Yo temía encontrarme cara a cara con Coggie Thompson, acurrucado en cubierta con una pistola en la mano; pero no fué así. Todo seguía como de costumbre.

¿Pero no estuvo nadie a bordo? Sentí un olor que no pertenecía a nuestra balandra. Me senté en la litera y husmeé el aire.

—¿Qué olor es ese, Jeffrey? — pregunté.

—¿No es el fijador que usas para los apuntes?

—No...; es líquido de limpiar. Jeffrey, estoy segura de que la hermana de Simón Baker estuvo aquí hace unos minutos. Ya sabes que siempre está limpiando las marcas de tiza de sus ropas.

—Te precipitas en tus conclusiones — repuso él.

—No..., y no me gusta esto... Si le hubiera visto alguna vez la cara, estaría más tranquila con respecto a ella. Al principio le tuve lástima por su enfermedad; pero poco a poco fuí concibiendo la idea de que debe ser espantosa... capaz de cualquier atrocidad.

La lámpara de la cabina humeaba y Jeffrey apresuróse a apagarla.

—No quiero estar toda la noche detrás de ellos — declaré.

—Bueno — repuso —, ese generador hace mucho ruido. Si continúa toda la noche no podremos dormir. Podríamos irnos de aquí y anclar junto a esos otros barquitos.

—Te aseguro que estaría más tranquila.

—Bueno, Anne. Quizá sea mejor.

—¿Crees que resistirá el ancla, Jeffrey? — pregunté —. Hay mucho viento.

Es claro que resistirá. Vamos ya. Me caigo de sueño.

De manera que izamos las velas y emprendimos la marcha con cierta dificultad. Empero, después de correr bordadas durante media hora, estábamos donde queríamos pasar la noche; cerca de las embarcaciones pequeñas. Dejamos caer el ancla, dándole bastante cadena. Por suerte no sacamos las velas, sino que las dejamos arrolladas a los palos para tenerlas listas en caso de emergencia. Bajamos a la cabina, encendimos la lámpara, y Jeffrey dejóse caer en su litera, durmiéndose casi en seguida.

Yo me ocupé en sacar algunas mantas de debajo de la litera. No me gustaba mucho nuestra posición.

Abrigué a Jeffrey, apagué la lámpara y me dispuse a dormir. Pero nunca había pasado una noche a bordo cuando el viento y las olas sacudían tanto el barco. Nos movíamos de un lado para otro y cada objeto de a bordo producía su sonido individual. Había un coro de crujidos, golpes y chasquidos que acompañaban la música de las olas al golpear los costados del barco.

* * *

Me parece que uno se acostumbra tanto a los sonidos que, subconscientemente, se advierte la presencia de uno desacostumbrado. No sé qué me despertó. Los movimientos y crujidos seguían siendo los mismos, aunque algo más pronunciados. Pensé: "¿Qué golpeó contra el casco? Fué el chinchorro." Y entonces recordé que no teníamos chinchorro. Al instante me di cuenta de que alguien se movía sobre cubierta en la parte de proa.

No creía que Jeffrey estuviera despierto; pero saltó de su litera y estuvo en la escala de cámara antes que yo. Lo seguí al exterior.

En la proa se distinguía una figurita sombría, inclinada como si hiciera algo con la cuerda de un chinchorro. La persona nos oyó, giró sobre sí misma, y oyóse el estampido de un disparo. No sentí dolor alguno y seguí en pie; Jeffrey no estaba herido, pues su disparo siguió al otro casi instantáneamente. Se oyeron dos chapoteos, el primero cuando la pistola del desconocido cayó al agua, y el segundo cuando nuestro asaltante se arrojó por sobre la borda.

Jeffrey me ordenó:

—Ve a buscar la linterna, Anne — agregando luego en voz alta: —Vuelva aquí o dispararé otra vez.

Me lancé al interior de la cabina, pero la linterna no estaba en su sitio. Los cabeceos del barco la habían sacado de su cajón. Busqué entre las mantas y al fin la hallé, mientras Jeffrey gritaba que me apresurase. Salí a cubierta, entregándole la linterna, y él dirigió su haz de luz hacia las negras aguas. Pero no distinguimos a nadie en las cercanías. El chinchorro, llevado por el viento, alejábase en dirección a la costa. Lo divisamos débilmente en la oscuridad, y me pareció ver una forma oscura aferrada a su costado.

—Me parece que nuestro visitante pudo tomarse de su bote — comenzó Jeffrey.

—Bueno, no me hubiera gustado que se ahogara — dije —. ¿Iremos a la costa para comunicar esto a la policía?

—Ahora no. Ya me preocuparon bastante las rocas cuando vinimos aquí anoche. Esperaremos a que aclare.

Luego nos dirigimos a proa, donde Jeffrey levantó el foque para meterse por debajo. Me dijo casi en seguida:

—Oye, Anne, tenemos aquí unas huellas de pies muy bien delineadas con barro.

—De nuevo el de los pies descalzos con media que nos ha hecho una visita, ¿eh? — comenté.

Empero, la huella demostraba que el visitante esta vez no se molestó en sacarse los zapatos.

—Suela de goma —observó Jeffrey—. ¿Ves esa raya negra? Esta huella es valiosísima para nosotros.

—Si podemos conservarla —dije.

La huella mostraba claramente la forma de un zapato pequeño y de tacones bajos.

—¡Oh, podremos conservarla!... ¿Ves esta otra línea diagonal que cruza la suela? Allí se debe haber quemado en algo caliente.

—¿Cómo podremos hacer para que no se borre? —pregunté—. Cuando icemos las velas tendremos que caminar por todos lados.

—Con el fijativo que usas para tus dibujos —repuso él—. ¿Quieres ir a buscarlo?

De nuevo bajé a la cabina, regresando en seguida con el pulverizador del fijativo. Jeffrey usó todo el líquido para asegurarse de que no se borraría la marca de la pisada. Luego me entregó el pulverizador y la linterna y fué a popa. Me senté en cubierta y apagué la luz. Temí que alguien hiciera blanco desde la costa si dejaba la luz prendida.

Poco después regresó Jeffrey y encendió la luz. En la mano tenía un cuchillo largo y muy bien afilado. Me asusté al verlo arrodillarse y comenzar a cortar la lona de la cubierta.

—¡Jeffrey! — le reñí —. Estás arruinando el barco.

—Lo sé, pero es necesario.

—¿Y no hay otra forma de conseguirlo? Quiero decir, ¿no podríamos poner algo para cubrir esa sagrada huella?

—Tenemos que gobernar el barco —respondió—. Imposible dejar algo con lo que podamos tropezar a cada rato. Además, no podríamos presentar como prueba en el tribunal a todo el *Pea-Green Boat*.

Cuando terminó de cortar la lona, preguntó:

—¿Reconociste quién era, Anne?

—Me pareció que sí. ¿Y tú no?

El asintió mientras recogía el rectángulo de lona de la cubierta.

—Aquí tenemos un cuadro titulado: "Huella de un criminal" —dijo—. Lo único que nos falta ahora es conseguir el zapato que encaja en esta huella.

XVI

No tenía deseos de dormirme. A decir verdad, ni siquiera pensé que fuera posible hacerlo, pues me sentía muy aterida y nerviosa por la desagradable sorpresa que habíamos tenido.

Nos acostamos en nuestras literas y discutimos sobre lo sucedido. Pero vi que Jeffrey no estaba dispuesto a conversar todavía del caso ni a hacer deducciones. Aunque teníamos unos cuantos detalles varios, no quería ponerlos todavía en su orden lógico. Aun quedaban muchos lugares oscuros.

Aunque nunca me mareo, creo que el movimiento continuo de las olas y la sucesión de sonidos me hicieron sentir algo mal. Me alegré de cerrar los ojos y de tratar de olvidar los sucesos de la noche. Debo haber dormido, pues de pronto volví a abrir los ojos aterrorizada, oyendo que Jeffrey me llamaba desde el exterior:

—¡Anne, Anne, ven pronto..., el viento nos lleva hacia las rocas!

Estuve en el sollado en menos que se dice. Ya brillaba el amanecer y el viento seguía soplando con fuerza terribe. Debemos haber arrastrado el ancla o tal vez se cortó la soga, pues la fuerza del vendaval nos llevaba hacia el rompeolas. Jeffrey trataba de izar la vela mayor y yo corrí hacia el timón para hacer girar la balandra hacia afuera. Un hombre nos daba instrucciones desde la costa.

—Manténla fuera de las rocas, Anne; dale

vuelta o la perderemos —gritaba Jeffrey.

Logró izar la vela mayor y yo solté la escota. La quilla pegó en una roca y eso fué lo que hizo girar a la balandra lo suficiente como para que pudiéramos tomar un poco de viento en la vela y sacarla del aprieto. Salimos velozmente por la caleta, dimos otra vuelta y llegamos al amarradero de la noche anterior. Pero la barca pesquera ya no estaba allí.

Me senté, puse los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Estaba totalmente agotada.

—Ten calma, Anne —me dijo Jeffrey—. Te traeré un poco de café.

De modo que allí me quedé esperándolo, y me fuí recobrando poco a poco mientras él entraba en la cabina; pronto llegó a mi olfato el aroma del café. Jeffrey salió al cabo de un momento y fué a proa, donde se ocupó en hacer algo.

—Cortaron en parte la soga del ancla —anunció.

Regresó y de nuevo entró en la cabina.

—¿Por qué? — pregunté.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué la cortaron, y si lo hicieron, por qué no del todo?

—Supongo que habrán tenido la intención de que se sostuviera hasta que nos hubieran matado. Luego, el movimiento de la embarcación habría partido los últimos cabos, y el viento y la marea se hubieran llevado los cadáveres del doctor y la señora McNeill directamente hacia el rompeolas. Una vez destrozada la balandra, todo quedaría totalmente confundido y cualquier huella desaparecería.

Salió con una taza de café y un trozo de pan con manteca.

—Querido, muchas gracias —le dije—. Ese plan se parece en algo al que se describe en *Rebeca*.

El tomó asiento y empezó a beber su café.

—Sí, tal vez, pero no creo que eso signifique nada.

Eran cerca de las seis de la mañana. Toda la aventura de salvarnos de la roca no nos llevó más de media hora. Jeffrey sacó al soslado la cafetera y bebimos más café, y comimos algunas naranjas.

En seguida me sentí lo suficientemente bien como para considerar cuál sería el próximo paso, y así se lo pregunté a Jeffrey. Dijo que iría al pueblo a consultar con la policía local, y cuando regresara comenzaríamos de nuevo la búsqueda del *Aurelia*. Me mostré de acuerdo con el plan y Jeffrey descendió al muelle y emprendió la marcha hacia el pueblo. Pronto dió la vuelta y subió de nuevo al *Pea-Green Boat*.

—¿Qué pasa? — le pregunté.

Sacó la pistola del bolsillo.

—Conviene que la tengas a mano —me recomendó—, aunque no creo que nadie se atreva a atacarte en un lugar tan público.

La guardé en el bolsillo de mis pantalones y vi cómo Jeffrey se alejaba otra vez.

—Habla a casa, querido, y averigua si Michael está bien — le grité.

Contestó que sí y prosiguió la marcha.

Al cabo de un rato bajé a la cabina y la puse en orden. Siempre hay mucho que hacer a bordo. En este caso no limpié la cubierta, pues pensé que tal vez Jeffrey quisiera examinarla en busca de más huellas.

La huella en su rectángulo de lona la envolví en una toalla y la guardé en mi canasto de pinturas.

Para cuando ya todo estaba en orden, Jeffrey subió a bordo.

—Hice algunas averiguaciones —anunció—. Tenías razón, era la barca de Baker.

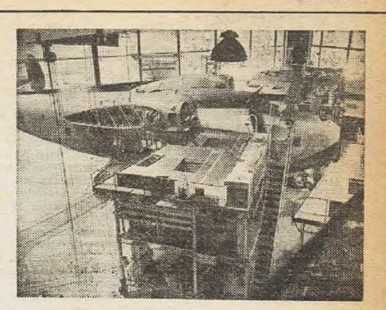
—¿Estaba su hermana en él?

—No pude averiguarlo.

Luego me informó que Michael estaba bien y que Mary le recomendó que lleváramos un pescado grande a casa, pues se había quedado sin cupones.

—Bien, las novedades son buenas —repuse—.

AVIONES VELOCES



Uno de los más famosos diseñadores de aviones dijo recientemente que para proyectar aviones más veloces, la potencia debe ser aumentada en proporción al cubo de la velocidad.

¿Averiguaste algo más respecto al caso?

—Nada en absoluto — dijo Jeffrey —. No saben nada respecto al *Aurelia* ni a nadie que tenga algo que ver con ella. Lo mejor será que salgamos nosotros en su busca.

Al instante nos pusimos en campaña. Me imagino que los que nos miraban deben haberse extrañado de que nuestra pequeña balandra viajara por todo el puerto y se acercase a todos los amarraderos. Había mucho más de lo que imagináramos, y preguntamos a todos los que vimos respecto a una balandra de unos treinta y cinco pies de largo; pero todos respondieron que no la habían visto.

Acercábase el mediodía cuando Jeffrey dijo:

—Bien, hemos perdido otra vez. Convendría que emprendiéramos el retorno mientras baja la marea. No podríamos salir nunca por entre esos dos malecones con el viento y la marea en contra.

Me figuré que tendríamos un viaje muy agitado, pero no dije nada, pues yo también estaba ansiosa por regresar a casa.

Dimos la vuelta y empezamos a correr bordadas hacia la entrada del puerto. Yo tenía el anteojo y estudiaba las costas y el largo banco de arena al este de la boca del puerto. Este banco extendíase por varias millas hacia el rompeolas del este.

Veíase una pequeña abertura en el medio de ese banco, una especie de canal artificial que llevaba hacia una caleta interior. Allí dentro, a la distancia, distinguí el guinche y los caldes de una draga y alcancé a oír débilmente el rugir de sus máquinas. Enfoqué el anteojo hacia allí y la vi agrandarse por momentos.

Algo más allá de la draga, una línea blanca vertical, con otras líneas diagonales que se unían en su parte superior, llamó mi atención.

—Jeffrey —exclamé excitada—, parece haber un palo blanco que se destaca detrás de esa draga. Es un mástil. Ya veo el cordaje.

—¿Un mástil blanco?

—Sí. Mira tú.

Lo reemplacé en el timón y él dirigióse a proa para mirar. A poco gritó:

—Muy bien, Anne, iremos hacia allí.

Cuando volvió a tomar la barra del timón, le pregunté:

—¿Podremos entrar durante la bajamar? ¿No son aguas poco profundas?

—No, por el contrario. Esas caletas dragadas son profundísimas. Entraremos divinamente.

—¿Y si Coggie Thompson nos ve entrar y nos dispara un tiro?

—La draga es nuestra protección. Nadie dispararía contra nosotros estando mirando esos hombres.

Corrió algunas bordadas, y al cabo de unos minutos entrábamos en la caleta interior.

Allí no se notaba el viento ni la furia de las aguas; éstas parecían ser una balsa de aceite. A la distancia, más allá de la draga, veíase una balandra blanca.

La estudié con el anteojo.

—¿Se parece al *Aurelia?* —preguntó Jeffrey.

—Así lo creo, aunque el *Aurelia* era un yate cuando lo vi. Te diré que no soy muy observadora de las líneas de las embarcaciones; pero ésta parece tener una botavara corta.

—Todos los barcos de Monk la tienen, de modo que eso no significa nada. ¿Puedes ver el nombre?

—No, aun estamos lejos... Pero, Jeffrey, creo que hay un botecito entre las hierbas de las dunas. Parece ser el chinchorro que nos fué a visitar anoche.

Resultaba extraño, después de muchas horas de viento y oleaje, estar navegando tan serenamente. Poco tardamos en pasar frente a la draga. Saludamos a los que trabajaban en cubierta. Poco a poco nos acercamos a la balandra blanca. Tres gaviotas volaban en círculos sobre ella. Primero una y luego las otras dos asentáronse sobre la cabina.

—Estamos de parabienes —comentó Jeffrey—. Nunca se asientan si hay alguien a bordo. Seguiremos adelante.

Seguimos acercándonos y las gaviotas, al vernos, eleváronse en raudo vuelo. A pesar de su presencia y de que los hombres de la draga nos observaban, aun temía yo que alguien apareciera en la puerta de la cabina y nos disparara un tiro.

Ya veíamos claramente la popa, y fué ahora cuando me sentí terriblemente decepcionada, pues no era el *Aurelia*. Tenía un nombre raro, pero interesante: *Urely*.

—Bueno, Jeffrey, otra vez perdimos. No es el *Aurelia*. Será mejor que vayamos a casa.

El frunció el ceño mientras estudiaba la popa de la balandra. Luego dijo:

—Han borrado con pintura blanca las dos *a* del principio y del final, y cambiaron la *i* por una *y* griega. El tipo de la *y* que termina el nombre no está de acuerdo con las otras letras. Es el *Aurelia*, sin duda alguna... ¿No ves dónde las *a* han sido borradas apresuradamente?

Ahora que estábamos más cerca lo distinguí perfectamente. ¡Habíamos llegado al fin de nuestra búsqueda!

—¡Gracias a Dios! —exclamé, rebosante de alivio —. ¿No podemos ir ahora a casa y telefonear a Monk y a Donahue?

No dió la vuelta como yo esperaba. En cambio, acercóse más a la balandra, y temí que había llegado el momento de los disparos.

—Jeffrey, te acercas demasiado —protesté—. Da la vuelta.

—¡Dar la vuelta! —exclamó—. Vamos a subir a bordo.

Me pareció una locura confiar en el hecho de que las gaviotas habían estado posadas en

la embarcación. No creí que fuera eso una prueba de que a bordo no había nadie. Protesté de nuevo; pero dijo que el chinchorro que estaba en la costa indicaba que se podía subir a bordo. De todos modos teníamos la pistola, agregó. De modo que se la entregué y en seguida estuvimos al lado de la otra embarcación. Jeffrey sacóse los zapatos, y, sosteniendo nuestro cabo de amarre, saltó a la otra balandra y la aseguró a la nuestra.

—¿Quieres venir, Anne? —preguntó quedamente —. ¿O preferirías quedarte aquí?

—¡Oh, iré contigo! —repuse, y lo seguí después de sacarme el calzado.

No sabía qué buscaba Jeffrey. Pareció no ver nada de especial interés en el sollado. A decir verdad, no había allí mucho, excepto las partes integrales de la embarcación. La puerta de la cámara estaba abierta. Sosteniendo la pistola en la mano, bajó los escalones.

Lo seguí, pensando: "¿Me lo imagino, o es que siento el olor del líquido limpiador? ¿Habrá estado aquí la Baker?"

—La han desarbolado por completo, ya sea para la venta o para pasar el invierno —observó Jeffrey.

No parecía haber objetos personales por ninguna parte. No vimos vajilla, ni papeles, ni ropas en los armarios. Durante todo el tiempo que estábamos ocupados en revisar todo, me pregunté si alguien estaría dormido en la cabina delantera, la que ocupara Jennifer cuando se sintió tan mareada.

Entre las dos cabinas había un lavabo con una ducha. Lo cruzamos y entramos en la más pequeña. No había nadie allí, ni tampoco en la parte delantera de la proa donde se veía un espacio para almacenar cosas y donde ahora estaban las velas dentro de grandes bolsas.

Vimos la escotilla por donde Jennifer saltara al techo... si es que dijo la verdad. Una joven delgada podía haber pasado por el reducido espacio.

Regresamos a la cabina más grande. La embarcación era hermosa, aunque estaba muy descuidada. Los bronces estaban manchados, la pintura sucia, y notábase que no limpiaban nada desde hacía meses.

Jeffrey examinó el armario de los alimentos, que no había mirado antes. Allí encontramos muchas cajas de conservas: tomates y ostras en lata, arvejas, judías y varias clases de sopas. También vimos por lo menos media docena de latas de Pavo a la Reina de Brent y Mulligan, plato que me gusta mucho y que sólo se puede adquirir en un negocio de la ciudad.

—Aquí no hay nada que nos sirva —dijo Jeffrey.

—Espera un momento. Las conservas de Brent y Mulligan sólo se pueden adquirir en la rotisería de Pierre. Podríamos conseguir allí el nombre del comprador.

—No creo que tengan un registro de las ventas individuales —objetó Jeffrey.

—Lo tendrán si se trata de una cuenta corriente. Tienen las boletas diarias en un archivo del mostrador. El cliente recibe una copia y ellos guardan el original, anotando las ventas día por día en la cuenta. Doce latas de pavo es un pedido grande. Es fácil que lo recuerden. Creo que averiguaremos más con este detalle que con lo que pueda decirnos el señor Monk.

—Tal vez tengas razón —admitió—. Espera un momento.

Desapareció en la cabina de proa y le oí remover algo. Pronto se presentó donde estaba yo, arrastrando dos bolsas que contenían las velas.

—Ve a buscar las otras, ¿quieres? —me pidió, comenzando a ascender la escalera de cámara.

—Querido, ¿las piensas robar?

—Sí. Quiero inmovilizar la embarcación. Apúrate, Anne.

Me apresuré a sacar dos bolsas más y las arrastré por las dos cabinas. Jeffrey había dejado las dos primeras en nuestra balandra y regresaba para ayudarme.

Al cabo de pocos minutos más teníamos todas las velas del *Urely* en nuestra cabina. Soltamos luego la amarra y nos alejamos. Temí que los obreros de la draga pensaran que éramos ladrones y quisieran detenernos; pero los saludé con la mano y ellos respondieron al saludo con gran amabilidad.

Me sentí un poco inquieta porque Jeffrey declaró que tendría que regresar al puerto para comunicar su hallazgo a la policía y a los guardacostas. Eso nos demoraría tanto que tal vez nos tomara la bajamar en puerto, obligándonos a pasar otra noche en Port Adams. Empero, no se podría obrar de otra forma, de modo que volvimos a entrar en el puerto. Teníamos la marea en contra y nos vimos obligados a correr varias bordadas, pues el viento ahora soplaba desde el oeste.

Amarramos en el mismo sitio de antes. Yo permanecí a bordo mientras Jeffrey iba al pueblo. Calenté café y comí un sandwich de lengua, deseando mientras tanto que Jeffrey se apresurase a regresar. Una vez concluída mi comida, comencé a poner todo en orden y limpiar la cubierta. Jeffrey no retornaba.

Finalmente lo vi regresar corriendo por el muelle. Subió la escalera lo más rápido posible y dijo:

—Siento haberme retrasado, Anne. No me fué posible regresar antes. Tenemos que partir en seguida.

Corrí a proa para izar el foque, y él ocupóse de la vela mayor.

—¿Qué te demoró? —pregunté.

—Ya te lo diré en un minuto —repuso.

Siguieron algunos minutos de febril actividad mientras emprendíamos la marcha. Recién cuando se sentó al lado de la barra del timón me dijo:

—¿Te acuerdas de esa draga? Pues bien, esta mañana, cuando entraban en esa caleta, recogieron un cadáver.

—¡Jeffrey... no!

—Sí. El muchacho que estaba anoche en el café.

—¡Coggie Thompson!

—Si es así como se llama.

—¡Jeffrey..., qué horrible!

—Le habían golpeado en la nuca antes de arrojarlo al agua.

—¡Oh, Jeffrey! Están matando a todos los que estuvieron aquella noche en el *Aurelia*. Todos los que yo vi. ¿Y quién es el que lo hace? ¿Será posible que sean los Baker... o ese hombre al que le falta un trozo de dedo? ¿O algún otro que no conocemos?

—Ya te dije que tendríamos que buscar mucho en este caso —me dijo Jeffrey—... Pero creo que si podemos seguir viviendo hasta mañana por la noche, lo descubriremos.

Aprovechamos la marea alta para trasponer la entrada de la bahía.

XVII

Eran más de las diez de la noche del jueves cuando llegamos a casa. Estábamos quemados por el sol y el viento y totalmente agotados. Mary nos saludó alegremente. No había sucedido nada fuera de lo común. Rafferty tenía el servicio de la guardia nocturna y leía una revista, sentado cómodamente frente a la puerta del cuarto de Michael, y nuestro hijo dormía muy tranquilo.

Había un mensaje de Phyllis Murphy para que la llamáramos al 5-0504 antes de las siete de la mañana siguiente. Era la mucama de la señora Esmond y Jeffrey dijo que esperaría hasta la mañana. Nada le podría haber obligado a trabajar más en el caso esa noche.

Me alegré de su decisión, pues todos los músculos me dolían y no aguantaba más del cansancio. Tomé un baño caliente y me acosté. Cené en la cama y pronto me quedé dormida.

Me pareció imposible despertar cuando oí sonar el timbre de la puerta de calle. Sólo lo percibí vagamente, como así también los pasos de Jeffrey que se levantó de la cama vecina a la mía. Luego siguió un intervalo en el que dormí, y del que me sacó la voz de Jeffrey que decía:

—Anne..., Anne... Lo siento, pero me parece que debes levantarte. Chap está abajo y dice que tiene algo de mucha importancia que decirnos.

Abrí los ojos y me senté en la cama. Jeffrey estaba vistiéndose.

—Bueno, dejaremos el sueño para más adelante —le dije—. Tomaré un baño frío y bajo en seguida.

Entré al baño, tomé una ducha fría y me vestí. Al cabo de un cuarto de hora me hallaba sentada al lado del *living-room*, frente al señor Chap. Como antes, el hombrecillo dejaba que la ceniza de su cigarrillo cayera sobre la alfombra.

—El caso es éste, señora McNeill —comenzó Chap—, siento venir a molestarlos a esta hora de la noche; pero estuve tratando de comunicarme con ustedes todo el día y me dijeron que habían salido a pasear en ese falucho que tienen. ¡Cielos, cómo los envidio!

—De vez en cuando dejamos el trabajo y descansamos un poco —repuso Jeffrey.

—No está mal la idea; eso evita que uno se embrutezca trabajando. A mí también me gustaría hacerlo; pero no puedo disponer de tiempo, pues debo seguir adelante sin detenerme. Ya saben ustedes cómo me intereso por la ciudad y sus habitantes. Pero volvamos al asunto. Les diré que me parece que nosotros tres no hemos estado trabajando juntos en este caso; señora McNeill, usted y el doctor me han ocultado cosas a veces. Y yo creo que tengo que resolver todo esto muy pronto... Les confiaré un secreto. Para mí significa mucho el resolver este caso, pues así adelantaré en política. No hay nada mejor que apresar a una pandilla de bandidos para llevar a un tipo a la oficina del fiscal del distrito, y de allí a la gobernación. Y si uno es gobernador... ¡vaya, pues sólo queda el cielo cómo límite!

Por un momento me pareció que el hombrecito ya se veía ocupando la Casa Blanca.

—¿Y qué hay de Donahue? —preguntó Jeffrey.

—No tengo nada contra Donahue, aunque no digo a nadie todo lo que sé sobre él. Donahue es un buen amigo mío; pero estuvo calentando la silla de fiscal por diez o doce años. Me parece que eso ya es bastante para cualquiera.

—¿Qué desea usted que hagamos, señor Chap? — pregunté.

—Francamente..., retirarse del caso. Y no lo digo por puro egoísmo, señora McNeill. Hay otros elementos mezclados en el asunto. Usted y el doctor están siguiendo una pista falsa. No sé cuál es..., pero están muy lejos de la verdadera. Yo siempre tengo quien me informe y sé lo que pasa en la ciudad. Algunos de los capitalistas de loterías creen que ustedes quieren arruinarles el negocio, y si así es, créanme que les harán pasar un mal rato. Son gente muy mala para enfrentarlos, doctor; yo se lo digo. Donahue, la policía y yo haremos todo lo posible por protegerles a ustedes y a su chico..., pero les aseguro que la situación me tiene preocupado. Eso es lo que vine a decirles esta noche.

Se puso en pie.

—¿Quién mató a Nona Esmond, señor Chap? —preguntó Jeffrey.

Chap repuso con cierta vacilación:

—Jennifer Cherrington y Peter Shand. Encontré a uno de los que tripularon el *Aurelia*. Este hombre me dijo que Jennifer y Nona decidieron volverse a su casa. Esto fué a las diez y media o las once del sábado por la noche. Todos los otros vieron que la Cherrington había bebido más de la cuenta, de manera que les prestaron el chinchorro, les recomendaron que lo atasen al muelle, y las dos chicas se embarcaron juntas. En el camino se detuvieron al llegar al otro barquito y Peter Shand subió al bote. No se habían alejado

más de trescientos pies cuando ya los que quedaron en el *Aurelia* oyeron que los tres discutían muy enojados. La discusión se puso cada vez peor. Dijeron que era horrible oír a esos tres en la oscuridad, mientras el viento llevaba sus airadas voces por sobre el agua, hasta que comenzaron a gritarse insultos...

"¡Qué espantoso!", pensé, pues aquella noche había oído gritos y discusiones.

Chap prosiguió:

—Muy pronto oyeron el ruido de golpes y luego todo quedó en silencio.

—¿Puede usted presentar a ese testigo? —preguntó Jeffrey.

—Seguro. Lo tengo donde lo necesite y cuando me haga falta presentarlo.

—¿Qué dice Donahue a todo esto?

—Que ya tenemos bastante como para arrestar a Shand y a la Cherrington, porque falta una sola cosa antes de obrar definitivamente. Sólo una.

—Ya lo creo — convino Jeffrey —. Está el hecho de que nosotros encontramos a Jennifer Cherrington en Little Pumpkin. ¿Cómo explica usted eso?

Chap sonrió complacido.

—Eso es facilísimo, doctor. Shand llevó a la Cherrington a esa islita después que mataron a Nona. El la dejó allí para engañarnos a todos nosotros. Ese Shand es un tipo muy listo, pero no tanto como él se cree. Mañana por la noche tendré suficientes pruebas para condenar a esos dos bandidos. —Restregóse las manos satisfecho, agregando luego: — ¡Oh, bonita publicidad conseguiremos entonces!

—Pero, señor Chap —intervine—, no veo cómo puede pensar usted así de Jennifer Cherrington. Creí que estaba ansioso por ayudar lo más posible a las jovencitas descarriadas, a fin de resolver el problema de los delincuentes juveniles.

—Escuche usted, señora —respondió—, siempre estoy dispuesto a trabajar por los delincuentes juveniles; pero no por esas nenas que saben bien lo que hacen y meten las narices donde no deben, ni tampoco por esas otras que se emborrachan y asesinan a sus amigas. Esas ya están mucho más allá de la delincuencia juvenil. Son culpables de homicidio y merecen el castigo que les aplique la ley. Y yo he decidido eliminar los crímenes de la ciudad, y no soportaré ninguna oposición. ¿Comprende?

Comprendí. Por un momento guardamos silencio; luego dije:

—Bien, señor Chap; su punto de vista es realmente interesante. Gracias por venir a explicárnoslo.

Me puse en pie y Jeffrey me imitó.

—Bien, entonces —dijo Chap —¿Comprenden lo que les quiero decir?

—Sí, lo comprendemos —repuso Jeffrey—. Muchas gracias, Chap. Lo pensaremos.

Lo acompañamos hasta la puerta y allí nos despedimos de él.

Al cerrar nos miramos.

—Querido, ¿qué te parece el campeón de la ciudad? — pregunté.

En ese momento sonó la campanilla del teléfono y fuí a atenderlo. Era la señora Cherrington.

—¡Oh, señora McNeill, me alegro de encontrarla en casa. Sé que es muy tarde, pero estamos en dificultades. ¿No podríamos ir a verlos ahora?

—Claro que sí, señora Cherrington —repuse—. Tendremos mucho gusto en recibirlos.

Volví al *hall*, informando a Jeffrey que los Cherrington deseaban visitarnos.

—¡Oh, Morfeo! — exclamé luego —. ¡Qué lejos estás!... Vamos a la cocina a preparar un poco de café para no dormirnos.

Al cabo de diez minutos sonó de nuevo el timbre de la puerta, y mientras Jeffrey iba a abrir, yo llevé el café y una torta al *living-room*.

Peter Shand entró con los esposos Cherrington y con Jennifer. Los tres mayores parecían muy afligidos, pero la que más daba la impresión de tristeza y alarma era Jennifer.

Se disculparon profusamente por presentarse a esa hora de la noche, a lo que contestamos que estábamos acostumbrados a acostarnos muy tarde, y que nos alegrábamos mucho de verlos. Luego tomamos asiento y yo serví el café mientras Peter Shand pasaba la torta, y la señora Cherrington nos confió sus tribulaciones.

—El fiscal y ese hombrecito llamado Chap se presentaron esta tarde en casa —comenzó—, e interrogaron a Jennifer de manera muy insolente. Señora McNeill, ¿sabe que se atrevieron a insinuar que Jennifer fué la culpable de la muerte de Nona?

Miré a Jeffrey. Este dijo:

—Sí, señora Cherrington, así lo temo.

—Jennifer nos dijo que el señor Donahue fué a casa con ustedes y la interrogaron —dijo el señor Cherrington—. Mi esposa y yo no sabíamos eso.

—Ya sabe que en un caso de esta naturaleza deben interrogar a todos los que tengan algo que ver con lo ocurrido, señor Cherrington — le dije.

—¡Pero fué algo espantoso! —exclamó la señora—. El señor Donahue y ese hombre Chap parecían decididos a probar que Jennifer mató a Nona. No hicieron más que insistir en sus preguntas respecto a cómo llegó ella a la isla Little Pumpkin, y cómo fué a parar su anillo a ese bote. Cualquier cosa que decía la niña, esos dos hombres la torcían como para hacerla parecer mentira. Fué algo increíble...

—Doctor McNeill —interrumpió su esposo con decisión—, cuando a uno le pasa algo así, pierde la fe en la justicia.

—¡Justicia! —exclamó Shand. Habíase mantenido hasta el momento fuera de la conversación. Después de encender la pipa, arrojó el fósforo al fuego y agregó: — Oigan ustedes, la justicia y su hermana la civilización están muertas en todos los frentes de batalla, en todas las trincheras, en todas las ciudades bombardeadas... ¡Infiernos!, he matado tantos hombres en Guadalcanal que ya la muerte no me produce impresión alguna. Si ese Chap sigue molestando a Jennifer, le pegaré un tiro... ¡Justicia, Dios mío! El diablo ha escrito palabras obscenas sobre el memorial de Lincoln. Allí está riendo a más no poder... Gracias por escuchar el discurso.

Nadie pareció con deseos de hablar por un momento. Luego Jeffrey manifestó en voz baja:

—Yo no hablaría así donde me pudieran oír, Shand. Podría ser mal interpretado. Me doy cuenta de que está experimentando la reacción natural de la guerra.

Shand volvióse hacia la ventana. Apartó la cortina y clavó la vista en la oscuridad.

Jeffrey se puso en pie y quedóse frente al fuego.

—Jennifer —dijo—. Quisiera formularle una pregunta. —Hizo una pausa—. ¿Mató usted a Nona Esmond?

Creí que la joven prorrumpiría en indignadas negativas y que expresaría furioso resentimiento ante la pregunta. Por cierto que nunca esperé que se quedara mirándolo con una expresión de horror creciente en los ojos, y rompiera a llorar repentinamente.

Fué uno de los momentos más desagradables de mi vida. La emoción de sus padres al mirarla, resultó indescriptible. Peter Shand volvióse a la ventana, exclamando:

—¡Dios mío! ¡No es posible!

Jeffrey observaba con pena a la joven

—¿Qué dice usted, Jennifer? — insistió.

Ella consiguió dominarse y lo miró. Dos lágrimas le corrían por las mejillas, y mordióse los labios.

—Doctor McNeill..., la conciencia me ha atormentado terriblemente, pero no podía decírselo a nadie. No creí que lo comprendieran..., pero no sé qué decir al respecto. Verá usted, he temido siempre ser la responsable, y sin embargo, en otro sentido, no creo serlo...

—Explíquese, Jennifer —le dijo Jeffrey con voz suave.

—Verá: el caso es que cuando murió Roger me pareció que Nona lo había matado, y comencé a desear que ella muriera para que así retribuyese la pérdida que sufrió el mundo al fallecer Roger y también porque no creía que fuera digna de seguir viviendo... No lo pensé por mucho tiempo. Realmente no duró mucho...

—¿Lo pensó solamente? ¿No lo puso en práctica?

—No sé. Roger solía decir que era tan malo pensar algo malo como hacerlo. Una vez predicó un sermón en el que afirmaba que los pensamientos suelen influenciar en lo que sucede. De modo que cuando Nona murió, pensé que yo era la responsable, y luego me dije que no; pero estoy tan agitada por todo eso que casi estaría dispuesta a confesar al señor Donahue que soy una bestia homicida.

Tapóse el rostro con las manos y lloró desconsoladamente. Shand la abrazó, diciendo:

—¡Pobrecita, no te atormentes así!

Miramos a los Cherrington y ellos a nosotros. Jeffrey sonrió.

—Mire, Jennifer —dijo—, no se aflija más. Todo el mundo tiene esa clase de pensamientos de tanto en tanto. Siempre que no se obre de acuerdo con ellos, no hay que preocuparse. Pero no se los mencione a Donahue.

—No, querida, guárdate esos pensamientos para ti sola —dijo Shand—. No quieren decir nada, no tienen importancia..., pero Donahue es un hombre sin imaginación y podría interpretarlos mal.

La pobre Jennifer levantó la cabeza y Jeffrey le prestó su pañuelo para que se sonara.

—Después de la confesión me parece que todos necesitamos más café —dije, llenando otra vez las tazas.

Todos nos animamos con la segunda vuelta. Shand sentóse en el suelo, al lado de la silla ocupada por Jennifer. Ella lo miró dulcemente y dijo después a Jeffrey:

—Sabe, doctor... No me gusta hablar mucho de Roger porque eso ya pasó... Es decir que pasó ya mi amor por él.

Shand le palmeó la mano.

—No te aflijas por eso, quedida —le dijo—, todos hemos amado.

—Lo que me gustaría hacer — manifestó Jeffrey—, sería guardar a Shand y a Jennifer en una caja de hierro por esta noche y mañana, hasta que nosotros hayamos aclarado este caso. A menos que ustedes dos limiten su conversación al tiempo, me temo que sus lenguas los van a llevar a la cárcel.

—Tal vez tenga usted razón, McNeill — contestó Shand—. Tendré cuidado.

—¿Cree que está en camino de resolver el caso, doctor McNeill? —preguntó Cherrington.

—Así lo espero.

—Doctor McNeill —terció la señora—, si usted lo hace..., si puede..., mi esposo y yo...

No pudo seguir. Hizo un ademán vago, y viendo que estaba a punto de llorar, su esposo se puso en pie y dijo que era hora de retirarse.

Los acompañamos al *hall*, y cuando estaban por salir, Shand se detuvo.

—Oiga, McNeill —declaró—, le daré un dato que me figuro no habrá tenido usted en cuenta. ¿Conoce usted a ese cojo que vive cerca de la caleta de Ashford... Simón Baker?

—Sí.

—Es pescador de ostras.

—Lo sé. ¿Y qué?

—Nona Esmond estaba haciendo publicidad respecto a que los lechos de ostras se hallan muy cerca de los caños de desagüe de aguas servidas. Los pescadores se mostraron muy disgustados por eso. No sé si tendrá importancia, pero valdrá la pena investigarlo, ¿eh?

—Gracias. Veremos —respondió Jeffrey.

Nos despedimos y cerramos la puerta.

—Bien, querida —manifestó Jeffrey—, debemos trabajar rápido y ganarle la delantera a Chap. Se ve que quiere la sangre de esos dos.

—Así parece, Jeffrey —contesté—. ¿Adónde iremos ahora?

—Tú te vas a la cama. Yo voy a telefonear a esa mucama de los Esmond, y luego me iré a Coat's Hill.

—¡Jeffrey, por favor, no!... ¡Ten cuidado!

—Sí, querida, me cuidaré.

—Quiero ir contigo.

—Lo siento. Esta noche no.

Poco después salió y yo me fuí a la cama sola, pensando en el peligro que corría mi esposo.

Tal vez la justicia y la civilización yacían muertas en las ciudades bombardeadas, y quizás el diablo había escrito palabras obscenas en el memorial de Lincoln, y reía ahora a más no poder. Las cosas suelen salir muy mal a veces. Tal vez, como nos había advertido Chap, la gente de las loterías matase a Jeffrey, y era posible que se condenara a Jennifer y a Shand por el asesinato de Nona Esmond.

No pude dormir. Sólo resultó un consuelo pequeño el saber que Rafferty estaba leyendo una revista en el *hall*.

El viento acrecentaba de nuevo su fuerza y aullaba en torno de la casa.

XVIII

Supongo que me habré quedado dormida, pues cuando abrí los ojos era de día y la luz del sol penetraba por la ventana. Oí que se detenía un automóvil a la puerta y luego llegó hasta mí el alboroto producido por muchos niños. Así me di cuenta de que Michael ya debía estar en camino a la escuela. Se abrió la puerta del dormitorio y entró Jeffrey con la bandeja del desayuno.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó, sentándose a los pies de la cama.

—Perfectamente bien —repuse—. ¿Y tú, querido? ¿Conseguiste lo que querías?

Me pareció que así era, pues daba la impresión de estar menos preocupado que en los últimos días.

—Conseguí algo —contestó—. Vi a Phyllis...

—¿La mucama de la señora Esmond?

—Sí; su madre la sacó de la cama y ella me mostró una carpeta con todos los papeles de Nona Esmond. Eran las notas sobre el asunto de las loterías.

—¿Dando nombres?

—Sí, dando nombres.

—¿El que pensábamos?

—Sí.

—¡Jeffrey!

—Bien, ahora tenemos que probarlo. Todavía no tenemos bastante.

—Y además está esa coartada.

—Anoche la desbaraté.

—¡Qué bien!

—Ahora voy a telefonear a Monk una descripción del *Urely* —manifestó él—, y le pediré el nombre de la persona a quien lo vendió. Luego quiero que vayas a la rotisería de Pierre y veas si puedes encontrar la boleta de esas doce latas de pavo a la reina. Llamaré a la jefatura para pedir que destinen a Grymes a mi servicio por todo el día; eso es, si todo sale como creo que saldrá. Después empezaremos a actuar.

—¡Espléndido, querido! —exclamé—. Ya veo que tendremos un bonito día. Tomo el resto del desayuno, me baño y voy al centro... ¿Cómo estaba Michael?

—Muy bien. Iré a telefonear a Monk.

Le llevó algún tiempo conseguir la comunicación. Terminé mi desayuno, salté de la cama y fuí a tomar una ducha. Por sobre el ruido del agua oí algunas palabras de su conversación con Monk.

—...un yate de treinta y cinco pies —decía—, seis pies de manga, creo... El *Aurelia*... Gracias... Sí... Comprendo... Muy agradecido. Es claro que pueden haberlo vuelto a vender, pero yo puedo averiguarlo. Muy bien, gracias, Monk. Eso es todo lo que quería.

Saqué la cabeza por la puerta del baño mientras me secaba.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Sí, y tal vez esas latas de pavo indiquen si el barco fué vendido o no.. Apúrate, Anne.

Mientras me vestía, él telefoneó a la jefatura, preguntó por Grymes, y le dijo que esperase allí sus instrucciones finales. Luego corrió al garaje y sacó el automóvil.

A los pocos minutos yo estaba con él y partimos por la calle Stanley hasta Clear Brook Road, para entrar luego a la avenida Woolsey.

—Tal vez convendría que hicieras esto con tus hábitos de hermana de la caridad —dijo Jeffrey.

—Eso sí que no —repuse—. Hago huelga. No entraré en la rotisería de Pierre vestida así, pues allí me conocen. Creerían que estoy loca.

Jeffrey rió. Esta mañana parecía excitado.

—No, no quería decir ahora, sino más tarde —contestó.

—¿Más tarde?

—Sí.

—¿Quieres decir que cuando comencemos a obrar tendremos que disfrazarnos?

En ese momento entró en una parte muy concurrida de la calle y tuvo que prestar toda su atención al tránsito, de modo que no contestó a mi pregunta. Fuimos hasta el centro de la ciudad y él detuvo el coche frente a la rotisería de Pierre.

—Me falta algo —dijo—, pero regresaré al auto en unos minutos. Espérame aquí si llegas primero.

Entré en la rotisería y fuí saludada por el mismo dueño, monsieur Pierre, quien me sonrió amablemente y preguntó en qué podría servirme.

—Todavía no tengo el pedido listo —le dije—, pero hoy o mañana se lo diré por teléfono. Por el momento, mi esposo y yo estamos investigando un caso importante y desearíamos que nos ayudara usted.

El francés pareció encantado. Inclinóse, hizo algunos ademanes, y afirmó que haría todo lo que estuviera de su parte.

Me incliné sobre el mostrador y le dije:

—Queríamos identificar una venta de una docena de latas de pavo a la reina. Creo que la efectuó usted durante este verano. ¿No podría decirnos quién fué el comprador?

Hizo varios ademanes y afirmó que no sería muy fácil, pues mucha gente entraba en su negocio y compraba muchas cosas. Empero, vería.

Retiróse entonces para preguntar a sus empleados si recordaban la venta. Ya comenzaba yo a temer que Pierre no pudiera ayudarnos cuando lo vi regresar desde el interior del negocio. Se acercó al archivo que tenía al alcance de la mano y sacó una boleta amarilla. Me la dió, hizo una reverencia y declaró:

—Aquí está, señora McNeill. Espero que sea lo que usted desea y le resulte útil.

La miré. Estaba de acuerdo con la información del señor Monk. Aquí se cruzaban dos líneas. Este era el punto que resolvería el caso. Di las gracias al señor Pierre y salí a la calle.

Jeffrey estaba en el coche esperándome. Le entregué la boleta y la estudió.

—Bien, ya casi hemos terminado, Anne —afirmó—. Ahora llamaré a Grymes para darle sus instrucciones, e iremos a casa a fin de prepararnos para el acto final.

—Querido, antes quisiera tomar una gran taza de café cargado... y que me digas qué es esto que hay en el asiento.

Se trataba de un gran libro de notas con cubiertas de metal; en la tapa veíase el nombre de la Compañía de Luz y Gas, y sus páginas estaban llenas de líneas y notas sobre medidores y nombres y direcciones de los clientes.

—Ya te explicaré después —repuso él—. Pedí a Madison, el gerente de la compañía, que me prestara esto..., le conté en parte la razón por que lo necesitaba y me lo prestó. Iré al negocio de Pierre a telefonear a Grymes. Y nos detendremos en una tienda para comprar una gorra de uniforme.

* * *

Media hora después, Jeffrey y yo estábamos mirándonos al espejo del dormitorio. El vestía su traje más viejo y una gorra de uniforme como las que usan los inspectores de la compañía de electricidad.

Yo tenía puestos unos pantalones azul oscuro, blusa blanca y un *pull-over* verde, y cubría mi cabeza un pañuelo floreado de alegres colores. Mis labios y uñas eran de vívido color rojo y calzaba sandalias abiertas. Estaba hecha un espantapájaros.

Teníamos una valija de herramientas en el piso. El libro de cubiertas de metal hallábase sobre la cama.

Sonó el teléfono y fuí a atender. La voz del sargento Grymes llegó a mis oídos.

—Señora McNeill, la estoy llamando desde la farmacia de la esquina. La costa está libre ahora, dígaselo a su esposo. Vengan lo más rápido posible, y que los santos los protejan, pues esto es peor que jugar con dinamita.

—Gracias, Grymes... —repuse—. Sólo quería hacerle una pregunta. ¿Recuerda la noche del asesinato, después que ustedes se fueron del promontorio de Fosdick y regresaron a la ciudad? Dígame, ¿regresaron todos juntos o se separaron en el camino?

—Regresamos todos juntos —repuso—. Y se nos reventó una goma y estuvimos juntos una hora arreglándola.

—Gracias, eso es lo que quería saber —dije—. Hasta luego, Grymes.

Corté la comunicación y me volví hacia Jeffrey.

—Eso aclara ese pequeño misterio —comenté—. Vamos, no nos demoremos.

—Bueno, vamos —contestó—. Ya sabes lo que hay que hacer.

Cerró la valija de las herramientas y los dos salimos corriendo. Vi que Mary nos miraba asombrada desde la ventana del *living-room*. Luego se puso en marcha el auto y nos distanciamos de casa.

* * *

Llegamos frente a una puerta de servicio.

—Siempre van a la puerta de servicio —aclaré.

Tocamos la campanilla repetidas veces. La casa era mucho más grande de lo que imaginara.

—¿Y si no hay nadie? —pregunté.

—Mucho mejor. En el bolsillo tengo algunas ganzúas.

Pero había gente. Oímos pasos en el interior de la casa, y mi corazón comenzó a latir con violencia. Abrióse en parte la puerta y una voz de mujer preguntó:

—¿Qué desean?

¡Era la mujercita regordeta y de ojos asustados que yo viera a bordo del *Aurelia*!

Jeffrey contestó:

—Venimos de la Compañía de Luz y Gas, señora. Estoy haciendo una revisión de los enchufes y accesorios. Tengo aquí a mi ayudanta..., ya sabe que estos días las mujeres están en todo.

Mostró el libro a la mujer y ésta nos dejó pasar.

Ahora yo estaba francamente asustada. Deseaba ir directamente al grano; conseguir los dos objetos que buscábamos y salir corriendo. Pero Jeffrey, según vi, no quería echar todo a perder con apresuramientos.

Pidió primero le mostraran el sótano. La mujer nos acompañó. El hizo como que examinaba el medidor y los cables y luces pendientes.

Allí estaba el cuarto de calderas, y otro cuarto grande con sillones rojos y un enorme diván. Sobre las paredes veíanse óleos de mujeres desnudas. Vimos un bar muy bien surtido en uno de los rincones.

Jeffrey empezó a examinar una lámpara común de pie. Pareció hallar algo malo en el cable de conexión. Yo abrí la valija y le entregué un par de pinzas pequeñas, pero él mostróse poco satisfecho.

La mujer nos observaba desde el umbral.

—Bonito cuarto tiene usted aquí, señora —comentó Jeffrey—. Debe haberse molestado mucho para decorarlo tan bien. Siempre querría que mi esposa se tomara más interés por la casa. Le digo que es maravilloso lo que se puede hacer con un poco de espacio disponible. Me gustaría que viese lo que la imaginación de una mujer puede hacer con un sótano viejo. Señora, ha hecho usted una obra de arte —terminó declarando.

—Yo no hice mucho —repuso ella—. En realidad fué idea de mi marido.

—¿No tendría una pinza más grande que ésta, señora? —preguntó Jeffrey—. Una bien grande, que corte.

—Tal vez haya una. Mi esposo trajo hace poco su valija de herramientas de su barco. Tenemos un banco de trabajo en el otro cuarto.

Jeffrey fué entonces al cuarto de trabajo y empezó a buscar en el banco.

—Gracias, creo que estos alicates me servirán —dijo.

Claro que tal vez no fueran los mismos que tomé prestados del *Aurelia*, pero si no lo eran, se parecían muchísimo.

Jeffrey hizo como que arreglaba el cable de la lámpara, guardó los alicates en la valija y se hizo conducir a la planta baja.

—¿No podríamos ir arriba, señora, y trabajar hacia abajo? ¿Tienen alguna radio en los dormitorios?

—En el dormitorio de mi marido hay una —repuso ella.

—Muy bien. ¿puedo verla?

Fuimos arriba. El dormitorio estaba en el frente de la casa y su moblaje y adornos eran tan pesados y desagradables como los del resto de la casa: muy costosos, pero de horrible gusto. Al lado de la cama veíase un aparato de radio.

Jeffrey arrodillóse a su lado y examinó el cable de conexión. Miró el enchufe y golpeó con el martillo sobre el zócalo de madera que rodeaba las paredes.

—Creo que este cable va por detrás del ropero empotrado —dijo—. Mary, vaya allí dentro y vea si lo encuentra, ¿quiere?

La puerta del ropero empotrado estaba al lado de la que daba al *hall*.

Temí que la mujer sospechase algo y se asustara, pero no fué así.

Entré en el ropero, cerrando la puerta a mis espaldas. Pero no busqué cables, sino un par de zapatos. Agachada, examinándolos a todos apresuradamente, tuve el presentimiento de que estaba por ocurrir algo terrible. Había muchos pares de zapatos; zapatos masculinos de tamaño muy pequeño. Tenía mi linterna a mano y la encendí. Al fin encontré un par con suela de goma, una de las cuales estaba cruzada por una línea diagonal, y que parecía haber estado recientemente en el agua. Lo guardé debajo de mi *pull-over*, donde hizo un bulto extraño, y me pregunté si la mujer lo notaría.

En el momento en que estaba por salir la oí exclamar:

—¡Oh, Cutie... llegas temprano!

Y una voz masculina respondió:

—Sí, he llegado temprano... McNeill, no se mueva. Le llegó el momento.

Por entre las puertas del ropero vi al hombre. Tenía en la mano una pistola y con ella apuntaba a Jeffrey. Comprendí que en un momento más oprimiría el gatillo.

Me dejé caer sobre manos y rodillas, empujé rápidamente la puerta, di un salto hacia adelante, y me tomé de una de sus piernas, haciéndole perder el equilibrio. El cayó y una bala destrozó el cristal de la ventana. Jeffrey habíase puesto en pie de un salto y le apuntó con su pistola.

Louis Chap yacía de espaldas, lanzando horribles maldiciones.

La señora Chap comenzó a gritar desaforadamente.

Corrí hacia la ventana y la abrí. A unos cincuenta metros, al otro lado de la calle, vi a Grimes que observaba a dos perros.

—¡Grymes... Grymes! —le grité—. ¡Venga en seguida!

El se volvió, levantó la vista, y lanzóse en rápida carrera hacia la casa.

—Levántese, Chap, y ponga las manos sobre la cabeza. Estaba equivocado. El momento llegó para usted.

Al oírlo, la mujer regordeta, sin dejar de gritar, tomó un pesado espejo de mano de la cómoda y se lo arrojó a la cabeza. Jeffrey lo esquivó y el espejo se hizo trizas contra la pared. Por un momento me vi en apuros para contenerla. La tomé por las muñecas y ella me dió un puntapié y trató de morderme.

En ese momento oí que se rompía el vidrio de una ventana del piso bajo, y luego se oyeron pesados pasos que subían la escalera.

La voz de Grymes exclamó:

—Señora, si muerde a la señora McNeill, le agujereo la cabeza. Quédese quieta... Señora McNeill, sólo me volví por un momento para ver una pelea de perros, y este tipo metióse en la casa sin que le viera. ¡De modo que lo capturó usted, doctor! Los llevaremos en seguida a la jefatura. ¡Qué pareja formidable forman ustedes dos!

* * *

Jeffrey, Donahue, Grymes, el jefe de policía y varios otros funcionarios de la ley hallábanse sentados alrededor de una gran mesa en una de las oficinas de la jefatura. Aunque Jeffrey había estado explicando la situación durante diez minutos, el señor Donahue parecía un poco aturdido.

—¡Dios santo, McNeill! —exclamó—. No sé cómo creerlo... Sí, admito que los alicates son una prueba, la posesión del barco es otra, y también lo son el zapato y la huella que cortó usted de la cubierta de su barco. Sí, y también tenemos las notas de Nona Esmond que muestran que Chap era uno de los jefes del negocio de las loterías... ¿Pero qué me dice de esa coartada? El mismo me telefoneó ese domingo por la mañana desde el Red Rooster en Goat's Hill, y eran las dos y cuarto. Fué entonces cuando le hablé del asesinato en la caleta de Ashford y le dije que se trataba de un caso de delincuencia juvenil llevada a su conclusión lógica, y él me contestó que iría en seguida.

—¿Le dijo usted que nosotros estábamos en el asunto?

—Sí, naturalmente.

—¿Y que nos había dicho que nos encontráramos con usted en el promontorio de Fosdick?

—Sí, ¿por qué no?

—Muy bien, así lo hizo. Y él estuvo realmente en el Red Rooster a las dos y cuarto, con un grupo de sus muchachos que toman las jugadas. El envió a uno de ellos al promontorio de Fosdick con una serie de ganzúas y un rifle, y con la orden de entrar en la casa vacía, vigilar nuestra balandra, y matarnos antes de que interviniéramos en el caso. Chap tenía muchos hombres que estaban dispuestos a ayudarle en cosas tales como arrojar una nota amenazadora por una ventana o arreglar uno o dos asesinatos para que parecieran accidentes de tránsito. Casi lo admitió delante de nosotros.

—Sí, pero esa coartada todavía me tiene confundido —dijo Donahue.

Jeffrey respondió:

—Yo fuí anoche al Red Rooster y desbaraté esa coartada. Chap estuvo allí al anochecer del sábado y se fué a las nueve y treinta. Dijo al propietario que iba a su barco que estaba en la caleta de Ashford. La hermana de Simón Baker oyó que un auto se detenía cerca de su casa a las nueve y cincuenta. Es claro que no sé exactamente lo que ocurrió; pero les diré lo que imagino: alguien, tal vez Coggie Thompson, fué en el bote hasta el embarcadero y lo recogió. Chap estaba desesperado porque Nona iba a descubrir su relación con el asunto de las loterías, arruinándole. El fué a bordo de su barco y al poco rato consiguió que Nona subiera al chinchorro, la llevó a la costa y la golpeó, quizá primero con el remo y después con la piedra que usaban como ancla para el bote. Luego la arrojó entre los juncos. Esto ocurrió a eso de las once y treinta. Después soltó el chinchorro para que la llevase la marea, quitóse los zapatos a fin de que no se le ensuciaran de barro, y corrió por el sendero que cruza el bosque.

—El que corrió en medias —dije.

—Sí..., sus zapatos concuerdan con las medidas de la huella que tomaron sus hombres, Donahue.

—Así es —repuso el fiscal—. Las de la chica Cherrington eran demasiado pequeñas.

Jeffrey prosiguió:

—Después, Chap tomó su coche y marchó velozmente al Red Rooster. Allí dió órdenes al propietario respecto a su coartada, bebió, jugó unas partidas de cartas, y le llamó a usted a las dos y cuarto con una excusa cualquiera. Luego ocurrió todo como él esperaba. Me imagino que habrá dado mucho dinero a la gente del Red Rooster para que confirmaran su coartada..., pero conozco a la sobrina del propietario, y con su ayuda la desbaraté.

Entonces intervino el jefe de policía:

—Tendremos algo que decir a ese hombre. Pero, ¿qué hubo con el barco de Chap?

—Coggie Thompson era toda su tripulación —dijo Jeffrey—. Monk, que vendió el barco a Chap, lo describió a él así como a otro hombre que debe haber sido Thompson. Ellos fueron juntos a comprarla. Coggie Thompson llevóse el *Aurelia* de la caleta de Ashford después que Chap se fué con Nona. Esa misma noche, o quizá a la mañana siguiente, Chap le dió orden de que cortara el mástil y la convirtiera así en una balandra. También cambiaron el nombre, y Thompson la llevó a Port Adams.

—Y Chap los siguió allí —dijo Donahue—. ¿Cómo supo dónde estaban ustedes?

CALEFACCION PARA BEBEDEROS



Acaba de fabricarse un calentador eléctrico para flotar en el agua de los bebederos para el ganado. Este novísimo aparato ha de resultar de suma eficacia para los ganaderos que tienen sus rebaños en regiones frías, donde se hiela el agua, pues con él se impide el congelamiento.

—Usted mismo me obligó a decírselo, señor Donahue —dije yo—. En su oficina.

—Es verdad —admitió Donahue—. Me parece que debo presentarles mis excusas por la forma en que me porté en este caso.

Le sonreí, diciendo que no tenía importancia, y Jeffrey prosiguió con su explicación.

—Cuando Chap supo que íbamos a Port Adams, tomó el vapor del canal o fué por Nueva York y tomó el tren o un auto. Esa noche trepó a nuestra balandra y trató de matarnos. Mató a Coggie Thompson, como eliminó uno por uno a todos los que estuvieron a bordo del yate aquella noche. Temía que nosotros viéramos a alguno de ellos y le sonsacáramos la verdad. El fué quien instruyó a Gladys Kerry para que contara esa historia a mi esposa en el restaurante Corelli, y él mismo se presentó allí a fin de asegurarse de que la mujer no cometía ningún error. Mas aun así, no confió en ella, y la hizo matar por sus bandidos esa misma noche... De la gente que tripulaba el yate no quedan más que él, su esposa y el hombre al que le falta un trozo de dedo.

—Bueno, me figuro que podremos prenderlos por cómplices —dijo Donahue—. Y haremos una redada de esos muchachos de Chap. Pero no será muy fácil averiguar quién se ocupó de esos accidentes. Dejaremos que las autoridades de Port Adams se preocupen respecto a Thompson... Debo admitir que son ustedes maravillosos, doctor. ¿Qué fué lo que en primer lugar les hizo sospechar de Chap?

—Su inconsciencia respecto al caso —repuso Jeffrey—. Mostróse demasiado vengativo respecto a Nona y a Jennifer, cuando, debido a sus actividades en la comisión contra la delincuencia juvenil, lo lógico es que fuera más bondadoso y las defendiera.

—Sí, psicológicamente era muy malo —dije.

Donahue y los otros rompieron a reír.

—Bueno, en eso me ganan ustedes —dijo el fiscal—. Tal vez haya uno o dos cabos sueltos, pero ya tenemos aclarado casi todo. Les aseguro que nunca hubiera sospechado de él. Estaba trabajando por otro lado.

—Nosotros consideramos también varias pistas —replicó Jeffrey.

—Me parece que ya debemos irnos —dije—. Son más de las doce y mi cocinera se enojará terriblemente.

De modo que nos despedimos y marchamos a casa.

Jennifer y Shand descendían los escalones de la casa cuando nos apeamos del auto. Michael apareció corriendo por la esquina, fingiendo que disparaba una ametralladora. Su nuevo guardián diurno, un agente llamado Jackson lo seguía sonriendo.

—Bien, Jackson —le dijo Jeffrey—, el caso ha terminado, y me parece que ya no le necesitaremos más.

—Hemos venido a invitarles a la boda —manifestó Shand.

—Nos casaremos el sábado venidero en la iglesia de San Pablo —dijo Jennifer. Parecía embargada de felicidad—. Peter quiere que usted sea padrino de la boda, doctor... ¡Oh, señora McNeill, qué feliz soy! Venga conmigo. Quiero contarle lo maravilloso que es Peter.

El le sonrió. Luego volvióse para decir a Jeffrey:

—Le diré una cosa, McNeill: me parece que he dicho una serie de tonterías toda esta semana. En realidad estaba muy abatido y no tenía intención de decir nada de eso. En algunas ramas del servicio aprendemos a ser cínicos y hablar así. ¿Me perdona usted?

El y Jeffrey estrecháronse las manos, y noté que Michael se había tomado de mis rodillas.

—Mamá —gritó—, ¿por qué estás vestida como un payaso? ¿Por qué tienes esos pantalones y ese sombrero tan cómico en la cabeza?

"CRIMEN A BORDO", de THEODORA DU BOIS, ha sido publicada en forma de volumen por la Editorial Acme Agency, de Buenos Aires, en su colección Rastros.

BALMES, PENSADOR

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 19)

heterodoxia. Aparte de esas tan estimables y meritorias aportaciones personales, y aparte también de la conexión filosófica que se encuentra en sus obras de apología religiosa, Balmes llevó a cabo en la filosofía fundamental, y tal vez todavía más en la elemental, una obra de incalculable trascendencia. El renueva, moderniza, y sobre todo ameniza, materia tan poco cultivada, difícil y abstrusa como lo es la ciencia filosófica. No puede afirmarse que llegara al gran público, y que en ese orden tuviese gran masa de lectores, porque las dos expresiones son inadecuadas con la categoría y dificultad de parecidos estudios; pero es innegable que despertó la afición a ellos, y que hizo posible el acceso a la comprensión de los mismos, durante muchas generaciones, de gentes cultas y selectas, para las cuales sin embargo aquello resultaba antes ininteligible. Esa labor preparatoria, de roturación mental, fué realizada por Balmes, merced sobre todo a condiciones privilegiadas, de expositor incomparable. Las nociones fundamentales fueron puestas al nivel y alcance de categorías medias, las más numerosas entre quienes podían aprovecharlas; y todo eso lo hizo sin sacrificar la esencia de los conceptos, sin olvidar ninguno de los elementos característicos interesantes, y sin rebajar la jerarquía de la disciplina practicada. Fué, en suma, el gran divulgador de los estudios filosóficos, sin que pueda decirse que los vulgarizó, expresión inadecuada para la talla del autor, el mérito de las obras y la índole de la materia en ellas tratada. Para poder hacer todo eso concurrían en Balmes condiciones singularísimas, verdaderamente excepcionales, como artista del lenguaje. Esas dotes en cuanto a la forma, para las cuales no bastaría como elogio la mera afirmación, realzan y muestran el mérito del fondo y de la inteligencia expositora, ya que para explicar claro hace falta haber comprendido, no ya con la misma claridad, sino con mucha más. Esta es foco interno que ilumina hacia afuera, perdiendo intensidad a medida que llega a zonas más lejanas; y por eso para no extinguirse necesita haber sido muy potente. ◈

"SAL"

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 17)

via", pienso. Mi esperanza de sal se ha desvanecido, por eso me quedo así parado, quieto.

Dejo las armas y la mochila, voy al rincón del rancho e inconscientemente empujo con el pie la vieja madera que tapa la olla; siento que la sorpresa me paraliza; tengo ganas de aplaudir y de gritar... ¡Adentro de la olla hay sal! ¡Sal! Está medio envuelta en una bolsa ya podrida. De contento lanzo un grito a lo misionero: "¡Pii-puuuu!", y los perros se paran y me miran.

Con grandes precauciones, como si llevara una bandeja con copas de cristal, acarreo la olla vieja hacia la puerta del rancho, donde hay más luz, la pongo en el suelo y contemplo la sal. Con suavidad tomo un grano de la que está más limpia, me la pongo en la boca y lentamente lo paladeo. ¡Sal!...

Al rato ya arde el fuego, y estoy asando un "yacú-toro" que cacé hace unas horas.

Afuera, el nublado se ha cerrado de pronto y caen las primeras gotas; en el lugar donde estoy, el techo está bastante bueno y el agua no pasa.

He terminado de comer, de comer con sal. Cae la lluvia, y resbalando por el viejo alero repica con sonido de vidrio en los charquitos que forma. Canta con un murmullo el llover en el monte. Hasta a ese enemigo del que marcha, que es el tacuapizal, lo miro con cariño cuando lo iluminan los débiles relámpagos. Pareja y suave la lluvia sin viento.

Al calorcito del fuego, me adormilo. Las llamitas bailarinas iluminan de rojo los ojos de los perros. ◈

PINCELITO PURAPOSE — *Gran artista* — **Por DOMINGO VILLAFAÑE**





CORDOBA EN DOS RETRATOS

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 25)

establecer la ciudad en la margen diestra, pero, no pudo hacerlo en razón de haberse encontrado con que tales lugares hallábanse ocupados por un aduar aborigen, circunstancia que impedía, de acuerdo a las ordenanzas reales, ocupar el punto (3). Pero los naturales, ante el establecimiento de los españoles, se alejaron hacia las sierras, lo cual permitió a Cabrera disponer el traslado de la ciudad y proyectar su trazado. El fundador distribuyó tierras entre sus conmilitones y órdenes religiosas, reservando el recinto de la ciudad. Entonces comenzóse a crear la vida en común de un pueblo que nacía y al que había acordado Cabrera "todas las franquicias de Córdoba de España, Lima y Cuzco".

El espíritu de Córdoba de la Nueva Andalucía, fué necesariamente guerrero y místico, pero no por ello dejó de ser emperador y progresista. En cuanto al físico de la nueva población, debía parecerse a las descriptas —según el P. Cabrera— por el autor de "El Tucumán del siglo XVI": "Ciudad era un nombre demasiado pomposo para verdad de las cosas. Algunos grupos de casas aquí y allá, casi todas techadas de paja, con piso de tierra, pocas ventanas y extensos cercados para los animales domésticos. Entre una casa y otra, anchos espacios vacíos, en los que la vegetación espontánea crecía libremente; los edificios, en su mayor parte hechos de barro y caña; una casita de aspecto rural coronada por una cruz y viga que sostenía una campana; en el centro del caserío, un terreno vasto y cuadrado en medio del cual se elevaba la picota; alguna construcción poco mayor que servía de convento; otra que se utilizaba como hospital; y un edificio en reconstrucción perpetua, destinado a las reuniones del Cabildo, a los despachos de la Justicia y a la seguridad de los criminales" (4).

Córdoba de hoy

Contemplando el cuadro asaz humilde y harto heroico del advenimiento de Córdoba, volvamos nuestros ojos y detengámonos ante el panorama que ella ofrece en nuestros días.

El poblado incipiente que constituyó el Sevillano, ha crecido y hoy se encuentra en los umbrales de su plenitud. Córdoba avanza rápida y seguramente hacia sus gloriosos destinos. Sus bellezas naturales, sin perder la atracción que subyugó al precursor de Cabrera, hállanse realzadas por la mano del hombre, cuya obra culmina con la creación de lagos artificiales que fecundizan campos y generan voltios. Donde antaño la primitiva vivienda brindaba magno amparo al hombre, hogaño se elevan, con sed de nubes, confortables rascacielos, cuyas fachadas de líneas modernas alternan con el gracejo de las viejas construcciones. Extensos campos donde son cultivados todos los cereales y de donde se extraen metales de alto valor, realizan lo que debió parecer una fantasía a aquel don Blas de Rosales, primer minero y agricultor hispano en Córdoba. Las industrias, florecientes y múltiples, constituyen proyección elevada al infinito de aquellas prístinas manifestaciones laboriosas que el Fundador fomentara, y su comercio, intenso y potente, sólo conserva el recuerdo del antiguo mercader. La luz de la ciencia horadó las mazmorras de la ignorancia y por las anchas avenidas de la mente precipitó los torrentes del saber, salidos de madre de los claustros augustos de la Universidad ilustre. La religión fué dignamente difundida, abnegadamente enseñada; y hoy, por boca de sus cien torres y espadañas, proclaman la fe en Dios, sus hijos.

Córdoba, a la edad en que otros pueblos aun aletean, ingresa a su plenitud bajo los signos auspiciosos de un pasado que la consagra, de un presente que la dignifica y de un futuro que la hará gloriosa y eterna. ◈

(1) Declaración de co-expedicionarios de Diego de Rojas.
(2) P. Cabrera: "Ensayo sobre la fundación de Córdoba".
(3) "Tierras valdias, donde ellos no tienen ni han tenido aprovechamiento", cit. por P. Cabrera. "Córdoba de la Nueva Andalucía".
(4) Ibid.: "Misceláneas". Tomo I.

LA BARBA SIMBOLICA DE...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 34)

identifica al protagonista de este cuento —un viudo que vive en el desierto de Misiones con dos criaturitas— con su propio autor, que ha volcado en estas páginas sus experiencias y emociones de aquellos días, disculpándose de descubrir la vida privada de un escritor en mérito a que supo hacer de ella tan hermosa obra de arte.

Antes de *El desierto* había dado a conocer *Anaconda*, el más popular de sus títulos, y el más famoso de sus cuentos, si no por su excelencia, con ser mucha —acaso otros le superan por sus valores intrínsecos—, porque maneja en él elementos que le pertenecen exclusivamente y nos pone en relación con su mundo de encantamiento, con su magia, a través de la cual ha aprendido el lenguaje de las serpientes.

El oro bajo su frente

Nosotros le conocimos en las fugaces apariciones que hacía en Buenos Aires, entre los años de 1914 y 1916, en que traía en sus valijas muestras de los productos logrados con la fermentación y destilación del jugo de algunas frutas, allá en su laboratorio de la selva, que era una especie de cueva de alquimista.

Como un alquimista, soñaba él con encontrar, ya que no el oro, algún producto que lo valiese, y en más de una ocasión creyó haberlo encontrado. Pero se engañaba. El oro que buscaba en torno, suyo lo tenía bajo su frente: aquella frente huesuda, poderosa, con una amplitud de cielo sobre la selva de sus barbas. Era un oro que había extraído también de la selva, pero fabricado con los hilos inconsútiles de los sueños...

Silencioso y huraño, cruzaba las calles de la ciudad como un desterrado, que llevara en su alma el orgullo de venir de un mundo donde no podrían vivir las gentes que pasaban a su lado.

Al fracaso de sus empresas comerciales, en el que intervino, como en tantas cosas de su vida, su sino adverso, se unió su catástrofe íntima. Para remediar su infortunio, deja entonces la selva y se instala en Buenos Aires, donde la publicación de *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, lo consagra como un maestro del género.

La selva no le había dado la fortuna, pero extrajo de ella aquel gran tesoro que llevaba en sí, y que fué entregando a sus lectores, hasta el final de sus días, que él —siempre su sino trágico— anticipó. Fué entonces cuando escribió Alfonsina Storni:

No se vive en la selva impunemente,
ni cara al Paraná.
Bien por tu mano firme, gran Horacio...
Allá dirán.
"Nos hiere cada hora —queda escrito—
nos mata la final."
Unos minutos menos... ¿Quién te acusa?
Allá dirán.

Minutos más o menos, él había ganado ya vida inmortal en nuestras letras. ◈

En el próximo número:
JOSE DE MATURANA, LA FLOR Y LA CANCION

EL PROMOTOR DE LOS CORREOS EN EL RIO DE LA PLATA



Por conmemorarse el 17 de junio próximo pasado el segundo centenario del nacimiento del servicio público de Correos en el Río de la Plata, evoquemos, en ceñida síntesis, la figura de su creador y los balbuceos y tropiezos de este importantísimo acontecimiento en las comunicaciones entre las tierras del Virreinato.

Don Domingo de Basavilbaso, que nació en España en 1709, pisa por vez primera tierra americana en 1727, al desembarcar en Montevideo. Tres años después llega a Buenos Aires, donde contrae matrimonio con doña María Ignacia de Uturbia y Toledo.

Iniciado en el comercio, llega a ser electo Alcalde, Procurador General y Alférez Real por los años 1738 a 1745. Realizó, por asuntos comerciales, varios viajes a Potosí y el Cuzco, acompañado de escolta para defenderse de los indios del Tucumán y de las Pampas.

Estos viajes, seguramente, le hicieron pensar en la conveniencia de un servicio de correo fijo de Buenos Aires a Potosí.

Al comenzar el año 1747, elevó al gobernador de Buenos Aires, don José de Andonaegui, un importante "Proyecto para el establecimiento de los Correos fijos desde Buenos Aires a Potosí", que mereció la aprobación de dicho alto funcionario, quien recomendó su ejecución al virrey del Perú, don José Manso de Velasco, en carta del 20 de marzo de 1747. Realizados todos los trámites, se designó para el cargo de teniente de Correo Mayor de Indias en Buenos Aires al regidor don Juan Vicente de Vetolaza y Luna, quien fué reconocido en esta ciudad por Bando expedido el 17 de junio de 1748.

Este documento representa, por sus alcances, la partida de nacimiento del servicio público de Correos en el Río de la Plata.

En 1756, don Domingo de Basavilbaso, promotor y alma de este importante suceso, es designado "Administrador Principal del Correo Marítimo" de Buenos Aires, y poco después asume el cargo de Administrador Principal del Correo Marítimo y Terrestre, al incorporarse a la Corona los servicios postales cedidos al Correo Mayor de las Indias (1769).

Organiza la Administración Principal en todos sus aspectos: instalando oficinas y estafetas, designando a los correos y fijando las tarifas especiales para los envíos. Y el 19 de noviembre de 1772, considerando cumplida su obra, renuncia a favor de su hijo Manuel de Basavilbaso.

Hoy, a dos siglos de tal acontecimiento en las comunicaciones en el Río de la Plata, y cuando el Correo Argentino surca los cielos y mares de todos los continentes, cumple evocar, en justiciero reconocimiento, la figura excelsa de su creador: don Domingo de Basavilbaso, cuyas cenizas reposan en la Catedral, donde hoy también descansan los restos del Libertador.

ARREOS EN LA CORDILLERA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 21)

pero el viento blanco paralizó sus movimientos y allí han quedado, petrificados, como estatuas de piedra, sorprendidos hasta en sus elásticos movimientos, dando la sensación, todavía muchos años después, de que bastaría tocarlos con una vara para que emprendieran la marcha.

Los petrificados.

Este cementerio de novillos y mulas petrificados, que año tras año aumenta con nuevas víctimas, es observado por los arrieros a su paso por allí con cierto respeto y seriedad. Ellos saben que en cualquiera de sus travesías pueden caer a los Penitentes, y acompañar a los animales por siglos.

Después del herraje de los novillos, condición imprescindible ésta para el cruce de la cordillera, en que la tropa debe aguantar marchas de 12 a 15 días entre riscales y en un suelo de roca viva, se emprende el camino rumbo a Chile. La primera etapa es hasta El Manzano, el árbol histórico a cuya sombra descansó el glorioso Capitán de los Andes; desde allí se continúa hasta Las Yaretas y Campamento, últimos refugios en el valle, donde se descansa y reponen fuerzas para iniciar el peligroso cruce de El Portillo. Por senderos que bordean abismos y hondonadas avanza la tropa va pisando nieve, y los hombres sienten el filo del aire helado que curte los rostros. Ellos llevan grandes antiparras, que los preserva de la ceguera que puede causarles el resplandor del sol sobre la nieve, o se tiznan párpados y ojeras con carbón vegetal que, por contraste, anula el efecto del resplandor sobre la vista. Mientras brilla el sol o la noche está estrellada, la marcha es lenta, pero tranquila. No obstante, en pleno día suele oscurecer de pronto, como si se hiciera la noche de un momento a otro, y la hacienda con sus mugidos de pánico no quiere avanzar, ya casi despavorida ante la inminencia del temporal. Entonces, el temible viento blanco avanza a una velocidad de torbellino, con furia desatada, y los hombres abandonan la tropa y huyen a refugiarse en las salientes de las piedras, al reparo de la nieve volada, que a veces cubre la montaña hasta con cinco metros de espesor. Los novillos son las primeras víctimas del viento blanco, pues en seguida son presa del pánico, y en su desbandada caen a los abismos o se quiebran al resbalar sobre la nieve. Ya ante el peligro de muerte que significa el temporal, hombres y animales buscan refugio y aguzan sus instintos en la lucha por la conservación de la vida.

En este sentido, las mulas son las que dan muestra de mayor ingenio o mejor instinto. Estos animales, una vez abandonados por jinetes, no son presa del pánico como los vacunos, ni se desbandan fácilmente. Por el contrario, se juntan y arremolinan, empezando a dar vueltas siempre en el mismo lugar, una detrás de la otra; de esta manera van haciendo un pozo natural en la nieve que, al cabo de algunas horas de dar vueltas y vueltas, convierten en un excelente refugio. Allí las encuentran, cuando amainó el temporal, los arrieros, casi endurecidas por el frío, pero tranquilas y con vida. Mientras que los novillos no aparecen, ni se los encontrará jamás por ningún lado. Fueron "volados" por el huracán, estrellados contra las rocas o precipitados a los abismos. Algunos son encontrados con vida, pero quebrados y endurecidos por el frío; entonces, si es accesible el lugar donde se encuentran, son rescatados y transportados en camiones a los mataderos de la ciudad, donde se los sacrifica.

Esta es la odisea del arriero en los Andes. Argentinos y chilenos hacen alarde de destreza y coraje, y no obstante el peligro que significa cada travesía, ellos viven toda su vida haciendo ese trabajo. Temen al viento blanco, pero no le huyen, lo capean con la reciedumbre criolla de que ellos son capaces. Y durante todo el año, en verano y en invierno, llegan a las ferias de las ciudades y pueblos chilenos las tropas de hacienda argentina, arreada por estos héroes humildes, que después de catorce o quince días de travesía, comiendo y durmiendo al raso o en improvisados refugios, bajan de sus cabalgaduras como los marinos cuando desembarcan en puerto, sin acordarse siquiera de los temporales capeados durante el viaje. Cobran su paga, y de nuevo, camino de los desfiladeros, enhorquetados sobre sus mulas, como pegados a ellas, a cruzar la cordillera. ◆

Aquí le contestamos

F. R. S. C., *Paraná*. — Debe usted adquirir "trigo entero". El Instituto Nacional de la Nutrición envía gratuitamente, a quien lo solicite, recetas culinarias para preparar platos con ese alimento.

EDMUNDO CORDON MEJÍA, *Guatemala*. — Todos los procedimientos indican el uso de telas. Por otra parte, usted confunde dos productos distintos, pues el que usted alude no es latex. En su caso, le sugerimos que vaya variando poco a poco las cantidades de los productos que entran en la composición de las diversas fórmulas, hasta hallar la mezcla ideal. Generalmente se usa el método Stenhouse combinado con el método común al aceite de linaza. La combinación de los productos del método Stenhouse varía entre el ochenta por ciento por un lado y el veinte por ciento por otro, hasta setenta y treinta por ciento respectivamente. Por supuesto, existen en la actualidad diversos productos de los llamados sintéticos, plásticos, etc., que están desplazando, por sus ventajas, al que usted se refiere.

DECORADOR, *Rosario*. — Lamentamos no poder acceder a su pedido, pues dicha fórmula se haya protegida por patentes, y la fabricación del producto, prohibida por la ley.

RICARDO ALVENTOSA (H.), *Avellaneda*. — El exceso de originales que espera turno de lectura y publicación hace imposible, por el momento, aceptar nuevas colaboraciones espontáneas.

L. MONTES, *San Francisco*. — El que se consume en la Argentina proviene, en su mayor parte, del extranjero. Aquí se ha ensayado varias veces su cultivo, sin éxito.

ASIDUO LECTOR, *Ingeniero Luiggi*. — Dos métodos se usan comúnmente. A) Se cubre la parte carnosa con una pasta hecha con arcilla, y en seguida se echan los cueros en una solución diluída de amoníaco y ácido sulfuroso. B) Después de haber frotado prolijamente la parte de la carne con sal común, se exponen las pieles durante un tiempo a una temperatura de unos veinte grados. Al cabo de un tiempo prudencial, puede quitarse fácilmente la lana con rascadores.

QUÍMICO, *Avellaneda*. — Al agua de colonia común se le agregan 500 gramos de mirra. Al cabo de quince días se filtra.

APOSTADOR, *Necochea*. — Las iniciales corresponden, respectivamente, a los siguientes nombres, cada uno de los cuales tiene una escala determinada: Centígrado, Fahrenheit, Baumé y Reamur.

EDUARDO CORREA, *San Salvador*. — En su caso sería más conveniente emplear abonos químicos. Por ejemplo, la siguiente fórmula podría servir para tales fines. Nitrato de potasio, 30 gramos; superfosfato, 50 gramos; sulfato amónico, 35 gramos. Se usa en la cantidad de 50 gramos por metro cuadrado de tierra.

"LUCÍA", *Uruguay*. — La dirección que usted solicita es: Larrea 1237, Buenos Aires.

CURIOSO, *La Plata*. — Efectivamente, se extrae de una semilla: de la del *Ricinus communis*. Es incoloro o ligeramente verdoso y su olor y su gusto son característicos.

ALMIDONADO, *Capital*. — Para diferenciar su tipo es necesario examinar los granos al microscopio, a través del cual presentan distinto aspecto según sea la parte vegetal de donde proceda aquél.

LAS GALLINAS Y SU PESO



ANTONIO MONTEAGUDO, VILLA MARIA (Córdoba). — Una gallina que llega a poner doscientos huevos por año, puede decirse que en ese tiempo puso cuatro o cinco veces su peso en huevos. Tal es la comprobación efectuada por un avicultor norteamericano.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION
"LEOPLAN"

Anual .... $ 19.—
Semestral .... " 9.60

Estos precios rigen para todo el país, América y España.

Imp. Cía. Gral. Fabril Financiera, S. A. Iriarte 2035, Bs. Aires. - Julio 1948

DECIDA USTED MISMO SU PROXIMO ASCENSO

10.000 *personas han triunfado en la Argentina. Son los felices poseedores de la primera edición de la*

ENCICLOPEDIA AUTODIDACTICA QUILLET

HOY la Editorial Argentina Arístides Quillet, S. A., tiene el placer de poner a su disposición la nueva edición aumentada y corregida, en impecable impresión y finamente encuadernada, que le brindará a usted la esperada oportunidad de aumentar sus conocimientos, con la comodidad de estudiar en su propia casa, distrayéndose al mismo tiempo con su lectura y sin el inconveniente de ajustarse a un estricto horario de escuela.

La ENCICLOPEDIA AUTODIDACTICA QUILLET es la obra más completa y útil editada hasta hoy en todo el mundo. Sus lecciones claras, gráficas y comprensibles, le facilitarán un estudio rápido que le reportará muchas satisfacciones y la posibilidad inmediata de progresar en sus actividades.

La obra consta de 3 tomos formato 21 x 28 cms. con más de 1.700 páginas con innumerables ilustraciones, mapas a todo color y láminas desmontables.

PLAN DE LA OBRA

TOMO I: Para triunfar en la vida - Gramática Castellana - Diccionario de sinónimos - Literaturas: antiguas, extranjeras, argentina, española - Filosofía - Derecho Público - Historia general - Geografía.

TOMO II: Aritmética - Algebra - Geometría - Trigonometría - Química - Física - Astronomía - Geología.

Tomo III: Botánica - Anatomía y fisiología animal - Gramáticas: francesa, inglesa, alemana - Taquigrafía - Contabilidad - Dibujo - Música - Educación física y deportiva.

SU PRECIO de anteguerra es tan barato que no cubre actualmente el costo de papel y encuadernación.

Una cuota de $ 10.- basta para adquirirla

Corte y remítanos el cupón ahora mismo

Editorial Argentina

ARISTIDES QUILLET

CORRIENTES 1650 - T. A. 35-6679 - Bs. Aires



VALE

por un folleto ilustrado y gratis de la Enciclopedia AUTODIDACTICA QUILLET

NOMBRE ....

DOMICILIO ....

LOCALIDAD ....

PROVINCIA .... L. 339


los Deportistas exigentes
la prefieren...
RALEIGH
La Bicicleta con Personalidad
TOTALMENTE IMPORTADA DE INGLATERRA
CONSULTE A SU AGENTE
AGAR, CROSS & Co. Ltd. BUENOS AIRES • ROSARIO • B. BLANCA • TUCUMAN • MENDOZA